CAROLINA ARENES • ASTRID PIKIELNY

¿Qué me estás diciendo, papá, que justifique la tortura?
Analía Kalinec

¿Por qué en vez de pelearse con los jueces no increpan a su padre para que rompa el pacto de silencio y diga dónde están los cuerpos?
Mariano Tripiana

A mi padre lo asesinaron en nombre de los derechos humanos.
Ricardo Saint-Jean

Los hijos de nuestros padres tenemos que sanar las heridas de la sociedad, aunque no sean nuestras. Justamente porque no son nuestras y entonces es más fácil para nosotros que para ellos.
Mario Javier Firmenich

Tuve que aprender a perdonar. Perdonar fue como hacerme un regalo a mí mismo.
Máximo Dupont

SUDAMERICANA

Tabla de Contenidos

Carolina Arenes y Astrid Pikielny

Hijos de los 70

Historias de la generación que heredó la tragedia argentina

Sudamericana

A Víctor, por el amor y la paciencia.
A Luciano y Sebastián, hijos tan soñados y queridos.
A Manu, por la alegría de tenerla cerca.
Este libro, a fin de cuentas, trata de los
amores entre padres e hijos y de las infinitas
complejidades de ese lazo vital. A mis padres,
Fernando Luis Arenes (en memoria) y
Alicia Bertha Rojo, con emoción y gratitud.
C. A.

A Dama y Lucio, siempre.
A Alejandro, por la felicidad.
A. P.

Prólogo

Cada uno hace lo que puede con lo que le dieron. Ése es el trabajo de toda vida humana: descubrir qué se hace con las marcas. De algún modo, este libro explora variaciones de esa idea en los hijos de una época crucial para el país, una época que dejó huellas imborrables en la subjetividad de varias generaciones.

Hijos e hijas de hombres y mujeres que estuvieron relacionados de algún modo con la violencia política de los años 70. Padres y madres asesinados, guerrilleros, militares, policías, empresarios, sindicalistas, intelectuales, desaparecidos, madres obligadas a parir en cautiverio, padres presos por causas de lesa humanidad. Hijos que defienden lo actuado por sus padres. Hijos que los cuestionan y toman distancia.

La pregunta sobre el vínculo de esos hijos con sus padres encierra una clave que es singular —una suerte de diario íntimo de padres e hijos— pero que remite también a la clave más amplia de la memoria social. Historias mínimas de una historia nacional que aún produce "un pasado que duele", anclado en una época que dejó una herencia saturada de muerte y de sentidos. ¿Podrían los hijos de esa época, hijos de víctimas e hijos de victimarios, hijos de padres que estuvieron dispuestos a matar y morir, hijos que impulsan los juicios de lesa humanidad e hijos que denuncian arbitrariedad en esos procesos, hijos con heridas y trayectorias muy distintas, aceptar que sus memorias dialoguen en el espacio de un mismo libro sin exigir carátulas que separen a los unos de los otros? ¿Una memoria polifónica, no binaria?

Ése fue el desafío de *Hijos de los 70*: explorar la posibilidad de una reunión textual de experiencias y testimonios que invocan los años 70, sin colar de contrabando la teoría de los dos demonios, ni poner en discusión la legitimidad de la Justicia, ni homologar heridas (¿quién puede medir el dolor?) ni mucho menos responsabilidades ante la ley, cuando la naturaleza del crimen de Estado ha quedado inequívocamente establecida desde el Juicio a las Juntas, en 1985. Pero los que hablan en este libro son los hijos y a ninguno de ellos se le puede transferir la responsabilidad que puedan tener sus padres. Incluso aunque ellos necesiten justificarlos.

Que estas 23 historias puedan convivir en estas páginas permitiría suponer que a cuarenta años del golpe de Estado de 1976 la convivencia de memorias en plural, aunque siempre se trate de memorias en conflicto, es posible. ¿Acaso las memorias diferentes no son siempre memorias en pugna, incluso cuando hoy una suerte de memoria canonizada parezca fijar los límites de lo que se puede seguir preguntando y poner en discusión sobre la violencia de los

años 70? Como esos recuerdos de infancia a los que volvemos una y otra vez porque en cada rodeo la imagen revela nuevos sentidos, aquello que no se puede olvidar de los 70 —los centros clandestinos de detención, la sistematización de la tortura, los desaparecidos, los niños apropiados, la constatación de que el Estado que se pretendía honorable había llegado a apilar cuerpos en un avión para tirarlos vivos al mar— tal vez podría dar lugar, después de tantos años, a la formulación de nuevas preguntas, aquellas que también se atrevieran a indagar sobre el dolor producido por la violencia revolucionaria.

De eso hablan y sobre eso discuten las voces de estos hijos.

¿Es posible tomar distancia de lo que hicieron los padres sin traicionarlos? ¿Es posible no hacerlo sin traicionarse a uno mismo? ¿Cuánta verdad es capaz de soportar un hijo, cualquier hijo, sobre sus padres? ¿Hasta dónde se puede incomodar con una pregunta cuando esos padres han sido víctimas de lo peor o, por el contrario, cuando han sido acusados de lo peor? ¿Cómo conviven el amor y los cuestionamientos cuando de por medio está la hondura del crimen? ¿Cómo convive la lealtad del amor filial con la vergüenza? ¿Qué hacer con la idealización cristalizada que no se deja interpelar ni por los documentos de la historia? ¿Existiría una pregunta capaz de tocar esa idealización cuando tal vez en torno de ella un hijo edificó la estructura que le permitió vivir su vida? ¿Hasta dónde se siente autorizado un hijo a poner en discusión la verdad familiar?

El trabajo de *Hijos de los 70* empezó en 2010. Hubo hijos que brindaron su testimonio al comienzo y otros a los que entrevistamos casi al borde de entregar el libro a la editorial, a fines de 2015. Se trata de una reunión de voces que no es una conversación —porque los entrevistados no dialogan entre sí— pero que, sin embargo, también podría leerse, de algún modo, como una conversación. En el contrapunto de muchas de estas historias —cada una con sus argumentos y su propia subjetividad— se puede imaginar un diálogo posible, un diálogo abierto.

La historia de las hermanas Donda cifra como pocas la complejidad del trauma de los años 70. Hijas de un matrimonio de militantes montoneros desaparecidos —Eva, criada por un represor de la ESMA, el hermano de su padre; Victoria, nacida en cautiverio, apropiada y restituida— todavía hoy intentan revincularse. “Yo soy hija de desaparecidos y a mí me cagaron la vida”, dice Eva, pero también se siente la hija, la sobrina-hija, de su tío Adolfo Donda, condenado a cadena perpetua, a quien ella no puede dejar de ver como una víctima. “Mis papás también hicieron cosas violentas”, contrapesa. Desde esa doble condición de su tragedia, busca desesperadamente reconstruir una familia con esa hermana a la que encontró cuando ambas ya eran grandes, aunque a veces se sienta en el medio de un fuego cruzado de argumentos en los que todavía no encuentra su propia palabra.

“Tanto dañaron los hijos de puta de los militares que ni siquiera lo que la guerrilla me hizo a mí, a mi padre, a mi familia, puede encontrar un lugar”, dice Delia Lozano, la hija de un gerente de IKA Renault asesinado en 1976 en un ataque de la insurgencia. Ya ni siquiera reclama otro juicio, lo que la indigna, dice, es que en el discurso hoy consagrado sobre el pasado violento no haya palabras para el daño que causaron las organizaciones armadas.

La confesión de la hija de un militar de altísimo rango durante la dictadura fue tal vez el origen más remoto de este libro. Pero al principio ella no estaba dispuesta a hacer público ni siquiera un testimonio anónimo, tal era el temor de que se abrieran otra vez las heridas familiares. “Leí expedientes con causas que lo involucraban —nos escribió—, investigué hasta averiguar más de lo que hubiera querido. ¿Qué hacer con lo que sabía? ¿Cómo procesarlo? Sentía vergüenza y culpa. Vergüenza de la mirada de los otros. Culpa ante la sociedad.”

En septiembre de 2010, otra hija, también de manera anónima, hizo público su infierno privado en los comentarios on line de un diario de Mendoza: “Soy hija de un coronel muerto en 2001 y hace tiempo me vengo preguntando dónde están los que, como yo, somos hijos de militares que, si bien no participaron directamente en las situaciones de secuestro, tortura, apropiación de bienes y de bebés, han seguido apostando y trabajando para el Ejército en aquellos terribles años como si no pasara nada. Así crecimos sus hijos, creyendo que los malos estaban afuera y nos podían matar; así vivimos y así retornó a nuestras vidas lo traumático de aquellos años, teniendo que pagar una deuda paterna que cargamos sobre nuestros hombros sólo por ser hijos de militares. Yo particularmente creo que los fantasmas de los desaparecidos pueblan nuestras noches y me pregunto: ¿por qué ese hombre bueno e inteligente que era mi papá, que nunca tuvo plata, que me enseñó a ser honrada, que me dejó estudiar Psicología en la UBA, por qué no se fue del Ejército?”.

Esos testimonios orientaron las primeras búsquedas. Había un antecedente en el libro de los periodistas alemanes Norbert y Stephan Lebert que reunieron en *Tú llevas mi nombre* sus entrevistas con hijos de los jerarcas nazis. En la Argentina, la psicoanalista María José Ferré y Ferré fue la primera en volver reflexión académica el estudio de las huellas del horror, no en los hijos de las víctimas, sino en los hijos de los victimarios. Profesional de la salud que integraba la cartilla de una obra social de las Fuerzas Armadas, había conocido de primerísima mano esos padecimientos que fueron la materia central de su tesis de doctorado. Pesadillas, angustias, depresiones, problemas de ansiedad, culpa, identificaciones con el agresor y con las víctimas, y hasta síntomas físicos, eran algunos de los problemas que aparecían en su consultorio. También la imposibilidad para hablar de esa herencia.

Y mucho menos para hacerlo públicamente. La mayoría de los hijos de militares que quieren dar su testimonio no visualizan a sus padres como perpetradores. Hablan los que quieren denunciar lo que consideran una persecución de la Justicia. Crecieron escuchando hablar de las

tomas de cuarteles y regimientos, de los compañeros caídos de sus padres, de las bombas y los atentados, de los muertos también civiles —hijos e hijas, esposas de los uniformados— que había provocado la guerrilla. Desde esa experiencia plantean que las Fuerzas Armadas, sus padres, respondían a un ataque previo en defensa de la patria.

Mientras tanto la discusión sobre cuándo empezó la violencia en la Argentina del siglo XX —¿con la Semana Trágica, con el golpe de Uriburu, con los aviones que bombardearon la Plaza de Mayo, con el asesinato de Aramburu?— recorre los argumentos de muchos de estos hijos y se vuelve una trinchera donde se refugian y se defienden identidades políticas.

Muchos hijos —incluso algunos cuyos padres habían sido figuras emblemáticas del terrorismo de Estado— aceptaron tomar un café informal para escuchar la propuesta del libro y contaron en estricto *off the record* sus experiencias y sus reflexiones. Pero después cancelaban entrevistas y nunca más respondían siquiera correos ni llamados. La hija de un marino condenado por su participación en los vuelos de la muerte abrió la puerta de su hogar. Con un tono casual, ligero, mientras ofrecía más café y revolvía el azúcar en el coqueto living de su casa, dijo de pronto: "Boluda, mi viejo tiró a un nene de nueve años de un avión". Quería que se entendiera el tamaño de la culpa que sentía su padre. Y admitió que, aunque le parecía injusta su detención —"Si se negaba a hacerlo, lo mataban"—, ella y sus hermanos habían recuperado a su padre desde que confesó: sacarse ese peso de encima lo había rescatado de días y días de tapar la culpa con pastillas y alcohol. Después de ese encuentro no pudimos volver a contactarla.

Dos de los cuatro hijos de un ex policía de la provincia de Buenos Aires que había fallecido en 2006, antes de ser detenido, pero a quien la Justicia ya había condenado por su participación en torturas, secuestros y asesinatos, nos recibieron en su casa. Hablaron del origen humilde de su padre, de su escasa formación y de por qué creían que había sido funcional a una batalla ajena, el "policía bruto" que hacía el trabajo sucio para "la casta de los militares". Decían también que para ellos, como hijos, los juicios habían sido fundamentales. De otro modo, coincidían, ¿cómo haría un hijo, sin el respaldo de la ley, para pararse ante la palabra de su padre y pedirle explicaciones? Después de más de tres horas de anécdotas y reflexiones, fijamos fecha para una nueva entrevista. La suspendieron y nunca más respondieron mensajes.

Analía Kalinec, hija de un ex subcomisario condenado, fue una de las primeras que aceptó hablar públicamente. La periodista Jimena Rosli la había entrevistado en 2009 para el diario *Miradas al Sur*, el primer testimonio de una hija que repudiaba el pasado represor de su padre, a quien no puede perdonar. Hoy Analía cree que hay algo de sanación personal y social en hacerlo público: "Yo creía que éramos como la familia Ingalls, y no. Por eso todo esto tiene que ver también con mi identidad, con quién soy yo. Que toda esta verdad familiar haya estado

vedada durante tanto tiempo es como un ocultamiento, es algo que queda ahí reprimido y que en algún momento puede aparecer".

Muchas de estas historias no se conocen. Hay poco registro, por ejemplo, del modo en que se miran y se piensan mutuamente "los hijos de los 70". Desde hace algunos años, se encuentran y se ven las caras en los recintos de la Justicia o en los pasillos de la política. Se ven celebrar un fallo o romper en llanto al escucharlo. Coinciden como padres de los grupos escolares de sus hijos, se hacen amigos. Se cruzan en la Cámara de Diputados. Se ven en la televisión. La hija de un militar condenado se pone de novia con el nieto de una Abuela de Plaza de Mayo. Un juego de espejos que los interpela a todos permanentemente.

"El padre es algo que debe ser tocado: como se toca un tema; como se toca un instrumento musical; como se toca al enemigo en el combate; como la instancia a la que se intenta apelar. No hay acto que no toque los orígenes", escribió el psicoanalista Marcelo Barros.

Algunos padres de estos hijos, sin embargo, permanecen intocados (¿intocables?). Otros han sido cuestionados. Lo que estos hijos pudieron hacer con el legado que les tocó en suerte, el modo en que tramitaron sus experiencias, es parte de lo que aparece en sus testimonios. Por detrás de las coordenadas políticas e ideológicas que estas memorias actualizan, por detrás incluso de los detalles cotidianos de aprender a convivir con las pérdidas, con el dolor, el odio, la vergüenza o la resignación, algo de la transmisión entre las generaciones se pone en juego, el modo en que cada hijo, cada generación, toma la posta de las anteriores, en algunos casos para confirmarla o venerarla, en otros casos para rechazarla o ponerla en discusión.

Hijos de los 70 propone preguntas y obtiene respuestas que seguramente son provisorias y que podrían convertirse en el punto de partida de nuevas indagaciones. Deja que se expresen dolores invisibilizados y conflictos pendientes. Pero, para decirlo con palabras de Hugo Vezzetti, no pretende consagrar una verdad o una tesis, sino más bien mostrar un cierto estado de la memoria que se manifiesta en experiencias singulares que siguen reclamando su lugar, algún lugar, en el relato de la historia y en la construcción colectiva de la memoria.

A cuarenta años del golpe de 1976, hijos con heridas, trayectorias y posiciones políticas muy distintas, incluso antagónicas, aceptan la posibilidad de un encuentro textual, aceptan que sus memorias dialoguen en el espacio de un mismo libro. ¿Significa eso algo más? ¿Que hijos de militares y policías y guerrilleros e hijos de víctimas de militares y de policías y de guerrilleros acepten hablar en el mismo libro sin exigir saldar la discusión puede ser leído como una señal de eso que se ha dado en llamar "caminos de reconciliación"?

Con esa expectativa dijeron que querían participar algunos de estos hijos. José María Sacheri, el hijo de un profesor de filosofía asesinado por el ERP, viene trabajando en procesos de perdón y reconciliación desde hace varios años y ha sido acusado de impulsar una amnistía que beneficie a los militares. Él dice que el espíritu de su propuesta no ha sido comprendido.

También habla de pacificación y reconciliación Ricardo Saint-Jean, hijo del ex gobernador bonaerense durante la dictadura, que defiende a procesados y condenados en los juicios de lesa humanidad y busca destrabar políticamente lo que cree son las razones que los mantienen en prisión.

Mario Javier Firmenich, hijo del ex líder montonero, dice que es una injusticia la condena social que pesa sobre su padre y le impide participar en la vida política del país. Habla de recomponer las grietas y trabajar por la unidad: "Creo que los hijos de nuestros padres tenemos que sanar las heridas de la sociedad, aunque no sean nuestras. Justamente porque no son nuestras y entonces es más fácil para nosotros que para ellos. Me gustaría discutir políticamente con Claudia Rucci y preguntarle por qué dice y piensa lo que dice, y que ella esté dispuesta a escuchar. Sería sano para mí y para la sociedad también. Creo que sólo los hijos pueden hacer eso, y si no, tendrán que ser los nietos, pero en algún momento la sociedad tiene que reconstruirse y ser viable".

La revista católica *Criterio* —que viene revisando críticamente el rol de la Iglesia y de sus sectores tradicionalmente afines durante la dictadura— le encargó a la socióloga Claudia Hilb un artículo sobre la posibilidad de estos procesos de encuentro que se tituló "Una escena para la reconciliación". La socióloga, autora de *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, libro en el que plantea también la responsabilidad de las organizaciones armadas, explicitó en ese artículo, sin embargo, las dos condiciones indispensables para hablar de reconciliación: que se reconozca que el terrorismo de Estado supuso "un quiebre moral, civilizatorio, no homologable con los crímenes de la violencia insurgente", y que se aporte información concreta sobre las víctimas.

Al tanto de estos debates, Aníbal Guevara, hijo de un ex militar preso en Marcos Paz, trabaja para conseguir que los detenidos hagan un pedido público de perdón. Sabe que sin ese paso y sin el compromiso de reponer la información retaceada hasta ahora —dónde están los cuerpos de los muertos, dónde están los niños apropiados— nadie va a querer escucharlos. Así les dijo en la cara un día en que casi le hacen perder la paciencia.

La necesidad de revisar y poner en discusión las razones del pasado y, acaso, enfrentar la dimensión de la propia responsabilidad, también tuvo lugar en el campo de la izquierda heredera de la experiencia revolucionaria.

Ya en 2005, el filósofo cordobés Oscar del Barco, conmovido por el testimonio del ex guerrillero Héctor Jouvet (fallecido a fines de 2015), que había relatado a la revista *La intemperie* el fusilamiento de dos compañeros por parte de sus camaradas del Ejército Guerrillero del Pueblo, en 1964, planteó que ya era hora de ajustar cuentas también con la violencia de la izquierda insurgente, la propia: "Ningún justificativo nos vuelve inocentes. No hay 'causas' ni 'ideales' que sirvan para eximirnos de culpa", escribió.

Diez años después, Luciana Ogando, la hija de un militante montonero ajusticiado por sus compañeros de armas, se atreve a preguntar por el destino de su padre y contrapone, al relato militante recibido, una relectura que no se siente deudora de la fidelidad de sus padres a los viejos ideales por los que estuvieron dispuestos a matar y morir. "No puede ser que porque ustedes fueron valientes y sufrieron mucho yo no pueda hacer lo que hace cualquier generación, que es cuestionar a la generación que la precedió", dice, poniendo una nota crítica poco frecuente entre las memorias más bien idealizadas que se conocen.

Cuando Del Barco leyó las memorias del ex guerrillero Jouvet, él, que no había empuñado las armas pero sí había alentado intelectualmente aquellas aventuras, sintió que también tenía responsabilidad en la violencia. Y se atrevió a exigirles honestidad a muchos de los héroes intocables de la experiencia revolucionaria: "Corresponde hacer un acto de contrición y pedir perdón", escribió, en un texto que convulsionó a la intelectualidad de izquierda y generó encendidas respuestas a favor y en contra que fueron reunidas en el libro *No matarás. Sobre la responsabilidad.*

Años después, Norma Morandini, hermana de dos militantes desaparecidos e hija de una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo en Córdoba, planteó en su libro *De la culpa al perdón* la necesidad, como sociedad, de reconciliarnos en el perdón, pero "no el que cancele el castigo de la Justicia sino el que nos perdone a nosotros mismos por haber permitido que se cometieran crímenes imperdonables contra nuestros hermanos".

En 2013, el politólogo y ex montonero Héctor Leis, fallecido en 2014, volvió a sacudir el debate sobre la violencia con su libro *Un testamento de los años 70*, un planteo polémico que, aunque describió descarnadamente la naturaleza y la magnitud del crimen que había cometido el Estado, terminó llevando alivio a los militares: Leis no sólo pidió perdón a sus antiguos enemigos y propuso un memorial conjunto con el nombre de todas las víctimas, también equiparó responsabilidades entre la violencia insurgente y la violencia estatal. Graciela Fernández Meijide, su amiga y protagonista junto con él del documental *El diálogo* —realizado por Pablo Avelluto, Carolina Azzi y Pablo Racioppi—, valoró su preocupación por terminar con un problema que aún conflictúa al país, pero también marcó sus límites: no se pueden equiparar ambas violencias y ella, madre de un adolescente desaparecido, "ni siquiera puede pensar en perdonar".

En la novela *Papá*, que Federico Jeanmaire escribió en memoria de su padre —un militar retirado que fue intendente de la dictadura en la ciudad de Baradero—, el escritor ensaya un amoroso ajuste de cuentas con su padre después de una vida de desencuentros afectivos y políticos. De regreso del cementerio donde ha dejado los restos de ese hombre tan querido, el narrador se da a sí mismo una respuesta: "No creo que el mero paso del tiempo ni la naturaleza

por sí sola produzcan la comunión de nada. No lo creo. Y se me ocurre que casi lo mismo sucede con la patria”.

La naturaleza o el simple paso del tiempo, seguramente, nunca podrán sanar por sí solos lo que deba ser sanado. En todo caso, será la intervención de la palabra —de las palabras que faltan— lo que pueda ayudar a reponer sentidos, ofrecer alivio y una promesa —no siempre cumplida— de restañar las heridas. Aunque las cicatrices perduren y no todas las diferencias puedan ser saldadas.

Félix Bruzzone

"Si para que los verdaderos hijos de puta vayan a la cárcel, el precio a pagar es que tipos como tu viejo queden presos, yo lo pago"

Ahí estaba él flaquito como es, sus rulos, sus grandes ojos verdes, su sonrisa nerviosa. Uno más en la fila de las visitas para entrar al penal de Marcos Paz, al pabellón de lesa humanidad. Sólo que, a diferencia de los otros, Félix Bruzzone no estaba ahí para visitar a un familiar detenido sino para preguntarles a esos hombres, presos por violaciones a los derechos humanos, qué sabían sobre su madre y su padre. Aunque en realidad, ésa no era la pregunta inicial que lo había llevado hasta allí. No era eso lo que se dijo a sí mismo cuando empezó a hacer los trámites previos a la visita. Hasta ese momento estaba seguro de que la ida al penal no tenía que ver con su condición de hijo de desaparecidos, de huérfano, sino con un nuevo proyecto de escritura. Después de las novelas *Los topos*, *Barrefondo*, *Las chanchas*, los cuentos reunidos en su libro *76* y en diversas antologías, Félix se acercó al mundo del otro lado, al de los otros hijos de los años 70 cuando, en mayo de 2014, a pedido de la revista *Anfibia* escribió, junto con el antropólogo Máximo Badaró, una nota sobre los hijos de detenidos por violaciones a los derechos humanos que se tituló "Hijos de militares, 30.000 quilombos". Uno de sus entrevistados fue Aníbal Guevara, vocero de la agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos e hijo del ex teniente coronel (RE) Aníbal Alberto Guevara, preso en Marcos Paz. De aquel encuentro para la revista *Anfibia* surgió en Félix esa idea de libro que lo terminaría dejando en el pabellón de lesa humanidad. Piensa en escribir un relato que reúna anécdotas de los juicios, polaroids de ese universo de hombres condenados.

La visita a Marcos Paz se concretó un lunes. Félix pasó el fin de semana previo como si no tuviera enfrente ese lunes extraño, fuera de cuadro. "Me estuve haciendo el boludo todo el fin de semana", escribió en su perfil de Facebook. No leyó, no tomó notas, no preparó la entrevista. Fue desnudo a ver qué pasaba. Llegó a Marcos Paz en el auto de Aníbal Guevara. Después de la requisa, esperaron juntos el micro interno que los trasladaría al pabellón de lesa humanidad y fue Aníbal quien lo guió para hacer los trámites y quien lo iba presentando a los otros visitantes: "Él es Félix Bruzzone, sus papás están desaparecidos". Un saludo respetuoso, un abrazo fuerte, una disculpa. Sí, un hombre le pide perdón. Es Carlos Enrique Alsina, ex teniente

coronel del Ejército (RE), le dice Aníbal. Está allí para visitar a su hermano Gustavo Adolfo Alsina. Los ojos de Félix se ponen más redondos que de costumbre, la risita nerviosa otra vez. Gustavo Adolfo Alsina tuvo algo que ver con su padre, no sabe muy bien qué, pero de pronto se siente en estado de alerta. Conmovido y alerta.

Llegan al pabellón. Tenía la intención de reunirse con el papá de Aníbal para escuchar su versión sobre los hechos por los que fue condenado y para que le cuente sobre su vida en prisión. Pero a la mesa donde se sientan a conversar empiezan a acercarse otros detenidos. La intimidad no existe en el penal. Cuando llegan visitas, llegan para todos. De a poco se van arrimando, algunos se sientan, otros se congregan en torno a la mesa, un picnic de camaradería otra vez fuera de foco para Félix, muy raro. Cerca de ellos caminan Alfredo Astiz, Miguel Etchecolatz, el ex sacerdote Christian von Wernich. En la mesa, alguien le pregunta quiénes son, quiénes fueron sus padres. Eso intenta responderse Félix todos los días de su vida, quiénes fueron sus padres, cómo fueron sus padres, pero ahora se trata de otra cosa. Él lleva el apellido de su mamá, explica, Marcela Bruzzone, porque en tiempos de clandestinidad su padre no podía acercarse hasta el registro civil. Quién era tu padre. Félix Roque Giménez, dice él, y un silencio tenso desbarata el picnic. Gustavo Adolfo Alsina se levanta de golpe y se va. Cuando vuelva a la mesa, todavía tenso, casi una hora después, Félix ya se habrá enterado de que la historia de su padre, "el soldado Giménez", es una leyenda negra para esos hombres de armas con los que se ha sentado a la mesa.

En 1973, Félix Roque Giménez era un soldado conscripto del Batallón 141 de Comunicaciones, en Córdoba, pero era también un cuadro del ERP y fue una pieza clave en el copamiento de ese batallón, en febrero de 1973, durante un operativo comando que le dio al ERP uno de sus triunfos más resonantes: sin víctimas fatales, consignó el órgano de difusión de los guerrilleros, Estrella Roja, se había logrado "recuperar para la causa del pueblo argentino" dos toneladas de armas y municiones, después de reducir a un teniente primero, un subteniente, cinco suboficiales y alrededor de cien conscriptos. Para los guerrilleros, Félix Roque Giménez se convirtió en un héroe revolucionario; para los militares fue desde entonces un traidor. Y ése fue el trato que le dieron tres años después, cuando al fin lograron atraparlo.

"Nos tocó hacer cosas terribles", le dice Gustavo Adolfo Alsina, condenado a cadena perpetua en 2010, en el marco de la megacausa La Perla, por su participación en tormentos contra los presos políticos de la Unidad Penal 1, de Córdoba, y por el asesinato de José René Moukarzel, estaqueado hasta la muerte en el patio de esa dependencia. "¿Vos qué querés saber?", le pregunta Alsina. Félix no sabe si el ex militar detenido que ahora espera su respuesta al otro lado de la mesa tuvo contacto con su padre en prisión. No sabe si acaso el combatiente del ERP, el ex conscripto Giménez, pudo haber sido su víctima. Sabe sí o cree saber o alguna vez escuchó —no está seguro, porque Félix pregunta y olvida, recuerda y olvida, sabe y olvida— que uno de

los hermanos Alsina era el jefe a cargo de la unidad en la que revistaba el soldado Giménez antes del operativo del ERP contra el batallón 141 y fue uno de esos jefes militares reducido durante el copamiento. "¿Vos qué querés saber?", está preguntándole Alsina. Todo sobre mi padre, podría haberle dicho Félix. Quiere saber qué pasó con Félix Roque Giménez, secuestrado el 15 de marzo de 1976, a los 24 años, en Córdoba, detenido en el centro clandestino Campo de La Ribera y desaparecido desde entonces. Aunque en el juicio por la megacausa La Perla, en Córdoba, diversos testigos hicieron referencia al modo en que murió su padre, nunca se supo qué pasó con su cuerpo. Félix quiere encontrarlo. Alsina no le da detalles. Le dice que va a tratar de averiguar lo que pueda. Y ocupa el tiempo que les queda de visita para explicar que la guerra es así, que en la guerra pasan cosas terribles. "Tu papá, igual que nosotros, era un soldado", dice, y Félix siente un tirón de incomodidad en la espalda, un tirón que ya le crispa los músculos cuando uno de los dos Alsina, no recuerda si el condenado o su hermano el visitante, da un paso más y explica que para ellos, los militares, el soldado Giménez fue un traidor, un entregador, como Astiz lo fue para los otros, "para ustedes", dice. "Me lo llegaron a comparar con Astiz —en la cara de Félix otra vez esa mueca-sonrisa—, como diciendo que mi viejo era un infiltrado, un Astiz. Como si fuera la misma cosa meterse con todo un batallón del Ejército que meterse con un grupo de madres que piden por sus hijos."

Félix dice que no tiene prejuicios, que nunca tuvo la militancia por delante. Tal vez por eso, piensa, pudo llegar hasta allí, a Marcos Paz, "donde se supone que están todos los malos, todos juntos" y sentarse a conversar con ellos. Por curiosidad. Por el nuevo proyecto de libro. Por hablar con alguien que pueda decirle algo más sobre sus padres.

Marcela Bruzzone tenía 22 años y un hijo de tres meses cuando desapareció, en noviembre de 1976. Un operativo del Ejército arrasó con la casa en la que vivía con otro compañero del ERP y con Félix que, ese día, había quedado al cuidado de la abuela. La madre de Marcela había logrado que su hija se comprometiera a llevarle al pequeño todos los días, o por lo menos cuando su militancia la expusiera a situaciones de riesgo. "Se ve que mi vieja transó con eso y entonces muchas veces me traía para acá." No tiene el dato exacto de dónde quedaba la última casa de su madre, donde vivió con ella. Sabe por relatos familiares que había un largo viaje en tren desde allí hasta Retiro y que el bebé que fue lloraba mucho en esos viajes. Su madre lo había comentado con la abuela. Tal vez era en Pacheco, dice. "Sé que mi abuelo la dejaba en un cruce de caminos en Zona Norte, cerca de donde vivo yo ahora, por la Ruta 202."

El departamento donde Félix dormía a resguardo el día en que aquella casa fue arrasada es este departamento de Juncal y Guido, en Recoleta, donde nos encontramos para la entrevista. Acá creció, al abrigo de la familia materna. La abuela Leda Moretti era ama de casa y al igual que sus dos hermanas se había casado con un hombre de la Marina. El abuelo, Carlos Bruzzone, era un capitán retirado para la época en que su hija menor se integró al ERP. Aunque había

tenido una participación destacada en el golpe contra Perón, en 1955, como capitán de navío al mando del crucero “17 de Octubre” —pieza clave en las maniobras militares del derrocamiento y rebautizado años después como crucero “General Belgrano”, el famoso barco hundido por los ingleses en la Guerra de Malvinas—, se había visto obligado a pedir la baja poco después del golpe porque había chocado un barco en circunstancias extrañas que despertaron muchas suspicacias (la familia especula con que tal vez sus enemigos políticos lo hicieron chocar a propósito porque sabían que, aunque había participado del golpe, sus simpatías políticas estaban con Lonardi, no con el ideario de la Libertadora). Hacia 1974, concretado el regreso de Perón, el abuelo Bruzzone ya reivindicaba el proyecto justicialista y estaba cerca de Guardia de Hierro, al igual que sus dos hijos mayores. Félix cree haber escuchado que alguna vez, tras el secuestro de su hija, el abuelo Bruzzone intentó reunirse con el jefe de la Armada Emilio Eduardo Massera, pero no lo logró. Aunque hay versiones contrapuestas en la familia. El hermano mayor de su madre se quejó en algún momento de que el padre no había movido suficientes influencias para rescatar a la hija. “Mi abuelo estaba armando algo político para Massera desde Guardia de Hierro, él era referente de Guardia, como mis tíos. Mi abuelo, según mi tío, no movió todo lo que hubiera podido para no perjudicar ese proyecto. Mi tía, en cambio, dice que mi abuelo hizo todo lo que pudo. No sé. A mí me parece que a mi abuelo la Marina le cortó los víveres desde el momento en que se hizo peronista, mucho antes de todo el quilombo de mi vieja. Son todas dudas. La versión oficial es que mis abuelos presentaron hábeas corpus, todo lo que se podía en ese momento, y que mi abuela le pidió a mi abuelo que fuera a hablar con Massera, con Suárez Mason, pero Massera le dijo que se iba a encargar y nunca hizo nada. Mi abuelo se murió en el 79, de cáncer, muy rápido.”

La abuela Leda, que ahora ya tiene 96 años y se pierde en su Alzheimer, venía de una familia adinerada y era una señora de Barrio Norte que conocía los buenos modales, que había mandado a sus hijas a buenos colegios y sabía manejarse dentro del protocolo de su ambiente. Casi todos los fines de semana, durante aquellos años en que la hija menor de la familia seguía desaparecida y Félix era un bebé al cuidado de su abuela, las hermanas Moretti y sus esposos marinos, todos procesistas, dice Félix, se encontraban en reuniones familiares. A menudo, la situación de su hija desaparecida tensaba el ambiente, pero Félix cree que nunca se llegó a una pelea. “Para mi abuela debe haber sido complicadísimo, pero por ahí se hacía la boluda, qué sé yo.” Tal vez por eso, conjetura, ella nunca se acercó a Madres de Plaza de Mayo ni buscó a su hija a través de los organismos de derechos humanos. Tal vez le daba vergüenza, tal vez chocaba con sus pretensiones sociales, tal vez no podía dejar de verlos como nido de comunistas, dice.

Lo cierto es que no hubo en aquellos años una búsqueda consistente que permitiera determinar con certeza qué había pasado con Marcela. Unas fotos que consiguió

extraoficialmente una tía segunda de Félix, que era periodista —y que terminó siendo su suegra, porque Félix se casó con su prima segunda, hija de esa tía—, parecían confirmar que había muerto en un enfrentamiento. Pero el cuerpo nunca apareció. También se había hablado de Campo de Mayo. En esa indeterminación estaba cuando un día, recién mudados a la casa que construyeron en la zona de Don Torcuato, una llamada telefónica inesperada lo puso otra vez en la pista del máximo centro clandestino del Ejército, en la Zona Oeste del Gran Buenos Aires. Una tal Mónica, ex compañera de secundario de su madre en el Lenguas Vivas (la escuela a la que fue cuando la familia se mudó de Martínez a Recoleta y ella ya no quiso seguir en el colegio Northlands), había encontrado su nombre en la guía y lo llamaba porque estaban organizando una reunión de ex alumnas y ella era la encargada de averiguar qué se había podido confirmar sobre Marcela. Cuando mencionó Campo de Mayo, Félix lo puso en duda, pero ella insistió: "En el *Nunca Más*, Marcela Bruzzone figura en Campo de Mayo".

La posibilidad de que hubiera sido llevada a ese centro clandestino ya se la habían mencionado en la sede del Equipo Argentino de Antropología Forense. No como algo confirmado sobre su madre sino como el destino común entre los militantes del ERP secuestrados. Félix había dejado una foto de Marcela en Antropólogos, como se refiere a la institución que desde 1984 ya logró identificar a más de 700 víctimas de la represión ilegal enterradas clandestinamente. "Una sobreviviente había dicho que entre las personas con las que se relacionó en cautiverio estaba una mujer que había tenido un hijo un 23 de agosto de ese año, 1976, que es la fecha de mi nacimiento. Entonces por esos datos que cruzaron pensaron que podría haber sido mi mamá. Me habían pedido que llevara unas fotos para que esta persona las viera y confirmara si se trataba de mi mamá. Llevé la foto y, como pasó bastante tiempo y nunca me volvieron a llamar ni me contestaron nada, yo asumí que no era ella." La llamada de la ex compañera de Marcela reactivó la búsqueda. Félix volvió a Antropólogos a ver qué había pasado con las fotos. Le pidieron disculpas por no haberlo llamado. La sobreviviente que recordaba la fecha de su nacimiento había reconocido a su madre en la foto que él les había dejado. Félix la llamó. "Fue una conversación tremenda. Es uruguaya. Yo quería ir a verla allá, pero no me dio cabida. Me decía que se había olvidado de todo, que no sabía ni lo que le había pasado. Después se acordó de mi mamá, no del nombre, pero sí de que habían militado juntas, me contó que mi vieja era como la referente de ella en la zona, me contó cómo los habían secuestrado al marido, a los hijos, a ella, un desastre. Después logró recuperar a los hijos y se fue al Uruguay para siempre. Pero no quería hablar de todo eso, quería olvidarse."

Félix empezó a atar cabos y de pronto se dio cuenta de que buena parte de la familia, con los años, se había establecido en torno a Campo de Mayo, el predio militar donde, durante los años de la dictadura, funcionaron cuatro centros clandestinos y una maternidad, y por donde se

estima que pasaron más de cinco mil prisioneros políticos. Después, en un giro ya más obsesivo de esas elucubraciones, casi maniático, dice, constató que él y su mujer, que habían construido su casa por allí con la plata que él recibió como indemnización del Estado por la desaparición de sus padres, habían terminado de cerrar ese círculo. Un anillo en torno a Campo de Mayo. "La hermana de mi vieja, al poco tiempo del secuestro, se fue a vivir al Gran Buenos Aires, a cinco cuadras de Campo de Mayo. Empecé a darme cuenta de que había alguien de nuestra familia en cada uno de los partidos que rodean el predio, San Miguel, Hurlingham, Tres de Febrero, Tigre y, al final, nosotros, en Malvinas Argentinas, porque en realidad nuestra casa, por unas cuadras, no pertenece a Don Torcuato sino a Malvinas." No se hace el distraído: por momentos se le cuela la fantasía de que vivir allí es vivir más cerca de su madre. De algún extraño modo, una proximidad tal vez inexplicable. Como la abuela Lela de su novela *Los topos*, que se muda a un departamento frente a la ESMA, con vista directa al centro clandestino, el último lugar en donde estuvo su hija desaparecida, para estar más cerca y para tratar de averiguar qué había pasado con ella.

En la familia de Félix siempre fue distinto. Buscar y no buscar. Saber y no saber. O en su caso, averiguar, saber y después olvidar. Y seguir buscando. Para algunas cosas tiene muy buena memoria. Pero le falla con los detalles que va sumando sobre la vida y la muerte de sus padres. Una ecología del olvido sin explicación. Buscar y olvidar. O buscar pero no querer encontrar. Siempre fue difícil, desde que era chico. Percibía la incomodidad de sus abuelos y sus tíos cada vez que preguntaba. De chiquito, la abuela Leda le decía que cuando fuera más grande le contaría todo. A los ocho años, la edad en que empezó a hacer terapia por recomendación de sus maestros del Colegio San Agustín, tuvo una primera explicación de cómo habían sido las cosas. Félix dice que después de ese día en que la abuela Leda le contó en qué andaban sus padres, se pasaba horas imaginando al soldado Giménez con un revólver en la mano. Pensaba en ese revólver, en dónde estaría, tal vez debajo de alguna cama, escondido en algún rincón de la casa. Cuando tenía 11 años se compró el *Nunca Más*. Sabía que ese libro tenía que ver con lo que les había pasado a sus padres. "Mi abuela me dejó comprarlo, pero me dijo que mejor no lo leyera porque me iba a hacer mal. 'Yo misma no lo leo', me dijo. Igual lo leí sólo un poquito, porque era bastante estremecedor." Buscar con miedo. Buscar, encontrar y olvidar. "Yo nací en Capital, no me acuerdo en qué clínica; sabía pero me olvidé. Ustedes me preguntaban cuántos años tenían mis viejos cuando los secuestraron y yo ahora no lo sé, pero lo sabía. Lo sé pero no me acuerdo. Hay cosas que siempre me preocupé por averiguar, pero después me las olvidaba; en general, todo lo que averiguo me lo voy olvidando." En algún momento empezó a escribir algo parecido a un diario, anotaciones, apuntes sobre papeles sueltos. Ya en la génesis de esa bitácora estaba un poco implícito que se iba a perder. Hojas sacadas de cuadernos y anotadores que Félix acumulaba en un sobre sin ningún orden, papeles sueltos. A cada cosa que averiguaba

le ponía un número al azar, como si hubiera sabido que igual nunca iba a haber un orden. Empezó a escribirlo cuando tenía alrededor de 22 años, "más o menos la edad de mis viejos cuando desaparecieron", pero en alguna mudanza se perdió. Y él igual persiste en esa arqueología de la memoria, aunque sea de modo intermitente. Persigue un rastro y lo abandona para retomarlo después con la ilusión de llegar a algún puerto. "Me mata eso, descubrir cosas de tu vida que no resolviste, que quizá nunca vayas a resolver. Estar averiguando todavía cosas de mis viejos cuando yo ya tengo 40 años y tres hijos. Quizá tendría que haberlo hecho antes, pensaba por momentos. Me preguntaba por qué lo hago ahora. Conclusión provisoria: como mis hijos ya empiezan a preguntar, yo intento saber más sobre mis padres para tener respuestas para mis hijos. Pero son hipótesis… Yo no pude enterrar a ninguno de los dos y eso va a estar siempre conmigo. También empezaron a aparecer problemas familiares. Como en mi familia nunca nadie averiguó nada, el que tenía que mover las cosas era yo y todo me resultaba muy complicado. De hecho, tuve que llevar a mis tíos a declarar en la causa de mi vieja, que estaba parada. Me había enterado de que habían sido elevados a juicio una serie de casos relacionados con la desaparición de mi vieja y el de ella no se movía, no pasaba nada. Entonces llevé a mis tíos y declararon lo que sabían, que ella militaba, dónde creen que vivía, esas cosas. Los empujé yo para que fueran a declarar, pero les hizo bien porque para ellos también es una cuenta pendiente. No me lo dijeron, pero te das cuenta."

Aunque se crió con los Bruzzone, la figura de su madre es la que permanece más velada detrás de una opacidad que no logra atravesar. Quizá Marcela —la buena alumna, dócil y responsable, tal vez sobreadaptada; la chica tímida e insegura que después llegó a tener gente a su cargo en la estructura del ERP— fue también inaccesible para sus padres y sus hermanos. Tal vez ninguno de ellos supo demasiado de su interioridad, resguardada detrás de esa fachada de nena obediente. "Nooo, Marcelita era un sol, nuuunca se fue del renglón", parodia Félix. Como si ninguno pudiera hacer encajar lo que sabía de ella antes del secuestro (o lo que cada uno creyó que sabía) con la imagen que les dejó su final. Para Félix, que creció viendo fotos de la infancia y la adolescencia de su madre, que vio sus cuadernos escolares y conoció su último dormitorio, la imagen de aquella muchacha que lo trajo al mundo sigue siendo opaca, la más difícil de reconstruir. "Ella se había ido alejando de la familia. La preferida de mi abuelo era la mayor de los tres hermanos y el preferido de mi abuela, el hermano menor. Mi vieja quedó en el medio. Por lo que me han contado amigas de ella de la secundaria, las más íntimas, ella sufría esa situación familiar. No lo manifestaba, no era una chica con problemas de conducta, del mismo modo que yo no fui un chico con problemas de conducta. Pero lo terminó expresando de ese modo, haciéndose militante de una agrupación que era casi lo opuesto a lo esperable dentro de su familia. Y, en ese sentido, en el hecho de tomar las armas y de exponerse a lo que en efecto sucedió —algo que ella sabía que podía pasar, ella misma les contaba a mis tíos y a mi

abuela que había campos de concentración, que hacían desaparecer gente—, yo veo en ella como una cosa suicida. Ella sabía perfectamente cuál era su destino. Siguió hasta el final con la militancia, cuidando al hijo lo mejor que podía, pero siguió hasta el final aun sabiendo que ya estaba jugado todo, que no había posibilidades. Yo creo que en el caso puntual de mi vieja, no hablo de todos los demás casos, pero sí del de mi vieja, yo creo que ese impulso suicida quizá se hubiera dado igual, de otra manera."

La imagen de su padre es otra cosa, una figura más mítica que real pero también menos inasible que la de su madre. El soldado Giménez, el guerrillero heroico. Ese hombre con revólver de sus fantasías infantiles. Marcela Bruzzone y Félix Roque Giménez no se habían casado, ni siquiera se sabe si llegaron a convivir, la lucha armada y la clandestinidad imponían distancia, secreto. No tiene fotos de ellos juntos ni mucho menos una en la que estén con él. Las familias de ambos se conocieron recién después de la tragedia. La abuela Ramona Lucero de Giménez, que vivía en Villa Mercedes, San Luis, de donde era toda la familia paterna, se apareció un día junto con su hijo mayor en la casa de los Bruzzone, en Recoleta. Quería conocer a su nieto. Hasta que fue secuestrada, Marcela había mantenido la comunicación con ellos y ahora se presentaban para conocer a Félix. No hubo documentos ni permisos, pero estuvieron de acuerdo en que se quedara con los abuelos maternos y desde chiquito la abuela Leda lo llevaba todos los veranos a Villa Mercedes para que estuviera con la familia de su padre. "Ella tenía esa sensibilidad. En la medida de sus limitaciones, más allá de toda su derechosa vida como esposa de un oficial de la Marina, quería darme lo que creía que hubiera querido darme mi vieja. Por un lado mantener la relación con la familia de mi papá, transmitirme algo de lo solidario, de ser buena persona, de pensar en el otro, que a ella le venía del lado del catolicismo y que en mis viejos era político." En San Luis hubo abuelos también, tíos y tíos segundos, primos de primos, con los que se sigue viendo, y una realidad muy distinta. Los Giménez eran una familia criolla, de provincia, dice Félix, no pobres pero sí humildes. La abuela Ramona le hablaba de su hijo menor, le mostraba fotos, cartas, cosas del colegio. Supo entonces que era parecido a su padre, que tenían el mismo modo de caminar, que en la familia Giménez había varios trotskistas, delegados gremiales y militantes. Ellos le mostraban la veta más política de su padre. El día en que la abuela Ramona murió uno de sus tíos le entregó a Félix todos los documentos que la familia había guardado durante años. Hábeas corpus, pedidos al Episcopado, cartas, fotos, todo lo que ella había conservado sobre la búsqueda de su hijo.

Félix no militó en organismos de derechos humanos, no hizo un camino orgánico como hijo de dos víctimas de la dictadura. Y aunque alguna vez se le cruzó pensar que tal vez no haberse sumado a la militancia, no haberse acercado a la agrupación HIJOS, era un poco defraudar a sus padres, los militantes, hoy cree que la etiqueta de "hijo de desaparecidos", que tal vez le sirvió en algún momento, también puede ser una limitación, algo que impide asumir otra posición en

la vida. Hoy habla de construir una identidad propia menos anclada en el pasado de los padres. “Uno no es una sola cosa, uno no es hijo solamente, de hecho yo fui nieto más que hijo.” Sin embargo, cada tanto vuelve a preguntarse (¿a reprocharse?) por qué no militó, por qué no fue más al hueso, por qué no averiguó más, por qué no habló con más gente. “Pero no tengo espíritu detectivesco. Es como si mi forma de llegar a esas cosas fuera más a través de la ficción que a través de investigaciones.”

Como los personajes de sus relatos, Félix quiere saber y no sabe. La verdad es un punto de fuga constante que enrarece los climas de sus ficciones, siempre ancladas en el conurbano bonaerense, a la vez territorio de su ficción y de su vida cotidiana. Hace algunos años decidió abandonar la profesión de maestro para dedicarse a un trabajo tan poco intelectual como el de piletero. Escribe ficción, creó dos editoriales, pero se gana la vida recorriendo los alrededores de Don Torcuato con un auto desvencijado y las herramientas de trabajo que requiere su oficio. A veces se pregunta por qué se hizo piletero, tal vez por hacerle caso a su madre que rescataba el valor del trabajo manual y el vivir la realidad de los explotados de este mundo. Tal vez porque así su vida estaría siempre dando vueltas por esa zona que rodea los últimos lugares donde ella estuvo viva. Sospecha de sí mismo, dice que tal vez tiene la ilusión secreta de encontrarse un día, de pileta en pileta, con un jardinero o un ex policía en alguna garita o alguien que tal vez fue quien secuestró a su madre. Sus relatos del conurbano están impregnados de esos delirios, aunque no siempre remitan de modo explícito a la dictadura. En los cuentos de su libro *76*, la referencia sí es inequívoca y también en la novela *Los topos*, aunque la trama que parecía central —un hijo de desaparecidos y su abuela que buscan a la madre y a un posible hijo nacido en cautiverio— se desvirtúa y se descompone en subtramas delirantes, en derivas inesperadas que juegan con el pasado y lo sacan de su pedestal sagrado e inamovible. En *Barrefondo* y *Las chanchas*, sus dos últimas novelas, se propuso dar por terminado el ajuste de cuentas con el pasado reciente e ir en busca de otros temas, pero el imaginario de la violencia, aunque no hay desaparecidos ni centros clandestinos, se cuela en crímenes ocultos, episodios de inseguridad, secuestros, bandas de delincuentes y una verdad siempre escamoteada. Juega con el humor, con un tono liviano e irreverente que parece quitarle gravedad al asunto, se permite la incorrección política de tomarse un poco en broma la solemnidad de alguno que otro militante de HIJOS, pero nada de eso se hace explícito ni logra desdibujar las cosas, lo que él define como una ironía triste. Un lenguaje filoso y socarrón y una tristeza de fondo. Nada logra ocultar que todo esto, todas estas pérdidas, todavía pueden hacerlo llorar. Lo hacen llorar. “Al final no hay nada que te consuele. Es medio difícil explicar por qué uno llora, por qué uno se emociona. Cuando yo me pongo a llorar, siempre lo asocio con eso. Lo que pudo haber sido y no fue. Lo relaciono con mi propia familia, con lo que no tuve, pero también con mi familia de ahora, porque pienso en mis hijos y qué sé yo... Y cuando

nacieron mis hijos también lloré, por supuesto. Las escenas familiares suelen emocionarme, aunque se trate de una publicidad de cuarta. En una época había un comercial de Chandon, supongo que para las Fiestas, y mi mujer me gastaba —y hasta el día de hoy me gasta—. Yo veía ese aviso y no sé por qué me ponía a llorar, una vez, dos veces, ya la tercera vez que lloraba mi mujer me miraba raro…"

Su risa contagiosa otra vez, no se queda mucho tiempo fuera del refugio del humor. Ni siquiera cuando habla de lo más difícil. O sobre todo cuando habla de lo más difícil. El juicio en el que se investiga la muerte de su padre todavía está en curso. El caso del soldado Giménez es parte de la llamada "causa Barreiro", que investiga los crímenes cometidos en el campo La Ribera, dentro de la megacausa La Perla que se sustancia en Córdoba. "Hay testimonios sobre lo que le hicieron a mi viejo en La Ribera. No son testimonios de primera mano, son de sobrevivientes que escucharon a los represores: 'Te vamos a hacer lo mismo que a Giménez'. ¿Quieren que les cuente? No las quiero estremecer, eh. A mí no me pasa nada por contarlo: lo colgaron cabeza abajo, lo quemaron con una plancha en la cara, una cosa horrenda, lo picanearon y lo dejaron estaqueado hasta que se murió. Y yo ahí descubrí por qué no plancho mi ropa. Nunca planché las camisas, no sé hacer la plancha en el agua. Me dicen que soy muy flaco, que hay que tener más grasa, pero no sé… ahora todo tiene otro significado."

Son por lo menos dos búsquedas en simultáneo, la que tiene que ver con la causa judicial —dónde estuvieron detenidos sus padres, cómo fue su final, dónde están sus cuerpos— y otra que es en realidad la hermenéutica de un texto que nunca termina de escribirse, el que podría contar algo más sobre cómo fueron esos muchachos casi adolescentes, dispuestos a matar y morir, perdidos en algún momento de la historia. Persigue sus rastros, como cuando guardaba los papeles sueltos en el sobre. Sabe que su mamá le daba la teta, sabe qué él lloraba en el tren, sabe que ella, como militante, hacía tareas de prensa y logística. Cada tanto un hallazgo, un nuevo dato, discute una conclusión o una certeza con la que había convivido por años. "Me gustaría conocer todos los detalles posibles porque los detalles, cualquier detalle, arman un poco sus imágenes —nos escribió en un mail—. Es curioso, siempre que aparece alguno de esos detalles la imagen que se forma es demasiado real y tiene un efecto un poco siniestro, como si los fantasmas cobraran vida. Se siente una gran conmoción frente a las cosas así, tan concretas. Mi tía, hermana de mi vieja, el año pasado recordó el diálogo entre mi abuela y el responsable de mi mamá el día en que él llamó para informar sobre su desaparición. Mi abuela, en esa conversación, le pidió ir a la casa donde vivía mi vieja, que le dijera dónde era así podía buscar mi ropa, yo tenía tres meses. Obviamente que eso no se podía hacer, por seguridad. Pero ese detalle de la vida doméstica, de mi ropa de bebé perdida en una casa clandestina, de mi abuela preocupada por eso, es algo de lo más importante que tengo para imaginar mi vida junto a mi vieja. Si un día me dijeran que mi viejo mató a tal persona de tal y tal manera, tendría la imagen

de esa violencia dando vueltas, podría ver a mi viejo tensionado por esa emoción tan tremenda que debe ser la de matar a alguien, el dolor de la escena, el vértigo. Lo mismo me pasó cuando me enteré de los detalles de cómo los militares lo mataron a él. Es algo que se te mete en el cuerpo. Después, pasa el tiempo y termino integrando esas imágenes a la imagen más blanda de ellos, que es con la que convivo cada día. Imagen blanda más un rasgo nuevo. Me da muchísima curiosidad saber más de ellos, pero mi estrategia no es tanto ir a buscar esas cosas como esperar a que las cosas lleguen, y estar atento a los llamados para ir atrás de ellas. La coincidencia de encontrar en Marcos Paz a los Alsina fue uno de esos llamados. Cada tanto pasa algo así."

La visita a Marcos Paz tiene que ver con eso, con seguir buscando. Sabe que su padre se relacionó en algún momento con algunos de estos hombres. Espera que alguno de ellos pueda darle un dato que lo ayude a encontrar sus restos. Ellos se ofrecieron, pero hasta ahora no hubo nada nuevo, nada concreto. "Gustavo Adolfo Alsina me dijo eso de 'nos tocó hacer cosas terribles'. Pero nunca te dan detalles y siempre está la justificación detrás de la guerra, el tratar de justificar un poco lo que hicieron. Igual no le quita valor a que puedan asumir que hicieron cosas terribles. Aunque después siempre hay cosas que no cierran, vos podés justificar incluso la tortura si te prepararon para eso o podés, eventualmente, justificar la desaparición de personas. El tema es que ése fue el método fundamental, no es que hubo algunos desaparecidos. Lo mismo con lo de tirar cuerpos al mar, como si eso fuera algo razonable en una guerra. En el fondo siempre tienen ese discurso entonces… Hay otro testimonio, el del represor Héctor Vergez, que dice que al soldado Giménez lo habían llevado a Campo de Mayo, pero el fiscal me dijo que lo que dice un represor para ellos no cuenta tanto porque es algo que puede decir para desligarse y sacarse de encima la acusación de homicidio. Son muy perversos a veces. El 'Nabo' Barreiro supuestamente había dado información sobre cuerpos enterrados y después no pasó nada. Al final siempre me encuentro con que nunca se sabe bien, como si siempre fuera un paso adelante y dos atrás. Averiguás algo y después se desvanece. Alsina me dice que me puede averiguar cosas. Una: no me lo averigua. Pero además, si no trae pruebas, lo que él diga… Si no aparece un hueso, no tiene demasiada relevancia. Es difícil pensar que con todos los años transcurridos alguien pueda realmente decir la verdad. Los mismos acusados lo dicen. Uno de los argumentos que ellos esgrimen contra los juicios de lesa humanidad es que los testimonios son viejos y hay toda una construcción sobre los hechos. Testimonios débiles. Y lo mismo ellos, los acusados. ¿Cómo saber si lo que ellos dicen sobre lo que hicieron no es una construcción argumental para desligarse de responsabilidades? No sirve. Salvo esa conmoción que yo le vi a Alsina en Marcos Paz cuando le dije quién era mi padre, eso sí me sirve. De ese caso no se olvidó, saltó al toque cuando supo que era el hijo del soldado Giménez. ¿Sabe algo más de lo que me dijo? ¿Tuvo algo que ver él con la muerte de mi viejo? No tengo idea, ni

siquiera se sabe bien quién hacía qué en cada centro clandestino. Gustavo Alsina estaba en la Unidad Penal 2, pero, ¿cómo saber si no lo mandaban también a otro lugar? Tal vez alguien le dijo que habían agarrado al soldado Giménez y el tipo, que se la tenía jurada, rajó para ahí. Todo eso es muy oscuro. Los represores también estaban en clandestinidad. Ir al legajo no te sirve para saber si él lo estaqueó o no, porque eso no aparece en el legajo. Nos vimos otra vez, quedamos en volver a vernos, nos mandamos correos electrónicos. El hermano de Alsina me dijo que puede averiguar cosas pero hasta un cierto punto. Y a la vez, se lo dije a él, si es verdad que pueden averiguar cosas, entonces casi mejor que no, porque estás dando la pauta de que podrías averiguar sobre todos los demás. Tampoco me parece bien resolver una cuestión para mí solo: si tienen información, tienen que hacerla pública. Para mí es algo que tendrían que hacer en algún momento, más allá de los juicios, socialmente tendrían que decir algo. Además si los juicios retroceden en algún momento, será por una razón política, como lo fue siempre. Decir algo no los va a comprometer más. Si hablaran, de alguna forma compensarían algo."

Izquierda revolucionaria trotskista por parte de padre y madre, derecha peronista y militar por parte de abuelos maternos. Tal vez esa doble marca de origen, piensa a veces, es lo que le dificulta tomar una posición muy definida. O tal vez también es lo que le permite abrir su búsqueda y acercarse al penal de Marcos Paz. O encontrarse con Aníbal Guevara, hijo de un militar condenado y activo militante en la denuncia contra los juicios de lesa humanidad, para escuchar de buena fe sus argumentos y discutirlos con él. Aunque de pronto le suelte una frase demoledora: "Si para que los verdaderos hijos de puta vayan a la cárcel, el precio a pagar es que tipos como tu viejo queden presos, yo lo pago". Félix dice que fue más una provocación que un pensamiento literal. "Es muy difícil usar parámetros penales normales para condenar hechos tan antiguos, horrorosos y silenciados (incluso silenciados por hombres como el padre de Aníbal, que parece que no hizo demasiado o si lo hizo no se probó lo suficiente). Lo de 'el precio a pagar' es un poco pensar esa dificultad como el origen de muchos errores y hacerse cargo de que la Justicia siempre falla, no sólo para casos de lesa humanidad, pero que sin Justicia trabajando no hay ninguna Justicia y, por lo tanto, la injusticia sería mayor."

Mientras hay búsqueda todo está en movimiento, dice. Después de esa visita al penal estuvo una semana enfermo, bajó cinco kilos, tuvo fiebre, le costó recuperarse. Todavía no sabe si logrará algo concreto de ese encuentro, más allá del libro que empezó a escribir sobre los hombres del penal. Salió de allí casi como antes, huérfano de padres y de información.

Mientras los cuerpos de sus padres no sean recuperados, Félix seguirá como hasta ahora visitando sus nombres en el Parque de la Memoria, frente al Río de la Plata. Allí van con su mujer y sus hijos de vez en cuando, "es recordar —dice—, es una forma de recordar", los chicos hacen dibujos que dejan al pie del memorial, lo más cerca posible de esos nombres, Marcela Bruzzone y Félix Roque Giménez.

A seguir buscando.

Datos, detalles, huesos. Los cuerpos de su papá y de su mamá. A seguir buscando. La vida siempre es una incógnita, dice, para cualquier persona, no sólo para él. Siempre hay un hueco, siempre hay preguntas sobre el otro, siempre se está en busca de algo porque el otro siempre es una ausencia, algo indescifrable. Aunque en su caso, claro, no se trata de indagaciones existenciales sobre la condición humana, si no de ausencias concretas. Un padre y una madre a los que no puede dejar de buscar.

"Yo soy hija de desaparecidos y a mí me cagaron la vida. A mí también me mataron a mis padres. Pero, ¿quién tiene el medidor del dolor? ¿Quién decide quién sufrió más?"

El timbre interrumpe la charla en el PH de Martínez donde Eva Daniela Donda vive con sus hijos Lucas y Dante. El más grande ya se fue al colegio y el pequeño, que está con fiebre y no ha ido a la escuela, juega en su dormitorio. Todavía se siente en el aire el aroma del café de la mañana. Eva Daniela va hasta la puerta a ver quién es y en el umbral de entrada asoma don Oscar, su vecino, su "ángel de la guarda", que le dice algo al oído y le da un sobre. En silencio, Eva Daniela sobrevuela con la mirada los papeles. Como ella no lee los diarios ni mira noticieros, don Oscar siempre le acerca las noticias que sabe que le importan: cualquier novedad sobre su hermana menor, la diputada Victoria Donda, nacida en cautiverio en la ESMA en 1977, arrancada de los brazos de su madre María Hilda Pérez a los quince días de vida y apropiada por el ex prefecto José Antonio Azic, hoy condenado por secuestros y torturas, y por la apropiación ilegal de Victoria. Eva, que tenía algo más de un año cuando sus padres fueron secuestrados, fue criada primero por sus abuelos maternos y paternos en medio de un tironeo permanente atravesado por litigios judiciales. Finalmente, la tenencia de Eva quedó en manos de su tío marino Adolfo Miguel Donda, hermano de su padre y ex jefe de Inteligencia en la ESMA, el mismo centro clandestino en el que su mamá pasó sus últimos días antes de ser "trasladada". El mismo lugar en donde nació Victoria.

Tuvieron que pasar 27 años para que las hermanas finalmente se conocieran. Eva vio por primera vez a Victoria en 2003. Ya en ese momento había sospechas sobre la posibilidad de que fuera la hermana que seguía buscando, pero recién en 2004 los resultados del análisis de ADN realizados en el Banco Nacional de Datos Genéticos del Hospital Durand confirmaron la identidad biológica de Victoria y, por lo tanto, los lazos de sangre con la familia Donda-Pérez. Confirmaron que aquella precoz militante social de Avellaneda era, al igual que Eva, hija de José María Laureano Donda y de María Hilda Pérez, ambos desaparecidos.

Desde ese momento hasta hoy las hermanas recorren el ondulante camino del reencuentro. Hubo un día en que se tomaron de las manos. "Dejame que te toque", había pedido Eva, y vio en esos dedos, en el dorso y las palmas de la hermana menor, en los pliegues de su piel, el dibujo

casi exacto de sus propias manos. Fue un día en que la emoción había logrado aplazar las diferencias. Eva le pidió a Victoria que le prestara un zapato. Por debajo de la mesa del bar donde se habían citado, las hermanas intercambiaron su calzado: "Era como sacarme mi zapato y volvérmelo a poner, la misma forma... no sé cómo explicarlo. Nos abrazamos. Las dos estábamos muy emocionadas".

Pero hubo también reproches y distancia. El huracán político de los años setenta se ha ensañado especialmente con las hermanas Donda. Nada ha sido fácil en sus vidas y tampoco el vínculo entre ellas, construido tardíamente y afectado por posicionamientos políticos y familiares que parecen ubicarlas en constelaciones opuestas y lejanas. Victoria acusaba al hermano de su padre, el marino Adolfo Donda, de haberla entregado a su apropiador. Eva, que se crió con ese tío, lo defendía: él no había tenido nada que ver con su apropiación y siempre la había buscado, decía, pero todas las respuestas que encontraba apuntaban a lo mismo: el embarazo no había llegado a término. Desde que supieron que eran hermanas hubo encuentros y desencuentros. Peleas. Por eso, esa mañana de abril de 2014 es don Oscar quien le trae a Eva noticias de Victoria: hace un tiempo largo que las hermanas no se ven. Eva despide a su vecino en la puerta de entrada y vuelve a nuestro encuentro con los papeles en la mano. Con una sonrisa enorme, asombrosamente parecida a la de su hermana, y sin poder despegar la mirada de esos papeles, dice radiante: "Vicky está embarazada". Su hermana menor, una de los 119 nietos recuperados por Abuelas de Plaza de Mayo y la primera hija de desaparecidos en ser elegida diputada nacional, estaba embarazada de cuatro meses. Ella acababa de enterarse y la noticia ya se viralizaba en todos los medios de comunicación de la Argentina.

"Perdón, ¿en qué estábamos?", pregunta, todavía conmovida por la noticia. La música suena a todo volumen. Eva Daniela muy rara vez enciende el televisor pero el equipo que inunda la casa con su sonido está prendido todo el día. Rubia y de ojos claros, menuda, al borde de los 40, hace tiempo que trabaja como empleada administrativa en una empresa de seguros. Desde muy temprano quedó sola al frente de su hogar: Fabián, el papá de Lucas, murió en un accidente de auto cuando el bebé tenía apenas tres meses, y desde hace mucho tiempo está separada del papá de Dante, el menor. Sin embargo, el peso de las obligaciones no se le nota, por lo menos no a primera vista. Los jeans, las zapatillas, su look informal y esa manera tan suelta de expresarse y de reírse, le dan un aire de energía adolescente. No se perdió ninguna fecha de la edición 2014 del Lollapalooza, el festival que se hizo en el Hipódromo de San Isidro. La música es una de sus pasiones y el perfil de Facebook anticipa sus preferencias dentro de la amplia familia del rock —de Coldplay a Nirvana, de Iggy Pop a Patti Smith, de Nonpalidece a Dirty Projectors—, pero ahora que viene caminando con los recortes de diario que le dio su vecino, baja el volumen del equipo y se queda leyendo las noticias. Apenas puede retomar el hilo de su historia. La historia de la nena que nació el 21 de marzo de 1976, tres días antes del golpe, y se

crió primero con sus abuelas y luego como una más entre sus primos, los hijos de su tío Adolfo Donda, hoy en prisión, condenado por crímenes de lesa humanidad y sospechado de haber estado involucrado en el destino de su propio hermano y de su cuñada, militantes montoneros.

Ésa es la piedra de la discordia entre las dos hermanas. Quieren recuperar el tiempo perdido, quieren recomponer los jirones de familia que les queda, quieren tenerse una a la otra. Pero Adolfo Donda se vuelve un obstáculo. Para Eva, ese tío que cuidó de ella, que festejó sus cumpleaños, que miró los cuadernos escolares y firmó los boletines, ese tío al que quiere como a un padre y al que siente el abuelo de sus hijos, nada tiene que ver con "Palito" o "Jerónimo", alias que Adolfo Donda utilizaba en la ESMA, donde ejerció como jefe de operaciones del Grupo de Tareas 3.3.2. Eva desestima las acusaciones. No pregunta. Ignora la cantidad de delitos —secuestros, tormentos y homicidios— por los que Adolfo Donda fue procesado por la Cámara Federal a mediados de los años 80. "Cuando mi tío fue absuelto…", dirá en algún momento, confundiendo o ignorando que hubo condena, que fue hallado culpable y que sólo por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final dictadas en 1986 y 1987, quedó en libertad. Cuando en 2003 esas leyes fueron declaradas nulas por el Congreso de la Nación e inconstitucionales por la Corte Suprema de Justicia, Donda fue nuevamente procesado y, en octubre de 2011, recibió condena a prisión perpetua por el Tribunal Oral Federal Nº 5. Eva Daniela nunca leyó el expediente judicial ni escuchó los testimonios de las víctimas. "Si yo quisiera saber de qué se lo acusó, le pregunto de qué lo están acusando cuando voy a verlo. Pero, ¿para qué? Tal vez en algún momento necesite saber, hoy no."

Hasta ahora su reclamo por la inocencia de su tío se parece más a un acto de fe, al apego de esta sobrina-hija a la palabra de ese tío-padre: "Van a escuchar muchas mentiras. Nada de lo que escuchen es cierto. Yo no maté ni torturé a nadie", le aseguró Donda a su familia poco antes de quedar detenido. Eva decidió creerle. Tal vez por eso no le resultó sencillo escuchar lo que Lidia Vieyra, compañera de cautiverio de su madre, tenía para decirle. El testimonio de esta mujer que acompañó a María Hilda Pérez, a quien todos llamaban Cori, cuando empezaron los dolores de parto y fue quien más cerca estuvo de ella hasta el final, fue fundamental para condenar a Donda en la megacausa que investigó los crímenes cometidos en la ESMA. Para Victoria, la mujer que la vio nacer, que apretó la mano de su madre durante el parto agitado que la trajo al mundo —no se sabe qué día de 1977— hoy es una figura fundamental en su vida. Para Eva Daniela es una voz incómoda. Cuando se vieron, Lidia le dijo lo que ya había declarado ante la Justicia: que su tío Adolfo estaba en la ESMA en 1977; que le había prometido a Cori que la niña nacida en cautiverio, a la que la madre quiso llamar Victoria, sería entregada a la familia; que su tío alguna vez se jactó de no haber tenido piedad ni siquiera con su cuñada y que él siempre había sabido el destino de Victoria y el de Cori: una, entregada al ex prefecto José Antonio Azic, quien la anotó como propia y hoy cumple su condena en prisión, y la otra, se

sospecha, arrojada al mar en uno de los vuelos de la muerte. Eva no dice que la ex compañera de su madre miente, dice que tal vez se confunde, que tal vez los recuerdos de esa época hoy sean borrosos. “Yo sé que no es así. No es real eso. No digo que esté mintiendo, pero puede ser que esté equivocada”, dice y mueve la cabeza en un no sostenido. La versión que ella ha decidido creer, y a la que todavía se aferra como si en eso se le jugara el equilibrio de toda su vida, consigna que hacia 1977, cuando su mamá estaba detenida en la ESMA, su tío Adolfo había sido destinado a Bahía Blanca y participaba de la banda de música de la Armada.

No resulta extraño que el encuentro entre ellas se tornara difícil. A veces imposible. Para Victoria, su hermana Eva, así como otros hijos que defienden a sus apropiadores —incluso en casos en los que estos estuvieron involucrados en el asesinato de sus padres biológicos—, han decidido cerrar los ojos y no ver la historia infernal de la que fueron víctimas. Eva se defiende y recuerda el tiempo que tardó Victoria en hacerse los análisis genéticos, por temor a hacer sufrir a su madre de crianza y a que quedara preso Azic, su apropiador, a quien quiere como un padre y al que hoy visita regularmente en el penal. Eva habla de las contradicciones y de las paradojas que enfrentan los hijos de desaparecidos que aman a sus familias de crianza. Victoria reclama que los apropiadores paguen con condena y cárcel por el delito que cometieron; por eso para ella es justo que Azic haya sido condenado. Pero Azic reconoció la apropiación de Victoria y le pidió perdón. Y Victoria lo perdonó. En cambio, en su tío Adolfo, la diputada ve al hombre que delató a sus padres y la entregó a ella ilegalmente. Eva repite lo que escuchó: “Él la buscó, yo sé que él trató de encontrarla, pero siempre le decían lo mismo, que no había llegado a nacer”. La abuela Leontina, la mamá de Cori, que no se resignaba, cuando Eva era chiquita, la llevó a la sede de Abuelas para que su sangre estuviera en el Banco de Datos. Eso fue lo que permitió el reencuentro. Cuando Victoria, que entonces se llamaba Analía Azic, se acercó a la sede de Abuelas porque alguien le había dicho que podía ser hija de desaparecidos, allí estaba la muestra de ADN de su hermana que la seguía buscando. Tal vez sea inevitable el rencor, dice Eva. “Yo necesité un tiempo para asimilar todo esto. Era muy difícil generar un vínculo con alguien que me hablaba mal de una de las personas que más quiero en el mundo.”

En septiembre de 2009, Eva Daniela participó como oradora en un acto organizado por la Asociación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Terrorismo en la Argentina, agrupación que busca el reconocimiento público de quienes murieron en ataques de las organizaciones armadas e impugna los juicios por causas de lesa humanidad. Desde el escenario armado en Plaza San Martín, rodeada de familiares de ex militares, muchos de ellos condenados por su participación en la represión ilegal, Eva leyó lo que había llevado escrito: “Si se va a juzgar la violencia de los años 70 tienen que estar en el banquillo todos. Eso sería memoria, verdad y justicia. Si no, es sólo venganza y revancha”. La hija de padres desaparecidos y hermana de una niña nacida en cautiverio y apropiada ilegalmente parecía ser hablada por el discurso de los

responsables. El lenguaje, los argumentos y la sensibilidad del movimiento de derechos humanos le son ajenos. Casi no habla de militantes, ella dice “terroristas”, y se pregunta por qué el terrorismo no es también un crimen de lesa humanidad. Eva Daniela es hija y hermana de tres víctimas del terrorismo de Estado pero también es, o se siente, la hija, la sobrina-hija, de un hombre condenado a cadena perpetua a quien no puede dejar de ver como una víctima. Tenía que estar allí en su defensa.

Ésa es la doble condición de su tragedia que quedó expuesta sobre el escenario. Una doble condición que quizás haya tejido la red de fidelidades en la que todavía pareciera estar atrapada su subjetividad. “Yo creo que todos somos víctimas de la violencia de los años 70. Y si yo voy a hablar de reconciliación, si yo voy a hablar como hija de desaparecidos, que es lo que soy, ¿a dónde voy a ir a hablar, con los hijos de desaparecidos? Para mí lo más lógico, con ese razonamiento, fue ir a hablar con las familias de aquellos a quienes pudieron haber matado mis padres, porque mi papá mató gente y esa gente tenía hijos y hermanos y padres, entonces, fui a hablar con ellos.” ¿Hubiera aceptado ser oradora en un acto de HIJOS, la agrupación que nuclea a los hijos de las víctimas de la represión ilegal? ¿Cómo lo hubieran tomado sus tíos y sus primos hermanos? ¿Le pesaba imaginar que podía herirlos su disposición a escuchar la versión de Victoria? “A mis primos no les hubiera importado que yo hable en un acto de HIJOS, mientras que a mí me haga bien. Pero tal vez a mi tío sí, aunque no, a mi tío tampoco. Pero mi tía sí, tal vez ella podría haberse sentido como traicionada.”

La participación en el acto de Plaza San Martín en 2009 dinamitó el frágil vínculo que habían empezado a construir las hermanas. Victoria marcó públicamente sus diferencias y habló de lo doloroso que era para ella saber que la persona con la que compartía todo en materia genética defendiera “a quienes habían asesinado a sus padres”; “yo nunca pediría impunidad”, dijo. Eva Daniela también respondió: “El afecto que siento por ella es aparte. Las diferencias que tenemos respecto de lo que pasó en la época de la dictadura son diferencias que tiene todo el país”. Sin embargo, cinco años después recuerda su participación en ese acto como sorprendida de sí misma: “Fui un poco tonta, un poco kamikaze en mandarme a defender algo sin fundamento”, sonríe. Después de todo, la política, las discusiones jurídicas, no son lo suyo, por eso ni lee los diarios ni se informa e incluso tiene un conocimiento bastante vago sobre la militancia de sus padres, aunque está convencida de que, aun equivocados en los métodos, luchaban por las buenas causas. “Yo a mi papá me lo imagino como al Che Guevara, como a un héroe”, dice. Y enseguida equilibra la balanza: “Mis papás también hicieron cosas violentas. Hoy tendrían que estar presos un montón de montoneros y de militantes por actos terroristas”. Pero otra vez, el interés por la argumentación política se le agota rápido. Se diría que se mete en esas aguas a su pesar. O por estricta necesidad. Necesidad de hacer las paces como sea con el pasado para que su vida no siga siendo siempre pérdida tras pérdida, sus padres, su hermana,

las abuelas, su primer marido, el tío que ha sido como un padre para ella y a quien ahora tiene que visitar en prisión. "No sé cuántos murieron en manos de los terroristas. Sé que hay historias terribles. No importa la cantidad porque cada historia es importante. A mis papás los mataron. Son desaparecidos. Yo soy hija de desaparecidos y a mí me cagaron la vida. A mí también me mataron a mis padres. Pero, ¿quién tiene el medidor del dolor? ¿Quién decide quién sufrió más?"

Ese día mayo de 1977 en que María Hilda Pérez corrió con su embarazo a cuestas y cayó finalmente en manos del comando de la Fuerza Aérea que la acorraló en la estación de trenes de Morón, José María Laureano Donda todavía se refugiaba en la clandestinidad, pero fue herido unos pocos meses después en un enfrentamiento. Algunas versiones dicen que murió luego en la Comisaría 3ra. de Castelar, otros testimonios aseguran, en cambio, que también llegó a estar detenido en la ESMA como su esposa. El día en que su madre fue secuestrada, Eva estaba en la casa de Leontina Puebla de Pérez, su abuela materna. De su vida como hija antes de la caída de sus padres no tiene recuerdos. Tenía poco más de un año cuando sucedió. Los relatos familiares fueron llenando ese vacío, pero tampoco es tanto lo que sabían las abuelas y los tíos porque la clandestinidad obligaba a mantener distancia. "Yo sé lo que me fueron contando mis abuelos paternos y maternos. Que mis papás no tenían un domicilio fijo, que se iban mudando cada tanto, dejaban todas sus cosas y se iban a otro lugar. Sé que a veces mi abuela les llevó frazadas, comida, ropa de abrigo, sé que vivieron cerca de unos monoblocks que hay por la avenida General Paz y que para pasar desapercibidos a veces cambiaban de pareja, mi mamá salía con otro tipo y mi papá con otra chica. Sé que todos decían que mi papá era muy inteligente, que en el Liceo Naval tenía una notas increíbles, pero que igual le decían 'El Pato', por el pato criollo, cada paso una cagada, porque era un poco torpe. Y a veces cuando a mí me pasa, que soy medio atolondrada, que voy caminando y me llevo algo por delante, también me dicen 'Ay, Pato'. Mi abuela Cuqui me decía 'Sos igual a tu papá' y mi abuela Leo, 'Sos igual a tu mamá'. Sé que en mayo de 1977, no sé qué día exacto, mi mamá no volvió a buscarme a lo de mi abuela. Victoria me contó que a veces mis papás también me dejaban al cuidado de una señora de Fuerte Apache que se ocupaba de los hijos de los militantes y que ahí me decían 'la gringa'."

Hasta los cuatro años Eva vivió en Morón, con la familia de la mamá, los Pérez, y los fines de semana se instalaba con un bolsito y una muda de ropa en Martínez, en la casa de su abuela Cuqui, mamá de los hermanos Donda. La relación entre las dos familias era tensa y el tironeo por la pequeña, constante. Según Eva, las diferencias sociales se hacían sentir y la precaria situación económica de sus abuelos maternos terminó en la cesión de su custodia a la familia paterna. Ésa es su versión, la de los Donda. Su hermana cuenta otra historia, más cercana a la versión de los Pérez. En su libro autobiográfico *Mi nombre es Victoria*, escribió que el

permanente hostigamiento judicial de Adolfo Donda a la familia materna —que tenía menos recursos— culminó en la adopción compulsiva por parte de su tío. En plena dictadura, la abuela Leontina —una de las fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo— perdió el juicio por la tenencia de su nieta y debió ceder la tutela a la familia Donda. Los hermanos de Cori, tíos de Eva y Victoria, han afirmado que las recurrentes presiones y amenazas del represor obligaron a la familia a abandonar la Argentina para siempre: cuando Victoria supo la verdad sobre su origen y quiso conocer a la abuela Leontina y a los hermanos de su madre tuvo que viajar hasta Toronto, Canadá, el país donde se habían exiliado.

Eva, huérfana, se crió con la dinámica de los hijos de divorciados, iba y venía de una casa a la otra. De Morón a Martínez. De Martínez a Morón. De un mundo a otro. De la casa familiar de los Pérez, barrio obrero, crianza humilde, a la clase media de la familia naval. De un relato al otro también. Del que le contaban la abuela Cuqui y el tío Adolfo sobre cómo el mayor de los dos hermanos, hombre de la Armada, padrino de casamiento del Pato y de Cori, había tratado de salvar al menor, las tantas veces que intentó disuadirlo de seguir en Montoneros, los pasajes que puso a su disposición para que el matrimonio se exiliara en Italia, las gestiones que hizo cuando se enteró de los secuestros. Y el relato de la familia Pérez, que Eva imagina teñido por el dolor de la pérdida y por el rencor: ¿por qué el tío marino, se quejaban los Pérez, no hacía nada para sacar del infierno a su hermano y su cuñada? "Mi abuela Cuqui vivió el miedo que él tenía de que les pasara algo a mis padres, las discusiones familiares en donde le decían a mi papá que dejara su militancia porque aunque se escondiera debajo de las piedras, lo iban a agarrar; y después, la desesperación de mi tío cuando supo del secuestro de su hermano. Yo creo que al tener una pérdida tan grande, mis abuelos maternos necesitaban la cara de un culpable, tenían que buscar a alguien físico a quien echarle la culpa y le echaron la culpa a mi tío."

También su nombre fue tironeado de un lado y del otro. El documento de identidad confirma que se llama Eva Daniela Donda. La niña acunada al ritmo de las canciones militantes de los años 70, abrigada en la ilusión revolucionaria de sus padres peronistas que militaban en la Zona Oeste, de Ciudadela a Morón, fue nombrada Eva como tantas otras hijas del país que homenajearon con su nombre a "la abanderada de los humildes" que, en los años 70, se había convertido en ícono de la resistencia y de la guerrilla peronista. Sin embargo, para su vida con los Donda fue y sigue siendo Daniela. Nunca Eva. Eva se llamaba para los Pérez. En la escuela ella misma pedía "Díganme Daniela", y aunque en su perfil de Facebook se presenta como Dani Donda, hoy pareciera que ha empezado a reconciliarse con ese primer nombre. Algunas amigas lo saben y han empezado a llamarla así, Eva, el nombre que sus padres soñaron para ella.

A veces la asaltan recuerdos que no puede identificar bien, pero que imagina son de aquella época de la vida clandestina de sus padres. O tal vez no sean recuerdos, no lo sabe, pero de pronto le vienen imágenes que parecen chispas de la memoria, una casita humilde con flores,

una cuna en la que tenía frío, la sensación de quedarse sola, de miedo. La sensación de abandono que la acompaña hasta el día de hoy. Ésa es su marca, dice, la del desamparo. "Yo a mis padres los necesito todavía hoy, los necesité siempre y no los tuve. Crecí esperando encontrar a mi hermana, porque yo perdí a mi hermana también. No la tuve y no la tengo. Y esa sensación de estar sola la voy a tener siempre." Aunque nunca estuvo sola. La abuela Cuqui, los primos, los tíos, la rodearon de afecto. Pero nada alcanzaba para borrar el sentimiento de orfandad, aunque con esos primos se quieran como hermanos. "Si alguien no conoce mi historia y tengo que hablar de mis primos, no digo 'mis primos' porque parece una relación muy lejana y para mí son más cercanos que primos. Pero por más que vos quieras a alguien como si fuera tu hermano, es siempre 'como si'. No deja de ser 'como si'." "Como si", dice Eva, todo es "como si": la abuela Cuqui, que cuidó de ella como si fuera su madre; su tío Adolfo y la tía Graciela, que la sumaron como hija y a los que quiere como si fueran sus padres, y los primos, a los que ama como a hermanos. Eva no se atreve a decir si le parece justo o injusto que su tío esté preso. Titubea. Prefiere evitar definiciones jurídicas. Quizá por eso elige hablar desde otro lugar, el afectivo: que su tío esté preso para ella es una pérdida más. Y dice, como puede, que todo ha sido pérdida en su vida. "Si me preguntan qué me gustaría..., yo quisiera que mi tío estuviera libre. Él es mi imagen paterna, él es el abuelo de mis hijos."

Por ahora, las hermanas han vuelto a dejar esa discusión entre paréntesis. En el largo camino que siguen recorriendo desde 2004, cuando se encontraron por primera vez, los hijos de ambas, los embarazos, tuvieron un lugar fundamental. Estaban distanciadas cuando, en 2007, Eva Daniela quedó embarazada de Dante y sintió la necesidad de compartirlo con su hermana. Se sorprendió pensando, por primera vez, que si algo llegara a pasarle a ella, querría que Victoria estuviera cerca de sus hijos. "Es que estar adentro de la misma panza es algo tan fuerte, no sé, no tengo palabras para explicarlo. Siempre me sentí un poco sola, un poco paria, y en ese momento pensé, tengo a mi hermana, entonces por qué no comunicarme con ella." Volvieron a verse. Fue ese día en que se agarraron de las manos y por debajo de la mesa intercambiaron los zapatos. Vieron juntas las fotos familiares que Eva había traído para compartir con Victoria. Se reían. "Ella me repetía lo que ya me había dicho en el primer encuentro: '¿Por qué yo soy morocha y vos tenés los ojos claros?', y yo le decía 'Bueno, pero vos tenés tetas y yo no', y nos pedimos una cerveza, y ella se pidió una cerveza negra y yo una rubia y nos reíamos."

Hermanas. Los mismos gestos. Las mismas modulaciones de la voz. En eso estaban cuando Eva Daniela hizo aquellas declaraciones en el acto de Plaza San Martín, en 2009, y la relación volvió a enfriarse. Tanto que ella se enteró del embarazo de Victoria por las noticias que le acercó su vecino. Sin embargo, poco después de la entrevista para el libro, cuando supo del embarazo de su hermana, Eva quiso volver a hablar con ella. Desde entonces, están otra vez en contacto y hoy, con cuidado, amorosamente, siguen intentando que las diferencias no ganen la

partida. El 18 de octubre de 2014 nació Trilce, la hija de Victoria y el periodista Pablo Marchetti. Al día siguiente, Eva Daniela fue al sanatorio con sus hijos para conocer a la nueva integrante de la familia: “Es un sol de bella —nos escribió—. Ellas son muy importantes para mí”. Hoy se frecuentan, comparten tiempo con sus hijos y sobrinos, y se han puesto como prioridad cuidar la relación fraternal que empezaron a construir de nuevo.

Hace un tiempo Eva Daniela le envió a Victoria el poema “Habrá que estar”, de Yamandú Cardozo, el director de la murga uruguaya Agarrate Catalina. Fue el modo que encontró de hacerle saber cuánto le importa, cuánto necesita que esta vez nada la aparte de su hermana.

Cuando llegue el día en el que el aire a mi alrededor se vuelva un muro invencible de gritos y temores… Cuando macabras mariposas, cenizas de la hoguera de mis certezas, envenenen mi pecho y lacren mis ojos… Si llega la noche en la que la noche se vuelve una celda y mi cabeza un laberinto ajeno… Cuando mis últimos amigos, con carcajadas de hielo, borren de un soplido sus promesas indelebles y me apuñalen rabiosamente el alma… Si alguna vez merezco la brutal compañía de su ausencia… Cuando todo sea naufragio. Cuando se mueran de a una las canciones… Cuando ya no queden alas. Si llegan, como caballos malditos y probables, esas horas… Siempre, estarán mis hermanos. Enteros, Guardianes. Con sus vidas ardiendo entre las manos como faros incandescentes. ¿Qué pasará, si entonces, mis hermanos caen? Habrá que encontrarse, curarse, como sea revivir y estar con el pecho abierto, con mi vida a cuesta, como un escudo, siempre para mis hermanos.

Eva Daniela también les envió el poema a esos primos que son como sus hermanos. Sueña con que todos puedan reunirse alguna vez. Todos sus hermanos. Incluso le gustaría encontrarse con la hermana de crianza de Victoria, Carla Azic, también apropiada por el ex prefecto, con quien la diputada mantiene una relación entrañable que no se alteró ni siquiera después de la noticia que les cambió la vida. A Eva le gustaría que también sus primos pudieran encontrarse con Victoria, ellos se lo han pedido. Pero al menos por ahora esa reunión no es posible. La familia ampliada y ecuménica con la que sueña es un deseo que sólo se hace realidad en su perfil de Facebook. Allí sí, sus primos conviven con Victoria y con Pablo Marchetti, con los tíos Donda y con los tíos Pérez, como una gran familia reunida. Por ahora, sólo allí, en Facebook.

En la foto de portada que eligió para la red social, se la ve tendida en el césped abrazando a su perro en un lugar que parece el paseo del río, en Martínez. Cada vez que puede, Eva Daniela se va en bicicleta hasta allí, a veces acompañada de su perro, a veces con sus hijos, a veces sola. El agua, ver las nubes sin cables, ver el cielo sin que nada se interponga le hace bien. Le hace bien estar frente al río, dice, y no sabe por qué. Alguna vez arrojó flores al agua. Las aguas marrones del Río de la Plata al que vuelve una y otra vez. Las mismas aguas en las que quizá descanse Cori.

Los hermanos Dupont:
VALERIA, MARCELO, MÁXIMO Y MIGUEL

"El perdón me ha ayudado muchísimo a transitar la vida de una forma más liviana"

Marcelo Dupont chequea números y planillas en la entidad financiera en la que trabaja. A pocos metros de su escritorio, una oficial de cuenta mantiene una tensa conversación telefónica con un cliente. La discusión enrarece la atmósfera y la mujer, impotente, deriva la llamada a Dupont, su jefe.

—Hola, ¿quién es? —pregunta Marcelo.

—Soy Massera. ¿Con quién hablo?

—Soy Marcelo Dupont —responde calmo e intenta que su conmoción interior no lo traicione, que nada se perciba en su tono. Al otro lado de la línea está el hijo del ex jefe de la Armada, Emilio Eduardo Massera. El hijo del hombre sospechado de haber ordenado el brutal asesinato de su padre, el publicista Marcelo Dupont, en 1982. Acaso en esos breves segundos los dos hijos estén recordando lo mismo. El escándalo. Las portadas de los diarios y las revistas. El asedio periodístico. Las sospechas nunca desterradas de que detrás del crimen de Marcelo Dupont había estado Massera, dispuesto a todo para silenciar a quien pusiera en riesgo su proyecto político. A Marcelo, ese nombre —Massera— lo transporta al peor momento de su vida, cuando su padre fue secuestrado, torturado y finalmente asesinado en el ocaso de una dictadura que todavía conservaba capacidad para dar zarpazos.

En aquellos años, el publicista Marcelo Dupont estaba al tanto de la información que su hermano Gregorio, testigo clave en el juicio por el secuestro y asesinato de Elena Holmberg, pensaba denunciar en la Justicia. Un día antes de su secuestro, en 1978, Elena Holmberg le había confiado a Gregorio pruebas que corroborarían las negociaciones secretas entre Massera y Montoneros en París. Y Gregorio había compartido esta revelación con su hermano Marcelo. En 1982, poco tiempo después de que Gregorio aportara a la Justicia la información que selló el destino de su amiga, su hermano Marcelo fue secuestrado y asesinado, y su cuerpo arrojado desde una terraza de un edificio en Barrio Parque.

Como el de la diplomática Elena Holmberg, el crimen del publicista generó en aquel tiempo un escándalo de proporciones inéditas. Marcelo Dupont no era un hombre sospechado de tener

afinidad con las organizaciones armadas ni con la intelectualidad de izquierda. Podría decirse que pertenecía a esa parte de la sociedad que había visto con buenos ojos la llegada de los militares. Su asesinato se inscribe en esa otra lista de crímenes inesperados con los que se procuró ocultar también negociados económicos y políticos de los jerarcas del régimen.

Pasaron 33 años desde aquel asesinato nunca esclarecido y los cuatro hijos de Marcelo Dupont están dispuestos, por primera vez, a recordar públicamente aquellos días de infierno y a contar cómo se reinventa la vida después de la muerte. Valeria, Marcelo, Máximo y Miguel dicen que nunca en todos estos años se habían reunido los cuatro para enlazar memorias y recordar juntos los últimos días de su padre.

El 30 de septiembre de 1982, a las 7 y 20 de la mañana, Marcelo Dupont entró en la habitación de su hijo Máximo, levantó la persiana y lo despertó para ir al colegio, como todos los días. Esa vez sacó de la cama también al hijo mayor, Marcelo: tenía algo para contarles. "Su tío está haciendo declaraciones importantes contra el gobierno militar. Me están siguiendo. No creo que me pase nada pero si me pasa algo, cuiden mucho a su vieja y a sus hermanos." Ya le había confiado a su mujer que era objeto de seguimientos y amenazas. Nunca las había tomado demasiado en serio, pero esta vez, por algún motivo, necesitó blanquearlas: le habían advertido telefónicamente que si "seguía jodiendo" le iban a quebrar las piernas a "Marcelito, el que va en bici a la Facultad".

Los hermanos Dupont nunca pensaron que aquellas palabras desoídas y subestimadas por los adolescentes que eran preanunciaban la tragedia; y que ese día normal de desayuno apurado, colegio y entrenamiento de rugby, sería el último día en que verían a su padre con vida.

A principios de los años ochenta la vida familiar de los Dupont transcurría en un departamento alquilado de 300 metros cuadrados, ubicado a pocos metros de la Cancillería. El edificio entero era propiedad de la familia Blaquier y los Dupont vivían en el segundo piso, un departamento con grandes ventanales con vista a la Plaza San Martín. El matrimonio Marcelo Dupont María del Carmen Firpo, integrante de una familia acaudalada y muy numerosa, llevaba más de veinte años y con ella había tenido a sus cuatro hijos. Los últimos tiempos no habían sido fáciles. Los problemas económicos y las deudas impagables que la agencia de publicidad de Dupont había contraído con importantes empresas lo habían llevado a una convocatoria de acreedores y luego a asociarse con su colega Gabriel Dreyfus. Valeria, la hija mayor, había comenzado a trabajar de recepcionista en aquella agencia y veía todos los días a su padre en el

trabajo. Los hermanos menores, Máximo y Miguel, todavía cursaban el colegio secundario y cumplían religiosamente con los entrenamientos y los partidos de rugby.

Las preocupaciones de los adultos no sólo eran económicas y financieras. El hermano de Marcelo, Gregorio Dupont, portador de información sensible que le había confiado Elena Holmberg poco antes de morir, ya había sido expulsado del Servicio Exterior de la Nación en 1976. Pero en 1982, con la reapertura de la causa por el asesinato de su amiga, dio un paso más: se convirtió en testigo clave de ese juicio y aportó la información que se había pretendido ocultar con el asesinato de la diplomática. Sobrina del ex presidente de facto Alejandro Agustín Lanusse y hermana de militares, Elena Holmberg trabajaba en la embajada argentina en París y conocía el funcionamiento del Centro Piloto, un organismo de inteligencia creado por los marinos de la ESMA que además de realizar tareas de contrapropaganda, contrarrestar la "campaña antiargentina" y vigilar a los exiliados, era utilizado para alimentar el proyecto político personal del almirante Massera. Holmberg aseguraba conocer contactos que el ex jefe naval había tenido con la cúpula de Montoneros y decía tener pruebas de una reunión entre Massera y representantes de la organización armada en un hotel parisino, en 1978. En ese encuentro, en nombre de los Comandantes y a cambio de dinero, el represor habría negociado con las cabezas de la organización armada una tregua durante el Mundial de Fútbol que se llevaría adelante en la Argentina en 1978. La diplomática pensaba denunciar aquellas reuniones, por eso se había convertido en una funcionaria peligrosa e incómoda y por eso también fue removida de su cargo en París y, ya reinstalada en Buenos Aires, le había confiado todos los detalles de esta información a Gregorio Dupont. Un día después de ese encuentro con su amigo, el 20 de diciembre de 1978, fue secuestrada frente a un garaje de la calle Uruguay, en pleno centro porteño. Tres días después, su cuerpo apareció flotando en las aguas del río Luján. El testimonio de Gregorio era primordial para conocer la información que había marcado a fuego el destino de su amiga. Y los hermanos Dupont, Gregorio y Marcelo, eran confidentes e inseparables.

Valeria, Marcelo, Máximo y Miguel recuerdan bien esos meses de 1982, el ajetreo en la casa y las entradas y salidas de Gregorio del departamento familiar. Hoy saben lo que en ese momento ignoraban: las conversaciones furtivas de los adultos, la preocupación de sus padres y el esfuerzo de María del Carmen por resguardar a su familia del peligro que corrían por las recurrentes visitas de Gregorio y las amenazas anónimas. "De todos modos, nosotros éramos chicos, veíamos movimiento pero estábamos en otra", coinciden. Soltero y sin hijos, el diplomático había recibido algunas amenazas y nunca descartó la posibilidad de ser él mismo el blanco de un atentado. Lo que nunca imaginó es que podrían ir por su hermano. Se equivocó.

Tuvieron que pasar cuatro años para que los hermanos de Elena Holmberg pudieran reabrir la causa, y en 1982 la Justicia citara a Gregorio Dupont. El diario *Buenos Aires Herald* publicó en

tapa las declaraciones del ex diplomático que comprometían a Massera y lo hizo con tal repercusión que el resto de los medios se vio obligado a reproducirlas, lo que generó un escándalo de proporciones inéditas durante la dictadura. Días después Massera inició una querella por calumnias y difamaciones contra Dupont argumentando que no había tenido nunca vínculo financiero ni de ningún otro tipo con Montoneros o "con otra banda terrorista", que no sabía de la existencia de Elena Holmberg hasta que se produjo su desaparición y que no tuvo ni tenía noticias sobre quiénes y por qué atentaron contra su vida.

El 30 de septiembre de 1982 Marcelo Dupont fue secuestrado. Una semana después, el 7 de octubre, fue encontrado muerto en la calle San Martín de Tours 3113. Lo habían arrojado al vacío desde una altura de 14 metros en un edificio en construcción. En el mismo momento en que el encargado del edificio descubría el cuerpo de Dupont tirado en la vereda, Massera era entrevistado en el programa televisivo de Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. En ese reportaje, el represor deslindó toda responsabilidad respecto de la desaparición de Dupont, afirmó que la Justicia debía investigar hasta las últimas consecuencias y que había una "mano negra" que pretendía inculparlo. También aprovechó para presentar en sociedad su proyecto político con el que buscaba reciclarse en plena transición democrática, anotándose como candidato.

Para los hijos de Marcelo Dupont hubo dos momentos clave y dos noticias para procesar: la primera, la de la desaparición del padre, aquellos largos siete días de angustia e incertidumbre, conmoción familiar, noticias falsas, especulaciones cruzadas y acoso periodístico a toda hora, en todo lugar. Y luego, implacable y atroz, la noticia de la muerte y la aparición del cuerpo. "¿Cómo seguir después de esto? ¿Qué va a ser de mi vida?", recuerda haberse preguntado Máximo, desconsolado, devastado. "De alguna manera todos tuvimos que empezar a reinventarnos."

Miguel, el menor de los hijos de Marcelo Dupont —también publicista—, tiene hoy la misma edad que tenía su padre cuando fue asesinado: 47 años. En aquellos días, era un adolescente de 14 y recuerda que fue su hermana Valeria la que le dio la noticia de la desaparición. El menor de los Dupont lloró unos pocos minutos, buscó a su madre para abrazarla y regresó a la cama a dormir. Miguel dice que no aceptaba la noticia y que negó la muerte de su padre hasta la irrefutable aparición del cadáver.

"Todos somos un poco negadores, ¿no? Para mí fue como si mi papá se hubiera muerto de cáncer", admite Valeria. A lo largo del encuentro, la hermana mayor se refiere una y otra vez a la "muerte" de su padre y no al asesinato; para admitir luego, cómo operaron en ella y en la familia ciertos mecanismos de negación como autodefensa. "Siempre sentimos que no podíamos culpar a nadie porque no sabíamos a quién culpar", dice Valeria, aunque había

fuertes sospechas —más allá de las internas que repartían la culpa entre la Armada y el Ejército— de que el crimen había sido orquestado desde algún sector del gobierno militar.

De la evocación de aquellos días —desordenada y por momentos contradictoria—, se encargarán los hermanos mayores Valeria, Marcelo y Máximo, aportando retazos y pinceladas que Miguel, el menor, escuchará con asombro y bromeará respecto de un estrés postraumático que ha dejado lagunas en su memoria. Escuchará a sus hermanos en silencio y, por momentos, cada anécdota y cada detalle lo sorprenderán como si se tratara de una historia lejana y ajena. “¿En serio?”, le dirá a Valeria. “¡Pero sí! ¿No te acordás?”, le responderá ella. “No, no me acuerdo de nada. Postraumático”, bromeará. Miguel recuerda bien, sin embargo, su testimonio en la comisaría, algunos faltazos al colegio y el uso pícaro de esta situación para hacerse “la rata” más de una vez, el velatorio atestado de familiares, amigos y conocidos, y el concurrido entierro en el Cementerio de la Recoleta.

Valeria fue la última de los hermanos en ver a su padre con vida. Esa tarde se despidió de él en la oficina, como todos los días. Sabía que él iría a ver a su amigo Iván Allende y luego a su abogado por temas vinculados a la quiebra de su empresa “M. Dupont Publicidad”. Esa tarde fatídica del 30 de septiembre del 82, Marcelo Dupont salió de su agencia para reunirse con Allende, en Libertador 260, en el barrio de Retiro. Después de ese encuentro, debía ver a su abogado Norberto García Tejera, pero nunca llegó. La reconstrucción de ese itinerario confirmó que el secuestro ocurrió en la zona de Retiro, después de su encuentro con Allende, y que nunca llegó a ver a su abogado. Por eso, al día siguiente de la desaparición, Valeria tuvo que ir a la comisaría a declarar todo el recorrido y dar detalles sobre qué había hecho su papá el último día.

Los hermanos hilvanan, a cuatro voces, el momento posterior a la desaparición de su padre, la creciente inquietud familiar, las horas frente al ventanal de su departamento con la ilusión de verlo aparecer, en cualquier momento, caminando con tranquilidad, despreocupado por el tiempo. “Se habrá ido a tomar algo, se habrá ido por ahí con algún amigo”, especulaba la familia. Y luego, el llamado del abogado García Tejera, preguntando por qué Marcelo no se había presentado a la reunión pautada. A partir de entonces, la sucesión interminable de llamados telefónicos, las recorridas de María del Carmen por los distintos hospitales y comisarías de Buenos Aires. Y ya, frente a la certeza de la desaparición, la denuncia correspondiente y el hábeas corpus.

Los rumores y las versiones contradictorias echadas a correr y reproducidas intencionalmente por distintos medios de comunicación —la mayoría de ellos intervenidos por la dictadura militar— no se hicieron esperar. Esas versiones, después desestimadas, sostenían que Dupont tenía problemas económicos y financieros y que se había ido de viaje a Brasil, vía Uruguay. Incluso la revista *Gente*, propiedad de Aníbal Vigil, un amigo cercano de la familia,

desoyó el pedido de los Dupont de no alimentar falsas versiones. En una carta de lectores publicada el 3 de noviembre de 1998, en el diario *La Nación*, Gregorio Dupont lo explicó así: "Durante los ocho días en los que mi hermano permaneció secuestrado alguien que decía llamarse Marcelo Dupont y utilizaba su cédula de identidad realizó un increíble periplo en ómnibus que lo llevó a Brasil, cruzando la frontera por Uruguayana, para luego retornar a Buenos Aires, vía Uruguay. El juez suscribió esta descabellada trama". La Justicia comprobó luego que aquella simulación de viaje, orquestada por los Servicios de Inteligencia en el marco del Operativo Cóndor, buscó distraer y confundir, una modalidad que ya se había probado en otras ocasiones. Marcelo nunca viajó al exterior: fue secuestrado y mantenido en cautiverio hasta su asesinato, el 7 de octubre; y la muda de ropa que había sido usada para montar la versión del viaje había sido robada de la casa de los Dupont.

El cautiverio del publicista se prolongó una semana. El 7 de octubre Gregorio recibió un llamado de la comisaría. Fue allí en donde, tendido en el piso, vio el cuerpo de su hermano. Se agachó para abrazarlo y, al hacerlo, constató que la parte trasera de la cabeza estaba totalmente aplastada. La autopsia revelaría luego que Marcelo había sido torturado de manera brutal: en el codo izquierdo tenía un agujero de un centímetro y medio de profundidad, rastros de picana eléctrica en encías y escroto, los riñones estallados por los golpes y laceraciones en el esfínter. Las pericias confirmaron luego que estaba moribundo cuando fue arrojado desde la terraza.

En un primer momento, la Justicia abonó la teoría del suicidio pero la autopsia obligó a un cambio de carátula de la causa y su reemplazo por la de privación ilegítima de la libertad, homicidio y lesiones por pasaje de corriente eléctrica y tormentos. Treinta y tres años después, los Dupont manejan dos hipótesis: que los asesinos buscaron callar a Gregorio, pero que en una confusión fatal, secuestraron al hombre equivocado o que no hubo tal equívoco, que quisieron secuestrar a Marcelo para silenciar a Gregorio. En cuanto a los responsables del asesinato, las especulaciones familiares también difieren: que Massera, comprometido por la información que ponía en riesgo sus ambiciones políticas, instigó su muerte; que el operativo fue realizado por el Ejército para dinamitar el proyecto de Massera, "embarrarle" la cancha y enterrar su ambición presidencial; o que fue una maniobra conjunta entre la Armada y el Ejército ejecutada por miembros del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército.

"Yo primero tuve que perdonar a mi tío —dice Máximo—. Él era soltero, quería hacer algo por el país y la jugada le salió mal. Y yo necesité perdonarlo. Hay algo que no le dije personalmente, pero para mí él es como un héroe invisible, como los de las películas, porque a

partir de lo que le pasó a papá, salieron un montón de casos similares a la luz.” El otro perdón, sostiene, es para las personas que mataron a su padre. “Perdonar fue como hacerme un regalo a mí mismo: sacarme la mochila y sentir que podía empezar a caminar más libremente. Eso fue lo que sucedió. El perdón me ha ayudado muchísimo a transitar la vida de una forma más liviana.”

Los tres hermanos escuchan a Máximo conmovidos. Habla de una confesión personal que hizo pública en 2014 cuando, a pedido de Human Camp —una iniciativa motivacional que busca transformar el liderazgo en las organizaciones—, participó de un encuentro realizado en Rosario destinado a compartir experiencias de superación personal. Con los ojos húmedos y la voz entrecortada dijo que el perdón no fue un proceso fácil ni corto. Que tampoco hay fórmulas mágicas pero que perdonar fue un regalo que se hizo a sí mismo para poder seguir respirando. “Nadie me iba devolver a mi papá y yo necesité perdonar. Y tuve que hacerlo dos veces: tuve que perdonar a mi tío y a los asesinos de mi papá”. Su experiencia personal, la que había cambiado radicalmente su vida y la de su familia, también había tenido impacto laboral: después de una larga crisis dejó atrás el trabajo en grandes empresas para dirigir una agencia pequeña, dedicarle tiempo a una fundación y entrenar a más de cien chicos que juegan al rugby. “El tema de la charla no era lo de papá en sí, sino lo traumático como transformación, como punto de inflexión”, cuenta. En ese encuentro de Rosario, parado frente a un auditorio colmado, con la voz temblorosa, por primera vez habló públicamente de la muerte de su padre. “Ésta era mi familia”, fueron sus palabras inaugurales, las que abrieron la compuerta de la historia. En la pantalla gigante, detrás del escenario, un video con un collage de fotos de Marcelo, María del Carmen y sus tres hermanos. La foto enorme, imponente, la que capturó la familia que eran antes de la tragedia. Y en el centro de esa constelación, la imagen de su padre, solitaria y destacada. La ubicación de Marcelo en el medio no era casual ni arbitraria: el asesinato de su padre había sido un parteaguas en sus vidas. Luego, la imagen de Máximus, el gladiador romano, encarnado por el actor australiano Russell Crowe. Así dice Máximo que se sentía antes de la muerte de su padre. Invencible. Todopoderoso. Invicto. Así se sentía antes de que la muerte transformara para siempre su vida.

Tuvieron que pasar muchos años, dice, para poder reconvertir el dolor en pulso vital. Para él la encrucijada ofrecía dos opciones: el camino de la bronca, el odio, el rencor y salir a buscar a quiénes mataron a su padre; “o continuar por el camino del legado de los Dupont, un legado de optimismo y de alegría”, dice. Él optó por la última. Admite que no fue una decisión racional sino intuitiva porque el costo de ir por el primer camino hubiera sido altísimo. “Fue un proceso largo y duró muchísimo tiempo. En algún momento sentí que debía hablar del perdón y me costaba. Me costaba perdonar.”

Días después del encuentro en Rosario en el que disertó su hermano Máximo, Miguel buscó el link de esa conferencia para verlo por Internet. Estaba de viaje por trabajo en el norte del

país y quiso ver el video colgado en Youtube. El llanto le impidió verlo completo y apagó la computadora. Miguel es quien hoy guarda prolijamente todas las revistas de la época que dan cuenta de su tragedia familiar, las versiones encontradas y los rumores. Desplegadas ahora sobre la mesa y conservadas en perfecto estado después de más de tres décadas, las revistas se esfuman en manos de los hermanos que no pueden dejar de leerlas ni de mirar las fotos: la imagen del entierro de su padre, la tapa con la entrevista exclusiva a la madre de Marcelo y Gregorio, la emblemática tapa con los personajes de la Revista *Gente* de aquel año 82 en la que conviven Bernardo Neustadt, Adriana Salgueiro, el ministro de Economía de la dictadura Roberto Alemann y la modelo Karina Laskarin. En esa foto grupal, detrás de Cacho Fontana y Pinky, asoma la cara de Gregorio Dupont.

Quizá por su condición de hija mayor Valeria rememora esos días con nitidez, la compañía permanente de su novio de entonces —y actual marido— y las decisiones tomadas por María del Carmen treinta días después del entierro, entre otras, la mudanza a la casa de los abuelos paternos que vivían muy cerca. Ni los hijos ni María del Carmen querían vivir más en el departamento de Plaza San Martín. Hoy, los hermanos Dupont sienten una enorme gratitud por ese familión que los contuvo y los acompañó en aquellos años duros.

Tres años después del asesinato de Dupont, en 1985, fue Marcelo quien acompañó a su tío al Juicio a las Juntas para brindar testimonio sobre Elena Holmberg y Marcelo Dupont. Hace unos años, los cuatro hermanos se reunieron con Gregorio para evaluar la reapertura de la causa, debido al hallazgo de nuevos indicios y pruebas. En aquel almuerzo familiar, hubo desacuerdos y posturas encontradas; y finalmente se consensuó la posición de "dejar las cosas como estaban". Temían que en lugar de investigar "a quienes tenían que investigar", pusieran la lupa en su padre, reabrieran viejas heridas y dolores y angustiaran a María del Carmen, la viuda. "¿Vamos a llegar a la verdad? Es muy probable que no, como pasó en otros casos, entonces sigamos con nuestra vida, tratando de sobrellevar esto sin embarrarnos en política", se dijeron. No confiaban en la Justicia ni en las posibilidades de éxito de la reapertura de la causa. Y cuentan que hace años perdieron toda esperanza de que se sepa la verdad. "La realidad demuestra que son prácticamente nulos los casos como éstos que se resuelven a través de la Justicia después de tanto tiempo. Entonces adoptamos una posición más egoísta de parte nuestra. Si no tenemos una probabilidad de éxito realmente grande no vamos a reabrir la causa para revivir todo esto después de tantos años." La única compensación que podrían aceptar hoy después de un largo debate familiar, dicen, es la indemnización que les corresponde y que nunca gestionaron, hasta ahora.

Marcelo escucha a sus hermanos en silencio. Ya no recuerda detalles de aquella fugaz conversación telefónica con Massera. No sabe en qué año fue ni cuánto duró pero sí recuerda la sorpresa y el impacto al escuchar ese nombre.

La madre de los Dupont, María del Carmen Firpo, murió el 11 de junio de 2014, a los 76 años, 32 años después del asesinato de su marido. La despidieron sus cuatro hijos y 16 nietos. Los hermanos dicen que de alguna manera estaban preparados para su muerte, pero que todavía hoy extrañan a ese padre que se fue antes de tiempo. Fantasean con los momentos en los que hubieran querido tenerlo con ellos y se hacen preguntas. “¿Quién habrá estado con el viejo esa semana de cautiverio? ¿Cómo fueron esos días? ¿Cómo fue ese diálogo, el último diálogo entre el torturador y el secuestrado?”, dice uno de ellos. Y los hermanos escuchan en silencio esas palabras dolientes. “¿Les habló de nosotros?”

Hoy, a más de 30 años del asesinato de su padre, Miguel admite que todavía lo sueña. Sueña que su padre vuelve, sucio, golpeado, desarrapado, irreconocible. “Como si volviera de la guerra”, dice. Y viene un abrazo, largo, intenso. Y la pregunta inevitable. “¿Por qué te fuiste? ¿Por qué nos dejaste?”

Fue una situación inesperada: Federico Guevara, el hijo de un militar acusado por crímenes de lesa humanidad, se levantó de su silla en el tribunal y saludó con un apretón de manos a Mariano Tripiana, el hijo de una víctima. Era julio de 2010 y en las dependencias de la Facultad de Ciencias Aplicadas a la Industria de la Universidad Nacional de Cuyo, en San Rafael, Mendoza, se realizaba el primer juicio por crímenes de lesa humanidad cometidos en esa ciudad del sur de la provincia. Todo sucedió vertiginosamente. Tan rápido que Mariano Tripiana aceptó la mano que se le tendía sin comprender muy bien al principio, dice, a quién estaba saludando. Cuando se dio cuenta o se lo dijeron al oído en el momento, se repuso de la sorpresa y no retiró la mano pese a la conmoción interior que le produjo saber que quien se había acercado a saludarlo era el hijo mayor de Aníbal Alberto Guevara, uno de los hombres acusados por el secuestro y la desaparición de su padre.

La foto que capturó ese instante llegó rápidamente a los diarios locales. Era una noticia: en el contexto de las investigaciones y juicios por crímenes de lesa humanidad no se había conocido algo así, el acercamiento respetuoso entre los hijos de las víctimas y los hijos de aquellos señalados por la Justicia como victimarios. El fotógrafo del diario *El Sol*, Marcelo Álvarez, supo captar al vuelo la dimensión dramática de ese encuentro: el apretón de manos, la dignidad de dos hombres jóvenes frente a frente en el nombre de sus propios padres.

Cuando se tomó esa fotografía, Mariano y Federico eran dos hijos que esperaban un veredicto. Federico dijo entonces que había querido agradecerle a Mariano el no haber alentado nunca expresiones de odio ni de venganza contra los familiares de los acusados. No se había sumado al trato agraviante que muchas veces acompaña a los detenidos en los distintos estrados a los que los lleva la causa ni había celebrado con sus declaraciones los insultos: *hijos de puta, hijos de genocidas, genocidas, a-se-sinos, ase-sinos. Adonde vayan los iremos a buscar, olé olé, olé olaaaaa.*

Desde aquella fotografía, tomada cuando el juicio estaba aún sustanciándose, pasaron más de cinco años. Los dos hijos esperaban entonces que se hiciera justicia, aunque esa palabra en disputa no significara lo mismo para cada uno de ellos. El 16 de noviembre de 2010, el Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 2 de Mendoza, integrado por Jorge Roberto Burad, Roberto Julio Naciff y Héctor Fabián Cortés, que investigaba las desapariciones de Francisco Tripiana, Roberto Osorio y Pascual Sandoval, condenó a prisión perpetua al ex teniente coronel (RE) Aníbal Alberto Guevara, teniente al momento de los hechos, y a los policías Raúl Alberto Ruiz

Soppe y Juan Roberto Labarta, a los que identificó con la figura de coautor penalmente responsable de los delitos de privación ilegítima de la libertad, imposición de tormentos y homicidio. Con el juicio concluido y el veredicto refrendado por Casación, Guevara cumple su condena a prisión perpetua en el penal de Marcos Paz.

Hoy sólo uno de estos dos hijos, Mariano, siente que se ha hecho Justicia. Federico y sus hermanos, en cambio, consumen su propia vida en defender una verdad en la que parecen creer sin fisuras, la inocencia de su padre, y en denunciar los desvíos procesales que derivaron en las condenas conocidas. Para Mariano, impugnar el veredicto de la Justicia después de un proceso de 800 fojas en el que declararon cerca 100 personas y en el que él tuvo participación activa en la recolección de pruebas, es inaceptable. Desde su punto de vista, es la confirmación de que los militares todavía hoy se resisten a subordinarse a las leyes de la democracia. Para Federico, es inaceptable que su padre sea condenado a cadena perpetua en el contexto de un juicio al que considera viciado de ilegalidad, porque se aplica retroactivamente la ley penal, se derogan leyes que habían sido ya aprobadas por el Congreso y se validan procesos con testigos que cambian sus declaraciones a lo largo del tiempo, falta de pruebas y contradicciones insalvables que ningún tribunal, reclama, salvo un deliberado interés político, hubiera dejado pasar.

Cuando entrevistamos por primera vez a Mariano Tripiana y a Federico Guevara en marzo de 2011, al primero en San Rafael, al segundo en la ciudad de Mendoza, ambos estaban dispuestos a reunirse para un diálogo a dos voces. En aquel momento, veían con buenos ojos la posibilidad de encontrarse aun sabiendo que no se pondrían de acuerdo en lo que concierne a la sentencia de Aníbal Alberto Guevara.

Razones prácticas lo impidieron entonces y hoy las diferencias parecen insalvables. Mariano ya no quiere saludos ni encuentros. Los escraches contra Ricardo Lorenzetti en 2011 en los que dos de los hermanos Guevara —Constanza y Aníbal— interpelaron a viva voz al presidente de la Corte Suprema y le reclamaron por la suerte de los "presos políticos" en lo que consideran procesos sin legalidad y sin garantías para los acusados, son para él un atentado contra la democracia. "¿Por qué en vez de pelearse con los jueces no increpan a su padre para que rompa el pacto de silencio y diga dónde están los cuerpos? Yo entiendo la desesperación de ellos, entiendo ese dolor, pero por lo menos ellos pueden visitar al padre en la cárcel, yo al mío ni siquiera sé adónde llevarle una flor."

Hoy ya no es posible repetir aquella foto que los reunió hace cuatro años, el apretón de manos entre dos hombres casi de la misma edad que expresan —tal vez a su pesar— dos grandes avenidas simbólicas por las que discurrió la Argentina del siglo XX. O dos espejos enfrentados de una historia de divisiones que continúa hasta hoy. Por un lado, el hijo del peón de campo, el descamisado peronista también pintor de brocha gorda, que abrazó las banderas

de la justicia social, y por el otro, el hijo del teniente coronel, integrante de una familia tradicional de Mendoza, casado con una mujer de San Isidro también de linaje militar, con abuelos y tíos que vistieron orgullosos el uniforme del Ejército, que para ellos era el uniforme de la patria.

La foto de aquel apretón de manos podría leerse de distintas maneras. ¿Como símbolo de que el encuentro es posible, aun en las diferencias? ¿Como estrategia publicitaria de un hijo desesperado que busca mejorar la imagen de los militares ante la sociedad? ¿Como prueba de que los hijos de los militares sólo quieren garantías democráticas para el enjuiciamiento de los padres y no reivindicar la dictadura ni la impunidad? ¿Como la prueba irrefutable de que es justicia y no odio ni venganza lo que persiguen los familiares de las víctimas?

Las palabras y las imágenes nunca son inocentes y el doloroso glosario acuñado durante los últimos cuarenta años puede ser un campo minado de sentido.

Aníbal Guevara:
“Quiero ser lo más diferente que pueda de los que violaron los derechos humanos o de los autoritarios que abusaron del poder del Estado y les negaron garantías constitucionales a sus enemigos”

Pocos meses después de aquel apretón de manos con Mariano Tripiana, nos comunicamos con Federico Guevara, entonces gerente de marketing de una empresa mendocina, para proponerle participar en el libro. En marzo de 2011, nos reunimos en la ciudad de Mendoza, en el departamento de una hermana del ex teniente coronel (RE) Aníbal Alberto Guevara, donde Federico, recién separado, estaba viviendo temporariamente y adonde recalaban los hijos del militar cuando viajaban desde Buenos Aires para visitar a su padre, en aquel momento preso en un penal de la provincia. Estaban ese día cuatro de los cinco hijos: Federico, Constanza, Aníbal y Juan (otra hermana, Elena, vive en Canadá). Los hermanos —el mayor nacido en 1974; el menor, en 1985— coincidían en un llamado a la “reconciliación y pacificación nacional”, en “poner fin a la guerra que divide a los argentinos”, en “tirar todos para el mismo lado”. Y coincidían, sobre todo, en el cuestionamiento a los juicios de lesa humanidad y en la denuncia sobre irregularidades en el proceso contra su padre. A veces se podían percibir matices en sus opiniones; incluso diferencias de criterio que intentaban atenuar ante el micrófono. Federico, que se autodefine como un hombre de centroderecha, llevaba sus razonamientos a posiciones que a veces incomodaban a sus hermanos: “Pero también las familias podrían dar por terminado el tema de encontrar los cuerpos, porque es una cuestión de cabeza, de mentalizarse. Yo lo puedo enterrar a mi hijo diciéndome a mí mismo que murió en una guerra, en un enfrentamiento, y a veces en una guerra no se recuperan los cuerpos”.

Aníbal y Constanza saltaban azorados. Músico, estudiante de percusión, lector incesante, Aníbal intentaba una comprensión más profunda de los años 70. Constanza, estudiante de cine, de pedagogías Waldorf, de yoga, instructora de *El arte de vivir*, la hippie de la familia, según sus hermanos, lloraba con frecuencia. Por la situación de su padre, pero también al hablar de las víctimas de la dictadura, de los hijos separados de sus padres, de niños apropiados, de padres e hijos que aún no pueden encontrar los cuerpos. Lloraba. Ella, hoy de novia con un joven cordobés, nieto de una Abuela de Plaza de Mayo, sobrino de una mujer desaparecida cuando estaba embarazada, quería creer en la posibilidad de un “encuentro humano” capaz de superar antagonismos políticos e ideológicos. Juan, el más chico, hablaba poco y Federico y Aníbal, aun

en contrapunto, sostenían la argumentación central de la familia: los juicios violan derechos constitucionales al aplicar retroactivamente una ley penal y derogar leyes sancionadas por el Congreso. Más allá de ese marco general, están convencidos de que en la instrucción de la causa contra su padre hubo testigos que cambiaron de opinión con el tiempo, pruebas falsas y una sentencia que no pudo probar la participación del ex militar en la desaparición y muerte de las víctimas. Los hijos dicen que su padre es acusado de ser partícipe necesario de una estructura organizada de poder que asegura la comisión de un delito. En el caso particular de la detención de Francisco Tripiana, los hijos de Guevara aseguran que su padre presentó pruebas, desestimadas por la Justicia, de que ese día él no se encontraba en Mendoza y mal pudo, entonces, haber comandado esa detención.

Para el momento de aquel primer encuentro, los cuatro se veían abrumados por la situación que les tocaba vivir y para la que nada los había preparado: su padre preso en una cárcel común, visitas con horarios estrictos y requisas, la tristeza de cada despedida. Era una vida inesperada en que las Navidades, los cumpleaños, los nacimientos, cualquier celebración, les recordaba que su padre no podía estar ahí. Durante un tiempo pospusieron ceremonias familiares, por ejemplo casamientos: si su padre no podía estar presente, entonces no habría festejos. Todo lo que hacían, lo que no hacían, lo que se exigían hacer, estaba marcado por esa circunstancia. Tenían que hacer algo, debían hacer algo. ¿Se sentían obligados a hacer algo?

Unos días antes de ese encuentro en la ciudad de Mendoza, Aníbal y Constanza habían protagonizado un incidente con repercusión mediática. Ataviados como si fueran profesionales del derecho —trajecito y tacos para ella; saco y corbata para él—, lograron colarse por los pasillos y llegar hasta la Sala de Audiencias de la Corte Suprema de Justicia el día en que su titular, Ricardo Lorenzetti, daría el discurso de apertura del año judicial 2011. En medio de la tradicional ceremonia y con el recinto colmado de magistrados de diversos fueros, funcionarios y embajadores, los hermanos interrumpieron a los gritos a Lorenzetti desde las graderías del fondo del recinto y levantaron un cartel que decía “1000 presos políticos. 120 muertos. La Justicia debe responder”.

Eso acababa de suceder cuando nos encontramos en Mendoza. La escena parecía haber cambiado. Ya no se trataba sólo del hijo de un hombre condenado como represor que propiciaba el encuentro con el hijo de una víctima. Se trataba de los hijos de un acusado que promovían escraches al presidente de la Corte Suprema. Hijos que, por un lado, cuestionaban los crímenes de la dictadura y, por el otro, reclamaban por el destino de 1000 presos políticos. ¿Presos políticos?

Algo había cambiado, además, desde la primera vez en que hablamos por teléfono para concertar la entrevista: en noviembre de 2010, el Tribunal Oral Nº 2 de Mendoza había condenado a cadena perpetua al ex teniente coronel Aníbal Alberto Guevara. En marzo de

2011, cuando nos reunimos por primera vez, el ánimo de sus hijos estaba oscurecido. Había dolor y había impotencia, un enojo que apenas podían contener, como las lágrimas, la sensación de que la Justicia los pasaba por encima y de que no encontraban canales para hacerse escuchar. Decían que, antes de que pudieran explicar la situación de ilegalidad de la que denunciaban ser víctimas, ya se veían acusados de reivindicar la dictadura. Una trampa de la que les era muy difícil escapar. El periodismo, decían, amordazado de corrección política, entregado al nuevo consenso de época que postula a todos los militares, sin distinción, como asesinos y genocidas, tampoco estaba muy dispuesto a escuchar una nota disonante sobre las causas de lesa humanidad.

En aquel contexto del primer encuentro, era Federico, el hermano mayor, quien de algún modo ordenaba la charla. Era él quien pedía calma con la mirada, el que parecía recordarles a todos lo que se habían propuesto: aprovechar una de las pocas oportunidades que se les presentaba para hacer escuchar públicamente las irregularidades en el proceso penal contra su padre. También era Federico el más alarmado por el ánimo de uno de sus hermanos menores, Aníbal, que entonces, con 26 años, a duras penas lograba contener la indignación. "Estamos preocupados por él. Está muy enojado. Se lo pasa leyendo, buscando discursos, se pasa horas con esto. Ya es una obsesión y le está haciendo muy mal", decía. A Aníbal, por entonces, se le notaba el esfuerzo por contenerse, por no estallar cuando una pregunta lo incomodaba, se le notaba también la bronca contenida que no podía disimular. El día en que se dictó sentencia, el 16 de noviembre de 2010, todos habían quedado muy golpeados por la resolución final. "Estuve bastante tranquilo hasta que se quebró mi hermano Juan, el más chico —contó cuando nos volvimos a encontrar unos años después ya en Buenos Aires—. La gente festejaba la sentencia, había aplausos, gritos y abrazos entre los otros familiares, nosotros en el otro costado, muy golpeados, y cuando dijeron el nombre de papá, Juan no pudo más y gritó: 'Viejo, sabemos quién sos, estamos con vos'. Ahí Roberto Julio Naciff , uno de los tres miembros del tribunal, levantó los ojos hacia donde estábamos nosotros y le dijo: 'Cállese la boca porque lo echo'. Fue muy violento eso y Juan siguió hablando, se puso a llorar, y ahí sí yo tampoco pude más, fue el esfuerzo más grande, el esfuerzo de sostenerlo a Juan y no quebrarme, para que el viejo no nos viera así. Fue muy difícil. El quiebre de Juan era mi quiebre posible. Y yo no quería que mi viejo me viera quebrado."

Faltaba otra escena que terminaría de templarle el ánimo a Aníbal. Finalizada la lectura de la sentencia, cuando el público empezaba a abandonar el Aula Magna de la Universidad Nacional de Cuyo donde se había realizado la ceremonia, vieron a pocos metros, en la cafetería, a Jorge Roberto Burad, presidente del tribunal. Aníbal se acercó para hablar con él y Burad, asegura, intentó tranquilizarlo con estas palabras: "Bueno, ustedes saben que esto es político y la solución también va a tener que ser política". Para Aníbal fue como si le clavaran un puñal.

"Burad daba vueltas, hablaba y hablaba, empezó a decir que todo esto era parte de una historia que viene desde siempre, unitarios y federales, rosistas y antirrosistas, peronistas y antiperonistas… Y al final dijo eso: 'Quédense tranquilos, hay otras instancias, esto es político, y quizá la salida sea política'. Me mató que me dijera eso, me mató ese cinismo. Es mi viejo. Si lo vas a condenar, por lo menos decime que es culpable, decime que vos creés de verdad que es culpable y que por eso tiene que estar preso, pero no me digas que es político porque me matás. Ese cinismo me hizo mal, me envenenó."

Casi tres meses después fue el primer escrache contra Lorenzetti y en septiembre, un grupo más nutrido de Hijos y Nietos de Presos Políticos, agrupación de la que él y sus hermanos son miembros, realizó otro acto similar el día en que el titular de la Corte presentaba su libro *Derechos Humanos: Justicia y Reparación*. Hubo insultos y gestos ofensivos. A los gritos, exigieron respuestas por la situación de sus familiares. "No se respetan los derechos humanos, mentiroso, hijo de puta", se escuchó en el auditorio de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. "De un lado están el respeto y la tolerancia y del otro la violencia", dijo Lorenzetti, en medio de los gritos.

Si algo no necesitaban era eso, que sus actos replicaran la histórica prepotencia de los militares tan presente todavía en la memoria social. Pocos días después, el mismo Aníbal salió a disculparse públicamente. "Quiero pedir perdón si en la manifestación de ayer algunos de los chicos insultó o hizo algún gesto insultante, no era nuestra intención en absoluto cuando decidimos ir, pero tanta es la impotencia que es muy difícil manejar las emociones", explicó. No había sido él el de los insultos, pero se dio cuenta inmediatamente de que estaban haciendo las cosas mal. Si querían que su reclamo fuera escuchado, ése no era el camino. Y Aníbal, el que alguna vez sintió que no podía más con tanto cinismo, el que está convencido de que su padre quedará en prisión de por vida como daño colateral de una pelea política en la que todo vale, Aníbal, el que tuvo ganas de salir a romper todo después de las palabras del juez Burad —"Muchachos, esto es político…"—, aprendió. Aprendió a hacer otra cosa con ese sentimiento de impotencia. De algún modo, las mismas palabras del presidente del tribunal que casi lo derrumban lo terminaron de afianzar en el camino que se había propuesto: no provocar más divisiones, tener paciencia, apostar al diálogo. Aníbal, finalmente tomó la posta. Resignificó las palabras del juez y se entregó a hacer política.

Hoy, cinco años después, más tranquilo, padre emocionado de su primera hija, Emma, sigue buscando caminos para lo que él entiende como "tender puentes". Hoy es el vocero oficial de la autodenominada Hijos y Nietos de Presos Políticos y el responsable de que esa agrupación haya ido encontrando canales más democráticos para hacerse escuchar y un discurso también más moderado. Aníbal admite que no con todos los jóvenes que integran el grupo tiene coincidencias: "No todo lo que yo hago forma parte del trabajo de la agrupación, algunas son

iniciativas personales, no del grupo, porque con muchos de ellos no tengo muchas cosas en común. Tengo cariño, pero ideológicamente soy absolutamente diferente de otros hijos. Compartimos ejes de acción, pero no tengo más punto de encuentro que ése. Y a veces cuando se dan algunas discusiones yo pienso qué difícil, sería más fácil estar del otro lado, yo tengo más afinidades ideológicas con Graciela (Fernández Meijide), aun con ideas distintas, que las que puedo tener con muchos hijos de la agrupación".

Aníbal impulsa iniciativas personales que revelan una sensibilidad política poco frecuente en el ecosistema en el que se mueve. En los últimos tiempos, promovió encuentros con intelectuales de izquierda de larga trayectoria también en la lucha por los derechos humanos. En su afán por romper el muro se ha reunido varias veces con Graciela Fernández Meijide y con Luis Alberto Romero y, hasta que murió en 2014, mantuvo correspondencia con Héctor Leis, el politólogo, ex militante montonero y autor de *Un testamento de los años 70*, libro en el que proponía "pensar todo de nuevo" sobre aquellos años y tratar de entender también las razones de sus antiguos enemigos. La película *El diálogo* de la que formaron parte Leis y Fernández Meijide sintetiza buena parte del encuentro que Aníbal quiere ayudar a producir. No siempre sus búsquedas le deparan momentos amables. Pero Aníbal parece tener recursos para remontar situaciones adversas. "Yo hablo desde posiciones abiertas que siempre están arriba de la mesa y pueden ser modificadas, tal vez no todo porque algunas posiciones tienen mucho trabajo atrás, pero si algo me patea el tablero estoy dispuesto a revisar mis ideas." A esta altura de la lucha que se ha propuesto tiene la piel más curtida y los rechazos, los insultos, los prejuicios —genocida, hijo de genocida— al menos no lo paralizan. Una vez logró que Hugo Vezzetti recibiera a algunos de los integrantes de Hijos y Nietos de Presos Políticos. No fue fácil, dice. El autor de *Pasado y presente* y *Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, no les concedió nada en esa charla y arrancó cuestionándolos por reivindicar a sus padres como presos políticos. "Con Vezzetti fue duro, él fue áspero y frontal. Nos cuestionó de frente que los definamos como presos políticos, nos dijo que no se habría reunido con nosotros de no haber sido porque Luis Alberto Romero y Graciela Fernández Meijide le habían pedido que nos escuchara. Cuando nos cuestionó que utilicemos la expresión 'presos políticos', yo le dije que ellos también hablaban de presos políticos en 1973 y muchos estaban presos después de haber atravesado procesos judiciales por portación de armas de guerra y participación en secuestros. Tampoco eran presos políticos, pero ellos querían decir otra cosa con eso. Le explicamos que hablamos de presos políticos por la intencionalidad política que hay detrás de estos procesos judiciales. De todos modos, la reunión con Vezzetti también nos sirvió para reformular nuestro planteo: nosotros hablamos de presos políticos pero no porque creamos que están presos por sus ideas, sino por la funcionalidad política que tiene para el gobierno kirchnerista tenerlos presos hoy, porque si no, de su juicio mi viejo tendría que haber salido absuelto."

Eso trató de explicarle también al periodista Reynaldo Sietecase cuando lo entrevistó en su programa radial después del segundo escrache contra Lorenzetti. "Ahí nos cagó a palos y yo me quedé angustiado porque no había estado bien en la entrevista. Chiche Gelblung a la mañana había sido un facilitador. Pero Sietecase no nos regaló nada. Y yo venía mal por cuestiones personales, además, porque esta situación también es una bomba para la vida personal de uno. Me acababa de separar un poco por todo esto, venía muy cargado y estábamos muy expuestos, y me di cuenta de que no había estado bien en la entrevista. Pero al final del programa, cuando puso al aire el compilado de las frases del día, Sietecase eligió las mejores frases de lo que yo había dicho, las que yo mismo hubiera elegido, no buscó perjudicarnos. Me sorprendió. Y me alegró, porque yo lo escucho siempre. Me alegró comprobar que es honesto. Su eslogan en Radio Vorterix es 'periodismo justo' y yo doy fe de eso, porque conmigo fue así, su manera de hacer periodismo es honesta."

En el último acto que realizó la agrupación de la que es vocero en octubre de 2014 Aníbal puso su impronta, se dejaron a un lado los agravios y se apuntó a una comunicación más emocional: los hijos de los detenidos iban subiendo al escenario para contar las circunstancias que estaban viviendo. Más de uno no podía terminar de hablar, ahogado en lágrimas. Aníbal es una *rara avis* en su ambiente. Ha leído los libros de Graciela Fernández Meijide —*La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina; Eran humanos, no héroes*—, los trabajos de Marcelo Larraquy, los siete tomos de *La voluntad*, la historia de la militancia que escribieron Martín Caparrós y Eduardo Anguita. Ha leído *El alma de los verdugos*, de Baltasar Garzón y Vicente Romero, los libros de Juan Bautista "Tata" Yofre y de Ceferino Reato. Ha leído los trabajos sobre la memoria de Hugo Vezzetti, de Héctor Leis, de Claudia Hilb. No siempre está de acuerdo con todo lo que sostienen esos enfoques, pero puede acercarse a la complejidad de las coordenadas ideológicas que se cruzan en los años 70.

Tal vez por eso se tomó como algo personal que los detenidos por causas de lesa humanidad, con los que habla y discute cuando visita a su padre en el penal de Marcos Paz, hagan algo más que considerarse víctimas. En los últimos años buena parte de su esfuerzo estuvo destinado a lograr que los detenidos hicieran algún tipo de manifestación pública para pedir perdón por el dolor causado a la sociedad. Desde las agrupaciones de hijos ejercieron presión sobre los padres del penal: "Ustedes tienen que hablar, pedir perdón es una manera de convertirse en actores. Si ustedes primero quieren contar toda su historia y recién al final van a admitir lo que estuvo mal y a pedir perdón, nadie los va a escuchar hasta el final porque todo lo anterior se toma como una justificación. En cambio, si ustedes parten de condenar lo que se hizo y de la aceptación de todo lo que estuvo mal, después pueden hablar, porque todo tiene su contexto, más allá de las cosas injustificables. Rompan la lógica que los trajo hasta acá, esa lógica según la cual no pueden reconocer nada hasta que no cuentan cómo se llegó a tomar esas decisiones, los

ataques de la guerrilla, el caos que había, etc. Nosotros lo que les decimos es: 'Empiecen por ahí, pidan perdón por esto, y después, si los demás quieren escucharlos, hablen, porque cuando pidan perdón, alguien los va a querer escuchar, pero cambien'".

Así les hablaron en reuniones sucesivas que estuvieron a punto de rendir sus frutos. Se trabajó en un documento preliminar que iba a ser publicado como solicitada en los diarios —incluso hubo un borrador que llegó a algunas redacciones—, en la que los detenidos pedían perdón y se mostraban dispuestos a aportar información para reconstruir listas de fusilados y los posibles destinos de los desaparecidos. Pero las reticencias internas eran grandes y el tema dividió a los detenidos en dos bandos que se empezaron a mirar con desconfianza. Aníbal los llama "los pideperdoneros" y "los talibanes". La idea de hacer una solicitada había surgido cuando se frustró una declaración que quería hacer el ex dictador Jorge Rafael Videla, en aquel momento preso también en Marcos Paz. Según Aníbal, Videla quería hablar, quería hacer público un pedido de perdón, pero lo frenó el grupo de los talibanes. La interna del penal les impidió avanzar. Finalmente no hubo suficiente consenso para sacar la solicitada y Aníbal convenció a una treintena de detenidos —entre los que se encuentran Adolfo Donda, Gustavo Enrique Alsina, Norberto Colazzo, además de su propio padre— para que subieran a Internet un documento que de algún modo recogía la inspiración de aquella solicitada: www.verdadposible.com.ar. El nombre que le dieron a la iniciativa exhibe a la vez la intención y sus límites: verdad posible. Allí sostienen que "pese al asedio jurídico, mantener silencio sobre la década de los setenta ya no es prudencia, es inacción" y aseguran que "la comunicación de estas convicciones personales constituye un deber cívico, espiritual y humanitario. No propone negociación o pacto alguno; no persigue beneficios personales; no constituye una estrategia que pretenda influir en ningún proceso jurídico en trámite o finalizado. Buscamos proceder como se debe, confortar a quienes podamos, sumarnos modesta pero activamente, al esfuerzo de muchos que intentan superar el pasado y contribuir al encuentro".

"Es cierto que son poco más de treinta los firmantes, de los cuales la mayoría están presos. Seguramente es poco visto desde afuera, pero es bastante considerando todo lo que pasó. Los que se oponen a esta movida sostienen el argumento de que cualquier tipo de reconocimiento de culpa es autoincriminarse, que equivale a reconocer absolutamente todo lo que se dice de ellos, lo que efectivamente hicieron y también lo que es mentira. Es decir, visto desde el punto de vista de ellos, sienten que corren el riesgo de que los que están libres queden en cana y los que están presos tengan que aceptar todas las acusaciones, aceptar que todos son unos genocidas, torturadores, violadores, asesinos y ladrones de bebés, cuando no es así, no todos están comprometidos en lo mismo. La mayoría de los que firmaron ese documento eran muy jóvenes durante los años 70. Como la gran mayoría de su generación, actuaron convencidos de que estaban en una guerra y que peleaban en defensa del Estado y sus instituciones, pero

vivieron casi cuarenta años siendo considerados unos delincuentes. Ellos no decidieron cómo manejar a la guerrilla y cuando plantearon disidencias recibieron desde días de arresto hasta respuestas como 'el secreto es una ventaja táctica, cuando termine la guerra los cuerpos van a ser entregados a sus familias' o similares. Y para peor, cuando llegaron los años 80 se enteraron de que los superiores mandaban a quemar información y decían cosas como 'esto fue una guerra y en la guerra hay excesos', es decir, que la superioridad no sólo no se hacía cargo de sus decisiones, sino que les echaba la responsabilidad a los subalternos."

Aníbal dice que defiende la inocencia de su padre porque leyó la causa y porque le preguntó cada detalle, sin tregua, hasta sentir que las respuestas lo conformaban. "Yo siempre hablé de todo y le pregunté recontra inquisidoramente. Cuando empezaba todo lo del juicio lo senté y le dije: 'Decime qué tengo que saber, qué puede salir, con qué me puedo encontrar. Si yo voy a salir a hablar, necesito saber'. Él me dijo que hizo detenciones y cubría seguridades perimetrales. Y nos aclaró: 'Quiero que sepan que no soy ningún violador, no soy ningún torturador, yo no maté a nadie, nunca jamás robé un bebé'. Ésas son las cosas que les pesan a ellos. Y después, hay un montón de cosas que a mí me hacen creer que lo que él nos dijo es cierto; más allá de que sea mi papá, y yo como hijo quiero creerle."

Él confía en que su padre es inocente, pero sabe que muchos de sus compañeros de prisión no lo son. No lo dice abiertamente, porque la estrategia del grupo es reclamar no por la inocencia de los detenidos sino por la ilegalidad de sus detenciones, de todas por igual. Lo cual no quita que visitar a su padre en prisión lo exponga a encuentros desagradables y a situaciones tensas cuando se niega a saludar a algún detenido. Sostiene que es ilegal que estén presos, pero él sabe que ahí adentro también están los monstruos. La misma estrategia que se han dado como grupo lo obliga a una concesión que a veces lo incomoda. ¿No tiene miedo de que lo usen? "Yo no defiendo personas, defiendo derechos que son universales. Cuando hablo de las causas lo hago en base a la causa de papá que es la que más conozco o en base a otros ejemplos muy burdos de otras causas. Quiero ser lo más diferente que pueda de los que violaron los derechos humanos o de los autoritarios que abusaron del poder del Estado y les negaron garantías constitucionales a sus enemigos, por eso voy a pelear incluso por los derechos de los que sí violaron derechos o abusaron de su poder. Mal que me pese, ésa es la lección más grande de todo esto. Las garantías constitucionales parten de que más vale diez culpables libres que un inocente preso. Yo nunca antes había pensado así, es probable que tengas que estar preso, con la profunda convicción de no merecerlo, para empezar a pensar así."

No es Aníbal quien está preso, pero se comprende el lapsus. Desde que su padre fue acusado por la Justicia él también canceló muchos de sus planes personales. Quedó al frente del emprendimiento de revestimientos que era la pequeña pyme familiar y puso entre paréntesis

el gran sueño de su vida, la música, mientras le roba tiempo al tiempo para trabajar, armar su propia familia, tocar de vez en cuando y consagrarse a resolver los problemas de su padre. En junio de 2006, cuando al fin había logrado una beca para estudiar percusión en La Habana durante tres meses, la noticia de que su padre había quedado detenido lo llevó a cancelar el viaje. Perdió la beca. Recién fue a Cuba cuatro años después, pero 15 días y de vacaciones. Cuando volvió, un broncoespasmo brutal lo dejaba sin aire. Demasiadas resignaciones. ¿Nunca se enoja? ¿No podría su padre encarar por sí mismo a sus camaradas, plantear él la discusión sobre la necesidad de pedir perdón, dar él esa pelea, que es la suya? ¿No son los padres los que deben velar por sus hijos? Aníbal dice que nunca se enoja con él, sí a veces con sus hermanos, cuando siente que está llevando demasiado solo la mochila. "Es una decisión personal, una decisión mía, no puedo enojarme con él. Mis hermanos no siempre tienen el nivel de compromiso que tengo yo y eso a veces sí me enoja. Hablar con el abogado, hacer trámites, seguir la causa. 'Bueno, me dicen, pero vos sabés más.' Y no, yo no sé nada, tuve que aprender y aprendí. Esas cosas sí generan tensiones. Mi hermana Constanza se fue a trabajar por la paz en Jordania, en un campo de refugiados. Y yo muchas veces pienso 'Vení a laburar conmigo por la paz acá. Es más doloroso, es menos amable en cuanto al lugar que te toca, porque debe ser muy reconfortante ser la voluntaria y salir en los diarios del lado de los buenos, y acá yo me banco bastante solo todo esto'. Pero la entiendo. Tal vez para ella es demasiado."

Más allá de los pesares y ciertos renunciamientos, es probable que algo de la tarea que se puso al hombro sintonice con algunos de sus intereses personales. Le gusta la discusión histórica, le gusta leer, le interesa el debate intelectual y, además, es evidente que siente mucho amor por la institución militar, que aprendió a amar desde que era chico, y a la que intenta dejar a salvo de todos los pecados: el problema fueron los generales, los hombres, ellos ensuciaron a la institución. "Los milicos hablan en milico y necesitan traductor, es muy difícil empatizar con ellos", dice Aníbal, el traductor. "Para ellos la institución es una cosa mucho más abstracta que la gente que la forma, es una código de valores, una cuestión de honor, es la patria sobre todas las cosas, es salir y morir por eso. Independientemente del error de las conducciones, para ellos el Ejército es mucho más grande que eso. Más allá de cualquier acto individual que hoy los avergüence. Es muy difícil que cambien esa estructura mental y que descrean de toda la escala de valores en la que se formaron." Aníbal no sólo traduce palabras, sino que también interpreta sus comportamientos. Aunque a veces logran sacarlo de quicio. Cuando discutían sobre la solicitada, hubo un momento en que tantas vueltas, tanto esfuerzo en diluir el mensaje del documento, lo hizo perder la paciencia. Harto de tantas reticencias, les dijo: "Ya está, pateen el tablero, digan esto y basta de preocuparse por lo que van a pensar los otros detenidos. ¿O yo me estoy comiendo una película que no es? ¿Sienten esto, están de acuerdo? ¿Sentís que debés pedir perdón o no?".

Sus reflexiones estuvieron muy influidas por los textos de Leis, que se leyeron mucho en el penal, en especial su libro *Un testamento de los años 70* y el artículo publicado en *La Nación* en septiembre de 2013, "Los militares tienen que romper el silencio". Allí, Leis decía: "En los años 70, hubo una lucha entre argentinos que aún espanta por el grado de violencia y crueldad alcanzado. Hubo crímenes terribles de todas las partes, pero los más terribles fueron, sin duda alguna, los realizados por las Fuerzas Armadas. Como se sabe, no fueron ellas las que comenzaron el caos y la orgía de violencia que se extendería por el país a partir del 25 de mayo de 1973. Ellas pueden, incluso, argumentar que la anarquía generada por el gobierno de Isabel Perón justificó el golpe del 24 de marzo de 1976. Pero es imposible encontrar un único argumento para justificar la política sistemática de secuestro y desaparición de personas que vino después, configurando la peor violación a los derechos humanos en la Argentina del siglo XX. Son precisamente estos crímenes, cuyo daño no constituye apenas un mal contra un grupo particular de individuos y de sus familiares y amigos, sino contra todos los argentinos, los que se mantienen en un silencio absoluto por parte de los militares".

Aníbal dice que esos trabajos produjeron un cambio respecto de la manera de hablar sobre los años 70 y además lograron movilizar a los militares a reflexionar sobre su experiencia. *El diálogo*, el documental en el que Leis y Fernández Meijide intercambiaron puntos de vista sobre la tragedia, también iba en esa dirección: escuchar, asomarse a las razones del otro lado. Ésos son los cruces que le interesan. O lo que él llama construir puentes. Una marca de identidad que no nació con la situación actual de su padre, asegura, sino mucho antes, durante los años del secundario. Aníbal nació en 1982, creció y se educó en las escuelas de la democracia, escuchando críticas sobre las Fuerzas Armadas. No había manera de que lo que se decía en clase sobre los militares, lo que sus compañeros y la sociedad en general tenían como idea sobre los militares, guardara alguna relación con lo que él conocía de la vida castrense. "Los dos tipos más honorables que yo había conocido, mi abuelo materno y mi viejo, no tenían nada que ver con lo que escuchaba sobre los militares. Además había ido al Círculo Militar en los veranos, había ido a Villa Martelli a comer asado con los amigos de mi viejo y había conocido gente buena. Entonces la idea de que todos eran malos no me cerraba, no tenía que ver con mi realidad. Por eso empecé a leer en esos años. Hice trabajos prácticos para el colegio, incluso les pedí a mi viejo y a mi tío, un hermano de mi viejo que había sido de las Fuerzas Armadas Peronistas, que me escribieran una carta para ese trabajo. Leía todo lo que podía, libros que sostenían visiones encontradas. Y pensaba que algún día iba a escribir, como buscando balance."

En 2014, la revista *Anfibia*, publicación de la Universidad de San Martín, les encargó al escritor Félix Bruzzone, hijo de dos militantes del ERP desaparecidos, y al antropólogo Máximo Badaró una nota sobre los hijos de militares y policías condenados por la represión ilegal.

“¿Cómo nombrar a los hijos de militares argentinos que cometieron violaciones a los derechos humanos durante los años 70? ¿Cómo heredaron las atrocidades que cometieron sus padres? ¿Es válida para ellos la categoría de víctima?” Ésas fueron algunas de las preguntas que guiaron la investigación publicada en *Anfibia* con el título “Hijos de represores: 30.000 quilombos”. Aníbal fue uno de los entrevistados y, desde entonces, mantiene un contacto bastante fluido con Félix Bruzzone, también interesado en asomarse al otro lado. Cuando Aníbal le comentó que estaba tratando de armar un grupo mixto de reflexión sobre los años 70 —hijos de militares, hijos de desaparecidos—, Félix se mostró interesado en participar e hicieron una primera reunión en la que también estuvo Eva Daniela Donda, la hermana biológica de la diputada Victoria Donda. Cuando Félix le contó que estaba empezando a trabajar en un libro de historias sobre los juicios de lesa humanidad y los detenidos en el penal de Marcos Paz, Aníbal le propuso que fueran juntos, que él lo acompañaba. Félix también se hizo presente en uno de los últimos actos de la agrupación Hijos y Nietos frente a Tribunales.

El intercambio de miradas funcionaba. Un día Félix le contó una charla que había tenido con un abogado que trabaja en el Ministerio de Justicia y que no es de los que opinan que hay que liberar a todos, al contrario, está de acuerdo con los juicios de lesa humanidad y comparte el fallo de la Corte que los habilitó. Pero aun así, este abogado admitía que había sentencias desprolijas y que él dejaría libres a aquellos para quienes no hay pruebas suficientes. Aunque después se sinceró: “No, nos los dejaría libres, porque hoy me comería un juicio político”. Aníbal sintió que Félix había podido comprobar que lo que le decían los hijos de ese lado del puente también tenía sus razones. Aunque la conclusión de Félix no fuera alentadora: “Si para que los verdaderos hijos de puta vayan a la cárcel, el precio a pagar es que tipos como tu viejo queden presos, yo lo pago”.

Puentes. Cruzar al espacio del otro, escuchar sus razones. Aunque no todo sean encuentros ni todas las diferencias puedan ser zanjadas.

MARIANO TRIPIANA:
"¿Por qué en vez de pelearse con los jueces no increpan a su padre para que rompa el pacto de silencio y diga dónde están los cuerpos?"

En el barrio cristiano de San Rafael, las casas del Plan Nacional de Viviendas dibujan un contorno ordenado y regular. Puertas abiertas, vecinos en las veredas, perros que entran y salen, como los chicos, que vienen y van de los amigos a la tele, de la pelota al licuado de duraznos. "Hija, bajame al pendrive por favor las fotos del juicio", pide Mariano, y la mayor de sus cuatro hijos, Marianela, se ocupa solícita del pedido. Enseguida se acerca a la mesa y comenta las fotos con naturalidad mientras las va descargando. "Ésta es la del día del alegato, papi", "Ésta fue en el festival, ¿se las bajo también?". Conoce los escenarios del juicio, conoce a los protagonistas. La familia entera participó de todas las instancias judiciales que concluyeron en noviembre de 2010 con la sentencia de cadena perpetua para el teniente coronel (RE) Aníbal Alberto Guevara, corresponsable según la causa, del secuestro, desaparición y muerte, entre otros, de Francisco Tripiana, el padre de Mariano.

Son seis en esa casa de dos dormitorios: Mariano, su esposa Paola, y los cuatro hijos de ambos, Marianela, las mellizas Karen y Brisa y el más chico, Franco. Pero esta tarde de sábado ni se notan, se mueven discretos y silenciosos en la cocina, pasan a un dormitorio, intercambian palabras en voz baja para no interrumpir la conversación. Paola y Karen preparan licuados para todos, llevan y traen los vasos; una de las chicas busca en la cocina un balde con el trapo de piso y se mete en el baño. Hasta no hace mucho tiempo, cuando la economía familiar apenas garantizaba la subsistencia —épocas de pobreza seca y dura, Mariano y Paola sin trabajo—, los chicos ayudaban como podían en cada una de las changas con que los padres peleaban la vida diaria. Preparaban pastelitos, horneaban pan, salían todos a vender a la calle, a las plazas, a los balnearios.

Hace muy poco tiempo que los Tripiana disfrutan de una vida con menos sobresaltos. No sobra el dinero, se ve a las claras. En la casa, en el auto, en la ropa que usan. No sobra nada, pero tampoco parece faltar nada importante como sí sucedió durante tanto tiempo. Ahora hay una casa propia que están pagando en cuotas y hay trabajos estables, en la Municipalidad de San Rafael para Paola y en el Banco Nación para Mariano. Horarios y sueldo fijo, la certeza de saber con cuánto se cuenta a fin de mes. No fue así durante muchos años.

A Francisco Tripiana, pintor de brocha gorda, peón golondrina en época de cosecha, militante de base de la Juventud Peronista, se lo llevaron una noche que, para la Justicia, quedó fijada en las primeras horas del 24 de marzo de 1976. Su mujer y su suegra vieron a los soldados, presenciaron la requisa, el culatazo. El hijo de ocho meses dormía en la cuna. Hoy ese hijo tiene un relato propio de los hechos construido con astillas de la memoria, los recuerdos de su madre y su abuela, las historias de los tíos paternos, las anécdotas de los pocos compañeros de militancia de su padre que todavía están vivos. Y, desde que se comprometió personalmente en la investigación sobre el asesinato de su padre, su relato de los hechos tiene, además de la azarosa condición de la memoria, la información que cosechó en meses de investigación y en la que dice confiar sinceramente. Con esos datos, le va dando coherencia al origen de su autobiografía.

Hoy sabe que dos días después de los culatazos y el secuestro, su padre apareció detenido en la Comisaría 8ª y luego fue trasladado a los calabozos clandestinos de Tribunales. Ocho días más tarde, los represores fraguaron un acta de libertad y dijeron que Francisco ya había salido, pero nunca volvió a aparecer. Haydée, cuenta Mariano, recorrió después de la detención de su esposo las comisarías, las oficinas de Tribunales, hasta dar con el lugar donde le dijeron que estaba detenido. No pudo verlo nunca, pero le dejaba una vianda de comida en manos de un soldado y se volvía a su casa. Uno de esos días el soldado no quiso aceptar el encargo: "Ya está libre, de acá salió el miércoles", le dijo. Haydée volvió a su casa de la calle Ortiz de Rosas a esperarlo. Hasta que entendió que no volvería. Ni en la Policía ni en el Ejército le dieron información; ante su insistencia, alguien deslizó que tal vez se había ido con alguna mujer. Mariano dice que su madre nunca tomó en serio esas provocaciones, pero que así y todo para ella la vida se hacía cada vez más difícil en San Rafael, una ciudad de perfil fuertemente conservador en donde su historia y su condición social no la ayudaban demasiado: la despidieron de Valle de Oro, la fábrica estatal de envases de tomates donde trabajaba, porque no querían tener como empleados a familiares de "subversivos". Empezó a trabajar por horas en casas de familia mientras su madre, la abuela Anita, se quedaba al cuidado del bebé. En la calle, los vecinos de toda la vida trataban de no hablar, se metían adentro de sus casas cuando la veían, hasta los amigos de su marido empezaron a alejarse, temerosos tal vez de ser los próximos en la lista. San Rafael nunca volvió a ser lo mismo para ella, incluso años después de la desaparición de Francisco, cuando la democracia buscaba abrirse camino, Haydée seguía sintiéndose incómoda en la que siempre había sido su ciudad. Miradas de desconfianza, discriminación, para muchos era "la mujer del zurdo, del tirabombas", piensa hoy Mariano. Por eso, dice, su madre se fue a vivir a Venado Tuerto. Por eso y porque en la Iglesia Bautista de la que se había hecho devota conoció a un hombre y decidieron empezar de nuevo juntos en ese pueblo de Santa Fe donde la iglesia los necesitaba.

Pero para Mariano no sería tan fácil. La nueva pareja de su madre descontrolaba en violentos estallidos que casi siempre lo elegían a él como víctima. Golpes, palizas, brutalidad doméstica. "Por lo menos yo no te cambio por política", le gritaba entre manotazo y patada. Mariano masticó esas palabras "yo no te cambio por política" durante toda su infancia sin entenderlas demasiado. Hasta que muy temprano empezó a irse de la casa, a trabajar en los hornos de ladrillos, en las zafras, a vagar solo por las calles, a meterse en problemas. "A mí cualquiera me pegaba un cachetazo, porque yo no tenía a nadie que me defendiera." Esa herida, la de haber estado tan solo, todavía hoy puede hacerlo llorar. Trata de fijar la mirada en otra cosa; sus ojos oscuros, algo saltones a causa de una diabetes que le marca el paso, buscan en qué apoyarse para evitar las lágrimas. "No tengo ni una foto con mi padre", dice todavía con la voz entrecortada, "no nos dieron tiempo". Y de pronto esa foto, la ausencia de esa foto, anuda en un solo punto todas las pérdidas. No haber conocido a su padre y crecer al desamparo son partes del mismo golpe para él. Un hueco en medio del pecho todavía hoy, con más de 40 años y ya padre de cuatro hijos. "No conocí a mi padre." Ni los golpes, ni la soledad, ni la discriminación, nada de todo eso, está seguro, hubiera sucedido, si él hubiese tenido al padre que le arrebataron. Si hubiera tenido un padre que lo aconsejara, que lo guiara, si no hubiera estado tan solo... "Si yo hubiera tenido a mi padre todo eso no hubiera pasado", dice, y los ojos otra vez se le llenan de lágrimas.

Eso le reprocha al teniente coronel (RE) Aníbal Alberto Guevara, el hombre que en noviembre de 2010 fue condenado a cadena perpetua por su responsabilidad en la desaparición de su padre. Eso espera que entiendan los hijos del ex militar hoy preso en Marcos Paz a los que ha visto quebrarse en el tribunal. "Me dio pena verlos así, pero peor fue lo que viví yo; sin padre, sin respaldo, pasando frío y hambre muchas veces; ellos pudieron estudiar, tuvieron otra vida, se nota al verlos, son profesionales, yo me crié solo, como pude. Al menos van a poder ver a su padre en prisión, a mí hasta eso me negaron."

Cuando Haydée y Francisco se casaron, de uno de los camiones que acompañaba la caravana colgaba una gran bandera que decía JP Montoneros. Lo que Mariano hoy sabe de la participación política de su papá es que hacía trabajo de base, militancia social en barrios pobres. Lo imagina pegando carteles, hablando con la gente, organizando reuniones, bajando línea política. "Eso hacía —dice—, trabajo ideológico, eran gente pensante que quería abrirles la cabeza a los del barrio. No es como hoy, que va una persona y les lleva un bolsón de mercadería para que pongan un voto, ellos no hacían eso, ellos iban y le explicaban a la gente los derechos que le correspondían."

Pero ése no fue el relato que cobijó la infancia de Mariano, tan a la intemperie. El relato sobre su padre militante que hacía trabajo social en los barrios necesitados, el de su padre que tenía el corazón en la JP más cercana a Montoneros aunque no participó de operativos ni tuvo armas,

ese relato empezó a abrigarlo tardíamente. En la casa donde creció poco y nada se hablaba de Francisco. Lo único que hacía referencia a él eran esas palabras que venían con golpes, “por lo menos yo no te cambio por política”, y que él nunca terminaba de entender demasiado. Con Haydée sometida a la ley de su nueva pareja, no quedaba más que el silencio sobre Francisco Tripiana y su militancia política. Eso conjetura hoy Mariano, su madre ni se atrevía a mencionar a Francisco en el nuevo hogar que había formado con aquel hombre, y sólo esas conjeturas lo ayudaron a comprenderla y a perdonarla. Su pertenencia a la iglesia, además, donde conoció a Paola cuando ambos eran adolescentes, parece haber dejado una huella profunda en su carácter, una sensibilidad especial para ser compasivo con las dificultades de los demás.

Cuando el Estado indemnizó a las víctimas de la dictadura, él y su mamá tramitaron el beneficio, pero tuvieron mala suerte con los abogados, que los estafaron y se quedaron con 150 de los 200 mil dólares que les correspondían. Compró un remise, lo trabajó durante un tiempo y cuando eso se complicó manejó un camión y cuando eso se terminó, hacían pastelitos con Paola y salían a vender por las calles. En esas complicaciones estaban, cuando un llamado desde Mendoza empezó a cambiarles la vida. Néstor Kirchner iría a San Rafael y quería que estuviesen allí. Mariano no entendía nada, ¿qué tenía que ver él con Néstor Kirchner? ¿El Presidente lo llamaba a él, que no era nadie? No alcanzaba a entender de qué se trataba, pero pidieron plata para comprar los pasajes de micro y se encontraron de repente a las puertas de un lujoso hotel de San Rafael. Nunca habían estado en un lugar así. No habían terminado de dejar los bolsos en el lobby del hotel cuando una combi ya los sacaba de allí para llevarlos al acto. Casi no hubo más explicaciones en medio de ese vértigo, de pronto a Mariano lo hicieron subir al escenario, Cristina Fernández besó una placa donde estaban los nombres de los desaparecidos de San Rafael y se la entregó a representantes de los organismos de derechos humanos. Después del discurso, entre el vértigo de los aplausos y las corridas, Kirchner lo abrazó, lo miró y le dijo: “Qué necesitás”. “Un trabajo”, respondió, rápido, Mariano. “Kirchner levantó la mano y se acercaron un montón de funcionarios. Recuerdo mucho a Luis Zacarías, el secretario privado. Antes de irse, Néstor dice: ‘Ya le solucionan esta situación a Tripiana’. Yo no entendía nada, no es que no lo creía pero… pensaba, bueno, si se cumple, bien, y si no, seguiré arriba de un camión o trabajando en la calle como lo hice siempre. Y bueno, se dio. Bajé del escenario, mi esposa se sacó fotos con Cristina, los pudimos saludar, abrazar, todo eso. Y cuando nos estábamos yendo, viene atrás Néstor y me dice: ‘Tripiana, lo tuyo ya está solucionado’. Siguen caminando para ir al helicóptero y Zacarías se da vuelta, me pega en el pecho en una actitud cariñosa y me dice: ‘Ey, lo tuyo ya está solucionado’. Yo miré a mi esposa y me largué a llorar. Ahí es como que hice el *crack*. Ellos se fueron en el helicóptero y yo me quedé llorando ahí, viéndolos irse. En momentos así que yo tengo en la vida, en estas cosas

lindas que me pasaron, como haber estado con Néstor, me venía a la memoria la imagen de mi viejo. Sentía que él estaba ayudándome desde arriba.”

Seis meses después lo volvieron a llamar a Venado Tuerto para que empacara. Le habían conseguido un trabajo en la Municipalidad de San Rafael para su esposa y otro para él; después él dejó el empleo municipal, cuando salió un puesto mejor en el Banco Nación. Al tiempo les fue otorgada una casa del Plan Nacional de Viviendas, donde viven hoy, una linda casita de dos dormitorios en el barrio Cristiano, donde se ajustan para vivir Paola, Mariano y sus cuatro hijos.

Para él, que creció sin un relato claro sobre quién había sido su padre, huérfano de historia y de pertenencias, de 2006 en adelante, desde ese día en que Kirchner lo abrazó, su vida cambió para siempre. Tal vez por eso dice que lloró la muerte del ex presidente como se llora la muerte de un padre. Por fin se siente parte de algo, es reconocido, se convirtió en una figura destacada de la militancia por los derechos humanos y tiene una participación activa en la vida política de San Rafael. Además, sigue de cerca el trabajo de la Justicia y busca dar impulso a medidas procesales que ayuden a encontrar los cuerpos desaparecidos. Estuvo tan solo durante tanto tiempo, no es extraño que se sintiera reconfortado después con el amparo y el reconocimiento que encontró en las políticas de derechos humanos impulsadas por el kirchnerismo en la militancia en los barrios humildes, en el relato que se hace hoy sobre aquel pasado del que se tuvo que escapar con su madre cuando era chico.

Paola y los cuatro hijos acompañaron a Mariano en todo el recorrido que llevó de las preguntas a las respuestas que empezaron aparecer durante el juicio. Mariano mismo hizo y hace investigaciones paralelas —buscaba testigos, seguía el rastro de las denuncias— que luego llevaba a la Justicia para dar impulso a nuevas búsquedas, de restos, de implicados en la represión ilegal. Una de esas pesquisas logró que los funcionarios judiciales, junto con Gendarmería y Policía Federal, fueran hasta Puerto Soler, en plena Cordillera, cerca de donde en 1972 cayó el avión de los jugadores de rugby uruguayos, para una inspección tendiente a determinar si allí había cuerpos enterrados. “Yo me quedé con algo muy lindo de ese lugar. Es tan hermoso que yo pensaba que si a mi viejo lo habían enterrado ahí, mi viejo hermoseó todo este lugar. Porque es hermoso.”

Conoce los nombres de las víctimas y los nombres de toda la línea de mando que consignó la Justicia. Según los documentos, las denuncias y los testimonios recogidos durante la instrucción de la causa, la estructura medular de la represión clandestina en San Rafael arrancaba en la cabeza del jefe del Cuerpo III de Ejército con sede en la ciudad de Córdoba, general Luciano Benjamín Menéndez, que era el responsable, entre muchas otras, del Área Operacional Antisubversiva 3315, que incluía el sur de la provincia de Mendoza. En San Rafael, esa estructura estuvo al mando del Mayor Luis Faustino Suárez, jefe del Área Operacional 3315; del

comisario general Raúl Alberto Ruiz Soppe, jefe de la Unidad Regional II, de la Policía de Mendoza; del entonces subteniente Aníbal Alberto Guevara y de los oficiales de la Policía de Mendoza José Martín Musere, Daniel Enrique López y Roberto Labarta. Mariano conoce también nombres del poder político que colaboró con los militares y que supo reciclarse después en democracia, como el ex intendente de San Rafael durante la dictadura, teniente coronel (RE) Luis Alberto Stuhldreher —detenido en 2013 después de permanecer prófugo durante casi dos años— que llegó a ser funcionario del entonces gobernador de Mendoza Julio Cobos y que hoy está preso por su responsabilidad en nueve casos de torturas y once desapariciones.

El trabajo de la Justicia permitió también armar el mapa de los lugares en donde se mantenía detenidos a los prisioneros. En San Rafael se dio un caso singular: un centro clandestino que funcionó en la sede de Tribunales, ante los ojos de fiscales, jueces y empleados judiciales. Lo llamaban la "Casa Departamental" y tenía una estructura de tres calabozos, donde se encerraba ilegalmente a los detenidos. El relato de los testigos durante el juicio permitió confirmar que ése también fue el último lugar donde se vio con vida a Francisco Tripiana. Después del secuestro, fue llevado a una comisaría y de allí a la Departamental de Tribunales. A algunos prisioneros los trasladaban luego a la ciudad de Mendoza, y desde allí a La Plata; a otros, como a Tripiana, los mataban o los hacían desaparecer. Mariano dice que esa suerte —vivir o morir— dependía muchas veces de los contactos familiares. Y ésa es una herida que se suma al dolor de la muerte: que el origen humilde de su padre y su madre, la falta de contactos sociales y políticos, haya marcado su suerte. Sabe que otros detenidos que contaron con el auxilio de familias con llegada a miembros de la Iglesia de San Rafael pudieron eludir la muerte. "Mi mamá fue a hablar con el sacerdote Juan Carlos Cruz, que había ayudado a sacar a otra gente; pero a ella le dijo que no podía hacer nada."

En los juicios, sin embargo, no apareció solamente la información que permitió conocer la estructura represiva de la provincia y reconstruir los últimos días de la vida de su padre. Todo eso era esperable. Lo que Mariano no había imaginado nunca era que ver llorar a los hijos del militar acusado por la muerte de su padre también iba a afectar a su familia. Ver a los hijos de Guevara, alguno casi sin poder controlar la ira, otro rompiendo en llanto desconsolado, fue devastador también para los Tripiana. "Mami, me da lástima", lloraba Brisa al regreso de una de las audiencias. Se lo decía a Paola, no a su padre, porque temía herirlo, temía que se sintiera mal o que se enojara con ella. ¿Cómo llorar por el dolor de los hijos del acusado, cuando su abuelo había sido la víctima? Paola habló con su marido, hablaron entre todos, lloraron, empezaron a hacer una terapia familiar. Poco después Brisa le escribió una carta, el modo que encontró para decirle a su padre que el dolor de esa otra familia, de esos otros hijos, también la hacía sufrir. "Pobre Federico, no quisiera estar en sus zapatos —dice Mariano—. Yo lloré

mucho también por él, mi familia lloró por esa familia, porque todo esto es muy triste, muy triste... Mis hijas lloraban en el juicio al ver a Federico y a sus hermanos, y yo sé que es tremendo lo que les toca vivir, pero al menos ellos podrán visitar a su padre en la cárcel, escuchar su voz, llamarlo por teléfono; cuando lo necesiten, cuando busquen su consejo en una situación difícil para que los ayude a no hacer macanas, él estará ahí, y no digo que sea lindo ver a tu padre en la cárcel, pero yo al mío ni siquiera lo pude ver, no lo conocí, no supe qué sentía, qué quería para mí, no tuve su ayuda cuando era chico y estuve tan desamparado, solo por las calles metiéndome en problemas."

La compasión, con todo, tiene un límite: para Mariano una cosa son los hijos que sufren y otra muy distinta el padre comprometido en la represión ilegal. Si de algo se muestra seguro es del veredicto de la Justicia y de las pruebas en las que se fundó. "A Guevara yo, en lo personal, no le tengo ninguna lástima, porque sé que él fue cómplice de lo que le pasó a mi viejo y eso ya está totalmente claro. Pero la familia, sus hijos, eso es otra cosa. Yo quería que se hiciera Justicia. Federico ahora dice que el Juicio fue un circo, está enojado porque le dieron perpetua, pero yo creo que él no se da cuenta de que con quien tendría que enojarse es con su propio padre, aunque claro, eso tiene que serle muy difícil."

En la correspondencia que mantuvimos entre 2011, cuando hicimos la entrevista en Mendoza, y 2015, para actualizar datos de la causa antes del cierre del libro, Mariano se fue mostrando cada vez más enojado con los hijos de Guevara, a quienes les reprocha que impugnen no sólo el veredicto del tribunal que consideró culpable al ex teniente coronel, sino que pongan en duda la política de derechos humanos del kirchnerismo. A lo largo de esos cuatro años, uno de los hijos de Guevara, de nombre Aníbal como el padre, se convirtió en vocero de la agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos que impugna lo actuado por la Justicia en las causas de lesa humanidad. "Algunas cosas han ido cambiando en la relación con los familiares de los genocidas —nos escribió—. Recuerdo el escrache que le hicieron los hijos de Guevara a Lorenzetti. Desde ahí las cosas cambiaron para mí, ya que fueron en contra de la democracia. Puedo llegar a entender su desesperación por su padre, pero no hay injusticia con ellos si no que es al revés, hay justicia. Y yo veo la enorme diferencia que hay entre nuestros viejos, que no aparecen sus cuerpos, y los de ellos, que están en una cárcel donde se los puede ir a ver, mientras nosotros seguimos esperando que sus padres rompan el pacto de silencio para encontrar los cuerpos de los nuestros y poder enterrarlos."

Cuando a fines de 2015, le escribimos para actualizar unos últimos datos sobre excavaciones en busca de restos de ex prisioneros políticos en los alrededores de la laguna Diamante, en San

Rafael, respondió con la misma amabilidad de siempre aunque nos transmitió algunas preocupaciones. Se alegraba por la salida del libro, pero quería asegurarse de que su testimonio no apareciera convalidando la teoría de los dos demonios. Además, estaba muy enojado con los medios, en especial con *La Nación* y *Clarín*, por lo que describía como "operaciones de los monopolios contra el gobierno popular" y desconfiaba de un libro "financiado por *La Nación*". Sobre el final, nos dijo que prefería que su historia no saliera en el libro porque "iría en contra de mis principios tener participación en un libro que está siendo financiado por un monopolio que va en contra de nuestra lucha".

En nuestra respuesta, le recordamos algo que ya había sido explicado desde el comienzo pero que ahora parecía generar confusión: el libro es un emprendimiento de la Editorial Sudamericana y, aunque las autoras trabajemos como periodistas para *La Nación*, se trató desde el principio de un proyecto por completo independiente, en el que el diario no tuvo participación alguna.

Por otra parte, le recordamos, ni el libro ni las autoras en forma personal respaldamos la teoría de los dos demonios, es decir, la homologación de responsabilidades entre el terrorismo de Estado y la insurgencia armada. El libro, le recordamos, cuenta historias de cómo se vivió la violencia de los años 70, desde la perspectiva de los hijos de la generación protagonista. Le contamos que otros activos kirchneristas y muy notorios militantes del Movimiento Evita —como Atilio López y Mario Javier Firmenich— también habían dado su testimonio. Todos confiaron, le dijimos, en que valía la pena compartir un espacio de memoria y discusión democrática con otras personas con las que se puede o no estar de acuerdo. Y le propusimos que completara su testimonio y sumara todas estas últimas preocupaciones que antes, en el encuentro de 2010, no habían aparecido. Todo lo que quisiera agregar podía ser incluido. A su pedido, entonces, acordamos publicar lo que nos había escrito por mail más un agregado final. Lo que sigue son sus palabras textuales.

> Les soy sincero, a veces me parece raro que salga algo bueno del diario *La Nación*. Espero que no lo tomen a mal, pero con todas las operaciones que están haciendo estos monopolios a veces me parece raro; como la entrevista que le hicieron al hijo de Guevara en Canal 13, donde dijo todas mentiras, como que el padre estaba mal juzgado, y se pudo comprobar en el juicio que él era parte del grupo de tareas.
>
> 1) En las excavaciones que se realizaron en la laguna del Diamante no se encontraron los restos, pero sí las losas vacías, porque sacaron los cuerpos del lugar y zarandearon la tierra para que no quedara ningún resto que pudiera servir de prueba. Quien nos dio el dato exacto fue uno de los imputados que se quebró y dijo que él había realizado las fosas, por eso dio el lugar exacto, ya que conocía bien la zona.
>
> 2) Nunca fui presidente de HIJOS. Sí fui el fundador, en San Rafael, junto con otros hijos, y sigo militando en la organización plenamente, pero estoy con todos los organismos de Mendoza colaborando en la lucha por los derechos humanos y sigo militando en el Movimiento Evita, represento la Mesa Provincial de Derechos Humanos y soy secretario de Violencia Institucional del Partido Justicialista de Mendoza.

3) El juicio de 2010 logró que tuviéramos en el banquillo de los acusados a casi 30 imputados más, aparte de Guevara, que está implicado en todos los hechos.
4) Las políticas de derechos humanos son parte de políticas públicas, porque la democracia se construye con memoria, verdad y justicia. La Universidad Católica Argentina, la Universidad de San Andrés y la prensa gráfica, el diario *La Nación*, relativizaron la magnitud y la cualidad de los crímenes y la represión estatal durante los años 70 en la Argentina. Cuestionaron los juicios penales en curso contra los perpetradores y pusieron a los condenados por estos abusos como víctimas de un poder arbitrario. En paralelo, han demandado la reconciliación entre verdad e impunidad. Sin embargo, como lo demuestra la experiencia argentina, cuando la impunidad reina, la verdad no aflora.
Me gustaría agregar una situación que recuerdo con la ex esposa de Guevara donde pude ver las diferencias sociales entre esa mujer y mi mamá. En el juicio, la esposa de Guevara, junto al abogado defensor Ricardo Curutchet, quien pertenece a la extrema derecha de la Iglesia acá en San Rafael y defiende genocidas, me reprochó que por culpa de estos juicios ella ahora no era bien mirada en los lugares que frecuentaba. Ahí vi la diferencia con lo que le tocó vivir a mi vieja, cuando el Estado hacía desaparecer a nuestros viejos y, en el caso de mi mamá, tenía que andar mendigando un plato de comida con su hijo de ocho meses, porque en la fábrica Valle de Oro le sacaron la tarjeta porque su esposo tenía problemas con la "justicia". Qué diferencia entre aquel Estado y éste. Ahora los genocidas están sentados en el banquillo de los acusados y sus familiares, todos formados intelectualmente y bien posicionados económicamente, hasta tienen la posibilidad de tener defensores y sus nietos e hijos pueden ir a verlos; ese mismo derecho que Guevara y compañía nos arrebataron a nosotros.

"Defiendo a mi padre, y su historia, porque siento de ese modo que defiendo mi propia historia"

Si hay algo que le duele es que su padre, Mario Eduardo Firmenich, no tenga lugar en la política argentina. Eso le pesa, la condena social sobre su padre. Y que sea hereditaria. Que a él, Mario Javier Firmenich —Mario como su padre; Javier, como el nombre de guerra de su padre— lo quieran obligar a hacer política sin nombre y apellido. A militar con capucha, dice él.

Las elecciones de 2015 que dieron por ganador al actual presidente, Mauricio Macri, lo encontraron haciendo política en los barrios, trabajo de base por las calles de los alrededores de Salsipuedes, en Córdoba, donde vive, y compartiendo con su mujer y sus hijos la última batalla, cuando el peronismo entero percibió el olor de la derrota e intentó eludirla a fuerza de una última gesta militante. Le duele que todo el esfuerzo del proyecto popular haya ido a morir a los brazos de la derecha. Eso dice. Aunque él ya había empezado a marcar diferencias dentro del kirchnerismo un poco antes, pese a que le reconoce haber sido el primer gobierno que reivindicó de manera abierta la lucha política de los años 70. Aun así, no alcanzaba. Lo obligaban a "militar con capucha".

Se fue de La Cámpora en 2013 por eso. Y a fines del año siguiente dejó también el Movimiento Evita. Antes de irse les dijo a los compañeros camporistas: "Muchachos, yo no puedo hacer política sin nombre y sin apellido porque, en términos personales, tener mi nombre y mi apellido fue una victoria en mi vida. Yo recuperé mi identidad de nombre y apellido y mi identidad política en términos históricos. La voy a defender a rajatabla. No puedo avergonzarme, no puedo hacer política de manera vergonzante porque me llamo Mario Firmenich. Si no lo quieren aceptar, no hago política en ese marco, lo haré en donde acepten que me llamo Mario Javier Firmenich y que defiendo a mi padre, y su historia, porque siento de ese modo que defiendo mi propia historia".

En la parte inferior de la mejilla izquierda, cerca de la boca, Mario tiene una pequeña cicatriz. Un puntito apenas visible que antes fue un lunar, idéntico al que tiene su padre en la mejilla derecha, sólo que a él se lo rasuraron con una hoja de afeitar cuando era muy chiquito, un año y medio, para que nadie pudiera identificarlo, para que no se supiera, sólo con verlo, que era inequívocamente el hijo del jefe montonero. Porque él fue Mario Javier Firmenich recién a los 5

años. Hasta entonces había sido para todos "el Bichi", uno más entre los cientos de niños huérfanos del Hogar Padre Lucchese en Villa Allende.

Nos muestra el puntito de la cicatriz y se ríe mientras tomamos mate en la cocina de su casa cordobesa en Salsipuedes. Aquí vive desde 2009 junto con su esposa Berta y sus tres hijos, y aquí propuso que nos encontráramos para hacer la entrevista. Su mujer es catalana, se conocieron cuando él todavía vivía con sus padres en España, vecinos en el pueblo de Vilanova, y coincidieron en una marcha contra la guerra de Irak por las calles de Barcelona, él disfrazado de hombre bomba. Se ríe de sólo contarlo. Se casaron allá y allá nacieron sus tres hijos, a los que les pusieron un primer nombre catalán y otro aymara. Cuando la crisis europea se puso difícil, se dijeron que en un pueblito del interior de la Argentina —calles de tierra, chicos en la vereda, escuela pública— habría más modos de "escaparle a la lógica del capitalismo". Él no lo menciona, pero aquí además seguramente también encontrarían red de contención. Berta consiguió trabajo en Aerolíneas Argentinas y él, licenciado en Economía por la Universidad de Barcelona, es ayudante de cátedra de Historia Económica Argentina, en la Universidad Nacional de Córdoba, donde en noviembre de 2015 fue elegido delegado del gremio docente, y hace trabajos rentados como asesor para diferentes organismos oficiales, como el Banco Hipotecario, y hasta fines de 2014, cuando se desvinculó, también para el Movimiento Evita donde afianzaba su militancia.

Nos pidió tres cosas cuando aceptó participar del libro: que la entrevista se hiciera en su casa de Salsipuedes, que lleváramos leído un documento político que escribió a pedido del Movimiento Evita, y que fuéramos con él a conocer el Hogar Padre Lucchese. Una tríada para nada caprichosa. En torno a esos tres puntos se podría anudar su biografía: Córdoba es el lugar donde vive y el lugar de origen de su familia materna, también el lugar donde se casaron sus padres; en el hogar del cura Lucchese fue criado él como un niño huérfano en plena dictadura y el documento que nos envió —"Hacia una nueva tercera posición del Nacionalismo Popular Revolucionario en el S. XXI"— propone una cronología política de la Argentina en la que la experiencia de Montoneros, y con ella la figura de su padre, encuentra su justificación en el pasado y su razón de ser en el presente.

Mario Javier Firmenich nació en la cárcel de Devoto el 24 de diciembre de 1976. Su madre, María Elpidia Martínez Agüero, militante montonera de la columna Norte a cargo de Rodolfo Galimberti, había sido detenida en julio de ese año en plena calle y estuvo como prisionera clandestina en Coordinación Federal de la policía. Hubo festejos y tironeos entre las fuerzas represivas para ver quién se quedaba con el trofeo, la esposa del número 1 de la conducción montonera. Finalmente fue legalizada y trasladada a Devoto como presa política. Mario atribuye a los meses de tortura y maltrato sufridos por su madre el haber nacido prematuro. Su vida estuvo en riesgo y sólo recién después de tres meses de incubadora pudo volver al

pabellón 49 con el resto de las presas, aunque por poco tiempo: cumplidos los siete meses, los niños debían abandonar la prisión. Alguna vez, ex compañeras de pabellón de su madre, “la Negrita”, pusieron en duda su integridad revolucionaria dentro de la cárcel y llamaron la atención sobre el hecho de que finalmente la dictadura hubiera liberado viva a la esposa del guerrillero más buscado. Pero hace tiempo que Mario dejó de leer libros y memorias sobre los años 70. Si tiene dudas sobre algo, como las tuvo cuando acusaban a su padre de haber sellado un pacto con el almirante Emilio Eduardo Massera, siempre tiene a disposición fuentes de primera mano para consultar en las que cree sin fisuras.

En ese mismo pabellón, pero casi ocho años después, estuvo detenido Mario Eduardo Firmenich tras el juicio de 1985 que lo acusó de delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delito, apología del crimen y otros atentados contra el orden público. Allí, finalmente, se casaron por civil los Firmenich-Martínez Agüero en presencia de sus hijos. Pero mucho antes de eso, cuando llegó el momento de que Marito abandonara Devoto, su madre —que había tenido que anotarlo a su nombre porque el padre estaba entre la clandestinidad y el exilio— decidió que lo más seguro para su hijo sería estar lejos de la familia. Tuvo miedo de que lo convirtieran en blanco de una venganza o de que fuera tomado como rehén para forzar a Firmenich a entregarse. Además, ella sabía que su familia entera estaba en la mira. Su hermano mayor, Guillermo, oficial montonero, estaba detenido desde 1974; otro hermano, José Agustín, había sido secuestrado y estaba desaparecido desde poco antes de que ella fuera detenida; Gabriel y Diego, los menores, que no militaban formalmente pero apoyaban la causa, partieron al exilio, y María Soledad, también militante, estaba casada con Ricardo René Haidar, capitán montonero hoy desaparecido, que había sobrevivido a la masacre de Trelew y fue secuestrado en Brasil en 1982. Firmenich estaba entonces en México con María Inés, la primera hija del matrimonio a la que habían logrado sacar del país. La abuela María Elpidia Agüero Díaz, la mamá de “la Negrita”, daba cobertura a las actividades políticas de sus hijos gracias a su fachada de dama cordobesa. Ella era el enlace entre las piezas dispersas de la familia. Marito fue entregado entonces al hogar de huérfanos de Villa Allende fundado por el sacerdote Francisco Lucchese, un viejo amigo de la familia que había casado a sus padres en 1973, en una ceremonia secreta en la casa familiar. Pese a su cercanía con el movimiento de sacerdotes tercermundistas, Lucchese mantenía buenos contactos con la curia, algo que Mario atribuye a la reconocida obra social que realizaba en la provincia. Sus buenos oficios consiguieron el aval del cardenal Raúl Francisco Primatesta, arzobispo de Córdoba afín a la dictadura, para que el niño Firmenich fuera llevado al hogar de Villa Allende y criado allí como un huérfano más. Un secreto que todos se comprometían a cuidar.

En el hogar, aún hoy, todos le dicen “el Bichi” y así lo saludan mientras recorremos los patios amplios, los pasillos y las habitaciones donde ahora juegan otros chicos. Aquí, el padre

Lucchese lo sentaba a su lado en las comidas, aquí aprendió a rezar, a bendecir los alimentos, a vivir en comunidad, a sentir a ese sacerdote como un padre y a la Pato, una voluntaria, como su madre. Aquí fue donde Lucchese, preocupado ante una requisa que harían los militares en el hogar, tomó una hoja de afeitar y le borró de la mejilla ese lunar que lo delataba. Y de aquí se fue en 1982, a los cinco años, cuando su madre, que había sido liberada, pasó a buscarlo. Poco antes de que ella llegara, el sacerdote le contó la verdadera historia: que no era huérfano, que esa señora mayor que lo visitaba a menudo no era una voluntaria más, sino su abuela, y que ahora lo pasarían a buscar para irse del hogar al encuentro con toda la familia. No quiso saber nada. Las primeras noches les facilitaron una habitación para que madre e hijo empezaran a revincularse, pero él se bajaba de la cama y se escapaba en busca de la Pato. Finalmente, cuando el 2 de abril la Argentina amaneció en guerra con Gran Bretaña, decidieron que era el mejor momento para intentar pasar inadvertidos por la frontera hacia Brasil. Desde allí partieron hacia la ciudad de México. Marito se acuerda muy bien del día en que, a los cinco años, conoció a su padre y a su hermana. "Me acuerdo del aeropuerto, me acuerdo de que yo venía de la mano con mi vieja, bajé de la escalerita del avión, en esa época había escaleritas y se bajaba por la puerta de atrás, y salí corriendo, me subí a upa de mi viejo, que estaba peinado a la gomina y yo jugaba con el pelo engominado, me subí a upa y lo primero que hice fue tocarle el lunar."

Es sábado al mediodía, Berta está trabajando y en el jardín los chicos andan con los perros y corretean entre juguetes tirados. La casa que compraron con los 125 mil pesos de la indemnización que él cobró en 2009 por su nacimiento en cautiverio está todavía a medio construir y la siguen pagando en cuotas de 5000 pesos. En el jardín un viejo Renault que se rompió hace tiempo espera algún alivio en el presupuesto familiar para ir al mecánico. Mario fuma en la cocina mientras intenta organizar el relato de su familia casi como si diera una clase de historia. Pregunta por el documento político que nos mandó por mail antes de viajar. "¿Lo leyeron, no?", nos toma lección. Tiene la risa fácil, parece un tipo alegre, pero no es que no se tome las cosas en serio. Al contrario. Cuando habla de política baja un discurso muy articulado, un poco como si diera cátedra. Tampoco se ríe ni se toma livianamente la defensa de su padre; si hay algo que le pesa, si en algún momento algo produce un pequeño quiebre en el ánimo de su voz, es cuando habla de la situación de aislamiento político de Mario Eduardo Firmenich, radicado en el pueblo de Villanueva, en Barcelona, hoy profesor de teoría económica en la Universidad de Barcelona y atento observador de la escena política argentina, sobre la que a veces da a conocer su opinión. Es un chivo expiatorio, dice el hijo, un político que tiene mucho para darle a la Argentina y a quien no se le reconoce su lugar en la historia. No sólo eso. Algunas

causas judiciales, como la de José Ignacio Rucci, reactivada después de mucho tiempo, todavía podrían alcanzarlo y lo obligan a mantenerse alejado del país.

Dice que creció en una familia revolucionaria y que eso le gusta. “Uno naturaliza lo que le tocó vivir. No lo sufro. Hay un mecanismo psicológico en que la memoria sea bastante subjetiva, uno guarda lo que genera alegría y lo que genera dolor, al cajón de abajo.” En México los Firmenich convivieron por unos pocos meses, hasta que sus padres retomaron la actividad política y él y su hermana María Inés fueron llevados a la guardería de La Habana, *La guardería montonera*, como la llamó la periodista Analía Argento en el libro en que recogió los testimonios de algunos hijos que habían vivido esa experiencia. En 1979 y 1980, la conducción montonera decidió que cientos de guerrilleros que estaban en el exilio volvieran a la Argentina con el objetivo de jaquear a la dictadura militar, a la que se juzgó debilitada. Los hijos de esos militantes quedaron en la guardería, adonde los pasarían a buscar después de la victoria, pero la operación fue descubierta muy temprano —siempre se sospechó de filtraciones internas— y muy pocos padres pudieron volver a buscar a sus hijos, unos cincuenta chicos desde bebés hasta adolescentes, que pasaron poco más de un año al cuidado de compañeros de militancia y maestras cubanas. Los niños Firmenich estuvieron allí hasta febrero de 1983, cuando emprendieron el retorno a la Argentina con la abuela materna. En diciembre de ese año el comandante montonero logró también volver al país, hubo otro fugaz reencuentro familiar y en febrero de 1984, Firmenich fue detenido, reclamado por los Juicios con que la democracia de Raúl Alfonsín buscaba saldar cuentas con la violencia reciente.

De ese tiempo se acuerda de que no tuvo a su padre en la infancia. Iba a la cárcel de Devoto a verlo. Jugaban al futbol en un patio con una pelota de plástico. En el hogar de Lucchese se había hecho hincha de Boca y de Talleres, “pero me hice de Racing por mi viejo”, dice, y entonces, como Racing estaba en la B y las visitas eran los sábados, escuchaban juntos los partidos en la cárcel. Dice que su padre era cariñoso, pero siempre como muy cortito. Y que él fue construyendo de a poco esa relación, “de algún modo fui asumiendo como propia su manera de pensar”. Tenía 11 años y ya iba con su madre a hacer pegatinas y a pintar paredes para el peronismo de Isidro Casanova, corazón del conurbano bonaerense, adonde vivieron los Firmenich durante los años 90 y hasta su radicación definitiva en España. Con la segunda tanda de indultos otorgados por el presidente Carlos Menem, en 1991, Firmenich fue liberado y, por primera vez, empezarían a vivir como una familia típica. Para entonces ya habían nacido los hermanos menores de Mario —Facundo, Agustín y Santiago— y él había cumplido 14 años. Y ninguno, ni los chicos ni los adultos, sabían muy bien cómo era eso de tener una vida familiar. Dice que él, en el carácter, se parece a su padre, los dos “leche hervida”, muy calentones. Que su padre es muy rígido, que él es más flexible, pero que dentro de todo, en la vida cotidiana que empezaron tarde, el ex líder montonero solía tener buen humor, salvo cuando estaba muy

reconcentrado en sí mismo. O cuando, alejado ya de operativos clandestinos y de armas, el comandante de la principal organización armada de los años 70 luchaba adentro de su casa por los resultados escolares de sus hijos, por si el novio de María Inés dormía con ella en el cuarto, por el poder adentro de la casa. "Después de tantos años, mi vieja había asumido todos esos mandos y ahí hubo que negociar. O sea, nadie que tiene el mando al cien por cien después quiere delegar una parte. Fue una primera etapa conflictiva", se ríe.

Dice que se acostumbró a que su apellido lo antecediera, a las miradas de reprobación y, eventualmente, a los insultos. No tanto en Isidro Casanova, porque el partido de La Matanza era puro pueblo peronista, dice, aunque hay motivos para pensar que incluso en el corazón del peronismo su apellido podía dividir aguas. Pero dice que no, que en el mundo peronista amplio, y sobre todo en época de Alfonsín, "cuando el peronismo era oposición, estábamos todos hermanados", se ríe. La cuestión más traumática en relación con el apellido apareció en la época de Menem y en ámbitos más propios de eso que él define con indisimulado fastidio como "la típica clase media porteña", a la que acusa de hipocresías varias. También en esa época, el indulto que dejó en libertad a su padre y a los máximos íconos de la represión ilegal —Videla, Massera, Agosti, Harguindeguy, Camps— lo expuso a miradas incómodas. Él ya era un alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires, el mismo del que había egresado su padre, ya se había acercado a militar en la agrupación que entonces lideraba su amigo Andrés "el Cuervo" Larroque, y en ese ambiente el indulto era un acuerdo indigerible. No era sencillo caminar por los pasillos plagados de carteles con el repudio de los estudiantes. A su padre también lo alcanzó ese reproche en forma directa: recién salido de la cárcel, era todavía un estudiante universitario en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA cuando un día, al entrar a clase, un chico le dio un volante de repudio al indulto y lo invitó a firmar un petitorio para que Firmenich no estudie en la facultad. "Se lo entregó sin darse cuenta; mi viejo mira el volante, lo mira al pibe y el pibe lo mira, lo reconoce, y con cara de circunstancia le dice 'Y bueno, ésta es nuestra línea política en este momento'. Y mi viejo entró a la facultad." La misma facultad que después le negó el diploma de honor a pesar de haberse graduado con calificación sobresaliente.

Mario dice que apenas leyó por arriba el libro de María O'Donnell, *Born*, donde se reconstruye la trama de negociaciones que llevó al indulto. Hasta ahora, ningún ex miembro de la conducción salió a desmentir lo que la periodista reveló en su investigación: que parte de los 60 millones de dólares que Montoneros había cobrado como rescate por la liberación de Jorge y Juan Born, en 1975, fue entregada al gobierno de Menem para aceitar las tratativas del indulto. "La plata no fue para el indulto, fue para la campaña", corrige el hijo, que reivindica el esfuerzo de pacificación nacional que animaba a esa iniciativa y denuncia la perversidad del ex presidente de liberar al mismo tiempo a su padre y a los represores para enfatizar la teoría de

los dos demonios y la homologación de responsabilidades. Mario lo defiende, pero es difícil no leer el indulto como un ejemplo paradigmático de algo que él mismo describe al hablar de los años 90: "Un proceso de mercantilización de la política que vivió el país durante la revolución neoliberal de Carlos Menem. El menemismo cambió la estructura y la forma de pensar de la clase política nacional. Mercantilizó la realidad política y todos asumieron, desde el último militante hasta el funcionario de mayor rango, que la política era el arte de lo posible en términos mercantiles, en términos de que todo se compra, todo se vende, todo... las ideas no valen por sí mismas".

"Cuando mi viejo era un demonio", dice de pronto. Y cuenta una de tantas anécdotas, un día en la fila para hacer el documento en la Policía Federal. "Firmeniiiich, Mario Javier", gritó la empleada, y él sintió las miradas, el peso de una reprobación extendida. "Yo era pequeño. Hoy lo analizo casi como un proceso psicológico propio de haber asumido la historia personal en términos políticos, un mecanismo de defensa, de poder defender mi existencia y mi identidad. Yo era un nene de ocho años cuando mi viejo fue preso. Para poder sentirme bien conmigo mismo y no sentirme el hijo de un demonio, tenía que entender por qué a mi viejo lo trataban como a un demonio, para lo cual, a partir de esa edad, empecé a leer libros, escuchaba la radio, era adicto a las noticias. Y además, mi vieja nos llevaba a militar a los barrios donde yo lo que veía era que, en ciertos lugares, mi viejo era un genio y, en otros, era un demonio, un hijo de puta, un asesino. Lo primero que aprendí a entender fue que, depende en qué ámbito me moviera, mi viejo era un patriota o un hijo de puta, demonizado, traidor, no sé qué, todo, todo, lo que se decía de él. Yo venía de un frasco cristiano practicante, pero cuando conocí el mundo, lo primero que aprendí fue a relativizar las realidades. Entonces lo que era normal, natural, lógico en un lugar, en otro lugar no lo era. La primera vez que fui a México nadie bendecía los alimentos y yo había aprendido que no se come sin bendecir la comida. Lo que aprendí de chiquito entre los cinco y los ocho años es que la realidad es muy relativa. Esto mismo me pasó después en términos políticos. Yo iba a ciertos lugares a donde la gente se emocionaba al abrazarme, porque pensaba que estaba abrazando a mi viejo en un abrazo conmigo. Y después iba a sacar el pasaporte y cuando decían 'Firmenich Mario Javier' todos me miraban y yo me sentía acosado por las decenas de miradas ajenas. Y después iba al almacén y escuchaba que decían que en mi casa había un búnker con armas y plata de los Born, y yo sabía que en mi casa no había ni armas ni plata de los Born. Entonces rápidamente entendí que lo que se dice tiene que ver con lo que cada cual cree en función de lo que quiere creer o no quiere creer para defender su modo de pensar. Y yo aprendí a defender mi modo de pensar en términos políticos y a defender así mi propia existencia."

Cuando nos encontramos en septiembre de 2014 hacía poco que había dejado de militar en La Cámpora, la agrupación juvenil conducida por Máximo Kirchner. "Me obligaban a militar sin

nombre y apellido, así de sencillo. Para no crear problemas, supuestos problemas a nivel nacional. Yo quería generar discusiones políticas y en La Cámpora no está bien visto discutir políticamente ni la coyuntura ni el futuro. Es muy verticalista. Su función es cuidar a Cristina, es el recambio generacional organizado estrictamente bajo el lineamiento de la Presidencia de la Nación, no deja de ser una guardia pretoriana de Cristina Kirchner. Y además yo no me bancaba militar con capucha." Casi se le volvía un planteo existencial, la exigencia de los compañeros ponía sal en una herida que sigue abierta: la condena social sobre su padre. Y que sea hereditaria. Que su trabajo no pudiera tener visibilidad, que él no haya podido ser funcionario público del kirchnerismo, por ejemplo, porque se llama Firmenich.

Él dice que no habla en nombre de su padre, pero a veces es difícil diferenciar sus voces. En el trabajo de historia económica que escribió para el Instituto de Formación Política Rodolfo Puiggrós que preside el ex canciller Jorge Taiana, más de una vez se escapa como sujeto de la enunciación un "nosotros" que difícilmente podría enunciar él en su propio nombre. Explica entonces que también aportaron ideas algunos viejos compañeros del peronismo revolucionario, incluido su padre. Allí plantean la perspectiva histórica en la que se enmarcan, que arranca en las rebeliones indígenas del siglo XVIII y asocia la experiencia de la guerrilla peronista de los años 70 con las famosas montoneras federales del siglo XIX, de donde tomaron su nombre, y cuyos reclamos ven retomados por los dos grandes movimientos populares del siglo XX, el radicalismo de Yrigoyen y luego Perón. De ahí a la resistencia peronista contra el golpe de 1955, hasta el enfrentamiento con la derecha del peronismo y la dictadura. También revisan el modo en que los montoneros deberían reciclarse en el marco de una democracia liberal, si "colgados" de una propuesta ajena dentro del peronismo —y entonces verse obligados a militar "con capucha", como con el kirchnerismo—, o si reflotando la vieja idea de un partido propio. Pero antes de eso justificarán la decisión de haber tomado las armas como una respuesta popular a la agresión que venía de arriba y ensayarán una explicación sobre la Contraofensiva, los indultos y también sobre el asesinato del sindicalista José Ignacio Rucci, un crimen perfecto para los intereses antipopulares, admiten, pero del que niegan que la conducción montonera sea responsable. "Para el momento del crimen, estaban fusionándose distintas agrupaciones del peronismo insurgente, FAR, FAP, Descamisados. Se estaba discutiendo la fusión y cómo iba a quedar armada la nueva conducción nacional. Por eso les digo que la conducción general de Montoneros nunca tomó la decisión orgánica de matarlo a Rucci. La conducción nacional no armó el atentado, ni logística ni políticamente. Eso es lo que yo sé. A ver, 40 mil personas en la cancha de Atlanta cantaban 'Rucci traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor'. Al día siguiente, miles de jóvenes cantaban 'Rucci traidor, saludos a Vandor'. Es cierto, no tiene valor de estadística, pero yo les digo que la presión social de la base

montonera era matarlo a Rucci. Y muchos se alegraron cuando se enteraron de que Rucci había muerto.”

De regreso de Córdoba, nos reunimos una vez más en un bar de estirpe porteña y peronista, el Varela-Varelita, de Scalabrini Ortiz y Paraguay.

—*¿Te sentís obligado a reivindicar todo lo hecho y deshecho por tu padre?*

—No. Es que yo reivindico la historia, los objetivos generales, las motivaciones. Nosotros somos la generación posterior y tenemos que sanar de alguna manera parte de las heridas de lo que nos precede. Esta sociedad todavía tiene que sanar las heridas que tiene y yo soy parte de esas heridas quiera o no quiera, porque soy el hijo de alguien que para muchos representa una herida social. Eso condiciona mi actividad. Es así. Si no, no me hubieran venido a buscar para este libro. Si no fuese Firmenich, no serviría. Yo decido no romper con esa herencia y eso no implica justificar la muerte de nadie. Es una simplificación pensar que a la generación del 70 le gustaba la muerte. La muerte es parte de la vida y se supone trágica cuando es anterior a lo biológico. Acá hubo una generación que decidió dar su vida y hubo un sector del poder que decidió acortar la vida de esa generación porque no le interesaba que esa ideología llegara al poder y tuviera opción de ser elegible y gobernar la Argentina. Lo consiguió.

—*¿Alguna vez te sentiste interpelado por lo que escuchabas fuera de tu casa sobre tus padres?*

—Con tanta insistencia mediática llegué a preguntarme si podría haber existido una reunión entre mi viejo y Massera. Llegué a dudar. Lo hablé con mi viejo y me dijo “pudo haber sido cierto, pero no lo fue”. Él sabía que la gente de Massera lo buscaba para matarlo, personalmente Astiz. De hecho en París mi papá zafó por minutos.

—*¿Y respecto de las víctimas de Montoneros?*

—A ver, a mí la muerte me duele. A cualquier ser humano. Tengo algún recuerdo, siendo bastante chico, menos de 13 años, siendo católico, que una vez fui a rezar y pensé en mi propia historia y la historia de mi familia en cuanto a la muerte como algo que nos rodeaba. En ese momento cuasi espiritual, pensé poniéndome en el lugar de una víctima de Montoneros y sentí dolor. Me gustaría sentarme a hablar con una persona que piense totalmente diferente de mí, porque creo que los hijos de nuestros padres tenemos que sanar las heridas de la sociedad, aunque no sean nuestras. Justamente porque no son nuestras y entonces es más fácil para nosotros que para ellos. Me gustaría discutir políticamente con Claudia Rucci y preguntarle por qué dice y piensa lo que dice, y que ella esté dispuesta a escuchar. Sería sano para mí y para la sociedad también. Creo que sólo los hijos pueden hacer eso, y si no, tendrán que ser los nietos, pero en algún momento la sociedad tiene que reconstruirse y ser viable. Yo no tendría

problema en sentarme a hablar con el nieto de Videla, ¿me explico? Creo que tendríamos puntos en común. En la convivencia uno va limando diferencias todo el tiempo, aprendés a aceptar las diferencias con el otro. Es difícil pero no imposible. El para qué juntarnos es importante. En esa conversación yo no voy a justificar la muerte individual del padre de una persona, de un empresario o de un pibe. Asumiría que la muerte no es algo que le guste a nadie. Yo sé que es un ejercicio complicado, pero también creo que es la única manera de entender por qué hubo tantos miles de personas que optaron por esa vía, con objetivos buenos, en general.

En el momento en que nos vimos en Córdoba su alejamiento de La Cámpora era reciente, pero seguía militando en el Movimiento Evita. Meses después, cuando hablamos por teléfono para actualizar algunos datos antes del cierre del libro, en noviembre de 2015, nos confirmó que también se había alejado de ese otro espacio político: "El Movimiento Evita depende de las dádivas del Estado y su política está en función de lo que necesitaba el gobierno de Cristina Kirchner. Y ella es así, látigo y billetera: a la mínima crítica, te saca la billetera". Era noviembre de 2015, el triunfo de Macri había sido un golpe inesperado, y de pronto, lo que antes habían sido críticas cuidadas a la gestión kirchnerista se expresaba ahora con menos filtro: "La lógica de acumulación de poder propio a expensas de dividir a la sociedad se ha agotado", decía, "la cultura de llevar a la gente de la nariz fue derrotada", "hay que terminar con la irresponsabilidad de la dirigencia y ponerse a trabajar de una buena vez por la unidad de los peronistas, hay que resolver ya la grieta de los años 70".

Hoy habla de sanar heridas, recomponer las grietas, pacificar el país. ¿No facilitaría las cosas si Montoneros pidiera perdón? "Pedir perdón vos solo no. Si todos piden perdón, sí. Acá se necesita una autocrítica individual y colectiva de todos los sectores." El documento para la reconciliación y la pacificación nacional que Montoneros le había propuesto a Menem con el indulto, dice, sigue teniendo vigencia. "¿Leyeron los 40 puntos?" Se refería al análisis electoral que había publicado su padre desde Barcelona, antes del balotaje que selló el triunfo de Mauricio Macri. Consenso, diálogo, encuentro, unidad, son conceptos centrales de ese texto. La actual moderación política del ex guerrillero encuentra eco en las palabras de su hijo.

"Yo nunca tuve miedo de hablar, me parece que es sano. Es sano que nuestra generación hable sin tapujos de la historia y defienda las posiciones que quiera defender, pero sin tener la subjetividad que te da el haber pertenecido, porque los hijos somos parte, pero parte hereditaria. Es una herencia. Y uno con las herencias puede hacer dos cosas: o las administra o las dilapida."

—*O las rechaza, las pone en discusión*.

—Es verdad, también está la opción de decir “No quiero saber nada con esta historia, con esta herencia”. Pero yo creo que lo más sano es administrarla, administrarla en el buen sentido de la palabra.

"Si una hija sabe que su padre es culpable, igual lo va a perdonar, porque es su padre, pero yo acá voy en búsqueda de la verdad"

La bomba que haría estallar en mil pedazos la vida de Malena Gandolfo detonó sin aviso previo. Sucedió en 2009 cuando su padre, el ex militar Ricardo Claudio Gandolfo, fue arrestado en el aeropuerto de Ezeiza mientras se disponía a realizar un viaje con amigos. Había sido denunciado por la detención ilegal de Hugo Washington Barzola, ocurrida en julio de 1976. Malena dice que no hubo señales ni preanuncios. Tampoco notificaciones judiciales en el domicilio de su padre. Sólo, inesperadamente, esa bomba que le cambiaría la vida. La primera detonación alcanzó para que Malena, que acababa de hacer realidad su sueño profesional —empezar su carrera periodística en España como reportera de una cadena de televisión—, tomara la decisión de dejar sus proyectos laborales en suspenso. Canceló el contrato y volvió a la Argentina. Tenía que ocuparse de su padre.

Ricardo Gandolfo, un empresario exitoso en el rubro de la alimentación natural, había solicitado la baja del Ejército en 1978 y su paso por la vida militar —a la que renunció con rango de subteniente— era apenas una anécdota lejana para la familia. A pesar de tener cinco hermanos, Malena sintió que debía ocuparse a tiempo completo de los problemas judiciales que comprometían a su padre y asistir a las audiencias de los juicios por delitos de lesa humanidad que llevaba adelante el Tribunal Oral Federal de Bahía Blanca. La hija pensó que la pesadilla de su padre era también la suya, pero creyó que sería pasajera. Apenas un malentendido que pronto sería aclarado en sede judicial. Se equivocaba. Cuatro años después, en diciembre de 2013, Ricardo Gandolfo fue condenado a cuatro años y medio de prisión por la privación ilegal de la libertad de Hugo Barzola. Con esa segunda detonación —la confirmación de la condena—, Malena se desmoronó y canceló también su vida personal: terminó con un noviazgo de cuatro años y con los planes de casamiento que ya estaban en marcha. Su novio no podía acompañarla como ella necesitaba en el peor momento de su vida, dice. De algún modo, la condena del padre era también la suya.

El ex militar fue denunciado por la detención y el traslado de Barzola al Batallón de Comunicaciones 181 de Bahía Blanca, donde permaneció cautivo de manera ilegal durante 52

días. Según consta en la causa y en distintas declaraciones, Barzola tuvo dudas sobre el día exacto de su detención en julio y reconoció al ex militar por una tarjeta de identificación que afirmó haber encontrado y en la que figuraba el rostro y apellido de Gandolfo, el hombre que, asegura, lo había detenido. También ratificó que el padre de Malena nunca lo sometió a tormentos ni torturas y que los golpes que recibió provinieron de otras personas. La defensa de Gandolfo sostuvo, por su parte, que el ex militar había estado de licencia en Buenos Aires durante varios días de julio —por lo que la fecha exacta de su detención no era un detalle— y que no existían entonces las tarjetas de identificación a las que se refirió Barzola. La Justicia condenó a Gandolfo a cuatro años y medio de prisión. Según consta en el expediente judicial, la participación de Gandolfo en el Operativo Independencia en 1975 fue un agravante en la condena recibida por los hechos que sucedieron un año después en Bahía Blanca, último destino militar de Gandolfo antes de su baja del Ejército.

Malena no justifica los métodos utilizados en la dictadura, ni los secuestros ni las desapariciones forzadas. Tampoco se ampara en el argumento de la guerra para eximir de responsabilidades a los militares por las violaciones a los derechos humanos cometidas durante el gobierno de facto; pero distingue funciones y responsabilidades dentro de las fuerzas. No se asume como vocera de otros militares y aclara que habla exclusivamente del caso que conoce bien, el de su padre. “Quieren meter a todos en la misma bolsa por el hecho de haber sido militares y no son lo mismo. Mi papá no tiene nada que ver con el mundo militar. Pidió la baja del Ejército en 1978 y fundó y expandió una empresa familiar de alimentos naturales; dictó conferencias sobre valores, ecología y derechos humanos; desde hace treinta años es budista; viajó a la India a recibir enseñanzas del Dalai Lama y tiene un enorme compromiso con fundaciones de perfil social.” Y resume: “Algunos militares estuvieron involucrados en cosas aberrantes y otros no”.

Malena se solidariza con las víctimas y su dolor pero cree que en la Argentina se ha montado una farsa y un show mediático que nada tiene que ver con la búsqueda de la verdad y la justicia. No repite mecánicamente argumentos de otros cuando ensaya la defensa de su padre porque ella, afirma, escuchó cada uno de los testimonios en los juicios que llevó adelante el Tribunal de Bahía Blanca. Por eso sostiene que en algunos casos los testigos recrean hechos contaminados por el paso del tiempo sin ninguna prueba fehaciente. “Hay algunas condenas que están bien pero hay otras que dan vergüenza. Hay mucha gente condenada que no tiene absolutamente nada que ver. Esto es una falta de respeto a las víctimas.” Convencida de que en algunos casos se persigue a gente inocente y se condena sin pruebas, Malena cree que a su padre lo condenaron sólo por haber sido militar.

La sentencia de cuatro años de prisión contra Gandolfo le imprimió una nueva dirección a la vida profesional de la hija: los cuatro años que Gandolfo pasó cumpliendo su condena, ella los

dedicó a estudiar Derecho. Tal vez no fue una elección libre la que la llevó a cambiar de profesión. Tal vez las circunstancias familiares pesaron más que su deseo. Pero Malena dice que fue, sobre todo, un grito de justicia. No se le escapa que hay una relación directa entre haberse sentido víctima de la injusticia y la arbitrariedad y su decisión de cambiar de carrera: "No quiero que ninguna persona pase por lo que tuvimos que pasar mi familia y yo. Comprendí que no hay seguridad jurídica en este país".

A la hija de Ricardo Gandolfo no sólo le preocupa la causa judicial sino, sobre todo, la enfermedad renal crónica y progresiva de su padre, agravada por la cárcel y por la dificultad de recibir en el penal los tratamientos adecuados. Después de que dos militares condenados se fugaron del Hospital Militar Central, la Corte Suprema de Justicia dejó firme una resolución firmada por el Ministerio de Defensa en la cual prohíbe "el alojamiento y la atención ambulatoria en hospitales militares de quienes se encuentran procesados con prisión preventiva o condenados penalmente". A pesar de esta medida, Malena reconoce que a su padre le fue otorgado el permiso para recibir el tratamiento médico fuera del penal cada vez que su salud lo requirió.

La hija, la estudiante de Derecho, recorre los laberintos de la causa judicial de su padre con voz diáfana y tono enérgico, la misma voz que se quiebra en llanto y desconsuelo cuando en lugar de hablar de su padre, habla de ella. De sus planes. De sus sueños en suspenso. El sonido del teléfono pone en pausa la conversación. Malena se seca las lágrimas y se levanta para atender, tal vez aliviada por esa distracción que aunque sea por unos segundos la rescata de la angustia. Sin embargo, es la voz de su padre la que llega del otro lado de la línea, desde la cárcel. Hablan todos los días y lo visita dos veces por semana. Consagrada desde 2009 a la causa de Ricardo Gandolfo, será su hija quien marcará los pasos en esta nueva hoja de ruta, incierta e impensada.

Malena nació con la democracia en 1983 y tenía 26 años cuando la Justicia ordenó la captura de su padre. Egresada de la carrera de periodismo de TEA, había realizado sus estudios secundarios en el colegio Misericordia, en el barrio de Belgrano, y fue compañera de clase de la hija de César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani y de una de las nietas de Jorge Rafael Videla. Cuando la entrevistamos, Malena mostraba su indignación por el hecho de que Milani, con diversas causas abiertas en la Justicia que incluyen torturas agravadas, la desaparición del soldado conscripto Agapito Ledo en La Rioja —bajo su cargo directo— y una causa por enriquecimiento ilícito, no sólo no hubiera tenido que rendir cuentas en la Justicia sino que, para ese entonces, hubiera sido ascendido a jefe del Estado Mayor General del Ejército. "¿Cómo se explica que mi papá, que no mató ni torturó a nadie, esté condenado y preso y a Milani lo hayan nombrado jefe del Ejército?"

Cuando Gandolfo fue detenido, Malena no dudó en contactar a su ex compañera Julieta Milani para explicarle la situación de su padre. La hija del entonces jefe del Ejército, que en ese momento trabajaba en el Ministerio de Defensa, dejó en claro que nada podía hacer por ellos. "Julieta, si tu papá no estuviera adonde está, vos estarías en las reuniones de Hijos", le contestó Malena. La hija de Gandolfo se refería a Hijos y Nietos de Presos Políticos, la agrupación que nuclea a hijos de militares juzgados y condenados por delitos de lesa humanidad, que denuncia la ilegitimidad de los juicios y violaciones al debido proceso. Cuando Malena se acercó a la agrupación, no le gustó "la energía de bronca" que la animaba, que incluyó, entre otras cosas, escraches al titular de la Corte Suprema de Justicia Ricardo Lorenzetti. Luego, la estrategia fue mutando, dice, y hoy además de pedir garantías legales para sus padres y familiares, despliegan una estrategia de diálogo y lobby con distintos actores políticos y de la sociedad civil: abogados, intelectuales, comunicadores y ex militantes que hoy parecen mejor dispuestos a escuchar lo que los familiares de los militares tienen para decir.

Bella, desenvuelta y locuaz, Malena se instaló en Bahía Blanca el tiempo que duró el juicio y escuchó atentamente cada uno de los testimonios que involucraban también a otros militares acusados. En el transcurso de las audiencias se descompuso varias veces al escuchar los relatos de las víctimas. También rezó "para que Dios ilumine a todos". En especial, a Hugo Washington Barzola, el hombre que sostuvo que fue su padre quien lo detuvo el 20 de julio de 1976 y lo trasladó al Batallón de Comunicaciones 181. Durante meses la periodista confió en que, dadas las contradicciones y dudas del único testimonio, Gandolfo sería absuelto. Se equivocó. El hecho de que los otros militares acusados en el juicio hubieran recibido largas condenas, a diferencia de los cuatro años y medio para Gandolfo, no sirvió de consuelo para su hija, convencida de la inocencia del padre. Todavía hoy resuenan en sus oídos las palabras de familiares de militares imputados en diversas causas que le decían que a su padre lo iban a condenar igual. Con pruebas o sin ellas. Le decían que hay una decisión política que nada tiene que ver con una justicia independiente e imparcial.

Malena le cree a su padre. Conoce la causa de punta a punta y dice que le cuestionó a Ricardo Gandolfo cada palabra, cada requerimiento de los fiscales, cada detalle, cada testimonio. Dice que fue implacable cuando se sentó a hablar con él y que su padre respondió todas sus preguntas: que sabía que había detenidos, que aunque sabía que se torturaba nunca vio o presenció torturas, que no conoce a Barzola y que nada tuvo que ver con su detención. Malena admite que no fue una conversación sencilla. "Por supuesto que le creo cuando dice que no tuvo nada que ver. Yo siempre me puse a disposición en la búsqueda de la verdad, que es lo que a mí me interesa. Si una hija sabe que su padre es culpable, igual lo va a perdonar porque es su padre, pero yo acá voy en búsqueda de la verdad." Quizá por eso, cándidamente, cuando la tormenta judicial se desató, Malena se acercó a las querellas y a los fiscales para decirles que

quería contribuir. “Quería que supieran que estaba a disposición, que me usaran para llegar a la verdad.” Como aquella vez que quiso contactar a Barzola para contarle quién es su papá. Fantaseó con decírselo ese día en que se lo cruzó en la calle, después de alguna audiencia. Fantaseó con contarle que su papá es una buena persona, que hubiera sido incapaz de torturar o matar a alguien. Pero no lo hizo. El abogado de Gandolfo desaconsejó ese tipo de contactos que hubieran podido perjudicar a su defendido. Quizá por eso Malena nunca le envió a Barzola todas las cartas que le escribió.

La desesperación de la hija por la situación judicial del padre la llevó a recorrer pasillos, solicitar reuniones, escribir cartas a distintas personalidades de la Justicia y de la Iglesia. Necesitaba gritar a viva voz la inocencia de su padre. Por eso no dudó en escribirle una carta al papa Francisco. Malena se acercó a la casa de Elena, la hermana de Bergoglio, y entregó en mano a Jorge, el sobrino del Papa, una misiva en la que explicaba la situación de Ricardo Gandolfo. En aquellas líneas, le pedía su intervención en favor de un proceso de reconciliación nacional y lo ponía en conocimiento de que “nuestro país hoy está viviendo una época de persecución penal, resentimiento y venganza”. Dice que ella no es la única, que el ex arzobispo de Buenos Aires hoy entronizado como jefe de la Iglesia católica y del Estado Vaticano, ya recibió miles de cartas enviadas por familiares de militares detenidos en diversos penales de la Argentina.

Pero hubo en estos años otra correspondencia que para Malena fue un verdadero sostén emocional: la que su padre mantuvo con Héctor Leis, el ex militante montonero que, en 2013, asumió públicamente la responsabilidad de los crímenes cometidos por la organización armada a la que pertenecía y ensayó un pedido de perdón y un llamado a la reconciliación nacional, expresados en su libro *Un testamento de los años 70*. Desde que lo contactó a Leis por correo electrónico, a mediados de 2013 y a instancias de su padre, Malena ofició de intermediaria de una ceremonia privada y “sanadora” entre dos personas que alguna vez pertenecieron a bandos opuestos: un ex montonero, residente en Porto Alegre (Brasil), postrado en una silla de ruedas por el avance inexorable de una esclerosis lateral amiotrófica (ELA), y un ex militar, su padre, condenado a cuatro años y medio de cárcel, confinado en la enfermería de un penal, por una insuficiencia renal aguda y crónica. A través de esa correspondencia, Gandolfo y Leis descubrieron que sus caminos alguna vez se habían cruzado. Fue en Brasil, lugar de residencia de Leis y destino de los múltiples viajes que Gandolfo realizó para participar de retiros budistas. El ex militar y el ex montonero no sólo compartían la práctica del budismo, sino el mismo lama, el mismo referente espiritual. Malena sabía que aquella correspondencia iba a cesar pronto. Las demoras en las respuestas confirmaban lo que Leis alguna vez le había anticipado: que su mano derecha ya no le respondía como antes, que tenía una enorme dificultad para escribir y que cada movimiento lo dejaba exhausto. Por eso la hija de Ricardo

Gandolfo quiso viajar a Brasil a encontrarse personalmente con el ex montonero antes del final. Él la disuadió rápidamente, ya no estaba en condiciones de recibir a nadie. Malena esperó en vano su última respuesta. Los correos que aguardaba ansiosa cada semana se detuvieron días antes del fallecimiento de Héctor Leis, el 6 de septiembre de 2014.

Aquel día Ricardo Gandolfo rezó con varios detenidos en el Penal de Ezeiza Unidad 29 —adonde había sido trasladado desde Marcos Paz— y le dedicó un mantra, una oración budista. Para esta hija, así como para otros hijos y familiares de procesados o condenados por delitos de lesa humanidad, la de Leis fue una voz de sosiego, consuelo y esperanza. Malena dice que todavía lo extraña, que aquellas cartas fueron un regalo inesperado y luminoso en la larga noche que comenzó en 2009.

Después de estar cuatro años sometido a proceso por un único caso, y detenido con prisión preventiva hasta su condena, el 25 de octubre de 2013 Gandolfo fue imputado nuevamente en más de cuarenta casos de personas que estuvieron detenidas en el Batallón de Comunicaciones 181. Malena dice que estas nuevas acusaciones, a diferencia de la única anterior, involucran a Gandolfo por haber estado destinado en ese momento, en ese lugar. “Hay una persecución penal. En el futuro pueden volver a imputarle otros nuevos casos”, dice, con el desaliento de quien teme que la maquinaria judicial que se ha puesto en marcha no se detendrá jamás. En octubre de 2014, después de que tres juntas médicas coincidieran en que su salud se encontraba en riesgo, el Tribunal Oral Federal de Bahía Blanca otorgó a Gandolfo el beneficio de la prisión domiciliaria, con su hija como guardadora y garante.

En todo este tiempo, Malena comenzó a construir sobre los escombros. Eso sentía, que los escombros habían sepultado a la joven que hasta 2009 soñaba con ser periodista y reportera de televisión. La que creía en la Justicia. Hoy continúa con sus estudios de Derecho y ha vuelto a enamorarse. De a poco, empezó a retomar los hilos de su propia vida. Con cautela. Como quien camina sobre ruinas.

Analía Kalinec

"Yo lo tengo a mi papá por un lado y al represor por el otro. Son la misma persona, pero en algún punto alguna disociación tiene que hacer mi cabeza…"

Analía ordena las viejas fotografías del álbum familiar. Sobre la mesa de la cocina de su casa de Flores se acumulan imágenes. Los abuelos, los tíos, el negocio familiar de artefactos eléctricos, un verano en la quinta de Moreno, su papá a los diez años, su papá a los tres años, la hermana de su papá, el padre de ambos, el abuelo Emilio. No hay allí fotos de su vida como hija, ella, mamá y papá, sus tres hermanas. Las fotos que Analía exhibe y que desbordan las páginas amarillentas del álbum, más que imágenes, más que recuerdos, son las piezas de un enigma que ella se obstina en resolver. No pone las fotos sobre la mesa para recordar el pasado sino para tratar de entenderlo, para arrancarle una explicación.

Analía suspira, pasa las hojas del álbum mientras hilvana relatos de otros tiempos con sus hipótesis de hoy, esas conjeturas que sacudieron el libreto familiar hasta hacerlo volar en mil pedazos. Pero sólo su pensamiento es desafiante, sus maneras no. Analía, que ahora estudia Psicología en la UBA, conserva los modales didácticos y suaves de su primera profesión, la de maestra. Pasa las hojas en calma mientras cuenta su historia sin alterar el tono de la voz. Aunque hable de violencia, de crímenes, de muerte. Aunque hable de los crímenes por los que fue condenado su padre, Eduardo Emilio Kalinec, como miembro de la represión ilegal durante la dictadura. Nada altera su delicada manera de expresarse. A lo sumo toma aire, contiene las lágrimas. Pero está decidida a avanzar. No importa que cada paso, cada pregunta y cada respuesta, aunque sea provisoria, la lleve hacia un revisionismo parricida. Desde que decidió saber, todo fue dolor, confusión y reproches. Fuera del relato familiar que la cobijó hasta hace poco tiempo, lo que hubo y sigue habiendo es intemperie, desamparo, una familia rota.

Fotos del primer cumpleaños de su padre, los ojos alegres, sin sombras. Si habrá llorado ella mirando esas imágenes, pensando cómo puede ser. Para la época en que se enteró de todo, su primer hijo tenía un año y medio, casi la misma edad que su padre en la foto del primer cumpleaños. Analía amamantaba a su bebé entre lágrimas. Dice que temía transmitirle su dolor, su desconsuelo, pero mucho más temía transmitirle eso que al parecer anidaba en su padre y que ella recién empezaba a conocer. Miraba las fotos de su padre, aquella expresión tan feliz de

la primera infancia, tan despreocupada, y después buscaba las fotos de los años 70. Su padre el policía. La imagen de aquel bebé que fue, frente a la imagen de este hombre. ¿De este monstruo?

Frente al tribunal que juzgó su participación en la represión ilegal, Eduardo Emilio Kalinec no dio señales de arrepentimiento. Analía presenció varias instancias del juicio que lo llevó a la cárcel con una condena de cadena perpetua. Al principio, se sentaba junto con su madre y sus hermanas en los lugares reservados a los familiares de los acusados. Más tarde, distanciada de ellas desde que empezó a marcar diferencias con la versión oficial de la familia, empezó a ir sola. Hasta que no fue más. Eduardo Emilio Kalinec escuchaba en silencio los cargos que se le imputaban. ¿Escuchaba? Analía cree que no, cree que su padre, hoy detenido en Devoto, ha logrado sellar una perfecta cámara de silencio entre la verdad a medida que construyó junto a sus camaradas y la hostilidad del mundo exterior, ese mundo —ese Estado— que hoy le reclama como a un criminal por lo mismo que apenas cuarenta años atrás era motivo de felicitaciones y de ascensos. Eso siente él, cree la hija. Eso imagina que mascullaba entre dientes mientras el tribunal exponía los detalles de sus crímenes. Casi 200 testigos confirmaron que Eduardo Emilio Kalinec no fue sólo el subcomisario de la Policía Federal Argentina, el oficial egresado con honores de la Escuela de Cadetes de Policía Ramón Falcón, en 1975, el amoroso padre de sus cuatro hijas, el esposo dedicado, el pater familias íntimamente orgulloso de un triunfo personal que lo desvelaba: no haber repetido con ellas ni la inestabilidad económica ni el clima de violencia familiar que respiró su infancia. Eduardo Emilio Kalinec no es sólo ese hombre, es también —o fue también— el Doctor K, oficial ayudante de la Policía Federal condenado por intervenir en la custodia de los detenidos y de participar en interrogatorios y tormentos en los centros clandestinos Atlético, El Banco y El Olimpo. De los casi doscientos testimonios que hay en la causa judicial ocho lo nombran directamente. Los sobrevivientes, dice la hija, hablan de un hombre sádico, cruel, que quería lastimar. Un hombre al que los detenidos le temían. Analía, su hija más mimada, “la novia de papá”, su “vizcachita”, leyó todos esos testimonios. Y no salió indemne. Con el impacto de esas lecturas, terminó de entender qué se hacía en los centros clandestinos y pensó por primera vez que quizá su padre no era un preso político como reclama todavía hoy desde la cárcel. Leyó uno por uno los testimonios. Percibía allí, dice, en el relato de los sobrevivientes, una verdad sobre su padre. Lo imagina ahí, en ese momento en el que se tortura, se golpea, se insulta. Lo imagina torturando, golpeando, insultando. Inconmovible, indiferente ante el sufrimiento.

Hubo un momento en que saber la desquició. Lo que leyó, lo que supo, lo que imaginó, fue más de lo que podía soportar. Lloró desconsoladamente cuando la golpeó la noticia —*“Papá está preso”*—, pero lloró más aún cuando la golpeó la información descarnada que empezaba a aparecer por fuera del relato familiar.

Analía fue entrevistada tres veces para este libro. Las dos primeras, en 2010; la última, en 2014. Para el momento de los dos primeros encuentros, ya hacía poco más de cuatro años que su padre estaba preso y apenas dos que ella se había rendido ante las evidencias del expediente judicial y las inconsistencias que había empezado a detectar en las explicaciones que daba su padre y que nadie en su familia, salvo ella, se atrevía a poner en duda. Analía hablaba con serenidad, pero se podía sentir el desborde interior. Ofrecía casi sin pudor, se diría, el abanico de sus argumentos, los resultados de esas implacables pesquisas a las que se había entregado en cuerpo y alma desde que la causa de su padre fue elevada a juicio oral. Porque fue recién en ese momento en que la causa llegó al juicio oral, cuando las líneas dispersas de su desconfianza, de sus dudas, de sus sospechas, se concentraron todas juntas en un punto de quiebre. Con la noticia crujía por primera vez el relato que había cohesionado a la familia durante tanto tiempo.

Muy poco antes de quedar detenido, en agosto de 2005, Eduardo Kalinec había preparado a su mujer y a sus hijas para lo que estaba por suceder; dijo que todo era político, juró que él no había hecho nada de lo cual tuviera que arrepentirse, anticipó que iban a escuchar muchas mentiras y que no tenían que creerlas. Aseguró también que en pocas semanas recuperaría la libertad. Analía creyó y repitió ese credo hasta el cansancio, hasta perder la fe ese día de junio de 2008 en que escuchó la voz de su madre ahogada en llanto en el teléfono: *"Papi salió en los diarios, elevan la causa a juicio oral".* ¿Cómo que a juicio oral? Si él juró que no había elementos para condenarlo. Ese día, Analía se permitió escuchar las dudas que había silenciado durante tanto tiempo y se sentó frente a la computadora para poner en Google un nombre: Dr. K.

De lo que leyó aquella vez todavía no logra recuperarse.

¿Qué puede haber de singular en el pasado de un hombre capaz de torturar sin descomponerse, sin vomitar? ¿Cómo se indaga en la construcción psíquica de una persona que además es el padre de uno? ¿Qué hubo allá a lo lejos en el tiempo que acaso puso a este hombre en la senda del monstruo en que se convirtió? Esas preguntas asediaban la tranquilidad de la hija. Por eso, si la elevación de la causa a juicio oral descorrió el primer velo —el de la información—, fue la tía Laura, la hermana del padre, quien dejó al desnudo los rastros de una primera explicación. A ella, a su tía paterna, acudió Analía cuando se hizo evidente que la situación del padre era mucho más comprometida de lo que la familia quería admitir. A ella fue a buscar para que pusiera palabras a tanto desconcierto: quién sino la hermana de su padre conocía el nido de donde ambos habían salido. La tía Laura habló entonces de su propia vida, de sus intentos de suicidio, de sus problemas con el alcohol, de una infancia oscura, marcada por el abuso y la violencia. Analía, la hija de Eduardo Kalinec, la sobrina de la tía Laura, tejía y destejía los hilos de esa trama con la esperanza —con la exigencia, casi— de que alguna vez algo tuviera sentido. Aprendió en la Facultad de Psicología que es necesario sumergirse en el pasado para

buscar, no excusas, pero sí determinantes, experiencias que —allá a lo lejos en el tiempo— hayan abierto la posibilidad de lo peor.

"¿Por qué una persona entra a trabajar en la policía a ejecutar esa función? No cualquiera lo puede hacer, ¿por qué mi padre sí?" Preguntas como ésa guiaron sus primeras búsquedas. Necesitaba entender. Analía sabía que Jiménez, el marido de la tía Laura durante los años de la dictadura, también había integrado los grupos de tarea de la fuerza policial. Pero sabía que él no había podido resistirlo y renunció. ¿Por qué su padre no? Jiménez, contaba la tía Laura, vomitaba al regresar del trabajo por las noches, "Esto es una carnicería, tu hermano… yo no sé cómo puede hacer lo que hace", le decía a su mujer, y terminó pidiendo la baja. Kalinec, su cuñado, lo trataba de cagón. "¿Por qué mi padre sí podía hacer esas cosas y hasta pudo haber experimentado cierto sadismo, cierto goce? Hay algo que va más allá del presente y tiene que ver con su historia."

Eso buscaba, la historia, en la memoria que ahora sí estaba dispuesta a ofrecer la tía Laura. Ella podía ayudarla a entender, podía contarle todo lo que sabía sobre su hermano, el padre de Analía. Todo. La infancia que habían compartido. Los años en que él estaba en actividad. Porque nada se decía en casa de los Kalinec en la época en que el jefe del hogar trabajaba en los centros clandestinos. Las nenas eran muy chicas entonces —Analía nació en 1977 y se lleva muy pocos años con sus hermanas— y crecieron en los años 80, cuando en medio de la primavera democrática Kalinec ya había comprendido que sería mejor camuflar su pasado. Pero en la mesa familiar no se hablaba de política, a lo sumo algún comentario sobre "los crímenes de la subversión". Por eso habrá que creerle a Analía cuando jura que no sabía nada de nada y que todos los desastres de los años 70 se los bebió de un solo trago en 2008 con la elevación de la causa a juicio oral y el descarnado retrato de su padre que le arrojó el buscador Google.

"Pero tu mamá no puede no saber, porque ella estaba en la mesa como yo cuando él contaba las cosas que hacían", dijo la tía Laura. Analía no recuerda que esos temas se ventilaran ante ellas. Sí recuerda, en cambio, la pedagogía silenciosa de su casa, esos relatos casi domésticos, triviales, a través de los cuales, sin proponérselo, el padre les enseñaba a sus hijas cómo se defiende lo que es de uno. *"¿Querés que te mande a los muchachos para que te den una mano?"*, le ofreció Kalinec, suegro generoso, al marido de Analía, que andaba con algunos problemas con gente de su trabajo. No es el único episodio que la hija rescata del indiferenciado acervo de las anécdotas familiares para darle ahora jerarquía de prueba, o de indicio al menos. La revisión del pasado, en su caso, es sobre todo un asunto de familia: todavía busca esas señales, esos detalles en los que se escondía el monstruo durante aquellos años de la infancia. Todo está bajo sospecha. La memoria le devuelve palabras en las que antes no había reparado, frases dichas al pasar (*"Y…, tuvimos que darle un par de cachetazos"*) que ahora Analía escucha de otro modo. Como los cuentos sobre los gatos del terreno baldío. Papá Kalinec alardeaba de afinar

puntería con ellos, también se ufanaba de matarlos. A veces hablaba de los juegos de su infancia; de Miguel, que le tenía miedo a los petardos y entonces los grandotes lo ataban a una silla y le ponían cohetes a su alrededor; lo obligaban a abrir la boca y le escupían adentro. Analía sospecha que los vejámenes iban todavía más allá. Por eso debe de ser que imagina a su abuelo Kalinec —a quien recuerda como un sádico—, relamiéndose con los relatos de su hijo el policía. No con los cuentos de los gatos, sino con los otros, los de los centros de detención. *Mirá lo que hice papá, bajé a tantos zurdos*, imagina hoy la hija como un diálogo posible, un diálogo en el que su padre, el petiso, el retacón, ganaba altura frente a los ojos de su propio padre, un hombre muy verdugo, recuerda Analía, que se burlaba sarcásticamente de sus hijos, que *verdugueaba* a todos.

Lo dice sin darse cuenta, en un primer momento, de las resonancias que hoy tienen esas palabras. Se escucha y su estado de alerta descorre velos en los que no había reparado antes, como esos lugares comunes del vocabulario familiar que pueden iluminar más que muchas explicaciones. *Verduguear*, *supositorio*, *forrear*, palabras del diccionario de su papá. Analía ata cabos, vuelve a las fotos, retoma los relatos de la tía Laura que cuentan un pasado difícil en la infancia de los hermanos Kalinec. Abusos, violencia, verdugueadas de ese abuelo sádico. Los pormenores de esos recuerdos pertenecen a la tía Laura, son su secreto, y Analía no puede abrirlos a la mirada pública, aunque los rumia, los piensa, los mueve una y otra vez de lugar como piezas de ese rompecabezas que necesita armar para entender qué pasó con su padre. ¿Para justificarlo?

Eso se preguntó en cierto momento la estudiante de Psicología de la UBA. Tanta necesidad de buscar explicaciones en el pasado, ¿no sería parte de un mecanismo de defensa, una manera de justificar a su papá? Pensar *"pobre, tuvo una infancia difícil, pobrecito mi papá"*. Hoy dice que no hay ni habrá nada que lo justifique, y a la vez, se pregunta si su modo de convivir con eso no es una estrategia de disociación que le permite, por un lado, rescatar a su papá querido, sin perder de vista que en él está también el represor. Un esforzado equilibrio que a veces se le vuelve insoportable. "En algún punto lo disocio porque si no, no podría ser mi papá. O sea, yo lo tengo a mi papá por un lado y al represor por el otro. Son la misma persona, pero en algún punto alguna disociación tiene que hacer mi cabeza, porque si no… no sé, no hay cabeza, no hay corazón que aguante."

Ella dice que si hoy continúa con la interrogación del pasado ya no es para absolver a su padre sino para tratar de entender. Para darse a ella misma una explicación que la tranquilice. Piensa en sus propios hijos. Como si se preguntara qué no hay que hacer para que de aquellas fotos alegres y sin sombras de la infancia se llegue a estas oscuridades de la naturaleza humana. Sólo eso, no más que eso, ni menos: reconstruir la historia de su padre para no repetirla y para

explicarse a sí misma cómo y por qué se convirtió después en este hombre al que, desde hace ya tiempo, siente que ya no puede visitar en prisión.

¿Por qué decidió ser policía? Analía encuentra una explicación posible en esta frase: "*Me dejo forrear y forreo*", una lógica aprendida tempranamente en la casa del abuelo Kalinec, que verdugueaba. Pero también cree que la promesa de una estructura laboral sólida tiene que haber sido muy tentadora para alguien que había vivido de debacle en debacle, al ritmo de las pérdidas de su padre el jugador. De repente venían los acreedores y se llevaban todo, de un día para otro se quedaban sin casa, sin nada, se tenían que ir a vivir con algún familiar. Kalinec no quería repetir esa historia, quería estabilidad, una vida segura, que nada les faltara a los suyos, ni vacaciones, ni una casa digna, ni el dinero que pagara la educación. La familia policial garantizaba esa estabilidad. Aunque no era lo que los abuelos Kalinec habían imaginado, porque ellos querían que su hijo —el doctor K— estudiara Medicina. Por eso para la secundaria habían elegido el Colegio Nacional de Buenos Aires. Pero en 1973, cuando estaba en tercer año, él decidió irse para ingresar en la Escuela de Cadetes de Policía Ramón Falcón. Un misterio, un cruce extraño que Analía intenta descifrar, qué pudo haberlo llevado de aquel lugar, de aquel mundo, a aquel otro. Tal vez ese antisemitismo larvado que todavía cultiva, supone la hija. En el Buenos Aires había muchos judíos y Analía recuerda que hasta el día de hoy él es bastante antisemita. O tal vez lo empujó a irse la mala relación con sus compañeros, que puede adivinarse en las dedicatorias con que lo despidieron: *"Al petiso; a planta baja; al más petiso; al medio litro con espuma; para el chiquito, al enano maldito"* (también en la escuela de cadetes se le hizo difícil ser retacón: no lo pusieron de abanderado porque arruinaba la estética de la ceremonia). O tal vez aquel episodio en el que se sintió traicionado por un compañero que lo delató cuando se copiaba y que, apunta la hija, siempre recordaba con tanto rencor. Por aquellos años del Buenos Aires, Kalinec se había enamorado de una chica del colegio, judía, militante, que no lo miraba demasiado. Un día, muchos años después, cuando él ya formaba parte de los grupos de tarea y salía con ellos a "patear ranchos", jura la tía Laura que su hermano le contó:

—¿Sabés a quién me encontré hoy en un enfrentamiento armado?

—¿A quién?

—A Adrianita.

—¿Y?

—Y…

Temeraria, lanzada a una búsqueda imprudente que por momentos parecía no reconocer límites, Analía encontró en la guía el nombre de esa Adriana y la llamó por teléfono. Le explicó de quién era la hija, le dijo que necesitaba hablar con ella. Con un temblor indisimulable en la voz, la mujer sólo atinó a decir que no había nada de qué hablar y cortó.

Desde la negación del comienzo, cuando reclamaba con su familia la condición de víctima para su padre preso, hasta la plena conciencia de hoy, Analía atravesó todos los estados de ánimo, campos minados de furias, reproches y vergüenza, aguas turbias como espejos que tanto podían confirmarla en la imagen de una heroína luminosa —celebrada por quienes aplauden a la hija del ex subcomisario represor capaz de aceptar hasta el destierro afectivo de su familia para contribuir a la verdad y a reparar los crímenes de su padre— como podían, en cambio, devolverle la imagen de una heroína oscura que traiciona a su propia familia y le clava un puñal por la espalda al hombre, hoy tras las rejas, que es su padre. No es difícil imaginar que tal vez haya terminado por creer que el dolor le otorga derechos o que el sentirse ahora del lado de los justos (soy su hija, pero no soy un monstruo) puede legitimar cualquier paso de su búsqueda desesperada, como irrumpir en el pasado ajeno, forzar encuentros, violentar el silencio de una víctima sin medir, sin pensar antes en el impacto que su voz, su nombre, puede significar para los otros, por ejemplo, para esa sobreviviente a quien su padre torturó.

En los primeros encuentros, por momentos, pese a los tonos amables y el dolor que la hacía llorar, se podía percibir el exceso de su determinación. Eso le recordaron sus hermanas cuando en diciembre de 2009 se publicó en el diario *Miradas al Sur* su conversación con la periodista Jimena Rosli, una entrevista en la que ella relataba la historia familiar casi sin guardarse detalles, como si todo lo que sucedía en su familia o todo lo que a ella le sucedía con la historia a la que le tocó pertenecer debiera hacerse público. El abogado defensor de su padre llevó a la celda de Eduardo Kalinec un ejemplar del diario. Analía supo después por sus hermanas el estrago que había causado en el ánimo de sus padres, supo del llanto de ambos en prisión y, acaso por primera vez, pudo considerar que mantener en la esfera privada los detalles más íntimos de la trama familiar no equivalía necesariamente a volverse cómplice del silencio y de lo que ese silencio pretende ocultar: la responsabilidad de su padre. Pero además, los comentarios de algunos lectores en el foro on line del diario le hicieron pensar que las garras del pasado mantienen activa su capacidad de daño: está convencida de que las amenazantes recomendaciones de silencio que le dejaron on line provienen de los viejos camaradas de su padre.

En el último encuentro para el libro, en 2014, se la notaba más cauta, menos dispuesta a abrir de par en par la intimidad de su dolor, también más cuidadosa respecto de la identidad de sus hijos y de sus hermanas de quienes pidió, como no lo había hecho antes, que no se mencionaran los nombres. A su madre, que finalmente murió en 2015, le acababan de diagnosticar un cáncer y ese dolor también la llevaba a la moderación. Podía ver entonces que había estado desbordada. Hubo momentos en que contaba su historia casi sin que le preguntaran, a todo el mundo, a cualquiera. Su marido, preocupado por su alta exposición, empezó a sugerirle que se cuidara más, que no llevara su dolor y su vergüenza a la intemperie

del mundo. En los peores momentos, cuando la herida no la dejaba respirar, Analía encontraba alguna forma de consuelo en hablar, en contar la historia una y otra vez. En el colectivo, en un negocio, en la facultad, en el trabajo, entre las madres del jardín al que iban sus hijos, incluso delante de sus pequeños. El desborde llegó hasta la escuela. Su hijo mayor, que tenía cinco años en aquel momento, les había dicho a sus compañeros: *"Mi abuelito mató a muchas personas"*. Antes de que alguien pudiera descubrirlo o enrostrarle algo, Analía contaba su historia. Se anticipaba. Como si esa confesión espontánea la dejara a ella a salvo de sospechas, de miradas condenatorias que hicieran extensiva a su persona las responsabilidades de su padre. Porque sintió y siente vergüenza muchas veces. La última, en Comodoro Py. Desde que el enfrentamiento con la madre y las hermanas se volvió más duro, desde que le recriminaron su falta de apoyo a ese padre en jaque "cuando te necesita más que nunca", decidió no ir más al sector del juzgado destinado a los familiares. En la sala de ingreso común, volvió a sentir vergüenza: *Kalineeeeec*, vociferó la empleada judicial que debía devolverle su DNI. Había en el lugar otra gente, familiares de las víctimas, sobrevivientes, periodistas. De haber podido, hubiera mirado para otro lado, pero tuvo que ir hacia la mesa a retirar su documento bajo el peso de esas miradas. Le hubiera gustado que supieran que ella no lo aprueba, que es la hija y lo quiere, pero que no aprueba al monstruo que anidaba en su padre.

Su nombre, de todos modos, ya la tiene acostumbrada a los sobresaltos. Por eso en algún momento consideró seriamente cambiarse el apellido. Y aunque ahora, después de varias situaciones difíciles, dice que pudo controlar esa compulsión por ponerse al desnudo casi sin pensar ante quién, la realidad todavía la sacude, le recuerda que es portadora de un apellido incómodo. Le sucedió también en una de las escuelas en la que trabajaba. El equipo docente se había reunido para organizar actividades en torno al feriado del 24 de marzo, en conmemoración del golpe militar de 1976, y en medio de ese debate de propuestas, una de las maestras sugirió que la escuela podía hacer una visita al ex centro de detención El Olimpo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Analía imaginó la esquina de Lacarra y Falcón, las rejas de la entrada, el plano —ya había estado allí al enterarse de que ése había sido uno de los lugares donde había actuado su padre—, y recordó un segundo después la placa que, al lado del portón de ingreso, denuncia el nombre de los represores que actuaron en el lugar: Eduardo Emilio Kalinec figura en esa lista. Unos segundos después se guardó la vergüenza y el temor, y pidió la palabra para informar que su padre estaba siendo juzgado en ese momento en la causa del Primer Cuerpo de Ejército. Y agregó, por si quedaban dudas: *"Uno de los centros donde trabajó fue El Olimpo".*

Analía necesita abolir el azar. Necesita encontrar alguna racionalidad en la historia de su padre para que entonces el riesgo de repetir sus pasos pueda ser conjurado. De allí su empecinamiento en que él le hable, le diga, le explique, se haga cargo. Necesita estar segura de

que no lo lleva adentro, de que no lo transmitirá como legado, como una herencia maldita hacia sus hijos. Por eso ordena las fotos, indaga los papeles, revisa los traumas de su tía Laura, irrumpe en el relato del pasado para que le confiese su verdad. Sobre la mesa de la cocina donde nos reunimos está el álbum de fotos, el cuerpo familiar. En torno a él, libros, ensayos, tratados, como auxiliares imprescindibles, el instrumental quirúrgico con el que intenta extraer verdades y mentiras del relato familiar o, al menos, entender un poco mejor el funcionamiento de ese cuerpo. Libros que no pertenecen a la bibliografía específica de la estudiante de Psicología ni de la maestra, sino a la hija que todavía quiere saber por qué su padre devino represor y, peor aún, por qué dice que no se arrepiente. *Tú llevas mi nombre*, de Norbert y Stephan Lebert, una serie de entrevistas realizadas a los hijos de los principales jerarcas nazis (Analía tituló "Llevaré tu nombre" a un relato entre íntimo y familiar que empezó a escribir para contar su historia y que quizás alguna vez publique en forma de libro); *Ay, mis ancestros*, de Anne Ancelin Schützenberger, un estudio sobre la repetición de traumas familiares. Un ejemplar del *Nunca M*ás y otro del *Diario del Juicio; Familia y poder* y *Violencia y/o política*, ambos de Pilar Calveiro. Libros de Graciela Fernández Meijide, de Hugo Vezzetti. Allí, sobre la mesa, reúne sus lecturas, los libros que la acompañaron en este descenso a los infiernos. Todavía recuerda el disgusto familiar cuando comentó que iba a estudiar Psicología en la UBA. En aquel momento no entendía muy bien por qué de pronto percibía en ellos una inquietud, una molestia apenas disimulada. Especialmente cuando un día, todavía soltera y viviendo en la casa familiar, comentó en la mesa algo que estaba estudiando sobre los experimentos de Stanley Milgram, el psicólogo norteamericano que estudió los peligros de la obediencia y la disposición de los hombres a cumplir órdenes aun cuando pudieran entrar en conflicto con sus principios morales. Los experimentos de Milgram comenzaron en julio de 1961, tres meses después de que Adolf Eichmann fue juzgado y sentenciado a muerte en Jerusalén. Para Analía ése era el contexto, los crímenes del nazismo, por eso no entendía la incomodidad con que sus padres escuchaban. Ni se le había cruzado por la cabeza que la tesis de Milgram pudiera tener algo que ver con su papá. "Yo vivía en una burbuja total", dice. Hasta que reabrieron las causas, en 2006, jamás había relacionado a su padre con las denuncias contra la dictadura. Por eso en aquel momento no podía entender por qué se ponía nervioso con lo que ella contaba de la facultad, por qué le preguntaba detalles sobre el experimento de Milgram, por qué se enojaba y apenas lograba disimularlo.

Hasta ahora, todo lo que ha leído, todo lo que pudo encontrar sobre la naturaleza de los torturadores no alcanza a explicarle lo que ella necesita saber. Y quizá nunca alcance. Ya Primo Levi y Hannah Arendt descubrieron la posibilidad de que el monstruo no sea una excepcionalidad. El mal puede ser una banalidad. Pero eso no tranquiliza a Analía, la inquieta más: ¿por qué él? ¿Por qué su padre? Como en esas fotos que sigue ordenando en el álbum, lo

siniestro acecha oculto tras el velo de la normalidad, late precisamente en su condición de ordinaria cotidianidad. En el Olimpo, el lugar donde el Dr. K trabajaba, la tortura era un acto rutinario y banal.

Como si necesitara demostrarse o demostrarle a alguien que está dispuesta a todo para diferenciarse de su padre o para reparar el crimen del que él es responsable, Analía intentó tomar contacto con una de sus víctimas, se reunió con el equipo legal de Abuelas de Plaza de Mayo, incluso se analizó con una terapeuta de esa institución. Se anotó en la cátedra de "Psicología, ética y derechos humanos" en la facultad, que habla de responsabilidad social, de transmisión de patrimonio mortífero y de traumas heredados. Buscó reunirse con testigos, asistió a varias sesiones del juicio, lee, estudia. El 24 de marzo de 2010, junto con uno de sus pequeños hijos, se sumó a los actos de conmemoración en repudio del golpe frente a la Casa Rosada. Desde el escenario se empezaron a dar los nombres de los represores que estaban siendo juzgados en ese momento. A cada nombre, el público coreaba:*"Hijo de puta, hijo de puta"*. Llegó el nombre de su padre: Eduardo Emilio Kalinec. Analía estaba allí. Quién sabe qué infierno íntimo la acompañaba.

Toma de la mesa *El alma de los verdugos*, el libro en el que Baltasar Garzón y Vicente Romero indagan sobre la subjetividad de los represores, y lee en voz alta: "Es muy poco lo que se sabe de la vida privada de los verdugos. Sus amigos y abogados suelen definirlos como 'buenos padres de familia' cada vez que tratan de esgrimir cualidades morales para defenderlos. Pero los únicos que podrían explicar cómo se comportan realmente en la intimidad de sus hogares callan. [...] Se sabe que existen otros casos de familias de represores rotas por el repudio de algunos de sus miembros. Pero ninguno ha querido hacerlo público".

Analía quiere. Y sabe de qué se trata. Convive con el dolor de esa familia rota y aun así, quiere. Por eso empezó a escribir su historia, por eso acepta dialogar para este libro. Quiere entender. Quiere la verdad. Confía en que la verdad cura, aunque duela.

Por eso le escribió una carta a su padre, "Carta abierta a un represor", la tituló.

> Me costó acomodar mis ideas, dilucidar mis sentimientos, pero esta vez, como nunca lo había hecho antes, como nunca antes lo había sentido, te pude mirar a los ojos y con todo mi dolor, y con todo mi amor, te pude decir que sí, que para mí lo que hiciste es terrible y que tu falta de arrepentimiento me lastima.
> Y me pedís que te entienda, que fue una guerra, que era tu deber, que luchabas por un mundo mejor, que no fuiste un cobarde... que saliste a poner el pecho contra los subversivos y montoneros que se estaban organizando en los montes y que no sé qué cuántas cosas más. Y yo no te entiendo pero te quiero igual.
> Fuiste parte de una institución que alentó y promovió lo peor del ser humano. Y te metieron odio contra personas que pensaban diferente. Y te explicaron que era necesario exterminarlos. Y te lo creíste. Y te dejaste alentar y actuaste en consecuencia. Por eso te cuestiono. Y esa institución respondiendo no me importa a qué intereses sacó lo peor de vos y te felicitó por eso. Es la misma institución que hoy en día sigue inculcando odio y falta de raciocinio en sus cadetes. Es la misma que hoy te da la espalda. Es la misma

que fomenta tu silencio. El silencio que te está condenando. Y te llama traidor si hablás. Y vos no hablás. Por eso te cuestiono, porque entiendo que decir la verdad no es traición, que decir la verdad es lo justo, que decir la verdad implica sinceridad y que, en tu caso, decir la verdad implica arrepentimiento. Ojalá algún día puedas reconocerte responsable.

En la familia de Analía no se habla mucho, pero se escriben cartas. Ahora mismo a ella se le enciende un recuerdo que ilumina lo mejor de ese padre. Había salido en un viaje de convivencia cuando estaba en la escuela primaria y los maestros les pedían a los papás que escribieran una carta para que sus hijos la leyeran estando afuera. Analía guarda con mucho cariño la que le hizo llegar su madre. "Qué lástima que papi no escribió", le comentó. Y a la mañana siguiente, al despertar, tenía sobre la mesita de luz una carta, una carta de amor de padre a hija, dice hoy Analía, una carta que empezaba "Vizcachita mía". Así la llamaba. Pero hubo un momento en que las cosas cambiaron y no hubo forma de disimularlo. En la sala de visitas del penal, en lugar de encontrarse con su Vizcachita, con "la novia de papá", Kalinec se encontraba con una hija que pedía explicaciones. No quería más cuentos para dormir, quería escucharlo decir la verdad, nombrar lo que había hecho. A esa altura ya no le alcanzaba con saber que el crimen estaba probado por la Justicia, quería escucharlo a él. Escucharlo decir que se arrepiente.

No había sido así desde el principio. En las primeras visitas a Marcos Paz, el primer destino de Kalinec tras su detención en 2005, cuando la familia entera, sin fisuras, consolidaba el lugar de víctima de ese hombre, sólo se hablaba de la injusticia que lo tenía entre rejas, de los intereses políticos en juego y de que en cuanto estuviera afuera, iniciaría una querella contra el Estado. Meses después, Kalinec dejaba el pabellón preferencial que ocupaba allí junto con otros compañeros para instalarse en los edificios de la Policía Montada, en Belgrano. Tenía televisor y computadora con banda ancha. Dos teléfonos celulares, uno para hablar con los íntimos y el otro para hablar con los demás. Le habían asignado un caballo, Lunero, para que pudiera practicar equitación si necesitaba descargar tensiones. Cada tanto conversaba con el ex capellán de policía Christian Federico von Wernich, condenado en 2007 a prisión perpetua por su participación en siete homicidios, 42 secuestros y 31 casos de tortura. *Pobre cura*, decía Kalinec, *es una buena persona. Este Gobierno, estos zurdos... están inventando todo*. Quincho, parrilla a disposición, asados para las visitas familiares cuando se juntaban para darle apoyo al hombre preso. Después llegó el traslado a Devoto, Analía estaba entonces embarazada de su segundo hijo. Todavía visitaba a su padre y así iba conociendo sin presentaciones, sin formalidad alguna, a las personas que están en la misma causa que él. Samuel Miara, Julio Simón, más conocido como el Turco Julián. Claro que se conocen entre ellos, dice la hija, pero se niegan, ninguno habla porque saben que todos pueden hablar de todos.

Hoy ya no va a visitarlo, aunque sueña con encontrar la manera de volver a acercarse. Una de las últimas veces que fue a verlo lo encontró muy mal de ánimo, los ojos llorosos. Él le agarró la mano y le dijo:

—¿Vos pensás que yo soy un monstruo?

—Sí —contestó la hija, y supo que su respuesta lo quebraba, lo vio temblar. Pero ese día, dice, pudieron hablar.

—Vos pensá —razonó Kalinec— que una persona que está ahí sabe dónde van a poner una bomba que va a matar a 400 personas. ¿Vos no arbitrarías los medios para sacarle información y salvar a esas 400 personas?

—¿Qué me estás diciendo, papá, que justifique la tortura?

—Bueno, no entendés, no entendés…

Unos segundos más tarde se atrevió a preguntarle lo que siempre había querido saber:

—¿Vos estuviste?

Aunque su familia se lo discuta y lo niegue, Analía asegura que su padre le dijo que sí. Cuando se iban se volvió para abrazarlo, le dio un beso.

Él preguntó:

—¿Estás orgullosa de mí?

—Como papá, sí —respondió Analía; como todo lo demás, no, pensó.

Los Kalinec, padre e hija, ya no hablan la misma lengua. Papá Eduardo le habla a su Vizcachita y Analía al Dr. K., su padre. Parece, por el momento, una distancia insalvable.

En el último encuentro para el libro se la veía más serena, aunque no indemne. Había dolor en su tono, en el modo que hablaba del sentimiento de orfandad que le dejaron los últimos años. Desmarcarse de la verdad oficial de su familia tuvo un costo afectivo muy alto. No sólo le valió la distancia con su padre. Lo que más le duele todavía hoy es que en el mismo movimiento se quedó sin su madre, que no pudo perdonarle la posición que tomó. Un exilio interno que todavía la lastima. Una familia rota.

Su madre se enfermó de cáncer y murió en 2015. El día del velatorio fue también la última vez que vio a su padre. Desde lejos y rodeado por los guardias que lo devolverían a la cárcel, le hizo saber con su mirada cuán enojado está todavía con ella.

Tal vez eso es lo que hoy le duele más, lo que perdió. Pero ni siquiera en ese punto se permite una falla. Íntimamente, ¿no hubiera preferido que esto nunca se supiera y que entonces su vida familiar no se hiciera añicos? Lo pensó muchas veces: si las causas no se hubieran vuelto a abrir a partir de 2006, su relación con su madre, con sus hermanas, el vínculo de sus hijos con tías y abuelos —eso que hoy está roto y le hace tanta falta—, estaría intacto. Claro que lo fantaseó muchas veces, pero apenas si se lo permite; en cambio, se impone a sí misma una honestidad brutal que desbarata cualquier fantasía. Incluso toma prestado un concepto acuñado por los

otros hijos, los de las víctimas de la represión, para pensar lo que le tocó vivir. Habla de recuperación de la identidad: "¿Vieron que hay casos de chicos apropiados que dicen que hubiesen preferido no enterarse nunca o que se han negado a hacerse el examen de ADN? Bueno, que haya pasado todo esto también es parte de mi historia, porque si no, yo vivía como en un mundo de fantasía, mi viejo no era el viejo, la persona que yo creía conocer. Y conocerlo a él es conocer mi historia también. Yo creía que éramos como la familia Ingalls, y no. Por eso todo esto tiene que ver también con mi identidad, con quién soy yo. Que toda esta verdad familiar haya estado vedada durante tanto tiempo es como un ocultamiento, es algo que queda ahí reprimido y que en algún momento puede aparecer. Prefiero que sea así, con todo el dolor y con todo el costo que esto implica, como cualquier situación traumática. Uno puede reprimirlo en el inconsciente y que quede ahí, pero en algún punto hace síntoma. Entonces trabajarlo en análisis, tramitarlo, me parece que es una forma más saludable".

Termina de decirlo y ella sola salta al otro nivel, cambia de escala. De la realidad familiar a la realidad nacional. Habla entonces de los riesgos de que nunca se hubiera tramitado, elaborado, a nivel país una violación de la ley como la que tuvo lugar durante la época de la dictadura. "La reapertura de los juicios habilita una especie de canalizador, de reparación desde lo simbólico. Poder decir 'sí, pasó esto, hablemos de esto, ellos son los responsables y éstas son las consecuencias', eso es más sano que el silencio." Para Analía las discusiones jurídicas sobre la validez de los juicios, en cierto sentido son superfluas. "A ver —resume, como si perdiera la paciencia—, el crimen estuvo, el delito estuvo, la violación estuvo, que le pongan el nombre que le quieran poner, pero ahora o dentro de diez años o dentro de veinte, bienvenido sea que se hable y que se pueda reparar algo."

Años de diván, sin embargo, le sirvieron para entender, entre otras cosas, que los demás no tienen por qué procesar la experiencia como ella. Aprendió a respetar, dice. Ahora, durante las pocas veces que se ve con su familia, la situación de su padre es un tema del que no se habla. Alguna vez, de visita en casa de su madre para que los chicos vieran a la abuela, una llamada desde el penal reactivó esa incomodidad con la que conviven. Analía no habla con su padre. Él sabe que ella está ahí. Ella sabe que él lo sabe. No habla con él, pero permite que su hijo mayor, el que contaba sobre los crímenes del abuelito, hable con ese hombre que fue su abuelo querido. Analía ya no quiere pelear. Sabe que perdió demasiado, que todos perdieron y ahora elige acotar los daños. Contradicciones habrá siempre, pero ya no se pelea. No discute más la posición de su familia. La respeta y no la comparte. Y así van, como pueden, con el dolor a cuestas.

Sin embargo, todavía confiaba en que hay un camino por recorrer, por eso iba a visitarlo y espera volver a hacerlo algún día (aunque a veces ha sentido temor, miedo de estar sola frente a él, de que, acorralado por el juicio de su hija, el padre amoroso se transforme ante sus propios

ojos en el monstruo capaz de lastimar, de lastimarla). ¿Sueña con que lo dejen en libertad? La estudiante de la cátedra "Psicología, ética y derechos humanos" no se permite siquiera pensar en esa posibilidad. A veces imagina el día en que sale de la cárcel. Imagina al anciano que será su padre entonces, imagina el abrazo a las puertas de la prisión. Pero por ahora ese encuentro sigue siendo imposible. Esclarecimiento, reparación, responsabilidad subjetiva, impunidad, justicia, son palabras que hoy la habitan y modelan la arcilla de sus sentimientos. Aunque, quizás, a la hija de Eduardo Emilio Kalinec, a su Vizcachita, le alcanzaría con que él rompa la coraza donde hoy se esconde y permita que el pasado lo interpele, que se atreva a pensar su responsabilidad, su culpa, sin pretender borrarla invocando la responsabilidad o la culpa de los otros, aunque la hayan tenido. Si él pudiera abandonar ese lugar de víctima para enfrentar la verdad del victimario que fue, tal vez su hija podría perdonarlo. Imagina esa escena, la tensión, el enojo, el llanto que al final logre aliviar esa culpa que, está segura (¿desea?), tiene que estar devorándolo por dentro.

Eso piensa, eso sueña mientras espera que algo suceda, algo que podría desprenderse de eso que alguna vez le contó su padre una tarde durante la tensa conversación tras las rejas. Alguna vez el oficial ayudante de la Policía Federal Eduardo Emilio Kalinec le preguntó al capellán: "Padre, ¿Dios sabe lo que estamos haciendo?". Analía vislumbra en esa pregunta un resquicio, un quiebre, una grieta. Ese hombre, piensa la hija, necesitaba que la fe respondiera por su duda, por su culpa, porque en el fondo sentía que sus acciones no eran correctas. Esa pregunta se vuelve un indicio para la hija, un alivio. Y elige conservar la memoria de ese instante en que el muro de certezas y mentiras de su padre pudo haber cedido ante la verdad. Analía lo cuenta porque cree que hay una conciencia aletargada y culposa en ese hombre preso, aplastada todavía por las cínicas palabras del religioso: "Hijo, ustedes están luchando contra el anticristo".

"Es difícil reconocer el dolor que uno causa. ¿Qué militante va a querer reconocer el rastro de dolor que dejó la guerrilla?"

"Ser hija de militantes marcó toda mi vida. Es parte de quien soy", escribe Mariana Eva Leis desde Brasil, lugar en el que su familia buscó refugio en 1977 cuando ella tenía 4 años. Mariana había sido secuestrada en Buenos Aires junto con sus padres y luego, apartada de ellos cuando se los llevaban para los interrogatorios en la sala de torturas. Cuando la familia entera fue liberada, los Leis emprendieron el camino del exilio y una nueva vida en Brasil. Intentó volver a vivir en la Argentina dos veces, cuando era una niña de 10 años y el país transitaba su recuperación democrática; y una década después, cuando ya era una joven de 20 años. Lo intentó, dice, pero no pudo adaptarse en ninguno de los dos regresos.

Su padre, Héctor Leis, militó primero en el Partido Comunista y luego, en Montoneros. Victoria Gerschman, su madre, también integró Montoneros después de haber militado en Acción Revolucionaria Peronista. Para Mariana, la clandestinidad, las reuniones con los compañeros de la organización armada y los nombres de guerra de sus padres, fueron parte de un paisaje cotidiano y natural. Le divertía que ellos tuvieran nombres de guerra y quizá por eso, cree, eligió un nombre de fantasía —Madame Mim— cuando empezó su carrera como artista en Brasil. Mariana Leis es cantante y compositora, trabajó como actriz en la MTV de su país, hizo teatro, y también es DJ y presentadora.

En 2013, acorralado por el avance inexorable de una esclerosis lateral amiotrófica (ELA), su padre publicó *Un testamento de los años 70*, libro con el que sacudió el debate sobre el pasado y la memoria insurgente: como ex guerrillero, Leis reconocía la responsabilidad de las organizaciones armadas en la espiral de violencia de los años 70 y reclamaba un memorial conjunto para todas las víctimas de aquellos años, porque todos habían sido, para él, "víctimas y victimarios recíprocos". Además proponía descongelar el debate sobre la violencia política y pedía perdón públicamente a la sociedad por el dolor causado. Una relectura con la que la madre de Mariana, también ex militante y sobreviviente de un centro clandestino, no estaba de acuerdo: ella sentía que a la única a la que le debía un pedido de perdón era a su hija por haberla expuesto a la violencia.

Mariana recuerda lo conmocionante que fue para su padre la escritura del libro y también las repercusiones posteriores, que incluyeron encendidos elogios y críticas demoledoras; recibió

oleadas de correos electrónicos de hijos de militares y policías, procesados o condenados por delitos de lesa humanidad, que encontraron en él una voz de alivio. Poco después del lanzamiento del libro, Graciela Fernández Meijide publicaba *Eran humanos, no héroes*. Activa militante en organismos de derechos humanos desde la desaparición de su hijo Pablo, secuestrado cuando tenía 16 años, Fernández Meijide ensayaba una lectura crítica sobre la violencia política de los 70 y se preguntaba "por qué nos pasó lo que nunca debió habernos pasado". Leis y Fernández Meijide habían mantenido una intensa correspondencia como miembros del Club Político Argentino, colectivo de intelectuales fundado en 2008, muy crítico de las políticas del kirchnerismo. Él, desde Brasil. Ella, en la Argentina. Meses después de la publicación de sus respectivos libros, el encuentro personal entre ambos, en Florianópolis, comenzaba a plasmarse y con él, la filmación del documental *El diálogo*, que realizaron Pablo Avelluto, Carolina Azzi y Pablo Racioppi.

Mariana todavía se emociona cuando recuerda la fragilidad de ese padre, jaqueado por una enfermedad progresiva e incurable, que siempre había sido para ella un hombre fuerte y poderoso. Cuando ese documental se transformó en libro, después de la muerte de Leis, su hija viajó a Buenos Aires y participó de la presentación pública en una librería porteña. Mariana, que pensaba decir unas palabras, no pudo hacerlo porque no pudo dejar de llorar. Lloró de principio a fin mientras el público le rendía homenaje a su padre y rescataba aquel gesto final de la autocrítica.

Días después de que la contactáramos, en noviembre de 2015, la mujer nacida en Mar del Plata en 1973, en tiempos de clandestinidad de sus padres, la hija de militantes y exiliados que hoy es una reconocida artista brasilera, publicó en su cuenta de Twitter que las preguntas que había respondido para este libro, la habían hecho revivir sentimientos y emociones dormidas. "Abrieron una puerta y no paran de salir cosas." Lo que sigue es el intercambio que mantuvimos por correo electrónico.

—*¿De qué manera creés que la militancia de tus padres marcó tu vida?*

—Desde que me acuerdo siempre supe que mis padres eran montoneros, que estábamos exiliados, que habíamos estado presos y que habíamos escapado de la Argentina. Sabía que éramos sobrevivientes. Todas las decisiones de mi vida estuvieron basadas en el hecho de ser una sobreviviente. No tenía miedo de nada porque sentía que si algo me pasaba, ya le llevaba ventaja a la vida por lo que había vivido hasta ese momento. Yo estaba viva, a diferencia de otras personas con historias parecidas que habían muerto en la dictadura. Ser hija de militantes me hizo ver la vida sin miedo. A la vez sentía que nadie me entendía porque era como si no perteneciera al lugar en donde estaba. Y eso me dejó un poco retraída, solitaria. Vivía en mi propio mundo.

—*¿Tu madre hizo un recorrido crítico similar al de tu papá de su experiencia montonera?*

—No. Mi mamá siempre pensó muy diferente de mi papá. A veces no entiendo cómo es que estuvieron casados. Mi papá hizo una crítica a su participación en la guerrilla, resaltó puntos con los que no estaba más de acuerdo de su pasado y mi mamá siempre fue y todavía es muy idealista. Quería cambiar el mundo y eso también era parte del pensamiento de la época. Mi mamá me decía que a la única persona que creía que ella tenía que pedirle perdón era a mí, por haber quedado involuntariamente involucrada, desde tan pequeña, en la guerrilla y haber puesto mi vida en riesgo. De todas maneras, yo no pienso así. Nací en aquellas circunstancias, era la vida que ellos vivían. Para ellos cambiar la Argentina y el mundo era más importante que sus propias vidas.

—*¿Cuándo y cómo supiste de la participación de tus padres en Montoneros? ¿Qué cosas te contaban o qué cosas viviste como hija de militantes?*

—Ellos me contaban todo desde chica. No me acuerdo la edad en la que lo supe pero siento que lo supe desde siempre. Creo que lo que más me marcó fue la prisión de mis padres en 1977, cuando yo tenía casi 4 años. Yo los vi a los dos presos. Y hoy imagino a mis hijos viéndome en esa situación y me da una desesperación terrible. Cuando nos secuestraron, a mí me separaron de mis padres, me llevaron a otro lugar y me mantuvieron sola mientras los torturaban. Nunca supe qué hicieron conmigo y durante muchos años me preocupaba el no saber, pero ya no. No importa qué pasó. Lo que importa es que conseguimos salir vivos los tres. Después de eso nos fuimos a Brasil.

—*¿Recordás qué tipo de cosas te decían tus padres en épocas de militancia?*

—Mis padres me decían que cuando vivíamos en la Argentina vivíamos clandestinos, siempre cambiando de casa, de trabajo, de ciudad. Mi papá trabajó en talleres, vendiendo tickets de rifas. Desde chica me enseñaron a caminar en contra del tráfico de la calle, una costumbre antisecuestro que les permitía ver el coche que se aproximaba, y a ir del lado de la pared cuando caminábamos por la vereda porque estar del lado de afuera te ponía en un lugar más vulnerable en caso de secuestro. Yo todavía hoy hago eso con mis hijos sin darme cuenta: me siento más segura con ellos cuando caminan por la vereda, pegados a la pared. En la casa en donde nací teníamos un escondite en mi cuarto por si llegaba la policía. Me dijeron que un día, estaban en una reunión de Montoneros y me dejaron en un estante, yo tenía 8 meses, me caí y me rajé el cráneo. Igual creo que quedé bien (ja ja). Mi papá me contaba de su reacción cuando me vio con la cara toda hinchada. Parecía que había perdido una pelea de box.

—*¿Cómo recordás tu llegada a Brasil y esas primeras memorias de la infancia?*

—Brasil siempre nos recibió muy bien, fuimos acogidos por ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) y mis padres consiguieron una escuela privada que nos daba un 70% de descuento en la cuota por ser exiliados. Pero mi historia era muy diferente de la de los otros chicos. Desde pequeña estaba muy preocupada, como mis padres, por intentar

resolver cosas y ayudar a la gente. Me costaba mucho digerir las injusticias sociales. A partir de los 5 años empecé a viajar sola a Buenos Aires para visitar a mis abuelos, porque mis padres no podían entrar al país. Y esos meses de vacaciones son las memorias que tengo de mi infancia. Me acuerdo de la calesita a la vuelta de la casa de mi abuelo, en la calle Zapiola, de la leche con vainilla con galletitas de mi abuela, las vías del tren abandonadas de Avellaneda, y me acuerdo muy poco del día a día en Brasil.

—*¿Cómo era tu papá en esa época?*

—Mi papá siempre estaba de muy buen humor. Solía contar una historia. Una vez viajábamos en un coche robado y yo dormía en el asiento trasero cuando nos paró la policía. Nos pidieron los documentos y mi papá dijo: "¡Ssssshhh! ¡Silencio que duerme la beba!". Y zafamos de mostrar los documentos. Mi mamá me contó que en 1973, en un acto de conmemoración por los fusilamientos de José León Suárez, a mi papá le sacaron una foto portando un arma y fue publicada en un diario. Ella ya estaba embarazada de mí y tuvo que pasar dos meses escondida en el cuarto de la casa de unos amigos en Vicente López. Al final, buscaron refugio en Mar del Plata y por eso yo nací ahí. Alguna vez me contaron que tenían nombre de guerra y eso me encantaba. Yo también quería tener nombre de guerra. Debe ser por eso que mi nombre artístico es Madame Mim. También tengo algunas imágenes en la cabeza, creo que de tanto escuchar algunas historias se me formaron pinturas imaginarias como la de la cápsula de cianuro en la boca; la de mi papá en una reunión de Montoneros en la República de los Niños en La Plata y la imagen de mi abuela llevándole a mi mamá a la cárcel un termo con té de manzanilla con azúcar. Siempre que tomo ese té de manzanilla me acuerdo de esa historia y me viene claramente la imagen que yo armé en mi memoria.

—*¿Tuviste miedo de que murieran tus padres?*

—No tuve miedo de su muerte porque era muy chica para entenderlo de esa forma. La verdad es que, en nuestro secuestro, agarraron primero a mi padre y sólo nos agarraron a mí y a mamá cuando yo empecé a gritar "papá". Supongo que algo de miedo debo haber sentido…

—*¿Los secuestraron juntos?*

—Sí, nos llevaron juntos. La subieron a mi mamá en un coche y, como ella estaba muy nerviosa por mí y gritaba mi nombre, nos metieron a mí y a mi papá en otro coche. Tal vez para que yo no llore tanto. A mis padres le pusieron capucha, a mí no, pero tampoco yo tenía idea con 4 años de adónde estaba o adónde nos llevarían. Mi papá decía que creía que nos habían llevado a la ESMA, por los cálculos que hacía tratando de adivinar el recorrido del auto. Allí nos dividieron a los tres, me llevaron a mí a un cuartito, y a mis padres los separaron para el interrogatorio. Estuvimos algunas horas, tal vez un día, y después nos largaron de madrugada en una calle desierta. Nunca supieron por qué nos soltaron.

—*¿Tuviste algún reclamo o reproche hacia tus padres por todo lo que acarreaba la militancia?*

—Mis reclamos no eran con relación a lo que pasó en la dictadura. Después de un par de años viviendo en Brasil, mis padres ya no tenían, entre ellos, nada en común. La guerrilla que alguna vez los había unido, ya no estaba más en nuestro día a día. Empezaron a pelearse mucho y yo me sentía culpable por eso. La verdad es que lo único que los mantenía unidos era yo. Después de su separación, mis padres vivieron muchos años en países diferentes y yo veía poco a mi papá. Cuando yo estaba en Brasil, mi papá estaba en Estados Unidos. Cuando yo volví a la Argentina en 1984, mi padre estaba en Brasil. Después, cuando con mi madre nos volvimos a Brasil, mi papá se instaló en Buenos Aires. Y cuando yo me mudé a los Estados Unidos, mi papá se reinstaló definitivamente en Brasil. Eso era lo que les reprochaba, pero con el paso del tiempo entendí que los dos siempre hicieron lo que pudieron dentro de sus limitaciones. Ambos vivieron situaciones muy extremas y complicadas emocionalmente. A partir del momento en que pude entender eso, no tuve más reproches.

—*Llegaste a Brasil cuando tenías 4 años. ¿Cómo llevó la familia su vida en el exilio?*

—Me acuerdo de que fuimos a vivir a un hotel en la calle Riachuelo, en el centro de Río de Janeiro, en donde vivían las prostitutas. Recuerdo mirar por la ventana y verlas en la calle, trabajando. Un día mamá me dijo que eran prostitutas y yo no podía entender cómo ella sabía que aquellas mujeres eran prostitutas. Me explicó que era por cómo se vestían y por su actitud, pero la verdad es que yo no veía diferencia alguna. Me intrigaba si yo, cuando fuera más grande, iba a poder leer a la gente como hacía mi mamá. Me acuerdo también lo bien que me sentía en el consulado argentino en Brasil. Me sentía en casa. Todos hablaban español y eso era muy acogedor para mí.

—*¿Por qué creés que no pudiste adaptarte a la Argentina en los dos intentos de regreso que hiciste, uno de niña y otro de adulta?*

—No sé. Creo que porque ya no era más argentina. Los chicos de mi edad eran muy diferentes. Me había costado tanto adaptarme a Brasil que ya no me reconocía como argentina. Me volví una despatriada. No me sentía de ningún lugar. En Brasil todo era más leve y eso me gustaba, a pesar de estar loca de amores por la Argentina, que era mi amor platónico.

—*Tu segundo nombre es Eva. ¿Qué significa el peronismo para vos?*

—Me gusta llamarme Eva porque creo que Evita tenía algo que iba más allá de la política: era una mujer fuerte con un lado artístico a la que le importaban las otras personas y quería ayudar a los argentinos. Eso es admirable. Perón, para mí, era apenas su marido. Y el peronismo siempre me pareció raro. Yo sabía que tenía dos caras y siento eso con los políticos. Creo que el peronismo me hizo odiar la política. Siempre fui muy directa, realista, negro en el blanco. Las dualidades me molestan y debe ser a causa del peronismo. Creo que mi relación con el peronismo se resume a saber cantar "La marcha peronista". La sé de memoria hasta hoy. Era muy divertido cantarla y cambiar muchachos por muchachas en la canción (ja ja).

—*Te dedicaste a la actuación y a la música, ¿te interesa la política también además del arte?*

—Me siento muy poco atraída por la política. Creo que la mayoría de los políticos tiene un interés personal y egoísta. Claro que hay excepciones y conozco algunas, pero me angustia un poco tener que hacer diplomacia y a veces ceder e ir contra lo que uno cree para poder llegar a un nivel más alto dentro de la política. Me cuesta entender eso. En el arte me siento bien. Encontré mi espacio, un lugar donde puedo decir lo que pienso, que no tengo que ser tibia, un lugar en donde no me juzgan por entregarme de cuerpo y alma. Veo el ejemplo del libro de mi papá: la gente se puso muy sensible con relación a él, unos lo amaron y otros lo odiaron. Es su opinión como ex guerrillero; se puede estar de acuerdo en algunos puntos y no en otros, y la vida es así. Uno puede cambiar de opinión, experimentar otros caminos, ésa es la gracia. Así crecemos y evolucionamos. Ahí está la belleza de vivir. El arte te permite eso más fácilmente y por eso me encanta.

—*Tu papá venía haciendo una autocrítica sobre la violencia de las organizaciones armadas desde hacía muchos años, pero fue su libro* Un testamento de los años 70 *el que le dio un reconocimiento amplio, fuera de los círculos políticos y académicos en donde solía publicar. ¿Cómo fue para él ese proceso de escritura y luego, la publicación del libro? ¿Se sintió urgido a hacerlo? ¿Se sintió aliviado?*

—Creo que se sintió muy realizado y feliz con ese libro. Le encantaba recibir mails tanto de militares como de militantes. A mí también me emocionó cuando fui a Buenos Aires al lanzamiento del libro *El diálogo*, que era la transcripción del documental con Graciela Fernández Meijide, y vino hablar conmigo el hijo de un militar preso. Ahí estaba yo, una hija de militantes, hablando con él, un hijo de un militar. Tenía mi edad y se acercó a decirme que lamentaba la muerte de mi papá. Parecía entender mi dolor y yo entendí el suyo. Fue muy amoroso y ése fue un encuentro fuerte para mí.

—*¿Qué pensás del camino que recorrió tu padre?*

—Me parece bárbaro el camino que hizo mi papá. Así como yo, cuando era niña, perdí el miedo cuando comprendí que habíamos sobrevivido, creo que él, debido a su enfermedad, perdió el miedo de morir y, junto con eso, ganó valentía, el coraje para poder hablar de estas cosas. Mi papá despertó algo en algunas personas. Sea bueno o malo, los incomodó. Hizo que la gente pensara y discutiera. Eso es muy importante y creo que era su objetivo.

— *¿Tenés relación con otros hijos de montoneros?*

—No, no conozco a ningún hijo de montoneros. Me encantaría, pero nunca tuve la oportunidad. La madrina de mi primer hijo es también hija de exiliados, pero nunca hablamos de política argentina. Somos medio trabadas con ese tema.

—*¿Por qué te parece que las dos están trabadas con ese tema? Si tuvieras que buscarle una explicación, ¿qué dirías?*

—Creo que el tema de los exiliados es algo difícil de comunicar. Cuando uno vive una historia como ésa siendo chica, en la que uno no tuvo participación activa, uno siente que se queda un poco afuera. No me siento con mucha autoridad para hablar del tema y menos en otro país. Aquí poca gente sabe que fui secuestrada y que mis papás eran guerrilleros. Pero que no lo sepan no es algo necesariamente negativo: aquí en Brasil siento que el pasado se va, claro que uno siempre se queda con algo del pasado, pero no representa ni define quiénes somos. Y no tener pasado te da cierta libertad.

—*¿Cómo viviste la presentación del libro* El diálogo *en Buenos Aires, cuando tu padre ya había fallecido?*

—Ese día fue muy lindo y triste a la vez. Creo que lloré desde la primera hasta la última palabra de los invitados y asistentes. En ese momento no pude decir nada pero aprovecho aquí para decir lo que no pude aquel día. Creo que para mi papá el intercambio con Graciela Fernández Mejide en el documental fue muy importante y muy fuerte. Me cuesta mucho ver ese documental. Veo una fragilidad en él que no veía normalmente. Siento que *El diálogo* consiguió ver a través de su pared. Todos estamos protegidos por paredes. Yo, por lo menos, tengo varias que me protegen, que me permiten vivir el día a día sin tambalear. Y allí vi a mi padre diferente, como no lo había visto nunca.

—*¿Qué viste de diferente esa vez?*

—Para mí, mi papá era invencible, mi héroe. Siempre lo vi muy fuerte y poderoso. Aun en la silla de ruedas, al final de su vida, todavía lo veía así. Pero en ese documental lo vi más debilitado, más viejo. Lo vi frágil y sensible. A la vez, lo vi como un chico, me dieron ganas de abrazarlo. Y también por su situación, esa enfermedad incurable y demoledora, se me juntaron un montón de sentimientos y me cayó como una piedra en la cabeza.

—*¿Qué pensás de la crítica que tu padre hace del accionar de la guerrilla y de la resistencia de las cúpulas a asumir el dolor que causaron?*

—Creo que toda guerra causa dolor, independientemente de sus justificaciones, sus motivos. Siempre quedan heridas profundas en todos lados. Pero es difícil reconocer el dolor que uno causa. Uno, para poder luchar, necesita justificar y creer en premisas que muchas veces son erradas, necesita taparse los ojos a los costados —como los caballos— para enfocar y seguir adelante. ¿Qué militante va a querer reconocer el rastro de dolor que dejó la guerrilla?

"Yo no puedo hacer nada sin pensar que soy Atilio López, soy el hijo de *y el nombre no se mancha"*

Unos pocos familiares rodearon al paciente. El médico Atilio López conocía bien a ese hombre que ahora yacía moribundo en la camilla. Cuarenta años atrás fue uno de los informantes que entregó a su padre a los sicarios de la Triple A. Ese hombre ahora desvalido había sido secretario gremial y opositor en el sindicato Unión Tranviarios Automotor (UTA) conducido por su padre, Atilio López, el histórico dirigente de la resistencia peronista, líder del Cordobazo. Recostado en su cama, el paciente balbuceó unas palabras de disculpas que Atilio (h.) escuchó respetuoso, pero prescindente. Ya no las necesitaba.

El hijo del "Negro" López tenía 18 años y su hermana Patricia, 15, cuando les informaron que su padre había sido asesinado en un descampado de Capilla del Señor, en Buenos Aires. A la Triple A no le había bastado un tiro para terminar con la vida del carismático dirigente de la UTA. El 16 de septiembre de 1974 el cuerpo de Atilio López recibió 130 disparos. Un tío tuvo que viajar a Buenos Aires y debió conformarse con reconocer algunas manchas en la piel, especialmente en las manos, y la ropa que llevaba puesta para poder identificar el cuerpo del dirigente gremial asesinado.

Ya pasaron más de cuarenta años, pero los hijos de Atilio López recuerdan bien la secuencia de hechos que precedieron a la tragedia. El Negro había viajado a Buenos Aires con el contador de su gremio, Juan Varas, para entregar el balance de su gestión en las oficinas de la UTA nacional. Había perdido las elecciones internas por escaso margen y no confiaba en la conducción provincial. El miércoles 11 de septiembre, pocos días antes del crimen, el hijo llevó a su padre al aeropuerto de Córdoba con la promesa de un pronto reencuentro en Buenos Aires para ir juntos a ver a Talleres, el club de sus amores, que ese domingo jugaba en la cancha de Racing. Atilio (h.), que por insistencia de su madre no acompañó a su padre en ese viaje, fue el último de la familia en verlo con vida.

El lunes 16 de septiembre, un puñado de hombres identificados como miembros de la Policía Federal se presentaron en el Aeroparque de Buenos Aires, subieron al avión en el que se encontraba Varas, increparon a la azafata y obligaron al contador del gremio a bajarse del avión que se preparaba para volar a Córdoba. Buscaban también a Atilio López. Confirmaron con el contador que el sindicalista se encontraba alojado en un hotel en el barrio de Once, a la vuelta

de la sede de la UTA, y fueron hasta allí. López todavía estaba en su habitación. Lo sacaron a la fuerza y lo subieron al auto de la policía. Pocas horas después, cerca del mediodía, su cuerpo y el del contador Varas, aparecieron acribillados en un terreno de Capilla del Señor. El expediente judicial de la muerte de Atilio López, alguna vez consultado por la viuda, su hijo y su abogado, desapareció misteriosamente poco tiempo después del asesinato. La familia jamás pudo localizar a la azafata del vuelo en el que viajaba el contador Varas. Tampoco al conserje del hotel.

El primero en enterarse de la muerte del dirigente fue el tío de Atilio (h.) y Patricia, Carlos Augusto López, periodista de *La Voz del Interior* y corresponsal del diario *La Razón* en Córdoba. La noticia de que habían encontrado el cuerpo —presumiblemente— de un sindicalista cordobés había llegado por cable de agencia de noticias a la redacción. La ola de rumores y trascendidos era imparable, pero fue el radical Ramón Mestre, en ese entonces diputado provincial de Córdoba, quien formalmente les comunicó la noticia a la viuda y los hijos de Atilio López. Odontólogo de la familia y prestador de los servicios médicos de la UTA, el radical era amigo íntimo de los López y con ellos compartía encuentros y vacaciones. Cuando la esposa del dirigente gremial vio llegar a Mestre a su casa, ya no tuvo dudas de que el cuerpo encontrado en Capilla del Señor era el de su marido.

Dos largos días tardó en llegar por tierra el cortejo fúnebre con el cuerpo de López, acompañado por una interminable caravana de vehículos que recorrió la ruta 9 desde Buenos Aires hasta Córdoba. Misas populares y honores rendidos a la vera del camino. Un entierro multitudinario y un velatorio también masivo que incluyó la presencia de los máximos líderes del ERP y Montoneros. “La familia les pidió que se fueran del velatorio, que los podían estar marcando. Pero no quisieron irse”, recuerda Patricia. Había motivos de sobra para insistir en que no se quedaran allí: los militantes del ERP y Montoneros habían abandonado la clandestinidad por unas horas sólo para estar presentes en el velatorio del sindicalista y estaban poniendo en riesgo sus vidas.

De origen radical, como toda su familia, el “Negro” Atilio se volcó al peronismo después del 45, convencido de las bondades del nuevo movimiento que había jerarquizado el lugar de la clase trabajadora a la cual él pertenecía, explica el hijo. Después del golpe que derrocó a Perón, fue un activo partícipe de la resistencia contra el gobierno de la Revolución Libertadora y dio sus primeros pasos dentro del gremialismo. Así llegó a ser uno de los principales referentes de la CGT combativa y también, blanco de atentados. El 9 de noviembre de 1959, horas después del nacimiento de su hija Patricia, una bomba detonó en la puerta de entrada de la casa. Había sido un parto domiciliario y la familia entera, incluidos los abuelos, estaban allí. La noche del parto, el viejo Atilio decidió dormir en el fondo de la casa, lejos de la puerta de entrada. Esa decisión azarosa lo puso a resguardo y salvó su vida de casualidad.

Diez años después de ese atentado, protagonizó junto con los líderes gremiales Agustín Tosco y Elpidio Torres las protestas de mayo de 1969 que cristalizaron el descontento político de obreros y estudiantes y precipitaron la caída del gobierno de facto de Juan Carlos Onganía.

En 1973, cuatro años después del Cordobazo, la enorme popularidad de Atilio López lo llevó a convertirse en el vicegobernador de la provincia secundando a Ricardo Obregón Cano en la fórmula de la Tendencia Peronista que impulsaba la izquierda del movimiento. Al poco tiempo se produjo el golpe institucional conocido como "Navarrazo", que con el acuartelamiento de la cúpula policial de Córdoba puso en jaque a las flamantes autoridades. La decisión del gobierno nacional de no intervenir en el conflicto hirió de muerte a la fugaz gestión de Obregón Cano. Ya fuera del gobierno, López decidió volver al gremio y a hacerse cargo de la UTA hasta el vencimiento de su mandato y las elecciones internas que se realizarían en agosto de 1974 y en las que su lista, finalmente, fue derrotada.

De estrecha relación con Montoneros, López compartía con ellos el ideario de la justicia social, aunque discrepaba en la decisión de abrazar la lucha armada, dice el hijo. Esa diferencia no impidió, sin embargo, que entre ellos hubiera una gran sintonía política y una relación de afecto personal. "Arrimales esto a los muchachos", le pidió su padre al adolescente Atilio el 9 de agosto de 1974, un mes antes de su asesinato. Atilio subió con una bandeja de empanadas la escalera que llevaba a la terraza. Todavía recuerda el impacto que le produjo encontrarse allí con la cúpula de Montoneros; recuerda especialmente a Mario Eduardo Firmenich y a Fernando Vaca Narvaja, en aquel momento en la clandestinidad, con sus armas desplegadas en plena noche festejando el cumpleaños número 45 de su padre. La fiesta sorpresa, cuenta Atilio, incluyó una orquesta en vivo en el patio de su casa y la visita de amigos, abogados y gremialistas como Agustín Tosco, en ese momento también en la clandestinidad, y René Salamanca, miembro del Partido Comunista Revolucionario y secretario General de la seccional Córdoba de SMATA.

Testigo privilegiado de los debates de la época, Atilio (h.) presenciaba las discusiones políticas en la sobremesa familiar, en los plenarios del sindicato, en la legislatura provincial conducida por el Negro López cuando era vicegobernador y en los viajes en auto que hacía con su padre. De vez en cuando, el Negro Atilio buscaba un momento para estar solo con su único hijo varón. Se subían al auto y juntos —sin interrupciones, sin interferencias familiares o políticas— recorrían los pueblos y hablaban con la gente. El padre le contaba anécdotas de su actividad política. Para el hijo, los paros de la UTA o el mismo Cordobazo no fueron noticias de los diarios o la televisión. Fueron eso que su padre planificaba con sus compañeros en la cocina de su casa, mientras su madre les cebaba algunos mates y les preparaba sandwichitos. Agustín Tosco, Elpidio Torres, los protagonistas de aquella jornada histórica, eran parte de su paisaje diario, miembros de la familia extendida que entraban y salían de la casa a cualquier hora.

Hasta los detalles de cómo había sido el operativo del secuestro de Pedro Eugenio Aramburu escuchó el adolescente Atilio de boca de los protagonistas, incluido un comentario sobre el tiro de gracia disparado por Carlitos Capuano Martínez "por orden de Perón". Atilio dice que él mismo les escuchó decir a los montoneros que el General había dado la orden de ejecutar a Aramburu. Que no había sido una decisión aislada. Que no se habían cortado solos. "¿Y después nos llama los imberbes de Plaza de Mayo?", dice Atilio que mascullaban los muchachos todavía heridos por el desplante de Perón.

Patricia López, la hija menor, ahora encargada de una fundación social que brinda asistencia en oficios a más de 200 adultos, rescata de la memoria una anécdota familiar que fue presagio, cuando su padre todavía era un trabajador más y no la figura descollante del gremialismo combativo que llegaría a ser en la provincia. Atilio solía decirle a su esposa que el día en que él muriera se iba a parar toda Córdoba, y ella reía a carcajadas frente a semejante desparpajo. "¿Pero quién sos vos para parar la provincia?", le respondía Olga. "No sólo se paró toda Córdoba sino que el gobierno decretó dos días de asueto", recuerda la hija.

Después del asesinato de José Ignacio Rucci en septiembre de 1973, con la interna peronista desmadrada entre las facciones de izquierda y de derecha, la muerte era una noticia cotidiana. No era descabellado que Atilio López pensara en esa posibilidad. "Si a mí me pasara algo…", le dijo a su hijo en uno de esos viajes por los pueblos de Córdoba, "Si a mí me pasa algo…". Atilio no recuerda bien si su padre llegó a completar la frase, pero él mismo se encargó de hacerlo. Imaginó que si a su padre algún día le pasaba algo, él, único varón e hijo mayor, debería hacerse cargo de su madre y de su hermana, salir a trabajar. Después del asesinato de López, la familia quedó a la deriva económicamente y los amigos radicales, como Mestre, fueron un apoyo fundamental, recuerda el hijo. Pero había otro mandato. El líder sindical sólo había podido llegar al tercer grado de la escuela primaria y una de sus máximas ilusiones, lo decía siempre, era que sus hijos llegaran a la universidad. Atilio no iba a defraudarlo. Ese deseo de su padre fue para él un mandato que se obligó a cumplir desde el momento de su muerte. Ni el duelo ni la tristeza infinita ni esa ausencia que llenaba el espacio le impidieron trabajar, incluso doble jornada cuando fue necesario. Manejaba un taxi de madrugada, volvía a su casa para descansar un par de horas y salía otra vez para las clases de la facultad. Hoy no puede entender cómo se hacía tiempo para estudiar, cómo tuvo fuerzas para hacerlo todo. "Cuando estudiaba mojaba los apuntes. Lloraba durante horas cuando mi mamá no me veía", dice ahora con una sonrisa y los ojos húmedos otra vez, sentado en su consultorio del hospital de Almafuerte, a poco más de 100 kilómetros de la capital cordobesa.

La promesa cumplida de la movilidad social ascendente. Eso es el peronismo, para Atilio. Y eso fue lo que encarnaron muchos de los hijos de los gremialistas, incluidos los de Elpidio Torres y Agustín Tosco con los que Atilio se reúne de tanto en tanto. "Nuestros padres querían

mostrar que el hijo de un trabajador podía y debía ingresar a la universidad. Que no fuera solamente para una élite. El gremialista tenía la intención de que el hijo fuera doctor. Y cada uno de nosotros fue abogado, arquitecto, médico."

Una multitud marchó por las calles de Córdoba para despedir los restos del "Negro" Atilio. Los mismos que lo habían destituido del gobierno provincial y lo entregaron a sus asesinos le hicieron llegar sus condolencias a la familia. Y el gobierno nacional envió coronas de flores firmadas por María Estela Martínez de Perón, es decir, por José López Rega, jefe de la Triple A. Atilio lo dice sin eufemismos, consciente de pertenecer a un movimiento que sacrificó sin piedad a sus propios hijos: "Mi viejo no fue masacrado por los militares sino por un gobierno democrático y, dentro del gobierno democrático, por su propio partido, y dentro de su partido, por el peronismo de derecha".

Atilio López se convirtió en una figura heroica para la memoria popular. Pero su hijo, aunque siente orgullo por la trayectoria y la conducta de su padre, dice que hubiera dado todo mil veces para no tener un héroe en la familia y sí a su padre tomando mate en la cocina. Lo hubiera dado todo para recuperar su presencia cariñosa y confidente. Para volver a recorrer los caminos de Córdoba como antes, cuando el líder sindical le proponía escaparse de todo para estar un rato solos padre e hijo sin los reclamos del afuera, de la época, de la política. Años después, cuando se hizo cargo de las guardias médicas de hospitales separados por cientos de kilómetros, Atilio, solo por las rutas con sus fantasmas, pensaba en su padre. Sin darse cuenta, lo invocaba y dialogaba con él. Le pedía que lo orientara, que lo ayudara en las encrucijadas que le iba poniendo la vida. "Yo hablaba con mi papá —dice emocionado—, ya era grande, pero iba manejando por la ruta empapado de lágrimas. Ni mi señora sabe esto. Nunca tuve la valentía de hablarlo con nadie, ni con mi vieja, ni con mi hermana, ni con mi señora y mis hijos."

Atilio (h.) y Patricia dicen que el compromiso de honrar la memoria de su padre les impuso una vara muy alta. Que no se perdonarían manchar su nombre. En cada acto, en cada palabra de los hijos, sienten, se juega el nombre del líder cordobés, para muchos, emblema de un gremialismo decente. En una época de dirigentes sospechados y de ideales corrompidos, todos saben que Atilio López murió sin un peso, dicen los hijos. "Yo no puedo hacer nada sin pensar que soy Atilio López, soy el hijo *de*. Entonces, de sólo pensar que puedo hacer algo que perjudique su recuerdo, me muero. Mi hermana tiene una fundación que se iba a llamar 'Atilio López'. Pero no le pusimos su nombre. El nombre no se mancha", dirá parafraseando a Diego Maradona.

Pocos se atrevieron a poner en duda la honestidad de Atilio López. Y fue su hijo el encargado de disiparlas toda vez que fue necesario. Como aquella madrugada de hace muchos años, cuando todavía era estudiante, en que se vio obligado a viajar en taxi desde la terminal de ómnibus hasta su casa, a pesar del enorme gasto que representaba para el bolsillo familiar.

Atilio le indicó al chofer la dirección y sugirió la hoja de ruta. "Conocés bien las calles", le dijo el taxista. "Es que soy colega tuyo", respondió Atilio. "En ese barrio vivía el Negro Atilio López —dijo de pronto el taxista—. Yo fui al velatorio. Qué vivo el Negro, dejó bien parada a la familia. El hijo tiene dos Torinos y una empresa de ómnibus, pero no las tiene acá, las tiene en La Plata. Y también puso algunas cosas a nombre de las cuñadas." Atilio, en silencio, escuchaba el relato. Recién cuando llegaron a destino le dijo: "Yo soy el que tengo los dos Torinos, por eso me tomo el taxi tuyo esta noche. Mi mamá y mi hermana están durmiendo ahí, mirá la fachada de la casa, no está terminada. Adentro de ese garaje hay un auto del cual debo todavía el crédito del Banco de Córdoba, está roto y no lo puedo hacer arreglar. Cuando gustes vení y conoces cómo vivía Atilio López y cómo vive la familia. Te dije que soy colega tuyo porque tengo que trabajar en un taxi de noche y tengo que trabajar ahora en una clínica hasta las 10 de la noche, porque si no, no me alcanza para darle de comer a mi vieja. Yo sé que repetís cosas que escuchás en la calle, pero yo soy el hijo de Atilio López. No hay empresa en La Plata. No hay dos Torinos. No hay nada de lo que te han comentado. Si querés saber, ya conocés la dirección, venís y te muestro cómo vivimos. Te agradezco". El chofer, demudado, no quiso cobrarle el viaje, pero Atilio le pagó igual. "Esas anécdotas se fueron desvaneciendo porque todo el mundo conocía cómo vivíamos y qué pasó después con nosotros."

Fue tan duro recuperarse de la tragedia que la madre de los López nunca quiso que sus hijos se involucraran en política. "Yo ya di uno. No doy ninguno más", solía decirles a ambos, pero sobre todo a Atilio, portador del mismo nombre que su padre y talismán para dirigentes de las diversas corrientes del peronismo que durante años lo tentaron para engalanar sus listas. Después del asesinato, López se había convertido en un mártir del que todos querían apropiarse. Durante muchos años rechazó todas las propuestas. Pero cuando en 2009 falleció su madre, Atilio decidió empezar a militar activamente en el kirchnerismo. Siempre había estado afiliado al peronismo y aunque había desarrollado alguna actividad gremial como médico, fue el Movimiento Evita, liderado por Emilio Pérsico y Jorge Taiana, el espacio político en el que sintió que podría desarrollar el trabajo de base que le interesaba. "Dentro del peronismo estoy en lo que sería de centroizquierda, el proyecto nacional y popular. Soy referente del departamento III del Movimiento Evita", explica. En los plenarios y las reuniones de ese espacio político solía encontrarse con Mario Javier Firmenich, el hijo del líder montonero que había estado en su casa familiar para el festejo del último cumpleaños de su padre.

Patricia, dedicada a la política social, dice que nunca quiso ponerse la camiseta de nadie en particular. Trabaja en el Ministerio de Desarrollo Social de la provincia y su fundación recibe ayuda del gobierno, pero ella se preocupa por dejar en claro que habla con todos y mantiene una buena relación con referentes de distintos espacios políticos. "Yo defiendo a los

trabajadores, les damos capacitación, los asesoramos legalmente, les conseguimos ayuda económica para que ellos puedan comprar sus herramientas", dice sentada a su escritorio en la pequeña sala de su casa, una construcción modesta en la periferia de Córdoba.

El hijo del Negro López sabe que para este libro también ha sido entrevistada Claudia, hija de José Ignacio Rucci, el líder sindical asesinado por Montoneros en 1973. Ubicados en las antípodas dentro del sindicalismo argentino, las relaciones políticas e institucionales entre Atilio López y Rucci eran malas. Como hijos de la columna vertebral del peronismo, Atilio y Patricia saben que sus padres fueron devorados por los extremos de ese movimiento. "Somos aprendices de hechiceros", dice de pronto Atilio: "Creamos fuerzas que después no sabemos y no podemos manejar, y nos pasan por arriba. Entonces, de esas situaciones tenemos que aprender. Mi viejo pasó de estar en la trinchera peleando, quemando algún colectivo o haciendo alguna barricada en el Cordobazo, a ser vicegobernador. A los seis meses de haber asumido su propio gremio le hizo un paro general. ¿Me entienden? No sabemos vivir. Logramos algo que no sabemos manejar".

Hace un tiempo, con la reapertura de los juicios de lesa humanidad y la megacausa de La Perla, en Córdoba, una jueza contactó a Patricia López para tentarla con la posibilidad de citar ante la Justicia argentina a Isabel Martínez de Perón, como responsable política del asesinato de Atilio López. "Por favor Patricia, traigamos a Isabel. Vos tenés todo para traerla", le dijo la jueza. La viuda de Perón y ex presidenta de la Argentina sentada en el banquillo de los acusados, rindiendo cuentas ante la historia, pagando por los crímenes perpetrados durante un gobierno peronista y constitucional, haciéndose cargo de la violencia que el mismo peronismo había descerrajado contra sus propios hombres. Pero Patricia se negó. "¿Alguna vez vieron alguien de la Triple A preso?", pregunta. Patricia dice que no quiso exponerse ni exponer a sus hijos y sus nietos. Que toda su familia es evangélica y que ella es una persona muy cristiana. Que ya está. Que de la ley de acá tal vez puedan salvarse, pero de la del Señor, no.

Para Atilio, las muertes trágicas que recorren la historia argentina deben dejar algunas enseñanzas. Habla de las lecciones de 1973 pero también del presente, del aquí y ahora, de los círculos viciosos que hay que cortar a tiempo. Como el de la violencia. Y cuenta una anécdota: en 1978, cuando cursaba tercer año de Medicina fue contactado por tres muchachos que insistían en hablar con él. Cuando se reunieron, se identificaron sólo con nombres de pila, que supone falsos. Le dijeron que habían localizado en Europa a López Rega y querían la venia de un familiar de alguna de sus víctimas para ejecutarlo. No sólo eso. Le propusieron que él mismo se encargara de llevar a cabo el "ajusticiamiento": le ofrecían sacarlo del país con documento falso para cumplir con la tarea y luego volver a ingresarlo clandestinamente a la Argentina. No aceptó. Ni entonces, a cuatro años del asesinato de Atilio López, ni ahora, cuatro décadas

después, cuando el azar lo puso frente al hombre que había entregado a su padre, creyó en el lenguaje de la venganza.

Delia Lozano

"Tanto dañaron los hijos de puta de los militares, que ni siquiera lo que la guerrilla me hizo a mí, a mi padre, a mi familia, puede encontrar un lugar"

Pensó que ya no se acordaba. Que el tiempo había logrado borrar los detalles. Hasta el día en que una cara en el televisor la dejó paralizada. Era el año 2006. Una sobreviviente de La Perla hacía declaraciones al Canal 12 de la televisión cordobesa después de atestiguar en el juicio contra los responsables de ese centro clandestino. Había sido salvajemente torturada, vejada, humillada. Delia Lozano dice que el relato la estremeció. La estremecieron la brutalidad y la violencia. Dejó de cocinar y se quedó pegada a la pantalla. De pronto tenía la huidiza sensación de algo más. El rostro ya maduro de esa víctima de la dictadura le recordaba otro rostro, mucho más joven, un rostro de otra época que en los primeros segundos aparecía y se diluía como una imagen fuera de foco que no se deja atrapar. Hasta que el recuerdo volvió nítido, irrefutable. Esa cara de líneas redondeadas por la edad le traía el peor de los recuerdos: el día en que asesinaron a su padre. Esa mujer que ahora daba testimonio de las violencias sufridas como víctima de la represión ilegal, casi treinta años atrás, el 10 de octubre de 1976, había sido una de las victimarias de su padre.

Delia tenía 14 años cuando lo vio morir. Salían de misa en la iglesia Sagrada Familia, a pocas cuadras de su casa, todavía canturreando las canciones con que su grupo juvenil había acompañado el oficio. Recuerda un estado de alegría ligera en el aire, esa sensación de domingo y de sol; estaba contenta, le había tocado hacer la lectura, su hermanita menor había llevado la ofrenda y el más grande leyó un fragmento de la Biblia. "Domingo, ésta sí que fue una misa en honor a vos", alcanzó a decirle en la vereda una señora amiga a su padre, que ya se disponía a cruzar la calle. No terminó de hacerlo. Un hombre se acercó: "¿Domingo Lozano?", preguntó. Y antes de que nadie pudiera darse cuenta descerrajó sobre su pecho y su cabeza seis balazos certeros que lo tumbaron en el empedrado. A un costado la guitarra que los chicos habían estado tocando y que cargaba él para guardarla en el baúl del auto. Delia recuerda el vértigo, el desconcierto, la camisa de su madre empapada de sangre, su padre en el piso, su hermano llorando, abrazado a ese cuerpo herido que no llegaría con vida al hospital.

Delia dice que la mujer que reconoció en la pantalla, participó, cuando era una muchacha, de la emboscada contra su padre. No disparó, recuerda, fue la encargada de agarrar por los brazos a Aída Delia Juan, la madre, y sacarla de la línea de fuego, porque esas balas de la justicia revolucionaria no estaban dirigidas a ella sino a su esposo, gerente de planta de Ika Renault. Pero el mismo movimiento que tal vez le salvó la vida, la condenó como espectadora privilegiada del sacrificio de su marido. Ella vio en primera fila el momento del disparo, el impacto en el cuerpo, la sangre, la caída definitiva. Delia, 14 años, también lo vio, y treinta años después, frente a la pantalla del televisor, sintió que esa escena siniestra de su vida volvía de los agujeros negros de la memoria con toda su capacidad de daño. "Llamá al canal", le dijo a José, su marido, periodista de televisión. El shock no le había permitido escuchar el nombre. "Llamá al canal y preguntá quién es esa mujer, José, estoy segura de que es ella, preguntá el nombre, por favor." La confirmación de lo que ya sabía la derrumbó.

Delia no tiene dudas, está completamente segura de que la memoria no la traiciona y de que ese rostro es el mismo que ella vio cuando dispararon contra su padre. La Justicia de aquella época, en cambio, a la que no se puede imaginar complaciente con una acusada de integrar una organización armada, decidió que era imposible probar la participación en ese crimen de aquella joven, detenida en Córdoba el 11 de noviembre de 1976, un mes después del asesinato de Domingo Lozano. Hubo un juicio, la acusada denunció apremios ilegales ante el juez de la causa y hubo también declaraciones de testigos y rondas de reconocimiento. Nada de eso alcanzó para probar su participación en el asesinato, delito del que fue absuelta, aunque sí la condenaron por asociación ilícita y otros cargos por los que estuvo detenida hasta el comienzo de la democracia. Para Delia, que no pudo declarar en ese proceso porque era menor de edad y además porque su madre quería mantener a los hijos a salvo de detalles dolorosos, no hay dudas: ése es el rostro de la muchacha que, siendo casi una adolescente, cuarenta años atrás, fue parte de la emboscada que les cambió la vida.

Delia llora en el lobby del hotel, en las afueras de la ciudad de Córdoba, donde nos encontramos para hacer la entrevista. No puede contenerse. "A veces lloro de indignación", dice, mientras toma el pañuelo que le alcanza su hija para secarse las lágrimas. "Nuestro dolor no tiene lugar", dice llorando, como si no hubiera pasado el tiempo, como si algunas cosas nunca terminaran de suceder. No desconoce ni mucho menos justifica lo que esa mujer —aquella muchacha— sufrió como víctima del terrorismo de Estado. Conoce los detalles del calvario de esa militante detenida en La Perla. Pero no siente que ese horror cure su herida. Sabe que ni aquella chica ni los otros dos guerrilleros que participaron del atentado tuvieron justicia: a uno lo mató un cáncer estando en prisión y al otro lo asesinaron en un simulacro de fuga en 1977. Los tres habían sido brutalmente torturados. "Está bien que hoy ella testimonie y pida justicia —dice Delia—, está muy bien que se investigue lo que les hicieron." Lo que le hace

saltar lágrimas de indignación es que aquella muchacha que hoy es una mujer de casi 60 años no pueda hablar también del dolor que causó. No para pagarlo en la cárcel. “¿Que vaya presa ahora? ¿Otro juicio? No, ya está, ya está”, dice, como quien no tiene más interés en dar batallas. “Pero ella y yo sabemos; el resto del mundo no sabe que ella estuvo ese día ahí, pero ella y yo sí lo sabemos. Ni siquiera siento odio. Lo que me indigna es que no hable de lo que hizo.”

Delia piensa en dos tiempos el duelo por su padre. Primero fue el dolor a secas. Los hermanos llorando en la mesa, la cena en silencio. La noche era el momento en que el padre estaba en casa y fue el momento más difícil de remontar día tras día cuando no estuvo más. La tristeza en esa casa que siempre había sido alegre. “Mis padres tenían una relación patológicamente perfecta”, dice hoy la segunda hija del matrimonio, ya licenciada en Psicología. No se percibe ni un asomo de ironía o de malicia en su comentario. Se la ve una mujer entusiasta, alegre, candorosa. O tiene un recuerdo muy idealizado de la vida antes del crimen o tal vez realmente eran lo que puede llamarse una familia feliz. “La vieja era tan maravillosa, dice, que no suspendimos ni mi fiesta de 15, dos meses después de la muerte del papi. El día de mis 15 yo sólo tenía toda mi energía puesta en bailar el vals con José, que ahora es mi marido. Mi mamá encontró el modo de sacar una foto donde mi viejo también estuviera, poniendo entre ella y yo una vieja fotografía atrás, en la repisa. Y me dio ese día el regalo que habían elegido con mi padre, un reloj, que en esa época era un regalo muy importante. Ella siempre trataba de que el viejo estuviera presente, que el asesinato de mi papá no circulara, que de eso no se hablara. Y uno dice ‘eso es represión’. Es que éramos muy chicos, si nos conectábamos con la violencia no hubiéramos podido edificarnos.”

La madre a la que rinde homenaje agradecido murió hace pocos años, con sus hijos ya criados y la satisfacción, imagina su hija, de haber sido capaz de sacarlos del pozo de la tragedia y encaminarlos hacia una vida plena, pese a todo. “Yo he sido una mina feliz”, dice Delia y parece sentir que, por lo menos en parte, se lo debe. Por eso tiene tanto reconocimiento a esa mujer que deliberadamente, dice, puso a un costado el odio y desterró la palabra venganza de la vida familiar. El mismo día del velatorio, cuando volvieron a la casa, su madre armó en el garaje una mesa de ping-pong que le había pedido prestada a una vecina para que los chicos pudieran jugar y distraerse; al día siguiente llamó a un albañil y abrió una ventana en un ambiente que daba a un patiecito y que era muy oscuro. “Quería que hubiese luz y desde ese mismo día le empezó a dar para adelante”, recuerda. La tarde de infinita tristeza que siguió al cementerio, en medio del silencio que de pronto se había adueñado de la casa, uno de los chicos del grupo juvenil de la iglesia le dijo a la reciente viuda: “Tía, quedate tranquila, nosotros lo vamos a vengar”. Delia recuerda todavía la expresión de miedo, de alerta, en la cara de su madre; cómo se olvidó por un momento de su dolor y se plantó frente a todos los chicos con una lucidez que la hija, hoy madre a su vez de dos chicas adolescentes, reconoce y admira.

"Escuchá bien lo que te voy a decir y escúchenme todos —les dijo—. Ustedes lo van a vengar con el amor, lo van a vengar siendo los mejores en lo que sean, comprometiéndose con el otro. Ésa será la única venganza, amar y ser lo mejor de lo que puedan ser."

Hay otra escena que su memoria propone como piedra fundamental de la nueva vida que empezaba. En medio de la casa llena de gente, los más chicos contenidos y abrazados por la familia, los amigos y los vecinos, los tres hijos mayores se refugiaron un momento en la soledad del dormitorio con su madre. Entonces ella descubrió que el más grande se había puesto el anillo de matrimonio del padre. "No, hijo, no, esto bajo ningún concepto, la madre soy yo y, a partir de ahora, voy a ser madre y padre, la que va a cuidarlos a ustedes voy a seguir siendo yo." Le dio un beso en la frente, le sacó el anillo y se lo puso junto con el que llevaba en su mano, para que quedara bien claro.

Parte de ese idilio entre sus padres, recuerda Delia, se jugaba en mensajitos de amor cotidiano que él solía dejarle a su mujer cuando se iba a trabajar. Ella los encontraba en cualquier momento del día, en cualquier lugar de la casa. Aquella tarde, cuando volvieron del velatorio, Aída encontró sobre la mesita de luz el mensaje que él le había dejado el día anterior: "Si quieres que tu surco salga derecho, ata tu arado a una estrella y nunca mires para atrás". Delia cree que su madre lo leyó como una señal y esa fue la estrella a la que ató el carro que a partir de ese día debería conducir sola: nada de odio, nada de venganza.

Nada de política tampoco. Las puertas de la casa se sellaron para no dejar entrar nada del vendaval político que arrasaba al país y que tan preocupado tenía a su padre desde hacía tiempo. Dos miembros directivos de Renault habían sido asesinados en el último año. Y en 1974 una bomba había sacudido las paredes de la casa de la familia Lozano. Pero además de saberse un posible blanco de las organizaciones armadas, a su padre lo preocupaba que algo de aquella radicalización política juvenil se filtrara de algún modo en su familia y llegara hasta sus propios hijos, los seis chicos que habían tenido en ocho años, todos seguiditos, y tres de ellos en etapa adolescente. Era peligroso, dice Delia, "por toda esta cosa que circulaba de querer entrampar en determinadas ideologías". Miembros de la Iglesia Apostólica Evangélica del barrio Pueyrredón, en Córdoba, los padres de Delia se reunieron con otros padres de esa comunidad, también preocupados por la explosiva efervescencia de las juventudes políticas, y buscaron un modo de crear para sus hijos un ámbito más protegido para crecer. Querían una cajita de cristal que los mantuviera a salvo, piensa Delia, y así formaron El Puente, un grupo juvenil de cerca de cuarenta chicos a los que los padres les armaban alternativas de entretenimiento y diversión dentro del cobijo comunitario y familiar de la parroquia. Se juntaban a escuchar música, a hablar de temas como la responsabilidad, el compromiso, la trascendencia. Los sábados a la noche hacían "la americana" en el living o en el garaje de la casa de alguno, ponían las luces y empezaba la fiesta. Una experiencia social, pero controlada.

“Cuidada”, corrige Delia. Una vez más, nada de política. Y recuerda una escena en particular. Un día en que habían organizado un gran encuentro de jóvenes en una escuela y aparecieron dos chicos un poco más grandes que ellos que entraron y empezaron a participar de las actividades. Delia dice que recuerda como si fuese hoy la imagen de su padre en un rincón del patio escolar hablando con estos dos chicos. Invitándolos a retirarse. “Obviamente el viejo era un tipo que sabía de qué se trataba, yo estaba en el limbo en ese momento”, dice. Está segura de que eran chicos de una agrupación y que querían “reclutar o algo así”. Recuerda las manos de su padre, el gesto con el que les señalaba la salida. “Ellos cuidaban mucho ese ámbito que habían creado, no querían que se transformara en un espacio político, porque se desvivían para protegernos de la violencia.”

Si la política ya estaba bajo sospecha para la familia antes del crimen, mucho más lo estuvo a partir de ese día. Delia recuerda que al principio muchas veces sonaba el timbre y muchas veces su madre atendía sin sacar la cadenita que trababa la puerta. Aunque vinieran a manifestarle solidaridad y a ofrecerle apoyo. Los hijos de no sé qué, los familiares de no sé cuánto de no sé qué de los militares, la agrupación de víctimas de no sé dónde. Nadie pudo cruzar el umbral para llevar a la conversación familiar el sentido político de esa herida. Ella lo transformó en un asunto privado y de familia. Hasta que sus hijos crecieron. Entonces sí los vientos de la nueva época abrieron las puertas a la fuerza y se metieron como un huracán adentro de la casa. La prolija y contenida memoria familiar que la madre había organizado voló por los aires. “Recién a la vuelta de la democracia, cuando ya empezamos a saber quién era quién, ella empezó a vomitar el odio que se había guardado durante tanto tiempo.” Fue a partir de ese momento, con los Juicios a las Juntas Militares en la televisión y en los diarios, con los relatos del horror que dejaban al desnudo la desmesura, los alcances obscenos del terrorismo de Estado, cuando Delia empezó a recordar, como en una suerte de anamnesis platónica, lo que ya sabía: que su padre también había sido una víctima de la violencia política de aquella época. Pero descubrió también, y es la espina que tiene clavada hasta hoy, que en el contexto de las atrocidades que se empezaban a dar a conocer, en ese momento en que aparecía lo que había estado oculto —las víctimas de la represión ilegal de la dictadura—, el destino trágico de su padre no tenía lugar. Nadie hablaba, ni entonces ni ahora, llora, de los muertos que no habían caído como víctimas de la dictadura sino de las organizaciones armadas. Las víctimas de las víctimas.

Ése fue el momento, diez años después del atentado, en que Delia empezó a conectarse con el asesinato de su padre. Ya había elaborado su muerte, el vacío que había dejado ese hombre al que ella recuerda protector, atento, comprometido en cada paso de la crianza de sus hijos. Ya se había sumergido en la hondura de esa pérdida y había vuelto de allí consciente de la herida, pero entera. Lo que hasta entonces nunca había enfrentado era la idea del crimen. Había hecho

el duelo de una muerte y diez años después volvía a sacudirla el asesinato, la brutalidad de una sentencia que no comprendería nunca. "Él era un patriota, no saben cómo amaba a la patria", dice emocionada, con una expresión que recuerda el vocabulario escolar de una niña. "El día del golpe de Estado mi mamá dijo algo así como 'ay qué suerte, papi' y mi papá no dudó un segundo: 'No te equivoques, esto es terrible, es lo peor que nos puede pasar como país'. La vieja pensaba que alguien tenía que poner orden y mi viejo insistía con que el golpe no era la forma. Él no era pro militar o pro golpe, al contrario. Yo me acuerdo de que nos sentó y nos dijo: 'Bueno chicos, va a empezar una época muy terrible, van a tener que aprender a cuidarse, a mirar; esto que hoy nos está pasando como país, perder las libertades, es espantoso'. O sea, él reunió a sus hijos para darles una clase de democracia y vienen estos tipos y lo barren como si no fuera nada, sólo porque trabajaba en una multinacional."

Delia está convencida de que ésa fue la única razón por la que la OCPO (Organización Comunista Poder Obrero) puso en la mira a su padre. Un crimen simbólico: matar a un alto directivo de la multinacional. Descarta por completo que Domingo Lozano, gerente de planta de Renault, pudiera haber colaborado con la represión ilegal tirando a la hoguera de las listas negras los nombres de delegados gremiales, como sucedió en tantos casos ya probados por la Justicia. "La OCPO, me dijo mi mamá, le hizo llegar a la familia un mensaje en el que decía que el atentado no era contra nosotros sino contra la empresa multinacional. Pusieron algo así como 'lamentamos la muerte de Domingo pero la patria necesitaba esto'." Delia no cree haber tenido entre sus manos ese papel. Le queda sí un vago recuerdo de haberlo visto sobre la mesa del comedor, sobre el reflejo del vidrio, y lo recuerda junto con la voz de su madre diciéndole que no lo tocara. Tampoco es ella quien guarda los documentos relacionados con la causa judicial ni la que maneja información oficial. Su memoria es más bien emocional. Muchas veces, cuando le pedimos más detalles para darle claridad a un episodio confuso, dirá: "Si ustedes quieren datos más precisos, yo tendría que averiguarlo, uno de mis hermanos tiene todos los papeles y él es el que sabe bien". Al archivo de ese hermano, justamente, recurrió poco después de la entrevista, cuando le escribimos para pedirle precisiones que nos ayudaran a entender mejor alguna parte de su relato. En varios momentos de nuestro encuentro, había expresado la indignación que siente con el modo en que hoy se resuelven las heridas de los años 70. "Los asesinos de mi viejo cobraron los 250 mil dólares de indemnización que se les pagó a las víctimas del terrorismo de Estado; los tres, porque los tres habían sido víctimas de la represión, los tres habían estado encerrados, los tres fueron torturados, los tres. Quiere decir que yo, digamos, como parte de este país, les pagué a los asesinos de mi viejo una indemnización." En realidad, quien cobró la indemnización fue aquella mujer que contaba frente a los micrófonos su testimonio como víctima de La Perla y que, en 1976, según el recuerdo de Delia, había participado del asesinato de su padre. Y en todo caso, le sugerimos, no les pagó a los asesinos de su padre, les pagó a las

víctimas del terrorismo de Estado. “Sí, está bien, está bien, yo les pagué a las víctimas de la barbarie de los hijos de puta de los militares”, concede Delia, y parece que quisiera decir: “¿Y a mí por qué nadie va a reconocerme nada por la muerte de mi padre?”.

No es una cuestión de dinero. Ni siquiera, a esta altura, un reclamo para que la única responsable del crimen que está con vida vaya presa. Ya hubo un juicio. Pero psicóloga al fin, Delia piensa en el poder sanador de las palabras, ésa es la reparación mínima pero imprescindible que su país, siente ella, todavía le debe a su familia. “Si me preguntan qué es lo que a mí me daría tranquilidad… Mi hija Marianela escribió una nota en *La Voz del Interior* que se llamó ‘Las víctimas de las víctimas’. Termina diciendo que no sabe cómo explicarle a su abuela que el Estado no reconoce lo que le hicieron, ¿entienden?”

No lo reconoce el discurso oficial, dice Delia, ni lo reconocen los protagonistas de la violencia. Eso la hizo reaccionar públicamente por primera vez hace casi veinte años, cuando en 1995 Mariano Grondona llevó a su programa *Hora clave* a Jorge Reyna, un ex oficial montonero. Para Delia, la distinción que este ex combatiente hizo entre autocrítica y arrepentimiento fue intolerable. Reyna, ex detenido en la ESMA y exiliado luego en Europa, admitía “errores políticos” de las organizaciones armadas, pero no tenía palabras para nombrar el dolor que habían provocado, para revisar la dimensión humana del asesinato. Por lo menos, no las palabras que Delia necesitaba escuchar. “O sea que para este hijo de puta la muerte de mi padre había sido un error político, nada más, así de fácil.” La indignación la quemaba por dentro. Lo habló en su sesión de análisis. Las palabras se atropellaban para sacar afuera el dolor, la furia que le provocaba ver su tragedia familiar reducida a un “error político” que no merecía otra consideración. “¿Mi viejo es un error político? ¿Nada más? ¿No pueden considerar el dolor? ¿Qué les pasa?”, clamaba entonces ante su analista y recuerda ahora con la misma pasión. Habría que hacer algo, repetía Delia en el diván, habría que hacer algo, habría que hacer algo. Y sí, intervino finalmente su terapeuta, habría que hacer algo. Y dio por terminada la sesión. Delia recuerda el impacto de ese cierre de sesión, cómo sintió en las venas que esas últimas palabras la lanzaban a otra cosa, la transformaban. Sintió, recuerda, que el mar de quejas empezaba a convertirse en algo distinto y reclamaba el espacio de la acción, de pasar al acto. Y eso hizo. Averiguó el fax del programa de Grondona y mandó una carta. El mismo día la producción del programa se comunicó con ella, la invitaban a participar de la emisión siguiente, ¿se animaba a presentarse para debatir frente a Jorge Reyna? Les pidió unas horas para pensarlo, para consultarlo con su familia y, especialmente, con el psiquiatra de su madre, quería saber si Aída estaba en condiciones de resistirlo. “No solamente está en condiciones —le dijo el médico—, sino que le va a hacer muy bien. A ella y a toda tu familia les hace falta que su voz se escuche.” Unas horas después la misma Aída se lo confirmaría cuando Delia le preguntó cómo se había

quedado después de ver a Reyna con Grondona. “Estoy enojada, Delia, estoy muy enojada, alguien tendría que hacer algo, tendríamos que escribir una carta.”

Al día siguiente Delia viajó con su marido a Buenos Aires. Sabía que ni Reyna ni Montoneros tenían responsabilidad sobre la muerte de su padre, pero sentía que la explicación política con la que justificaba las muertes de los años 70 la interpelaba en forma personal. “Nosotros no lo matamos, nosotros no lo matamos, yo no fui, yo no fui, yo no fui.” Delia dice que fuera de cámara y en susurros, con un canturreo asordinado que los micrófonos no podían alcanzar, Reyna la provocaba con esas palabras, como un chico que burla a otro cuando nadie lo ve. Hasta que ella, olvidándose de las cámaras y de los códigos televisivos lo enfrentó directamente y, conteniéndose para no gritar, le dijo: “Yo ya sé que vos no fuiste, que vos no lo mataste, pero fue tu idea la que lo mató, tu ideología mató a mi padre”.

Era un diálogo imposible. Reyna exponía una lectura del pasado en clave revolucionaria. Los antecedentes históricos de la violencia, la marginación de las mayorías populares, la proscripción del peronismo que había llevado a las juventudes políticas a una encerrona, el derecho constitucional de levantarse en armas contra un poder ilegítimo que ocupaba las instituciones de la república. Podía admitir, sí, errores de naturaleza política, no haber depuesto las armas ante Perón y el nuevo gobierno democrático, por ejemplo. Pero la muerte, la acción de matar en sí misma, no podía ser analizada fuera del contexto del hecho revolucionario, no podía ser considerada fuera de esas coordenadas. Ante el gran ideal de la revolución social que traería la felicidad para el pueblo, el dolor, la pérdida, las heridas, la orfandad —las de los otros y las propias— no eran relevantes. Para la moral revolucionaria que defendía Reyna, la historia del mundo estaba muy por encima de las pequeñas historias mínimas y privadas arrasadas por él. Pero para Delia ésas son palabras que eluden la cuestión fundamental, eluden hacerse cargo de haber matado a otro. De responder por el dolor que se generó. Desde su perspectiva, no hay marco teórico ni ideológico que justifique la decisión de matar a otro ser humano. A su padre.

Otra constatación de ese día la llenó de estupor. Durante los intervalos de la grabación, dice Delia, la fundadora de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, que estaba detrás de cámaras junto a un grupo de hijos de desaparecidos, se refería a ella en términos insultantes. Algo así como “no la escuchen que es una facha”, recuerda que les decía. “Ella tendrá mucho dolor, pero les inculcaba tanto odio…” Para Delia, que valora el esfuerzo de su madre por no sembrar sentimientos de venganza en el terreno fértil del dolor, esa actitud es incomprensible. Hace unos años el destino puso a su hija Marianela, cuando era estudiante de Comunicación en la Universidad Nacional de Córdoba, ante una situación difícil. Como parte de las actividades de una materia, tenía que hacerle una entrevista al presidente de HIJOS, cuyos padres habían pertenecido a la OCPO. Marianela sintió que no iba a poder hacerlo. Que no iba a poder dejar a

un lado el asesinato de su abuelo. Delia cuenta que ella misma buscó en la biblioteca el libro *La Perla*, del periodista Roberto Reyna, y le leyó a su hija párrafos escalofriantes de lo que habían pasado los padres de ese chico al que iba a entrevistar. "Ese chico es un hijo igual que yo —le dijo—, no es un tipo de otro bando, es un hijo al que a sus padres les hicieron todo esto. No podés ir pensando que vas a hablar con el anticristo, vas a hablar con un hijo que sufrió muchísimo." Cuenta Delia que Marianela, al final del reportaje, le preguntó a su entrevistado qué pensaban ellos de las víctimas civiles de la OCPO y que el chico no sabía de lo que le estaba hablando. En la historia que a él le habían contado no había habido víctimas civiles. Marianela no pudo seguir hablando y él, un chico divino, dice Delia, registró ese silencio y al final de la entrevista le dijo que la había visto mal, preguntó por qué, qué pasaba. Cuando Marianela le contó su historia, el que quedó sin palabras fue él. No podía creerlo. Un tiempo después, dice, le mandó un mail muy lindo y muy duro, había aprendido algo más acerca de las actividades de la OCPO.

"Qué sé yo, esas cosas pasan —reflexiona Delia—, muchas veces los hijos no sabemos realmente qué hicieron nuestros padres. Yo creo que mi papá era un divino y estoy convencida de que era así, como padre, como esposo, como ser humano, pero a lo mejor alguien puede saltar y decir 'no, pero tu papá' y qué sé yo." Como todos, Delia no está exenta de los espejismos del amor filial. Pero hasta donde sabe y hasta donde llegó a preguntar siente que no hay puntos oscuros en la vida de Domingo Lozano y está convencida de que fue una víctima inocente del delirio ideológico de una época. Ella atesora a ese padre con un amor intacto. Aunque tuvo sus momentos de rabia. En el largo camino de su duelo personal hubo también lugar para el enojo: por qué no se había cuidado más; por qué, si sabía que era un blanco posible, no tomó recaudos; por qué no aceptó tener guardaespaldas, por qué tanta omnipotencia de pensar que a él no podía sucederle nada. Pero hoy piensa aquellos reproches como una etapa inevitable de su duelo en plena adolescencia. Imagina el razonamiento de su padre frente al estado de amenaza en el que vivía, imagina que habrá llegado a la conclusión de que, si querían matarlo lo iban a matar "porque esa gente era infalible", dice. No solamente se cuidó y "nos" cuidó, revisa hoy, sino que tenía planes para llevarse a la familia a vivir a Venezuela; ya había gestionado un traslado y había estado en Caracas una semana antes de morir para poner en marcha ese nuevo proyecto de trabajo. Si todo salía bien, en noviembre viajaría la familia completa. Él sí se cuidó, deconstruye y reconstruye Delia, y trató de cuidarnos a nosotros por si llegaba a pasarle algo. Todavía hoy la maravilla eso que no sabe cómo llamar —¿casualidad, coincidencia, intuición?—, eso que lo llevó elegir aquel mensaje de la estrella y el carro justo un día antes de morir, y que ella interpreta como un "si me pasa algo, agárrense de acá, de este pensamiento, y vayan para adelante, no miren para atrás".

Ése es el padre que guarda en su memoria como ejemplo y como guía. Una imagen hecha de los años que pudo vivir con él, de los relatos tejidos en familia y de los recuerdos prestados por otras personas que lo conocieron. Vivían a la vuelta de la Iglesia y el asesinato había conmovido al barrio entero. Domingo y Aída eran figuras de referencia para la comunidad. Él había trabajado desde muy chico en la parroquia y aun antes de casarse formaba parte de un grupo que se llamaba Emaús y que, entre otras cosas, ayudaba a los vecinos a construir sus casas. Cualquier vecino que tenía algún problema tocaba el timbre después de las 19.30, cuando él ya había vuelto de trabajar. Era un hombre bueno, dice Delia. Y cuenta con orgullo que el día del velatorio, que se hizo en su casa, se llenó de gente: hombres de traje y corbata, laburantes, vecinos. "El asesinato de mi papá tuvo un impacto muy grande en el barrio, aún hoy cuando me encuentro con alguien que vivía en aquella época, cuando digo que mi apellido es Lozano me preguntan si tengo algo que ver con Domingo."

Todos los caminos del recuerdo la conducen al mismo dolor: la muerte de su padre y el hecho de que no tenga lugar en las políticas públicas sobre la memoria. "Tanto dañaron los hijos de puta de los militares, tanto dañaron, que ni siquiera lo que la guerrilla me hizo a mí, a mi padre, a mi familia, puede encontrar un lugar." Ésa es la herida persistente de la que habla: que la memoria de hoy se acomode a un rompecabezas hecho a medida de los militantes. Que no haya dónde ubicar las piezas que faltan, las que hablan del dolor que generaron las organizaciones armadas. A Delia la subleva que esa mujer, a la que está segura de haber reconocido en la pantalla, siga narrándose a sí misma sólo como la chica idealista que seguramente también fue, pero que no pueda reconocer públicamente que estuvo dispuesta a matar. "Si yo la hubiera escuchado decir al menos que fue una época de terror en la que hizo cosas que le dolió hacer, no me hubiera molestado tanto como esto." Lo que la indigna, vuelve a decir, es que a esta mujer hoy se la recuerde sólo como víctima. Que ella misma sólo hable de esa única parte de la verdad. "Es espantoso lo que le hicieron, no se lo merecía, nadie merece algo así; ella se hubiera merecido un juicio y un rótulo: asesina. No este no juicio y sólo este otro rótulo, víctima", vuelve a decir Delia, como olvidando que sí hubo un juicio en los meses que siguieron al crimen y que los mismos jueces de la dictadura no encontraron elementos para probar la participación de esa mujer en el asesinato.

A veces fantasea con un encuentro improbable. Cree que le gustaría tener una conversación con esa mujer. Quizás imagina que tanto tiempo después y ya con más de 50 años, con una vida bien vivida pese a todo y madre de dos hijas, tendría la templanza necesaria para mirarla a los ojos sin odio. Aún tiene una enorme necesidad de entender cómo fue que aquella muchacha pudo matar sin remordimientos. ¿O tuvo remordimientos? Esas cosas le gustaría saber. No quiere silenciar su testimonio de víctima, pero le exige que pueda hablar del dolor que ella también generó. Que no se construya una verdad a medias. Delia no entiende las razones de la

razón revolucionaria, la eliminación de objetivos políticos, la muerte como entrega y sacrificio para una prometida felicidad social. Ella lo analiza de un modo que podría decirse preideológico: “¿Quién le hizo la cabeza para que a los 20 años estuviera dispuesta a hacer algo así?”; “Matar a mi padre, ¿no le dolió, no sintió nada al matar a un hombre?”. Eso le gustaría preguntarle. Incluso aunque no se arrepienta. Le alcanza con que no lo niegue más. Con que sume al rompecabezas de la violencia setentista esa pieza escamoteada en la que ella no era la víctima sino que había aceptado ser, en nombre de sus convicciones, victimaria de otros. De todo eso le gustaría hablar con esa mujer. Aunque siga creyendo que sus ideales valían la muerte de un hombre asesinado a sangre fría una tarde de domingo frente a sus hijos.

"Le pregunté si había participado en los grupos de tareas, si había estado en campos de concentración y si sabía lo que había pasado con Mónica"

Apenas llegó a oír el tumulto que venía del pasillo —voces alteradas, forcejeos, ruido de armas— cuando ya tenía a cinco desconocidos frente a su escritorio, apuntándole. Era la madrugada del 27 de diciembre de 1998. Faltaban cuatro años para que Diego Molina Pico se convirtiera en el mediático fiscal del asesinato de María Marta García Belsunce. Pero aquella madrugada de 1998 él todavía era un miembro de las Fuerzas Armadas que revistaba como oficial de guardia en el edificio Libertad de la Marina, y cinco hombres lo encañonaban. Pensó en un alzamiento carapintada. O en un golpe comando para copar esa unidad militar ubicada en Comodoro Py, frente a los tribunales federales. Sabía que para llegar hasta allí los intrusos habían tenido que atravesar varios puestos de control. Tuvo la sensación de que reconocía a una de esas personas, pero los nervios podían traicionarlo. Tocó con insistencia desesperada el timbre oculto para convocar a los grupos de respuesta inmediata, pero no funcionó. Sin poder moverse de su silla ante el escritorio, con las armas apuntándole al pecho, vio llegar por detrás de los agresores a un suboficial completamente alterado, al que le siguió un cabo de guardia y otro y otro. Llegaban a las corridas, desencajados por esa irrupción que se les había escapado de control. La tensión se volvía exasperante y el joven oficial, rodeado por los cinco intrusos que se habían dispuesto frente a su escritorio, seguía siendo el blanco. De pronto, unos soldados de guardia, alertados por esos movimientos irregulares, ingresaron a la oficina y se ubicaron en semicírculo, rodeando por detrás a los intrusos. Todos con las armas cargadas, todos apuntándose entre sí, como en un thriller cinematográfico. La tensión extrema de la violencia a punto de estallar. Él se recuerda subiendo y bajando las manos, las palmas hacia el suelo, en un movimiento suave y constante, pidiendo calma, con temor de que cualquier mínimo gesto fuera la chispa que encendiera el polvorín. Pero de pronto, el que parecía el jefe del grupo, el único que no portaba armas, se acercó hacia él. Tanto que el joven oficial al que todos apuntaban ahora sí empezó a reconocerlo. Tanto que el atacante alcanzó a leer la identificación personal que llevaba en el lado izquierdo de su saco. "¿Molina Pico? ¿Usted es algo del almirante?", preguntó. "Sí, soy el hijo", respondió, y en ese mismo momento terminó de

reconocer a Jorge “el Tigre” Acosta, jefe de inteligencia de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) a cargo del Grupo de Tareas 3.3.2, en los años de la dictadura, y, en 1998, prófugo de la Justicia con pedido de captura. Bastó esa respuesta de Molina Pico para que Acosta se dirigiera a su grupo y ordenara: “Hagan lo que diga el señor teniente”. Todos empezaron a bajar las armas. Sin levantar la voz, Molina Pico se dirigió al ex marino prófugo: “Usted entiende que va a quedar detenido”, le dijo, y pidió que los demás se retiraran del lugar. El represor que hoy cumple su condena a cadena perpetua en Marcos Paz por su responsabilidad en torturas y asesinatos ya estaba imputado entonces en una causa que investigaba la sustracción de hijos de desaparecidos y tenía impedida la salida del país por una orden de captura librada por el juez español Baltasar Garzón.

Diego Molina Pico nunca imaginó que alguna vez estaría frente a frente con el responsable de la muerte de su tía querida, la monja Mónica Quinteiro, secuestrada el 14 de mayo de 1976 y desaparecida desde entonces. Hijo del almirante Enrique Molina Pico —jefe del Estado Mayor de la Armada desde 1994 hasta 1997— e integrante de una familia con varias generaciones de militares, mucho antes de decidirse por la abogacía, Molina Pico hijo también había ingresado en las Fuerzas Armadas y aquella madrugada de diciembre era el responsable del Estado Mayor en la guardia del turno de la noche. Acomodado en una silla frente a él, Jorge “el Tigre” Acosta lo sacudió con revelaciones inesperadas. Dijo que había ido hasta allí para entregarse y que jamás hubiera imaginado que el ocasional jefe de guardia con el que se toparía, el encargado de entregarlo a la Justicia aquella madrugada, sería el sobrino de una de sus víctimas. Pero además dedicó los últimos minutos antes de quedar detenido a contarle al hoy fiscal los detalles del secuestro y posterior asesinato de la tía Mónica, hermana de María Graciela Quinteiro de Molina Pico, su madre.

Lo que el hoy fiscal escuchó a partir de ese momento fue un parteaguas en la vida familiar, sobre todo, en la de su madre y la de sus abuelos maternos. Escuchó, de boca del represor, por qué pensaba que el destino de su tía monja desaparecida no había podido ser otro que el de la muerte. Molina Pico todavía recuerda el huracán que lo arrasaba por dentro mientras Acosta relataba los pormenores del secuestro. Mónica Quinteiro fue detenida en uno de los múltiples operativos simultáneos que se realizaron ese día y en el que cayeron, además, varios jóvenes que realizaban trabajo social en la Villa del Bajo Flores: Mónica María Candelaria Mignone —hija del fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)—; María Marta Vázquez Ocampo; César Lugones; Beatriz Carbonell; Horacio Pérez Weiss y María Esther Lorusso Lämmle. Nueve días después de esas detenciones, el 23 de mayo de 1976, Orlando Yorio y Francisco Jalics, sacerdotes jesuitas que realizaban trabajos pastorales en las villas y en el barrio del Bajo Flores, también fueron secuestrados y trasladados a la ESMA, donde compartieron el cautiverio con su tía Mónica. “Acosta me dijo que mi tía había sido detenida

por él y por su grupo porque era la amante de uno de los cabecillas de Montoneros y, según la información que tenían, ella marcaba y entregaba a gente de la Marina." Para la época del secuestro, dice el fiscal, Mónica Quinteiro, hija del capitán de navío Oscar Quinteiro y de María Gracia Cabrera de Quinteiro, debía resolver una encrucijada personal: ingresar como monja de clausura o colgar los hábitos. Fue durante esa transición, asegura, cuando empezó a trabajar como administrativa en las dependencias de la sociedad militar Seguro de vida, en la calle Luis María Campos, a dos cuadras del Hospital Militar Central. Ése fue el lugar en donde la secuestraron.

Diego Molina Pico está convencido de que ciertos mecanismos de autodefensa le impiden hoy recordar en detalle algunos tramos de esa conversación con Acosta, como por ejemplo, la identidad del supuesto amante de su tía, al que el represor nombró aquella madrugada de diciembre. Pero sí recuerda las imágenes confusas y contradictorias que se agolpaban en su cabeza mientras escuchaba el relato siniestro. Recuerda que no podía dejar de moverse en la silla, que se paraba y se sentaba frenéticamente, que apenas lograba contener su cuerpo y la violencia interior que le provocaban las palabras del represor; quería insultarlo, hubiera querido matar al Tigre Acosta en ese mismo momento. ¿Una monja que identificaba a personal de la Armada como blancos, que planificaba atentados, que mataba fríamente y ponía bombas en las casas de los jefes militares? ¿Cómo podía hablarle así de su tía querida que había elegido el camino de la religión? ¿Su tía Mónica, su tía misionera, amante de uno de los altos mandos de Montoneros? ¿Cómo podía el Tigre Acosta decirle que "habían tenido" que detenerla, torturarla y matarla? ¿Cómo podía haber hecho tal cosa él, que además, era parte de su familia? Porque un dato esencial le imprimía a la historia un sello aún más escalofriante: el represor estaba casado con Helena Cabrera, prima hermana de la madre de Diego Molina Pico.

El relato de Acosta sobre el cautiverio de Mónica coincidía en parte con la información que, a lo largo de los años, había llegado a la familia Molina Pico, por ejemplo la que brindaron los sacerdotes jesuitas Orlando Yorio y Francisco Jalics —integrantes de la orden religiosa encabezada en ese momento por Jorge Bergoglio—, detenidos ilegalmente y torturados en la ESMA en 1976. A diferencia de otros detenidos cuyo destino inexorable fueron los vuelos de la muerte y las aguas del Río de la Plata, cinco meses después los religiosos fueron liberados y, en 1978, partieron al exilio. Cuando Yorio y Jalics declararon en el juzgado federal a raíz del hábeas corpus presentado por Oscar Quinteiro, padre de Mónica, los sacerdotes confirmaron que habían compartido cautiverio con ella en el centro de detención de la Armada. "Orlando, ¿sos vos?", le había preguntado al sacerdote la Hermana Graciela, nombre eclesiástico de Mónica. Encapuchados en la ESMA, aunque estaban a pocos metros de distancia no podían verse, pero Mónica había reconocido la presencia de Yorio por su voz: el jesuita, detenido y encapuchado, rezaba en voz alta a pocos metros de ella.

Consternado, el oficial de guardia Molina Pico escuchaba de boca de Acosta los detalles de la operación militar que había tenido a su tía como víctima. Sin embargo, no cree que hubiera jactancia en aquel relato espeluznante sino una suerte de mea culpa, la confesión de un represor acaso apesadumbrado por haber matado —por haber tenido que matar, según su lógica— a la que era prima de su mujer. Para él, dijo, no había sido una muerte más. Molina Pico lo escuchaba en silencio: "Lo tomé como un lavado de culpas, como un pedido de perdón; interpreté que él quería que yo les hiciera llegar esa información a mis abuelos, que estaban vivos", dice casi veinte años después, el hoy fiscal de San Isidro.

No recuerda con exactitud cuántos minutos duró ese relato, esa confesión. Para él escucharlo se hizo eterno. Cuando Acosta no tuvo más para decir, sin armas ni gritos, Molina Pico le comunicó que estaba detenido. "Párese", le ordenó. Abrió la puerta, pasó delante del represor, llamó al suboficial y al cabo, y ya con los soldados en ese lugar se dirigieron al cuartel, uno al lado del otro. Una caminata breve pero perturbadora. "Estaba escindido. Por un lado yo sabía que tenía que hacer con él ciertos procedimientos administrativos, que los hice. Y por el otro, seguía procesando toda la información e imaginándome las escenas, porque todas las palabras que él decía tenían imagen." Las imágenes de su tía amorosa, impoluta, la que compartía la sobremesa familiar cuando venía de visita antes o después de misionar, la que realizaba trabajo social en la villa del Bajo Flores. Y aquellas otras imágenes, revulsivas, impensadas. La mujer torturada en la ESMA, la asesina puro cálculo y frialdad, la amante y entregadora, la que planificaba atentados y ponía bombas. Esa otra Mónica. Extraña. Desconocida. Quién sabe si real.

Cuando llegaron al cuartel, ya en la sala de oficiales, Molina Pico dejó a Acosta detenido y recorrió el camino inverso hacia su oficina. Nuevamente sentado frente al escritorio, el lugar en el que había comenzado aquella madrugada devastadora, llamó a casa de sus padres y todo el esfuerzo que había hecho para contenerse se desbordó al hablar con su madre. No le ahorró ni los detalles del relato macabro. Al otro lado de la línea la conmoción de su madre se volvió silencio. "Yo no quería tener esa información conmigo —se explica—. Yo sabía que esa información me iba a destruir." Cuando terminó la larga jornada de trámites y declaraciones, se fue directo de la oficina a la casa de sus padres y juntos comenzaron a unir la información suelta y fragmentada que habían ido acumulando a lo largo de los años. Lo contrastaban con lo que ahora sabían. Fue en ese momento cuando cobraron sentido para él las llamadas anónimas que habían amenazado a la familia, que no jodieran más, que Mónica ya estaba muerta. También se resignificaban para ellos los gestos, las miradas, las palabras esquivas de tantos hombres de la Armada a los que habían acudido para pedir información. La mirada de los hombres que sabían. Y callaban.

Diego Molina Pico tenía 10 años cuando su tía Mónica desapareció. No recuerda el día del secuestro, sino ese estado de ausencia prolongada, apenas compensada por la permanente evocación de su presencia en las conversaciones familiares. Recuerda la visita de los padres de otros desaparecidos y de las Madres de Plaza de Mayo a la casa de los abuelos Oscar y María Gracia que él frecuentaba a diario; la angustia inmensa de su abuela que no podía escuchar hablar del tema sin llorar y la dolorosa acusación que recibieron de Emilio Mignone —padre de otra de las víctimas de ese 14 de mayo de 1976 por hacer trabajo social— cuando dijo que Mónica Quinteiro se encontraba viva en Europa gracias a un salvoconducto que la familia había logrado conseguir.

Su abuelo Oscar no sólo presentó hábeas corpus. También fue a ver al represor Jorge Chamorro, el director de la ESMA, y a Emilio Eduardo Massera en busca de respuestas. “Mi abuelo confiaba en las instituciones, en las personas. Massera le dijo que mi tía no figuraba en la lista de detenidos de la Armada.” Y el abuelo Oscar le creyó. Años después, en plena transición democrática y con el caso de su hija Mónica publicado en el *Nunca Más*, Oscar Quinteiro fue citado a declarar en 1985 para el Juicio a las Juntas. A pocos pasos de Massera, mirándolo a los ojos, dio detalles de cuánto había buscado a su hija. Molina Pico cuenta la pena infinita que sintió por la ingenuidad de ese hombre de la Armada que era su abuelo, que creía en la palabra y en el honor. Recuerda la furia que se apoderó del anciano cuando supo lo que había pasado y descubrió cuánto lo habían engañado sus propios compañeros de arma. Diego Molina Pico se pregunta, todavía hoy, cómo un hombre tan grande pudo ser tan crédulo. Una imagen lo dice todo: la de su abuelo Oscar indignado, desilusionado, furioso, diciéndole al tribunal “que le habían mentido en su propia cara”.

Después de declarar en el Juicio, el abuelo convocó a su nieto y le entregó una caja con papeles que guardaba debajo de un ropero y que Diego ya había husmeado a lo largo de los años, en las frecuentes visitas que hacía a la casa familiar. Aquel objeto ajado por el paso del tiempo, contenía fotocopias amarillentas del hábeas corpus y la carta que la Armada le había mandado oficialmente a María Gracia, con la confirmación oficial de que su hija monja no figuraba en la lista de detenidos. En una ceremonia íntima, Oscar le entregó la caja a su nieto con un único objetivo: quería que Diego supiera todo lo que había hecho para encontrar a su hija, a su tía.

Diego Molina Pico nació en 1966 y con excepción de dos años en que la familia se instaló en Francia —desde 1979 hasta febrero de 1981—, los Molina Pico vivieron en Punta Alta y en la Base Naval de Puerto Belgrano hasta 1976. El hijo del almirante Enrique Molina Pico recuerda una sensación de asedio y de peligro permanente, las balas que picaban cerca de su casa y en otras casas sólo por el hecho de estar ubicadas en el barrio militar. El fiscal recuerda que su madre, entonces treintañera, celebraba la acción militar contra los ataques de las

organizaciones armadas. Creía, como tantos otros argentinos, que eso era lo que había que hacer. Muchos años después, cuando se supo del horror, de la utilización de la tortura y los fusilamientos, le dijo a su hijo que no podía entender ni perdonar lo que había pasado. Molina Pico recuerda sus palabras: "Hay gente que tiene que estar muy enferma para hacer lo que hizo. No entra en una cabeza normal. Lo que se hizo es imperdonable".

Sentado en un bar de Zona Norte un tórrido día de diciembre, el fiscal hilvana los retazos de ese pasado signado por la desaparición de Mónica y en esa historia que teje y desteje parece haber un lugar para todos: para su tía monja, para su madre y, por supuesto, para sus abuelos maternos. Sin embargo, en ese relato que cabalga entre el pasado y el presente habrá muy pocas menciones a la figura de su padre Enrique Molina Pico, hombre de la Armada que en el momento del secuestro de Mónica era teniente de navío. ¿Podía su padre marino desconocer las operaciones de los grupos de tareas y la existencia de centros clandestinos de detención? ¿Podía desconocer lo que pasaba en la ESMA? No es difícil imaginar que alguna vez Diego se haya preguntado si su padre podía haber tenido información sobre el destino de la tía Mónica. No es difícil imaginar planteos o reclamos en la intimidad conyugal. Molina Pico hijo dice que nunca escuchó reproches en público ni sabe con certeza si los hubo en la intimidad de la pareja, pero sí recuerda que él necesitó, como hijo, hacerle a su padre las preguntas que le permitieran saber qué lugar había ocupado él en esa maquinaria del horror. "Le pregunté si había participado en los grupos de tareas, si había estado en campos de concentración y si sabía lo que había pasado con Mónica. El único miedo que tenía era que me dijese que había formado parte de esos grupos de operaciones. Es como enterarte de que tu papá es el director de un campo de concentración nazi. No es lo mismo ser militar y luchar por Alemania que ser militar y jefe de un campo de concentración nazi", distingue. Una declaración pública del almirante Enrique Molina Pico ofrecía pistas: "A mí no me tocó (torturar), pero que se torturaba, se torturaba". Sin embargo, el fiscal está convencido de que su padre ignoraba que a su cuñada la había secuestrado la Armada, aunque supone que sí sabía de la existencia de grupos de tareas porque "eso lo sabía todo el mundo". Aun así cree en la palabra de su padre. Dice que, "si le hubiesen encontrado algo", algún elemento para acusarlo, no habría llegado a ser almirante, jefe de la Armada ni rector del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA), cargo que desempeñó hasta 2012 y que, en 2000, cuando fue designado, despertó airados cuestionamientos de importantes referentes de derechos humanos. "Si le hubiesen encontrado algo, lo hubieran detenido y hoy no estaría en libertad", razona el hijo.

Con excepción de los dos años con destino en la Marina de Francia (1979-1980), Enrique Molina Pico residió siempre en la Argentina: estuvo en la Escuela de Guerra Naval en 1976, comandó el buque ARA Comodoro Rivadavia (1977), el buque ARA Puerto Deseado (1978) y asistió a la Escuela de Oficiales de la Armada (1981). También comandó el destructor Hércules

durante la Guerra de Malvinas (1982) y fue quien lideró el desembarco en las islas. Según el hijo, fue esa guerra, la de Malvinas —y no la guerra sucia— lo que dejó una huella profunda en su padre. Todas las respuestas que escuchó del almirante parecen haberlo conformado. No tiene más que palabras de admiración y respeto hacia él, y aunque cree que no lo necesita, se encarga de defenderlo todas las veces que sea necesario.

En los años noventa, Enrique Molina Pico fue abogado defensor de militares acusados de violaciones a los derechos humanos y defendió la postura de "decirlo todo" y "ventilarlo todo" abiertamente: cómo se habían hecho las cosas y por qué se habían tomado ciertas decisiones. El hijo recuerda que fue su padre, como comandante en jefe de la Marina y en nombre de la institución, quien encabezó la autocrítica y el mea culpa de la fuerza. Para muchos fue una autocrítica insuficiente. Para el hijo, "lo hizo de modo institucional, cuestionó el golpe de Estado y el accionar de las FF.AA. delante de la tropa, para que llegara de modo estructural, y no delante de las cámaras de televisión en el programa de Bernardo Neustadt como hizo (Martín) Balza".

En 2004, durante la conmemoración del 147º aniversario de la muerte del almirante Guillermo Brown, el jefe de la Armada, almirante Jorge Godoy, reconoció que la ESMA había sido utilizada "para la ejecución de hechos calificados como aberrantes y agraviantes a la dignidad humana, la ética y la ley, para acabar convirtiéndose en un símbolo de barbarie e irracionalidad (...) No pueden esgrimirse argumentos válidos para negar o excusar la comisión de hechos violentos y trágicos en ese ámbito. Hechos que nadie podría justificar, aun en las gravísimas circunstancias vividas". Para algunos ese discurso condensó un verdadero reconocimiento del rol que le cupo a la Armada durante la dictadura y terminó opacando el "mea culpa" que años anteriores había encabezado Molina Pico. El almirante, además, afirmó públicamente en 1995 que Alfredo Astiz, símbolo de la represión ilegal e integrante del Grupo de Tareas 3.3.2 que funcionaba en la ESMA bajo el mando del Tigre Acosta, tenía "condiciones morales y profesionales" para un ascenso a capitán de navío. Un ascenso que, finalmente, nunca consiguió. Apodado "El Ángel Rubio" o "El Ángel de la Muerte", durante la dictadura Astiz había logrado infiltrarse exitosamente como espía en las organizaciones de derechos humanos. Años después, fue hallado responsable de la desaparición de las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet (por lo que fue condenado en ausencia en Francia a cadena perpetua) y de la adolescente sueca Dagmar Hagelin. En 2011 Astiz fue condenado a perpetua e inhabilitación absoluta por la Justicia argentina y en 2014 se confirmó la condena. "Lo que mi padre piensa de Astiz es una opinión personal de él y se lo tienen que preguntar a él", cierra filas el hijo, y sienta posición sobre Juan Rolón y Antonio Pernías, dos capitanes de corbeta que en 1994 vieron frustrados sus ascensos al rango de capitán de navío, cuando el Senado constató que los antecedentes de ambos camaradas incluían cargos de secuestro, tortura y asesinato. El fiscal

Molina Pico dice que, dentro de la Armada, Astiz, Rolón, Pernías y otros militares, hoy condenados y detenidos por delitos de lesa humanidad, no eran considerados malos oficiales y eran vistos dentro de la fuerza "como gente que combatió". Equivocados o no, dice el fiscal, tenían un concepto de patriotismo. "Cómo lo hicieron, aclaro, es algo que yo no comparto", dice, pero marca la diferencia con esos otros casos en los que no sólo hubo violencia sino robos, falsificación de documentos, negocios turbios. "Eso es otra cosa. Eso es delictivo", diferencia.

Diego Molina Pico no oculta su malestar con lo que considera un relato parcial y sesgado, moldeado por el kirchnerismo, que distorsiona la otra parte de la historia: la de "un grupo que no respetó las reglas democráticas, que pretendió instaurar un gobierno revolucionario ideológicamente acorde con Cuba y lo quiso implementar a través de la fuerza, matando gente, con atentados y secuestros extorsivos". Aunque considera que la responsabilidad del que ejerce el poder del Estado es distinta del que está por fuera de él, el fiscal cree que no sólo no deberían haber existido los indultos en los años noventa sino que "los dos bandos deberían estar presos porque ambos han matado gente".

Desde hace varios años los días de Molina Pico transcurren en la Fiscalía de San Isidro. Alguna vez el Tigre Acosta le hizo llegar saludos a través de un abogado que se acercó a su oficina y le agradeció, por su intermedio, el trato que había recibido en el momento de su detención, aquella madrugada de 1998. "Si supiera que interiormente yo lo quería matar", dice. Y de pronto recuerda a su prima Elena, hija de Acosta y de esa prima hermana de su madre casada con el ex marino, de la que era muy amigo durante la adolescencia y a la que dejó de ver hace algo más de treinta años. Desde hace unos años se cruza con frecuencia con otro de los hijos del represor, fiscal al igual que él, pero en la Fiscalía de Pilar. Cuando se encuentran, los primos pueden conversar civilizadamente, pero nunca hablan de *ese* tema. Nunca hablaron de aquello que pasó el 14 de mayo de 1976. Ni de lo que sucedió el 27 de diciembre de 1998. "Yo no sé qué sabe él pero yo sí sé. Yo sé lo que hizo su padre. Supongo que debe ser complicado ser el *hijo de*, porque todo el mundo sabe." Molina Pico cuenta que los hijos del Tigre Acosta han dejado de ver a su padre hace muchos años y dice que siempre se ha preguntado qué sabrían sus primos sobre esa historia, cuánto habrán querido saber. De pronto se entusiasma con la posibilidad de que su primo el fiscal también dé su testimonio para este libro y él mismo se encarga de facilitar el contacto. A Molina Pico, al hijo del almirante, le hubiera gustado saber qué siente ese otro hijo. Le hubiera gustado saber cómo piensa el hijo que ha dejado de ver a su padre.

Luciana Ogando

"No puede ser que porque ustedes fueron valientes y sufrieron mucho yo no pueda hacer lo que hace cualquier generación, que es cuestionar a la generación que la precedió"

Su voz suave pero firme irrumpe entre los testimonios de los hijos de militantes para sacudir del modo más impensado la historia de los años setenta. Las palabras de Luciana Ogando arrastran un aire del francés que aprendió en el exilio junto a su madre y lo hacen para contar un relato a contrapelo entre las memorias de la militancia.

Su padre, Osvaldo Lenti, alias "Santiago", militante de FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias)-Montoneros, fue fusilado por miembros de su propia organización en abril de 1977, después de haber dado información bajo tortura al Ejército. Así consta en varios documentos, entre ellos, el libro *Organizaciones político militares*, escrito por un ex militante, Carlos Flaskamp, y así se lo han reconfirmado a Luciana otros compañeros de su padre y de su madre, Paula Ogando, también montonera y secuestrada cuando cursaba seis meses de embarazo.

El 31 de marzo de 1977, después de ser capturado por las fuerzas represivas, Lenti fue trasladado al centro clandestino "Sheraton", en Villa Insuperable, La Matanza. Bajo tortura reveló la ubicación de una casa operativa que compartía con su compañera, en Villa Luzuriaga. Lenti les había hecho creer a sus captores que al poner una frazada en la ventana de esa casa acudiría un superior suyo para una cita. En realidad, ésa era la seña acordada con su compañera para avisar que algo no andaba bien, que no debía entrar. Paula llegó distraída, nunca vio la frazada en la ventana y la secuestraron. En la confusión de ese momento, Lenti, a quien mantenían desnudo y encerrado en una habitación, logró escapar de la casa y, días después, buscó a sus compañeros, solicitó un juicio sumario y su propia ejecución. Luciana cree que no pudo con el peso de la culpa y el dolor por la captura de su mujer.

Paula también fue detenida en el "Sheraton" y dos meses después fue trasladada al Hospital de Campo de Mayo, donde funcionaba una maternidad clandestina. Allí nació Luciana, a quien los represores, a diferencia de lo que ocurrió con otros hijos nacidos en cautiverio, no le robaron la identidad. Tres meses después del parto madre e hija fueron liberadas y partieron al Uruguay, junto con los abuelos Ogando.

En Montevideo empezaría el lento camino de la reconstrucción, de sanar las heridas, de volver a vivir. Paula formó pareja con Gilles, un ciudadano francés, profesor de la Alianza Francesa. Se casaron, tuvieron una hija, vivieron también en San Pablo, en París, en Buenos Aires. Luciana crecía en silencio. Nada, absolutamente nada del pasado de su madre y su padre formó parte de su vida como hija. Hasta los 7 años creyó que Gilles era su padre; recién a los 15 escuchó hablar por primera vez del pasado revolucionario de su madre. Había crecido sin saber la historia de Osvaldo Lenti; no se hablaba ni de él ni de la dictadura ni de los Montoneros ni del secuestro de su mamá ni de las torturas. Tampoco de las condiciones en que ella misma había llegado al mundo, del dolor de la derrota y de la imposibilidad de hablar de ese dolor.

El camino que recorrió desde que tuvo la primera noticia hasta hoy fue el que lleva de ignorar a saber, y a decidir qué se hace con lo que se sabe. No fue sencillo. Luciana sentía que cada pregunta era una intromisión. Sentía la resistencia de su madre y temía lastimarla. A la vez, necesitaba reconstruir su identidad, ¿pero cómo avanzar si tenía enfrente a alguien que había sufrido tanto? Se quedaba, dice, en el lugar de niña que no quiere hacer lío porque sabe que algo terrible les pasó a los adultos. Hasta que entendió que algo de su propia vida también estaba en juego. Que no hablar, no preguntar, no saber, la estaba matando a ella. En 2013, cuando tenía 35 años, un chequeo de rutina confirmó la existencia de un tumor maligno que obligó a extirparle útero y ovarios, y a enfrentarse con la noticia de que no iba a poder tener hijos biológicos. “Me parí a mí misma”, dice.

Empezó ese camino intentando que su madre le facilitara las llaves de acceso al pasado, pero se dio cuenta de que ella no iba a franquearle esas puertas. No podía. Se enojó, se peleó, se distanció. Hasta que pudo comprender también la imposibilidad de su madre, su fidelidad a la historia que había vivido y a su pasado militante. Le tomó aún más tiempo y más trabajo interior no juzgarla, comprender su dolor, el cementerio de compañeros muertos, la culpa de sobrevivir. Pero por primera vez sintió que no estaba obligada a ser ella también una guardiana de los secretos más difíciles de la memoria montonera. Luciana comprendió que si para su madre enterrar en el olvido aquellos años fue una estrategia radical de supervivencia, ella para sobrevivir necesitaba recorrer el camino inverso, hablar, preguntar, sacar a la luz, saber quién era y cómo era su padre, recuperar la historia que le negaron y autorizarse a sostener una voz pública que devuelva los matices a un relato que ella escucha todavía contado en blanco y negro.

No hay ingenuidad en Luciana. Sabe que en el silencio de su madre hay algo más que la huella de un trauma, hay un gesto político. Entiende ese temor de que los detalles de esta historia silenciada lastimen la memoria de la insurgencia revolucionaria. Sabe que existe el riesgo de que otros tomen su testimonio para utilizarlo como un tiro por elevación contra el kirchnerismo o contra los juicios de lesa humanidad o como agua para el molino de la teoría de

los dos demonios. “Es un disparate —dice—. Nada le quita responsabilidad a lo que hicieron los militares.”

En 2014 Luciana necesitó volver a vivir en el país en el que había nacido: un reencuentro con sus orígenes y su historia familiar. Vive en un luminoso PH de Belgrano, trabaja como profesora de francés e intérprete de conferencias y dice que se siente a gusto con la temperatura emocional del país de sus padres. Desde que se estableció en Buenos Aires, dedica buena parte de su tiempo a averiguar lo que se pueda sobre Osvaldo Lenti. Estuvo en Morón, adonde había vivido su familia paterna, fue al cementerio, está en contacto con el Equipo Argentino de Antropología Forense y se reúne con los compañeros de militancia de Osvaldo, los únicos que hoy pueden ayudarla a humanizar el recuerdo de su padre. En esas charlas con los viejos amigos sobre los viejos tiempos, Luciana se enteró de otro dato escamoteado de la historia oficial: su padre había tenido una relación larga y estable con un hombre antes de estar en pareja con su madre. En 1973, antes de la fusión FAR-Montoneros, el mismo Osvaldo habló con sus compañeros de su relación sentimental con un hombre. Su condición homosexual culminó en un tratamiento de “rehabilitación” y “recuperación”. La organización lo degradó, lo suspendió, designó a una compañera para que hiciera el seguimiento de “su caso” y se contactó a una “psicóloga de confianza para que lo tratara”. Para Luciana, saber sobre la condición homosexual de Osvaldo, saber que se negó a ser trasladado a otro territorio a causa de una relación amorosa con otro hombre, fue una manera de conocerlo mejor, la ayudó a formarse un retrato humanizado de aquel militante que supo defender su deseo y confrontar con la moral pacata de la organización.

Cuando al fin la dejaron en libertad, en octubre de 1977, la muchacha veinteañera que había perdido a su pareja y salía con su bebita en brazos después de meses de encierro y tortura, lloraba porque hubiera querido morir como una militante montonera. Luciana se conmueve con ese recuerdo de su madre, entiende esa desazón y, hoy, con muchos años de psicoanálisis encima, comprende cuán fuerte puede ser la fidelidad con los ideales de la juventud. Pero también decidió hacerle un lugar a su derecho a hablar de aquella historia, porque no es propiedad de su madre y de sus compañeros, porque si no lo hace ella —dice—, no lo hará nadie. Y fundamentalmente porque es también su propia historia, el origen de su biografía. Aunque a todos les duela recordarlo. “No puede ser que porque ellos se la jugaron y porque sufrieron, nosotros, los hijos, no podamos elegir qué aceptamos y qué rechazamos de esa herencia. En una herencia hay una parte que se rechaza y una parte que se acepta, y todas las herencias pueden ser cuestionadas.”

Inmersa en este proceso personal de autorizar su propia voz, Luciana cuenta su historia. Nos recibió en su casa, con el mate y el termo sobre la mesa. Acá, dice, se siente parte de algo.

—*¿Cuándo fue asesinado tu padre?*

—Osvaldo fue fusilado en Villa Madero, en Zona Oeste, el 8 de abril del 77, a las 23, según consta en el acta de los antropólogos forenses. Fue fusilado por los compañeros montoneros.

—*¿Por qué lo fusilaron?*

—En realidad el juicio fue pedido por él por haber hablado bajo tortura. Osvaldo dio una dirección de una casa en San Justo, que era la casa en la que vivía con mi madre. El 1° de abril lo agarran a Osvaldo en la estación de Liniers. Él trata de tomarse la pastilla de cianuro y se la sacan. Lo llevan al "Sheraton", que era un centro clandestino que funcionaba en la comisaría de Villa Insuperable, y ese mismo día lo llevan de vuelta a la casa donde vivía con mi madre: les había hecho creer a sus captores que si ponía una determinada seña, que era una frazada en la ventana, su jefe iba a presentarse a la cita. Me parece entender que su jefe no iba a aparecer de ninguna forma, que fue una estrategia suya para poner fin a la tortura y encontrar una puerta de salida. De hecho en la casa con mi mamá ellos habían acordado una seña que era poner una frazada en la ventana. Eso significaba que no había que entrar, que algo había pasado y que había que borrarse de la casa por un tiempo. Llegó a poner la frazada y mi mamá me contó que no la vio en ese momento. Que la vio después.

—*¿Tu papá estaba en la casa cuando tu madre llegó y la secuestraron?*

—Sí, él estuvo en esa casa unas horas, desnudo, y en un momento lo dejan solo. Mi mamá llega a la casa, no ve la seña, la agarran a ella y en ese momento ella habría escuchado "se escapó, el hijo de puta se escapó". Él se escapa de ahí, entra a la casa de algún vecino, le prestan ropa y termina en la casa de un compañero al que le decían "el Pájaro". A Osvaldo lo habían trasladado a Zona Oeste y no tenía ningún contacto con nadie porque había planteado algunas diferencias y críticas a la organización Montoneros. Y la única persona que conocía era el Pájaro. Se va a la casa del Pájaro, que en ese momento vivía en una villa. Osvaldo estuvo ahí unos días. Estaba herido y mal físicamente. Y la mujer del Pájaro intentó curarlo. Yo hablé con el Pájaro y me dijo que Osvaldo estaba muy deprimido, muy desanimado y muy preocupado por lo que podía haber pasado con Paula y con el bebé que ella esperaba.

—*¿Cuándo lo fusilaron?*

—A él lo agarran el 1º de abril y ese mismo día se escapa. Busca al Pájaro y está con él seis o siete días. Entre el 1º de abril y el 7 ya había decidido que le hicieran un juicio sabiendo que la pena por traición era ser fusilado. Encuentran el cuerpo el 8 de abril.

—*Tu padre solicitó él mismo su propio juicio, a diferencia de otros casos en que la justicia revolucionaria actuó por decisión de los mandos. ¿Por qué creés que lo hizo?*

—Mucha gente me dijo que era una persona extremadamente culposa, con un sentido moral muy excesivo. Él le contó al Pájaro que no es lo mismo cuando te torturan por segunda vez. Ya había estado detenido en 1972, cuando todavía militaba en FAR y lo habían torturado. Cayó preso durante el gobierno de Lanusse porque había participado de un operativo con Cristina

Bonfiglio, que consistía en poner explosivos en dos submarinos de la Base Naval de Mar del Plata. Uno de los submarinos se llamaba “El Santiago del Estero”. El operativo fracasó, terminaron presos y fue medio un desastre, pero de ahí vino su nombre de guerra, que era “Santiago”. Salió en mayo del 73 con la amnistía de Cámpora. Osvaldo le dijo al Pájaro que no es lo mismo cuando te torturan por segunda vez, que algo diferente ocurre en la cabeza y que hay algo que no reacciona de la misma forma.

—*Estos relatos son fragmentos de cosas que leíste y conversaciones que tuviste con militantes y compañeros de tu padre. ¿Hablaste de esto con tu mamá?*

—Es algo de lo que nunca pudimos hablar. Siempre quiso proteger esa información. Si bien dio testimonios de su experiencia en algunos juicios y pudo denunciar a un médico al que le había visto el rostro, esto es algo de lo que ella no quiso hablar nunca. Después, como fotógrafa, hizo una muestra y pudo contar algo de su historia. Pero de esto nunca habló. Nunca la escuché emitir un juicio ni positivo ni negativo. Es algo que está circunscripto a una zona en donde no se accede demasiado. Nunca la escuché tampoco criticar la decisión de Osvaldo o tenerle rencor o decir “nos puso en peligro a nosotras”. Nunca jamás. Y nunca la escuché mencionar a Osvaldo en público.

—*¿Y cuándo se enteró tu mamá de la muerte de Osvaldo?*

—Se entera dentro del “Sheraton”. Alguien se lo dice ahí.

—*Ella fue detenida embarazada. ¿Cuándo y dónde naciste vos?*

—Yo nací el 19 de junio del 77 en el Hospital Militar de Campo de Mayo. Dos meses después, a comienzos de agosto, a mi mamá la pasan a la comisaría, la blanquean y la liberan el 27 de agosto. Recién ese día me registran. En vez de poner la fecha en que nací pusieron una fecha posterior. La lógica de mi mamá era que pareciera que había sido después. Y dijo que yo había nacido en Ensenada porque era un lugar en donde ella navegaba. Iba al Club Regatas y le tenía mucho cariño. Cuando empezó a militar, lo dejó un poco de lado. El acta de nacimiento dice que mi abuelo y mi mamá fueron a hacer el trámite, y figuro con padre desconocido.

—*¿Qué sabés de tu nacimiento y los días posteriores?*

—Lo que me contó mi mamá es que yo nací por cesárea. Ella estaba atada. Cuando nazco me retiran por diez días. Sé que le pusieron una inyección para cortarle la leche y sé también que muchas veces pidió que llamen a su madre para avisar que ella estaba viva y que había tenido una nena. Y una enfermera lo hizo: mi abuela recibió el llamado. Después de mi nacimiento nos separan y me llevan a otro servicio del hospital. Pasados esos diez días volvemos a estar juntas las dos todo el tiempo. Después nos llevan a la comisaría y la mujer del comisario me sacaba a pasear. Mi mamá me contó que yo estaba bien cuidada y alimentada. En uno de sus testimonios dijo que ella no pensaba que iba a sobrevivir. Sí pensaba que en algún momento me iban a dar a mis abuelos para que me críen y que a ella la iban a matar. Ella dijo que nunca dio ninguna

información y siempre sostuvo que no sabía nada y que estaba ahí por error. El 3 de agosto la trasladaron a una comisaría oficial de Ramos Mejía y la blanquearon, que era lo mejor que te podía pasar. Seguías presa pero existías legalmente. Mi mamá me dijo que ese comisario, harto de todo, de alguna forma quiso ayudarla. Y el 27 de agosto de 1977 la liberan con la condición de que se fuera del país.

—*¿Ese día se fueron de la Argentina al Uruguay?*

—Sí, porque ahí se habían ido a vivir mis abuelos maternos después de haber sido secuestrados y torturados. Estuvieron detenidos un día y después los liberaron. También habían sido secuestrados los padres de Federico Frías, mi tío, que estaba casado con la hermana de mi mamá. Federico Frías y mi tía, los padres de mi primo Joaquín, también eran militantes. También habían secuestrado a los abuelos de Joaquín. El mismo día agarran a mis abuelos y a los abuelos de Joaquín, en La Plata.

—*¿Los abuelos tenían alguna participación en alguna de las estructuras de la guerrilla?*

—No. Sé que no tenían la más mínima participación. Lo que contó mi abuela es que alguien decía “ella sabe, es muy apegada a sus hijas, ella sabe dónde están”. Buscaban a los maridos de las hijas, a Osvaldo y sobre todo a Federico Frías, que era un cuadro importante que llegó a exiliarse en México. De hecho, le mandaba cartas muy hermosas a su hijo. Mi primo Joaquín tiene cartas de su padre que son una belleza, por la ternura de lo que le escribe, con dibujitos hermosos. Joaquín sabía que su papá estaba vivo. Federico muere en 1979. Vuelve con la Contraofensiva, lo agarran en Perú y ahí desaparece.

—*¿Creés que tu mamá siente culpa por haber sobrevivido?*

—En uno de los testimonios que dio dijo que ella quería morir como una montonera. Creo que hay mucha culpa también por saber que había tantos compañeros muertos. Mi mamá dijo que no siente culpa, pero es algo muy complejo y podés sentirlo sin darte cuenta.

—*Te criaste con Gilles, al que creías tu padre biológico. ¿Cuándo supiste que no lo era?*

—Hasta que mi mamá quedó embarazada de mi hermana pensaba que él era mi padre. Igual nunca le dije “papá”. Y eso es algo que me parece interesante.

—*Tenías 7 años cuando nació tu hermana, pero siempre llevaste el apellido de tu mamá, no el de Gilles.*

—Sí, pero en ese momento eso no me interpelaba. Lo que me pasaba es que soñaba que mis padres no eran mis padres. En realidad, en mis sueños había personas que se ponían el rostro de mis padres. Y en un momento decían “no somos tus verdaderos padres”, se sacaban los rostros y había otras personas atrás. Era horrible. Durante el día yo miraba a mis padres y me preguntaba si se iban a sacar la máscara (se ríe). Y en un momento me estoy duchando con mi mamá, le miro la panza y le pregunto: “¿Ustedes son mis padres verdaderos?”. Y ahí ella me cuenta que yo nací de su panza pero que había tenido otro padre, que ese padre era argentino y

que había fallecido en un accidente de auto. Y que no me lo pudo decir antes porque yo era chiquita. Lo raro es que yo no hice ninguna pregunta.

—*¿Qué sentiste cuando te dieron esa información?*

—Sentía que había algo doloroso, algo delicado de lo que no se hablaba. Y creo que mi postura era no molestar y no hacer lío. Sentía que no había mucho lugar para preguntar y que, en algún lado, había algo terrible y muy pesado. Una sensación de “hay algo que no entiendo pero no tengo acceso”.

—*¿Las pesadillas siguieron?*

—No, durante esos años ya vivíamos en Brasil. Teníamos una vida linda, una casa con jardín y nos íbamos de vacaciones a lugares hermosos. Mi infancia está muy pigmentada por el hecho de vivir en Brasil, los colores, la sensación física del mar y de grandes espacios naturales. Esa época fue muy feliz para todos a pesar de las cosas de las que no se podía hablar. Cuando llegamos a San Pablo yo no hablaba portugués, sí francés y español, y cuando entré a la escuela, la maestra me presentó a Ana, una chica argentina. Y Ana fue mi mejor amiga toda la primaria. Yo iba a su casa y pasaba mucho tiempo con ella en un campo de sus padres. Además, me llevaba muy bien con los abuelos de Ana, que eran argentinos de origen francés. Cuando me fui de Brasil nos perdimos de vista porque en esa época no había ni correo electrónico ni redes sociales, pero nos reencontramos en 2009. Ella estaba embarazada. En ese encuentro le conté mi historia, que nunca le había contado porque desde que me enteré no nos habíamos vuelto a ver y ahí le pregunté por qué ellos estaban viviendo en Brasil en aquella época. Me contó que su abuelo, que era un empresario importante, estaba en la lista negra de los Montoneros y como se sentían en peligro por los secuestros, habían decidido exiliarse en Brasil. Nos reímos mucho. La nieta del empresario y la hija de montoneros jugando juntas. Ésas son las cosas maravillosas de la vida.

—*¿Cómo te enteraste de que Osvaldo no había fallecido en un accidente de auto?*

—Cuando tenía 15 años. Me lo dice Vivianne, la primera mujer de Gilles, con la que tenemos relación. Yo veía mucho a la mamá de Vivianne porque era para mí como una abuelita. En un momento la mamá de Vivianne me dice: “Vas a la Argentina, qué bueno, vas a conocer gente con la misma historia que vos”. Yo me quedé pensando, me hizo ruido ese comentario y al día siguiente le pregunté a Vivianne por qué su mamá me había dicho eso. A ella le sorprendió que yo no supiese y decidió contarme, cosa que a mi mamá no le gustó nada. Me contó lo que sabía y me lo contó como una película. Me dijo que mi papá había sido “un revolucionario”. Me dio a entender que mi papá andaba con armas, que mi mamá no, que mi mamá había estado presa, que había sido torturada, que yo había nacido en cautiverio y que mi padre había sido asesinado.

—*¿Cómo reaccionó tu mamá?*

—Se enojó mucho, pero yo me pregunto cuándo me lo hubiese contado mi mamá si Vivianne no hubiese metido la pata. No sé. Lo que sí sé es que era una edad en la que yo no me llevaba bien con mi madre. No sé qué espacio de diálogo existía, pero quizá lo hubiésemos creado. En ese momento, no hice más preguntas. No sabía qué hacer con eso. Me lo guardé. Ese verano estábamos muy irritadas una con la otra. Yo tenía 15 años y mi mamá estaba extremadamente angustiada por el hecho de volver a la Argentina y había un clima de tensión. Cuando llegamos acá, mi abuela —con esa forma de nuestra familia de preguntar pero nunca directamente— me dijo: “Vos no me digas nada, pero decime una cosa, ¿tu mamá te habló o no te habló?”. Y yo ahí le dije: “No, no me habló, pero yo ya sé porque alguien me contó”. Y al día siguiente mi madre me vino a hablar muy conmocionada. Primero porque habíamos llegado a la Argentina. Y después porque otra persona me había contado esa historia. Estaba enojada.

—*¿Y cómo fue esa conversación?*

—Fue un día a la mañana, en mi cuarto. Mi hermana dormía conmigo pero en ese momento no estaba. No es que nos sentamos y nos fuimos a un lugar donde disponíamos de horas para hablar. Ella estaba llorando en un estado emocional que para mí era muy angustiante. Yo quería que volviera a estar bien, no tenía ganas de lastimarla, no quería verla así. Ni se me ocurrieron preguntas. Me sentía incómoda en esa situación emocional. Ver a mi madre mal, aunque no me estuviera llevando bien con ella en esa época, era algo que no me gustaba. Lo que recuerdo sobre todo es el enojo porque Vivianne me lo hubiera contado, la sensación de que no tenía derecho a hacerlo, la culpa de no habérmelo dicho antes y “te lo quise decir pero no pude”. También recuerdo el miedo que tenía de que yo hablara de eso. Eso lo recuerdo bien. No hubo mucho relato ni muchos detalles. Recuerdo que me dijo, no sé si en ese momento o en otro, que, de todos modos, había cosas que ella nunca me iba a contar.

—*¿Y hablaron sobre la muerte de Osvaldo?*

—Durante mucho tiempo no volvimos a hablar de él. Yo me quedé con la idea de que él era un desaparecido. Pero cuando mi primo Joaquín recibió la indemnización por la desaparición de su padre, Federico Frías, yo empecé a preguntar cómo era el trámite y no entendía por qué en el caso de Joaquín sí correspondía y en el mío no. Creo que más que la indemnización yo necesitaba encajar en una categoría, en un colectivo.

—*Tener un lugar institucional.*

—Sí. Y creo que lo que me molestó en ese momento fue que mi mamá me dijera: “No hubiese correspondido para tu padre, él no hubiese querido”, sin explicarme mucho, y sentir también que era un caso aparte de los desaparecidos. Me daba a entender que había algo particular en el caso de Osvaldo. Y un día me lo dijo muy tranquilamente cuando yo tenía 28 años, en París. Me acuerdo de que fuimos a ver una muestra de fotos juntas. Ahí nuestra relación ya era mucho más pacífica. Lo hablamos tranquilamente en un café y yo le dije que me hacía bien saber esto,

que no era para nada lo peor que me podía contar y que me daba bastante tranquilidad. Sentía, sobre todo, que algo empezaba a cerrar. Ahí decidí venir a la Argentina y empezar, aunque de forma tímida y caótica, a buscar a compañeros de militancia y gente que había conocido a Osvaldo. Conocí al Pájaro y a Mirta Clara. Mirta había estudiado Psicología con mi padre en La Plata y se conocían de antes de la militancia. Y ahí también, creo, nació un poco la necesidad de contactar con la Argentina. Me empezó a tirar la Argentina e hice un primer intento de regreso a los 29 años.

—*Acá buscaste a compañeros de militancia de tu padre. Esas pesquisas, ¿las hacías sola?*

—Sí, las hacía sola y, de a poco, porque yo no terminaba de salir de mi lugar infantil de la niña que no quiere molestar y que no quiere hacer lío. Y sobre todo que ante esos adultos que vivieron eso, yo me ponía en el lugar de "quién soy yo para venir ahora a escarbar en estas cosas porque yo quiero saber". No sentía el derecho de incomodar. Fue una sensación que tardé mucho en sacarme de encima. Y empecé a salir de ese lugar de niña que no quiere hacer lío porque siente que algo terrible les pasó a los adultos. Empecé a enojarme. Pero tardé en enojarme.

—*¿Hiciste terapia?*

—Empecé en ese momento. Estaba mal económicamente entonces la solución que encontré fue hacer terapia a través del CELS, que era gratuita y que, aunque tuvo sus límites, fue seguramente importante. Estuve en terapia varios años con Laura Conte. Pero Laura Conte es una madre de Plaza de Mayo y esa terapia tuvo un límite, porque yo necesitaba trabajar algo de la relación con mi madre y ése era un punto intocable para una madre. Que yo cuestione, que yo me enoje, que yo necesite atacar. Y en la terapia yo escuchaba: "Tu madre hizo lo mejor que pudo frente al terrorismo de Estado". Sólo me daba una parte de la realidad. Yo no tenía las respuestas que necesitaba y necesitaba entender qué había pasado en el vínculo con mi madre. Ahí se creó una historia singular que yo tenía que desanudar para poder crecer. Obviamente que es muy singular tener una hija en un centro clandestino y es singular que el padre muera antes de que la hija nazca. Creo que empecé a poder constituirme como sujeto, con una historia que me permitiera crecer, cuando me posicioné en un lugar particular. Para mí fue un alivio sentir que había un origen del trauma y que entonces podía entender mejor todo ese malestar que me atravesaba y que de a ratos me hacía sentir perdida.

—*¿Cuándo sentiste que necesitabas saber más sobre tu padre?*

—Empecé a preguntarme sobre mi padre hace muy poco tiempo, hace dos o tres años. Y también sentía que alguien tenía que hablar de esto. Hay mucha gente de la generación de mis padres que habla, que milita, que hace actos de memoria, que escribe, y yo siempre había pensado que ellos se encargarían de lo que hay que hacer o decir: como que la palabra estaba en boca de ellos y que yo sólo era un receptor de esa palabra. Nunca había sentido que yo tenía

algo para decir y menos, que podía hablar de mi padre. Sentía que era la palabra de ellos la que mandaba. Nunca sentí que yo podía exigir que me expliquen y que me pregunten. Yo creía que ellos podían decirme lo que querían, cuando querían y que yo tenía que respetarlo "porque ellos sufrieron". Pero en un momento un joven historiador con el que nos hicimos amigos, Facundo Fernández Barrio, empezó a preguntarme sobre la historia de mi padre para un trabajo de la facultad. Y ahí mi reflejo fue: "Te pongo en contacto con Pepita, con Fulano", con gente de la generación de mis padres.

—*Los que estaban autorizados a hablar.*

—Claro, los que vivieron la historia, los que saben, los que controlan la información. Pero ninguno quiso hablar. Y en vez de desistir, Facundo me dijo que iba a trabajar el caso de mi padre sobre la base de lo que yo le iba a contar. Y para mí era todo muy nuevo: que a mí me pongan en el lugar de "vos tenés algo para contar y tu relato es válido y es válido para la Academia de Historia, como sujeto de transmisión, como elemento de prueba". Fue una cosa muy fuerte sentir que mi palabra alcanzaba o que yo también tenía mucho para decir.

—*La sensación de que en algún momento uno tiene que darse la palabra.*

—Sí, pero para eso había que llegar al lugar de sujeto. Y en mi historia creo que lo difícil fue llegar a ese lugar de sujeto, porque el sujeto se sostiene en un origen claro. Y como ahí había zonas oscuras, llegar a ese lugar de sujeto fue complicado. Con ese trabajo de Facundo empecé a contar la historia y a autorizarme a contarla. También empecé a sentir que la única que todavía tenía interés en hablar de esto era yo, porque mi padre había muerto, sus padres habían muerto, mi madre de esto no quiere hablar y sus compañeros tampoco. Entonces también sentí un poco de responsabilidad en esto de que hay algo que si yo no lo cuento, nadie lo va a contar.

—*¿Y qué sería eso que no se dice?*

—Tiene que ver con los matices de una historia que se está contando de una forma demasiado reducida. Es justamente lo singular que hubo dentro de un proceso general. Esos aspectos singulares tienen que ser integrados al cuadro general, porque le dan relieve, muestran la complejidad de la situación y porque son cosas que ocurrieron y tuvieron consecuencias en muchos seres humanos. Creo que lo que más me impacta es que haya cosas de las que no se puede hablar. No creo, porque lo viví en muchos aspectos de mi vida, que sea una postura sana. Eso tiene muchas consecuencias. Y sé que lo que no se dice, se termina diciendo de otra forma, se termina expresando, por ejemplo, en el cuerpo. Las cosas vuelven a salir.

—*¿En algún momento sentiste que tomar la palabra podía ser tomado como una traición al relato oficial?*

—Sí, siempre tuve miedo de traicionar más que nada la prohibición que sentía. Nunca sentí que mi madre me hubiese dado autorización para contar esta historia. Y la tuve que tomar yo, aunque me costó llegar a este punto.

—*¿Fue doloroso o liberador contar tu historia? ¿Cuándo sentiste que debías hacerlo?*

—Fue liberador, pero creo que recién pude hacerlo cuando viví algo en el cuerpo. Hay algo que a mí me marcó mucho y es que a mi madre, a mi padre y a mis abuelos los torturaron. Ellos vivieron algo físico que yo no tengo ni la más remota idea de lo que puede ser como experiencia. Creo que si yo no hubiese vivido algo con el cuerpo, no me hubiera sentido habilitada. Porque ellos habían puesto el cuerpo y yo sentía que a mí no me había pasado nada. Estaba en la panza de mi madre cuando la torturaron y seguramente hubo cosas que sensorialmente para un bebé fueron extremas y seguramente no las terminaré de entender nunca, pero es como que necesitaba sufrir físicamente para estar bien yo.

—*¿Qué fue lo que te pasó físicamente?*

—En 2010, me fui a Portugal, de donde era la familia de João, mi pareja de entonces, a terminar una maestría para capacitarme como intérprete de conferencia y construirme un lugar económico que me permitiera vivir en la Argentina. En el momento en que termino los estudios y decidimos con João venir para acá, me hago un chequeo de rutina y descubro que tengo en un ovario un quiste enorme y otra cosa que no se sabe bien qué es. Entonces se decide una operación de urgencia para sacarme primero ese quiste, con la esperanza de que retirando el ovario que estaba tocado la cosa pueda ir bien. Y de hecho cuando el cirujano me opera me abre horizontalmente pensando que va a ser sólo eso. Después se encuentra con que del otro lado había un tumor y tiene que hacer otra incisión. Por eso fue una operación muy grande. Estuve 15 días hospitalizada y cuando volví a la casa de mis suegros, me dijeron que era un tumor maligno y que había que hacer quimio.

—*¿Estabas sola o con tus padres?*

—Yo ya estaba en la casa de mis suegros. Vino mi madre tres semanas y mi padre, una semana. Una noche estamos las tres parejas, nosotros, los padres de Joao y mis padres, y ahí se jugó algo con mi madre que fue un antes y un después. Ella quería decidir por mí. Yo tenía que tomar la decisión de si me quedaba en Portugal acompañada por mis suegros, o si me iba a París al mejor sistema médico. En Portugal yo me sentía bien emocionalmente porque los portugueses tienen una forma directa, franca, de contención, que sentía que en París no pasaba. Y en un momento mi madre me dijo: “Pero Luciana acá estamos hablando de una cuestión de vida o de muerte, no vamos a elegir Portugal en vez de Francia porque te parece que los parisinos no son simpáticos”. Y yo le dije: “Sí, estamos hablando de vida o de muerte, pero es mi vida y es mi muerte y decido yo”. Y ahí creo que retomé mi vida en mis manos porque hasta ese momento yo sentía que no tenía poder sobre mi vida. Me sentía una parte de la vida de ellos,

me sentía una extensión. Fue en el año 2013 y yo tenía 35 años. Me sacaron el útero y los ovarios y fue el momento en el que entendí que yo no iba a poder tener hijos. Pero bueno… me parí a mí misma.

—*Debe haber sido muy movilizante correrse del lugar de hija que acata y que, al mismo tiempo, te informen que vos no podés ser mamá.*

—Sí, ahí empecé una terapia que me permitió llegar a un lugar muy importante, porque creo que tomé conciencia de una especie de fantasía inconsciente: es como si mi nacimiento, por cómo fue, nunca hubiera terminado de tener lugar, y que de alguna forma seguía atada orgánicamente a mi madre, a esa madre de 20 años. Muchas cosas se hicieron carne y las pude empezar a nombrar. Creo que ahí empecé a entender lo de los vínculos desde un lugar más orgánico. Tuve una experiencia corporal, una experiencia de tensión, de ese centro clandestino, porque todavía no tenía conciencia, no tenía palabra, era un cuerpo. Siento que hay cosas que están inscriptas a nivel orgánico y que las tengo que poder subir a la palabra para que el cuerpo no se enferme. Sentí que lo de adentro, si se lo deja, te enferma y te mata. Que me saquen eso fue también decir "hay que sacar afuera esta historia, hay que hablar de esto". Manteniendo esa postura de retención que yo tenía, se pudre por dentro y te enferma. Y también tuve la sensación de que había algo acá que no era mío y que no me pertenecía. Yo sentí: "Hasta acá me inscribí en otras historias, otras elecciones, otras posturas, otros pactos; a partir de ahora, son mis decisiones, yo decido lo que digo y cómo lo digo". Creo que lo único que puedo hacer para tener un lugar en esta historia es decidir cómo la formulo y la transmito. Es la única forma que tengo de apropiarme de una experiencia en la que no tuve absolutamente ningún poder de decidir o de elegir. Es una forma de hacer mío algo que fue de otros. Si me retiro en la posibilidad de hablar, quedo alienada para siempre de mi propia experiencia.

—*¿Por qué pensás que tu mamá no pudo hablar con vos de todo esto?*

—Creo que uno puede decidir contar o no contar cuando uno pudo elaborar algo. Si algo no fue elaborado, no puede ser transmitido con palabras conscientemente. Por lo tanto, no sé si en este caso hubo una elección. Entiendo que hay cosas difíciles de contar pero en realidad se puede abrir la puerta, se puede decir "hay algo que cuando vos crezcas te iré contando". Lo importante para el niño es que no haya discordancias. Que si el niño siente cosas que no cierran, que sepa que hay una puerta en algún lugar donde están las respuestas. Que por ahí esa puerta va a tardar en abrirse, pero que esa puerta está. Tampoco creo que a un niño de tres años haya que decirle "muerte, tortura, desaparición, fusilamiento". Pero sí creo que uno podría decir: "Puede ser que te hayas dado cuenta de que mamá a veces está triste, en algún momento lo vamos a hablar". Hubiera estado bueno sentir que esa puerta existía. Lo que a mí me hace ruido ahora es darme cuenta de que desde siempre todos sabían mi historia menos yo. Pasé mis vacaciones con una familia donde todos sabían mi historia, mi compinche más cercano, que

fue mi primo Joaquín, con quien pasamos la infancia juntos, sabía de su historia y de la mía, desde siempre. Cuántos espacios de silencio se crearon. Es estar siempre con alguien que sabe algo de vos y que vos no sabés.

—*¿Por qué creés que los compañeros de militancia de Osvaldo no quieren dar testimonio público de la historia de tu padre?*

—Me lo dicen claramente: es la forma de ellos de procesar el pasado, es la elección que hacen para poder convivir con ese pasado, y también tiene que ver con decisiones políticas de la actualidad. Lo que yo sentí sobre todo es que sólo puedo hacerlo yo, sólo yo puedo contar lo que le pasó a este hombre. Digo "este hombre" porque es muy raro tener un vínculo con alguien que no conocí. También tardé mucho en sentir qué lugar darle a ese padre, a esa familia, a ese brazo genealógico con el que no tengo afecto vivido. Y curiosamente creo que pude experimentar un sentimiento de gran tristeza y de conexión cuando encontré la tumba de mi abuelo paterno, en el cementerio de Morón. Eso también es muy singular: están todos en cementerios diferentes. El cuerpo de Osvaldo todavía no lo encontré. Sé que está en Chacarita, pero en los registros no encuentro en qué momento se lo entierra, y no aparece.

—*En algunos libros, documentos y testimonios figura el dato de que Osvaldo había tenido una larga relación con un hombre antes de estar en pareja con tu madre, algo que él mismo revela. ¿Cuándo te enteraste?*

—Me enteré a través de Mirta Clara, que es la primera persona que conocí cuando decidí encontrarme con gente que había conocido a mi padre, sin ir por el circuito de mi madre. Ella había estudiado toda la carrera de Psicología con él. O sea que se conocieron realmente mucho incluso antes de la militancia. Y ella un día me lo cuenta para explicarme también el carácter de mi padre, su forma de querer asumir lo que era y de siempre cuestionar algunos dogmas. Él lo había contado en una reunión y a través de eso se empezó a armar un poco de lío en el sentido de que lo degradan, lo mandan a hacer una especie de terapia con un referente que fue Carlos Flaskamp, que menciona el tema en su libro.

—*¿Cómo impactó esta información en el retrato que tenías de tu padre?*

—A mí lo que me sumó es el lado más sentimental de la vida de mi padre, que no sé mucho de eso y tampoco sé mucho de la historia que tuvo con mi madre. Me pintó una persona con un deseo propio. En un momento, antes del golpe militar, lo quisieron mandar a Neuquén y él se negó por una relación que tenía acá, una relación muy seria y muy estable con un hombre. Eso me sumó el lado humano, el lado afectivo, al retrato que uno se va haciendo que es un relato muy idealizado del militante que era. A mí me trae otro elemento de libertad y de fuerza, de alguien que asume quién es y las decisiones que toma. Es una imagen que también tengo de él por la forma en que elige el juicio final, la imagen de alguien que elige las cosas en su vida. Yo tenía ganas de poder visualizar a un padre. Durante muchos años fumé y mi mamá nunca fumó.

Si mi padre fumaba, si le gustaba bailar, si tocaba la guitarra. Tenía muchas ganas de que me contaran esas cosas.

—*¿Hablaste con tu mamá de la condición homosexual de Osvaldo?*

—Sí, ella me dijo que se enteró después de su muerte, por una amiga. Nunca había hablado de eso con Osvaldo. No tenía idea.

—*¿Creés que la condición de Osvaldo pudo haber influido en su fusilamiento?*

—La verdad que no tengo idea de si eso pesó o no. La impresión que yo tengo es que por eso lo alejaron a una zona donde nadie lo conocía. Un compañero de mi papá me dijo en algún momento que el fusilamiento no hubiera sido posible en otros lugares, en otras zonas donde Osvaldo era muy conocido y muy respetado, porque tenía muchos años de militancia. Y sé que fue un escándalo, que hubo reacciones de mucha indignación porque no era cualquier militante, era alguien con una larga trayectoria. Yo creo que su homosexualidad pesó en la decisión de haberlo aislado. Una de las formas de responder que tenía la organización cuando cuestionabas algunas cosas o cuando te querían castigar era que te mandaban a una zona más peligrosa. Carlos Flaskamp tiene una teoría un poco particular y es que fue un juicio preventivo, porque se consideraba que el hecho de ser homosexual y cuestionar algunas líneas del partido era un riesgo y era peligroso para la organización.

—*Hablaste del retrato afectivo de tu padre. ¿Alguna vez te hiciste preguntas sobre el retrato político de Osvaldo? ¿Lo imaginaste portando armas y dispuesto a usarlas? ¿Lo imaginaste en algún operativo? ¿Qué te producen esas imágenes?*

—Es extraño pero pensándolo bien creo que nunca tuve imágenes de mi padre en modo "guerrillero" activo, alguien que anda con armas y que las usa eventualmente. El único operativo del que supe fue el intento de hundir el submarino en Mar del Plata y su consiguiente fracaso. Ese episodio, con la distancia que tengo, y con la anécdota de mi abuela diciéndole, entre llantos, "cómo puede ser Osvaldo que hagas esto si vos no sabés nadar", me producen ternura y me remiten más a algo de lo patético y lo absurdo. Me lo dibuja más como un antihéroe que otra cosa. Igualmente, siempre me gustaron más los antihéroes, desde chica. Por lo que pude ir juntando en los testimonios sobre él, me lo imaginé más como un pensador, alguien que cuestiona el sentido de las cosas y no tanto como un hombre de acción. No sé por qué nunca se me ocurrió que él hubiera podido producir daño en vidas ajenas y la verdad me sorprende nunca haber contemplado ese aspecto.

—*¿Tu mamá está al tanto de tus pesquisas y de las charlas con los compañeros de tu padre?*

—En un momento sentí que necesitaba hacerlo sin compartirlo, que tenía que ser mi camino. Y no fue fácil porque muchas veces la gente me quería asociar a mi mamá. Me acuerdo cuando volví a ver al antropólogo con el que había hablado hacía tiempo. Me lo crucé una vez en el Centro Cultural Haroldo Conti y le dije que quería volver a hablar con él. Y él me dijo: "Sí, venite

con tu mami”. Hay mucho “venite con tu mami”, ¿no? Esta dupla medio romántica. Tardé en entender que en esa dupla hay poco espacio para mí y que tenía que salirme de eso y hacerlo por mi lado. Al principio tenía un poco de miedo, un poco de culpa, pero cada vez menos.

—*¿Qué te animó a dar este paso?*

—Creo que la vida me está llevando de la mano. Creo que a mí me está tocando hacer algunas cosas y se me está haciendo un lugar para que yo haga, para que diga. Un lugar que me lo hice yo personalmente pero que algunas personas me lo están reconociendo. Por otro lado, sentí un poco de alivio al poder soltarme de mi madre y ella entendió que no podía retener absolutamente nada de esto y que a partir de ahora voy a hacer con esto lo que yo necesite hacer. Si no le gusta está bien, porque siempre la generación que sigue molesta a la anterior. Simplemente es el sentido de la vida. Me acuerdo de que le dije: “No puede ser que porque ustedes fueron valientes y sufrieron mucho yo no pueda hacer lo que cualquier generación hace que es cuestionar a la generación que la precedió. Eso es ir en contra del sentido de la vida”. Cualquier generación para poder avanzar necesita cuestionar a la generación anterior, así como ellos cuestionaron a la de sus padres. No puede ser que porque ellos se la jugaron y sufrieron, no podamos elegir qué aceptamos y qué rechazamos de esa herencia. En una herencia hay una parte que se rechaza y una parte que se acepta. Y todas las herencias pueden ser cuestionadas.

—*Como si sólo se pudiera reconocer el lugar de la generación anterior.*

—Hay algo que me pegó muy fuerte cuando fui a un acto de homenaje a las víctimas, en Vialidad de La Plata. Ahí estaba una chica que recuperó su identidad. Cuando habló de sus padres biológicos dijo: “Si pudiésemos ser, aunque fuera sólo un día, al menos una parte de lo que ellos fueron, ya sería muchísimo”. Y todos la aplaudieron. Me surgió un sentimiento de indignación. ¿Cómo podemos pretender ser sólo una parte de lo que ellos fueron? Eso implica ponernos en un lugar de que nunca vamos a ser tanto como ellos. Además, estamos hablando de una hija que vivió un calvario como es el de haber crecido con una identidad falsa y después tener que hacer lugar en su psiquismo a una identidad opuesta, con muchísimos conflictos. Ella no pudo reconocer su propia lucha y eso también tiene que ser valorado. Pero ella no se ha dado ese lugar.

—*¿Qué pensaste en ese momento?*

—Que la gente aplaudía la idealización que ella hacía de sus padres porque ellos habían sido seres enteros y ella sólo podía pretender ser la sombra. Yo debería haberle gritado: “¡No sos una parte, sos un ser entero y tus luchas valen lo mismo que las de esa generación, es otro contexto!”. Pero en ese momento no pude. La impresión que tenía era que la de nuestros padres era la generación de los adultos para siempre y que nosotros estábamos condenados a la “hijitud”, a un lugar de hijos mirando a los adultos. Tardé en entender que yo soy la adulta de

esta generación. Me costó muchísimo sentir eso porque no me sentía habilitada, como si ser adulto fuera hacer la guerrilla, ir a la cárcel. Como si una vida común y corriente con las responsabilidades de la vida de hoy, que no son pocas, no fuera "ser adulto". Como si vivir, no fuera jugarse la vida. Parecería que todo es tan relativo al lado de eso, que todo lo demás es secundario. De todas maneras, lo que uno tarda más en soltar es la fascinación que tu propia historia te crea, porque es tentador en un momento quedar como la víctima. Son lugares cómodos y en los que moralmente nadie te puede cuestionar. Es lo que dice Juan Cabandié: "Yo me banqué la dictadura". Es muy cómodo ese lugar porque, como hijo, no es un lugar que vos elegiste. El lugar de víctima no se elige y yo quiero un lugar que pueda elegir. Si tengo que renunciar al lugar de víctima, que en algún momento necesité ocupar para entender algunas cosas, es para tener algún lugar que elijo, algo mío.

—*¿Creés que tu mamá teme que tu testimonio pueda ser tomado como un tiro por elevación contra Montoneros o contra la política del kirchnerismo y las reivindicaciones de la memoria?*

—Sí, quizá pueda estar la fantasía de que los militares fueran a hacer de estas cosas un elemento para anular todos los juicios que se están haciendo. Mi madre sentía que era una bomba que podía invalidar todo un proceso histórico de un país. Es un disparate pensar en poner las dos cosas en la misma balanza para decir "al final son dos demonios". Es un disparate: nada atenúa la responsabilidad de los militares.

—*¿Ella te explicitó ese temor?*

—De alguna manera, sí. Creo que por eso nunca quiso hablar y por eso nunca quiso que esto fuera recuperado. Entiendo que en el fondo tiene una gran fidelidad a sus elecciones de juventud. Lo comprendo y no lo juzgo. Yo entiendo ese pacto, esa fidelidad, esa incapacidad de decir las cosas porque es propio de una organización en la que sus miembros se jugaron la vida y la muerte. Pero en un momento tuve que entender que yo no soy montonera y no tengo responsabilidades con una organización a la que no elegí adherir. Tuve que entender que yo hablo desde otro lugar. Y tuve que entender también que porque ellos estén atados de esa forma con el pasado, que hay cosas que no pueden decir, con más razón yo, que no estoy en el mismo lugar, tengo que hacer uso de mi palabra. Yo de Osvaldo no soy la compañera de militancia. Yo de Osvaldo soy la hija. Lo que le pasó a él como ser singular es para mí más importante que la ideología de cualquier organización, incluso la organización a la que él adhirió y defendió hasta la muerte. Yo no soy una compañera de ideología ni de militancia. Ése no es mi lugar. Y yo encontré mi lugar en esta historia. Que ellos sostengan esa postura está bien. Yo sostengo otra.

"Estuve enojado con mi padre. Me costó entender que alguien que tiene tres mujeres y cinco hijos se dedique a militar. Ahora no lo juzgo, porque yo también aprendí"

Dos tragedias en tres años. La primera en 1972, en Trelew. La otra en Córdoba, en 1975. Cinco asesinatos en una misma familia. Todos en el mes de agosto. *"Queremos borrar el apellido Pujadas de la faz de la Tierra."*

"¿Quieren ver? ¿Les muestro?", pregunta entusiasmado Mariano Pujadas mientras enciende la pantalla gigante de su computadora. Con sólo cliquear un par de veces proyecta algunos de los videos familiares que son en sí mismos pequeños homenajes a la vida, pese a todo. Son varios los cortos. La cámara registra los movimientos de la panza de su mujer a poco de dar a luz a Charo, los dolores del parto y el milagro de esa niña que llega al mundo y descansa plácida en los brazos de su mamá. En otro, su hija mayor, Paz, de 9 años, improvisa un monólogo que entretiene al público de una milonga. Y uno más, la felicidad del primer cumpleaños de su sobrino, el hijo de Montserrat, su hermana melliza.

Las imágenes se suceden alegres, potentes, musicales, vertiginosas. Un corto familiar con carcajadas de niños y piruetas que se recortan en el aire de las sierras. Su mamá, Ana Biggi; sus hijos jugando con los primos de Córdoba, saltando a la pileta y haciendo morisquetas mientras él los filma debajo del agua y se divierte como un chico más. Los niños saben que Mariano, editor profesional de audio y video, tiene todos los chirimbolos para hacer una película. Por eso cada vez que él llega a Córdoba hay fiesta en la sierra, en la casa de su familia materna. Sus sobrinos se abalanzan y le suplican que saque la cámara y la computadora: "¿Cómo hiciste eso? ¿Cómo aceleraste? ¿Cómo frenaste la imagen? ¿Cómo la congelás? Hagamos una película de terror".

Esos pequeños ignoran que los Pujadas ya vivieron una película de terror. En ésa, la real, no hubo efectos especiales ni balas de salva ni sangre artificial. Comenzó en 1972, con el fusilamiento en Trelew de su tío Mariano Pujadas, fundador de la regional Córdoba de Montoneros, y continuó tres años después con el asesinato de casi toda la familia Pujadas, en la granja avícola en la que vivían en las afueras de la ciudad de Córdoba.

Los abuelos de Mariano —una pareja de inmigrantes españoles, médicos de prestigio en su país de origen— habían llegado a la Argentina en 1953 huyendo del franquismo, convencidos de que aquí encontrarían paz, libertad y trabajo. Fue Carlos Quiroga, un amigo argentino de los Pujadas, quien ayudó al matrimonio a emprender el viaje que los traería de Barcelona a la Argentina. "Les hizo un contrato de jardineros para que pudieran venir, porque la dictadura de Franco no te dejaba salir del país si no tenías un contrato de trabajo. Y también los ayudó a traer su plata desde España." Quiroga hoy tiene 92 años y, desde siempre, ha sido una figura fundamental en la vida Mariano. Tiene decenas de horas de conversación grabadas con él en las que atesora la memoria de la familia. "Es mi abuelo por elección", dice.

El matrimonio de médicos catalanes hizo a un lado la medicina, se instaló en las afueras de Córdoba con sus hijos y construyó una granja en la que trabajaría toda la familia. El Comando Libertadores de América —la versión cordobesa de la Triple A— haría pagar a los Pujadas la participación de su hijo Mariano en las filas de Montoneros; la toma del destacamento militar de La Calera, en Córdoba, y años después, su intento de fuga de la cárcel de Rawson. Un grafiti en uno de los muros del aeropuerto de Trelew recuerda el comienzo de la tragedia que enlutaría los años setenta y también, la historia de los Pujadas: "22 de agosto, comienzo del horror".

Su tío había estado detenido en el penal de Rawson junto con otros miembros de FAR, ERP y Montoneros, entre los que se encontraban Roberto Mario Santucho, Fernando Vaca Narvaja, Enrique Gorriarán Merlo, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto. Planificaron minuciosamente su fuga durante meses. Cada detalle. Cada movimiento. Pero algo salió mal en el operativo de escape que tendría como escena central el aeropuerto de Trelew: seis de los guerrilleros lograron escapar a Chile en un avión que los estaba esperando; el resto fue recapturado y trasladado a la Base Aeronaval Almirante Zar de la Armada Argentina y ejecutado a sangre fría una semana después, el 22 de agosto de 1972. María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps, de FAR, y Ricardo René Haidar, de Montoneros, fueron los tres sobrevivientes que más tarde revelarían la trama íntima de lo que pasó a la historia como "la masacre de Trelew".

El viejo Miguel Hugo Vaca Narvaja, cuyo hijo Fernando estaba en el grupo que logró llegar a Chile, fue quien le avisó a la familia Pujadas del fusilamiento de Mariano. Y fue José María, el papá de Mariano, quien atendió la llamada telefónica portadora de la noticia fatal. Dos apellidos, Pujadas y Vaca Narvaja, dos historias y dos familias de Córdoba enlazadas por la tragedia de los años 70.

Tres años después del fusilamiento de su tío montonero, una patota parapolicial integrada por civiles y miembros de las fuerzas represivas apareció en la casa de los Pujadas, de madrugada, dispuesta a cobrarse la venganza. No era la primera vez que se presentaban en la granja con amenazas e intimidaciones. Ya alguna vez el abuelo Pujadas había ido hasta la

Central de Policía para dejar constancia de que no formaban parte de ninguna organización guerrillera. Mariano no la vivió, pero conoce hasta los detalles de esa madrugada trágica. Los abuelos, su tía María José, su padre y Mirta Yolanda Bustos, la última compañera de su padre, fueron obligados a salir de la cama encañonados. La abuela les hizo frente, gritó, no podía entregarse mansamente. A ella la mataron ahí mismo, frente a su familia; a los demás los subieron maniatados a los vehículos que esperaban afuera. Sólo se salvaron los más pequeños, su tío Víctor, de 11 años, el hermano menor de José María; y su hermana Eugenia, de un año y tres meses, hija de José María y su nueva pareja. "Tenés suerte. Hoy decidimos que los menores de 15 se salvan", le dijo a Víctor uno de los integrantes de la patota mientras cazaban como animales a los adultos.

Encerrados en el baño de la casa, los más chicos esperaron a que dejaran de oírse los golpes y los gritos. Recién entonces Víctor salió a buscar a la familia y lo que encontró fue el rastro del horror que acababa de abatirse sobre ellos, las paredes y los pisos bañados en sangre, los muebles destrozados; en el inodoro, hecha pedazos, una escultura del militante Mariano Pujadas que les había regalado un artista amigo. "Rompieron todo lo que pudieron y robaron todo lo que pudieron", dice Mariano hoy. Cuando por la mañana llegaron los empleados de la granja, encontraron a Víctor con Eugenia en brazos, deambulando por la granja. Sólo los dos chicos y otros dos de los tíos, Ángeles y Ricardo, que vivían en la ciudad de Córdoba, se habían salvado de la matanza.

El comando de represores trasladó a los Pujadas maniatados y amordazados y, camino a La Lagunilla en la ruta 36, que une la capital con Alta Gracia, los arrojaron a un pozo de agua fuera de servicio. Los acribillaron y coronaron su faena haciendo detonar una granada. A Mirta, la mamá de Eugenia, la tiraron viva pero agonizante y fue la única que sobrevivió a las balas y a la explosión. No por piedad de los asesinos: había quedado debajo de la pila de cuerpos, algo más alejada de la detonación. Un trabajador rural de 17 años que pasaba por la zona encontró los cuerpos y rescató a la única sobreviviente. Mirta falleció 11 años después por las secuelas de ese ataque feroz.

En el documental "Fotos de familia", la cineasta Eugenia Izquierdo logró una declaración escalofriante de uno de los represores: "Decidimos la exterminación física de la familia Pujadas. Éramos ocho personas, había algunos civiles. Había entonces siete personas, de las cuales dos eran menores de 15, y bueno, habíamos decidido que ellos se salvarían. Cuando ingreso a una de las habitaciones encuentro al chico durmiendo, lo despierto y le pregunto '¿cuántos años tenés?'. Y contesta que 11, entonces le digo 'zafaste'. Lo hice levantar y lo encerré en el baño con su sobrina de poco más de un año. Y bueno, los subimos a los coches. Don Pujadas y su hijo subieron al mismo auto en el que llevábamos a su esposa muerta en el baúl. Los ubicamos a todos cerca del pozo. Inmediatamente los acostamos en el piso y les disparamos a la cabeza con

las 45. Los tiramos al pozo y después arrojamos una granada. Cada uno se fue a su casa a dormir".

Al día siguiente, avisado de la tragedia, Ricardo Pujadas, el hermano que dormía en la ciudad de Córdoba la noche del ataque, llegó a la morgue para el reconocimiento de sus padres y hermanos. Corría de un lado a otro, desesperado, en estado de shock. Con un trapo intentaba limpiar el cuerpo de su padre, el de su madre, llorando desconsolado de una camilla a la otra, sin poder abarcar tanta muerte. Mariano dice que "fue Ricardo quien vio a su padre en una camilla, a su madre en una camilla y a su hermano y hermana en otras dos camillas".

Mariano Pujadas, el sobrino, tenía apenas dos años cuando todo sucedió. Sus padres ya se habían separado. Él y su hermana melliza vivían con su madre en la ciudad de Córdoba. José María, su padre, llevaba una vida amorosa intensa: una primera mujer, con la que había tenido a sus dos hijos mayores; Ana, mamá de los mellizos, y Mirta, la madre de Eugenia, que vivía con él en la granja cuando tuvo lugar la masacre. "A los 27 años José María ya había tenido tres mujeres y cinco hijos. En casa siempre hacemos dos chistes: que si José María todavía viviera, media Córdoba sería de hermanos míos; y que fue un milagro que yo haya llegado a los 33 años sin dejar hijos por el camino", bromea con tonada cordobesa. Hoy, pasados los 40 años y padre de tres hijos dice que recién se dio cuenta de que iba a ser adulto cuando pasó los 27, la edad en la que murió su padre. Y que creció pensando que nunca llegaría a superar esa edad.

Hasta 1972, Mariano Pujadas había sido el único de la familia en abrazar la lucha armada; pero después de su fusilamiento, sus hermanos profundizaron la militancia universitaria, José María se sumó a la causa de su hermano y sus padres crearon la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales de Córdoba (Cofappeg). Participaban de los homenajes a los fusilados de Trelew y siempre buscaron justicia para su hijo.

A Mariano, la saga de su propia familia todavía hoy le sigue pareciendo increíble: la de los republicanos españoles "que huyen de una dictadura porque no querían vivir oprimidos y los terminan matando acá en otra dictadura, bah, en una semidictadura", dice en referencia al gobierno de María Estela Martínez de Perón y José López Rega. A cuarenta años de la masacre, casi no quedan Pujadas en Córdoba.

Ésta es la historia familiar que Mariano podría cargar sobre una espalda agobiada por la tragedia. Y así lo sintió durante muchos años, hasta que comenzó un largo trabajo de reconstrucción personal que lo sacó de estados de desolación y de cólera, y también de borracheras memorables. "Cuando era más chico estuve mucho tiempo enojado con mi padre. Me costó entender, porque soy de otra época, que alguien que tiene tres mujeres y cinco hijos, se dedique a militar. Ahora no lo juzgo porque yo también aprendí; pero durante mucho tiempo viví muy enojado con José María", dice el hijo que no tiene ni recuerdos ni fotos de su padre. Tiene, más bien, una imagen grupal de los Pujadas, la familia completa. "Mi vieja compartió

poco tiempo con mi viejo y se separaron cuando ella estaba embarazada. No me interesa saber si él fue un héroe o un villano. Si mató o no mató, porque hay cosas que tienen que ver con el contexto histórico. Hace poco me enteré de que a mi viejo le gustaba el mondongo. Es una pelotudez, pero me ayuda a saber quién era. Me gustaría saber si jugaba bien al fútbol o era un cagón como yo."

Mariano reconoce que en ese camino escarpado que lo llevó del enojo al orgullo por su historia familiar fueron importantes sus años de terapia y su fugaz militancia en la agrupación HIJOS. Pero sobre todo reconoce el rol de su madre, que se cargó la familia al hombro y lo crió amorosamente a pesar de los sobresaltos económicos y los trajines de la vida. Él tuvo que salir a trabajar desde que era adolescente para ayudar en su casa, fue paseador de perros y, luego, entró como pinche en una productora. "Yo puteaba, puteaba y no paraba de despotricar hasta que un día mi vieja me dijo: '¿Pero vos no te das cuenta de que sos un pendejo de mierda? ¿No ves que no tenés ni idea de cómo se vivía en esa época, ni idea de lo que la gente hacía, y vos te la pasás puteando y lo único que pensás es en cuántas minas te vas a levantar en un boliche? Antes la gente pensaba en cambiar el mundo. Dejá de putear porque sos un pendejo pelotudo'." Mariano hoy se ríe de la terapia shock que aplicaba su madre, pero reconoce que lo ayudó a reaccionar.

Sentía que cargaba de rebote una piedra que le hacía difícil caminar. Su paso por HIJOS también tuvo que ver con un proceso de sanación. Fue en esa agrupación, dice, en donde pudo poner en perspectiva su historia personal y descubrir otras historias, incluso peores que la suya. "Yo tengo cinco cajones. Si quiero me desangro llorando ahí arriba, pero al menos yo sé dónde están todos. Tuve y tengo a mi mamá y a toda mi familia materna. Nunca me ocultaron la verdad. Hay otros hijos que no tienen a ninguno de sus padres, ni siquiera tienen sus huesos y quizá tengan algún hermano caminando por la ciudad y no lo conozcan. Y además hay peleas por la indemnización. Cuando escuché esas historias me dije: '¿De qué me estoy quejando? ¿Cómo tengo el valor de estar puteando? ¿Cómo tengo la caradurez de estar tomándome las cosas así cuando hay tanta gente que tiene tanto menos?'."

El día en que se acercó por primera vez a HIJOS y se presentó con su nombre, todos lo rodearon como a una celebridad. En medio de una bienvenida emocionada, empezaron a contarle las historias escondidas detrás de sus nombres: "Me llamo Mariano por tu viejo"; "No sabía que Mariano había tenido un hijo"; "Mi vieja paró en la casa de tu viejo"; "Mi viejo fue profesor de tu viejo". Mientras escuchaba los relatos de camaradería y militancia, les iba aclarando el malentendido: que Mariano Pujadas *no era su padre, sino su tío, aunque también él, claro, le deba su nombre*. La última vez que la familia Pujadas viajó hasta la cárcel de Rawson, en 1972, para visitar a Mariano, él le confesó a su cuñada Ana —en ese momento embarazada— el deseo de ser padre con su compañera cuando saliera de allí. "Si es varón se va a llamar Mariano.

Si es mujer, Montserrat, por la virgen catalana." Mariano Pujadas fue fusilado meses después. Cuando nacieron los mellizos, Ana homenajeó a su cuñado llamando a sus hijos como él hubiera querido llamar a los suyos: Mariano y Montserrat.

La militancia de Mariano en HIJOS duró unos meses, y tampoco se sintió del todo a gusto ni en Amnesty ni en Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, organizaciones a las que en algún momento se acercó. "Me di cuenta de que yo no pertenecía a ningún lugar y que tampoco tenía ganas de pertenecer a ningún lugar. Simplemente a mí no me servía", dice, y relata algunos de los escraches en los que llegó a participar, como el que le hicieron a Jorge Rafael Videla frente a su domicilio en Cabildo y Lacroze, para los treinta años del golpe militar.

Alegre y expansivo, Mariano también siente una enorme gratitud por su terapeuta, encargada de aliviar angustias y "acomodar las cosas" toda vez que lo necesitó. "Mi psicóloga me cambió la vida. Todavía la veo. Cuando no me sube suficiente agua al tanque la llamo, vomito todo lo que tengo que vomitar y me acomoda el tablero en un segundo. Aprendí a ver las cosas de otra manera. Uno tiene que saber que lo que le pasó lo va a llevar toda la vida adentro y que, depende de cómo lo lleve, uno puede ser una víctima y un mártir, vivir triste y vivir puteando por lo que le tocó, o puede hacer algo para cambiarlo. Pero se tarda muchos años en hacer ese clic y en darse cuenta. Los años de terapia me ayudaron a saber quién soy, qué cosas me banco y qué cosas no; y qué cosas quiero para mi vida y qué cosas no."

Mariano sabe que la vida de la familia Pujadas está hecha de un sinfín de historias lindas y pequeñas, olvidadas o devoradas por la tragedia. Y a él le gustaría rescatarlas algún día, contarlas. Dice que el asesinato de los Pujadas se devora la historia de los Pujadas y se olvida que "ellos se vinieron de España a pesar de que les iba muy bien económicamente porque que no querían vivir oprimidos; que tenían valores republicanos y antidictatoriales, que eran muy honestos y trabajadores; que la primera incubadora de pollos que tuvieron la pusieron en el living de la casa y que la abuela se llevaba un despertador para dormir al lado de la incubadora y cambiarle la temperatura a la gallina ponedora. Hay miles de historias pequeñas que son más lindas que la historia grande".

Ésas son las cosas que él querría contar en un documental sobre la familia. Contar, por ejemplo, que después de la tragedia, Ricardo recogió los pedazos que habían quedado de su familia, se trasladó a España, crió como si fuera su hijo a su hermano menor, Víctor, y sacó a su hija recién nacida de la incubadora para subirla a un avión y empezar una nueva vida. Cuando Ricardo pisó tierra española quiso poner a su hija nuevamente en la incubadora. "¿Cuánto hace que la sacó?", le preguntaron. "24 horas", contestó. "Si no se te murió ya, no se te va a morir", le respondió la médica. De esas pequeñas historias está hecha una vida, cree Mariano. De los

momentos en los que el pulso vital vence a la muerte, de la reconversión del dolor. Y eso es lo que hasta ahora nadie ha contado sobre la familia Pujadas.

En 2005, Mariano emprendió un viaje a Trelew, el lugar en donde todo comenzó: recorrió los rincones de la ciudad, conversó con decenas de personas y conoció a Elisa Martínez, la mujer que había sido apoderada de su tío y que 35 años después fue designada como la primera secretaria de Derechos Humanos de Chubut. Su marido de entonces, Horacio Mallo, había sido el escultor que realizó el busto de Mariano Pujadas que la familia tenía en la granja y el Comando Libertadores destrozó y tiró al inodoro.

Elisa Martínez sabía que Mariano era realizador y le encargó un documental para proyectar en Trelew para el aniversario de los 33 años de la masacre. Su primera respuesta fue un no seco y rotundo: "No quiero hacer nada con política porque me hinchan las pelotas todos y no quiero quedar bien parado con uno, mal parado con otro. No le debo ningún favor a nadie y no quiero depender de nadie". Un mes después Elisa le envió a Mariano una caja de casetes con una nota: "Hacé lo que quieras, pero hacelo por favor". Su madre desgrabó esas cintas y Mariano finalmente hizo un documental de diez minutos: no sobre la masacre sino sobre la pueblada de Trelew. "Sesenta mil personas que pararon todo el pueblo, no fueron a trabajar y realizaron asambleas después de la masacre. La historia de la pueblada es una historia hermosa llena de anécdotas, pero ¿quién sabe esa historia? Nadie. Porque la masacre se comió todo lo demás. Y ésas son las microhistorias que te pintan un cuadro enorme."

Son las pequeñas historias de su familia las que reclaman ser contadas alguna vez. Historias que nada tienen que ver con las muertes, ni las disputas políticas ni los relatos macabros sobre esa noche de agosto. Fantasea con narrarlas algún día pero sabe que sería un desafío emocional y "un desgaste psicológico tremendo". A ese abismo se asomó de todos modos hace unos años cuando hizo un corto con filmaciones mudas, recuperadas del archivo familiar: las imágenes de sus abuelos José María y Josefa jugando con sus hijos en la playa, los primeros pasos de su tío Ricardo, su padre y sus tíos jugando en el parque y andando a caballo, postales de la felicidad en Barcelona y en Córdoba, antes del final. El video, sin palabras ni textos, está subido a Youtube y es un homenaje a los Pujadas: "Dedicado a mi hermosa familia. Éstos son fragmentos de hace bastante tiempo. Los guardo en mi corazón a todos, todo el tiempo. Como he dicho muchas veces, fueron, son y serán una familia hermosa que tuvo unos valores casi inexistentes en estos tiempos".

Él es, básicamente, un tipo alegre. Pero hay fechas que lo ponen triste, "más que fechas es el mes de agosto", aclara. Solía ir todos los agostos al cementerio con su mujer y sus hijos, pero desde hace un tiempo prefiere ir al Parque de la Memoria. Van a pasear, a andar en bici, a tomar mate. Un gesto de conjuro frente al dolor.

Mariano, el hombre al que le encanta filmar y contar historias, el músico frustrado que en su cabeza suele tener música antes que imágenes elige, sobre el final, la banda de sonido de su propia vida. "Si tuviera que contar mi historia con algunas canciones, les diría que hay muchas y han ido cambiando a través del tiempo pero hay una en particular que resume gran parte de mi vida. Es 'Everybody/Todos', de Richard Ashcroft."

(…) Todos deben sentir el peso de la muerte alguna vez
Y descubrir cómo es ser dejado atrás
A veces no tienes la oportunidad de preguntar dónde o por qué
Deja que rompa la mágica belleza de tu mente frágil

No es un signo de debilidad
Cuando buscas los lugares en los que los recuerdos fluyen
Quizá llegue el momento en que puedas soltar esos recuerdos
Los deberás soltar
Mantente fuerte
Supéralo
Sigue adelante
Mantente fuerte
Supéralo
Sigue adelante

Las palabras de la canción quizá llegan como un mantra que calma y alienta a buscar un lugar entre la memoria y el olvido. Ese cruce misterioso, insondable, en el que una vida puede ser vivida.

Luis Alberto Quijano

"Mi padre actuó tan fuera de la ley que no le quedaba más alternativa que negarlo absolutamente todo"

El abuelo gatea en la sala de su casa de Córdoba. Sobre su espalda ríe a carcajadas una de sus nietas y él, lleno de ternura, también sonríe. Ese hombre flaco, menudo, entrado en años y un tanto desgarbado que ahora hace las delicias de la nieta es Luis Alberto Cayetano Quijano, alias "Ángel", oficial de gendarmería nacional especializado en Inteligencia, integrante de los Grupos de Tareas del centro clandestino La Perla e imputado por 416 delitos: 158 privaciones ilegítimas de la libertad agravadas, 154 imposiciones de tormentos agravadas, 98 homicidios calificados, 5 imposiciones de tormentos seguidas de muerte y la sustracción de un menor de 10 años durante la represión ilegal en Córdoba.

Su padre gateando sobre la alfombra, entregado como un chico más al juego que hace feliz a la pequeña. Ésa parece ser la única imagen tierna que recuerda de ese padre Luis Quijano. De su infancia como hijo no le ha quedado nada. Nada bueno. Hoy sólo hay rabia y dolor. No porque considere que su padre haya sido un preso político del kirchnerismo o la víctima inocente de una política de derechos humanos arbitraria y vengativa, como creen tantos hijos de procesados por delitos de lesa humanidad. Todo lo contrario. Luis Alberto Quijano sabe de sobra que su padre fue un represor. Y dice que también fue un bandido, un delincuente, un pistolero que secuestró, torturó, asesinó y saqueó a sus víctimas durante la última dictadura militar.

No se lo contó nadie. No supo de esos crímenes a través de los testimonios que se conocieron en los juicios por la megacausa La Perla, en el Tribunal Oral Federal Nº 1 de Córdoba, a los que su padre sólo estuvo eximido de asistir cuando su salud ya se había deteriorado en serio. Nadie se lo contó. Luis Quijano, el hijo, asegura que él lo sabía desde antes, mucho antes, porque el gendarme hablaba de sus actividades en la mesa, mientras comían —hoy maté a uno, hoy maté a dos—, y porque, además, lo vivió en carne propia.

Cuando el hijo cumplió 15 años, el gendarme Quijano decidió que sería bueno para la formación del adolescente empezar a trabajar. Y qué mejor que hacerlo cerca de su papá. Así fue como lo sumó al Destacamento de Inteligencia 141 de Córdoba. Era la mascota del grupo, recuerda el hijo, el único muchachito inexperto entre esos hombres envilecidos por la impunidad. Entre 1976 y 1977 el adolescente Quijano participó de cuatro operativos —iba

armado, hacía de campana cuidando los coches— y pasó centenares de horas con una picadora de papel destruyendo documentación que la patota levantaba de las casas de sus víctimas: pasaportes, títulos universitarios, panfletos, documentos de identidad, fotografías, propaganda, títulos de propiedades, literatura "subversiva" de los militantes, parte de la cual el hijo rescató y todavía conserva.

Algunos de esos documentos más otros que fue archivando después están ahora en la carpeta que tiene sobre sus piernas. Espera que sean tomados como prueba de que no está diciendo disparates. Que el disparate, en todo caso, fue que él, siendo adolescente, tuviera que salir de cacería con su padre. Dice que está arrepentido de haberlo obedecido durante tanto tiempo. Era 1984, la democracia dejaba al desnudo los crímenes de la dictadura y él, ya con 23 años, destruía por indicación de su padre la documentación que podía incriminar a la familia, papeles, cartas, casetes con las grabaciones de interrogatorios realizados bajo tortura que su padre le hacía escuchar con fines de adoctrinamiento y que durante años estuvieron guardados en un embute, detrás de una biblioteca de la casa que los Quijano tenían en la calle Fructoso Rivera 6765, en Lugano, Buenos Aires. Éste es el corazón de su relato.

Luis Quijano no recuerda el día exacto en que aprendió a disparar pero hoy tiene la impresión de que lo supo desde siempre. Está convencido de que a los 14 años él tenía mayor instrucción en el uso de las armas que muchos de los oficiales del Destacamento. Vivía armado con pistola o escopeta, en su casa, en los paseos familiares, en los operativos. Sufría la violencia descontrolada de su padre que hacía de la casa familiar otro campo clandestino, pero a la vez vivía con fascinación adolescente ese *thriller* cotidiano que era su vida. Esa película de acción en la que el padre era un héroe de guerra, como se autodefinía, y en la que él también tenía un papel estelar, una misión trascendente que le había encomendado el gendarme: ser agente de inteligencia.

Luis Quijano mira para todos lados en el bar. Los ojos barren las puertas de entrada, las mesas, los movimientos en la vereda. Es un hombre de contextura fuerte, corpulento, pero se lo ve intranquilo. Como si alguien pudiera estar al acecho. Sus manos enormes se aferran a la tacita de café. Ha dejado la campera de cuero sobre una de las sillas, sobre las piernas las carpetas con la documentación. Se diría que hace un esfuerzo por controlar eso que está fuera de control en él mismo y que le hormiguea en el cuerpo. Se percibe el esfuerzo. Tal vez está advertido de que la historia desmesurada que relata, sumada a su tono exaltado, a esa manera compulsiva de hablar, pueden intimidar a cualquiera. O sembrar desconfianza sobre lo que cuenta y sobre las verdaderas razones que tiene para hacerlo.

Junto con los papeles que ahora están sobre la mesa y sobre los que se abalanza para destacar algo o para señalar fechas y coincidencias, aparecen también otras pistas que ayudan a entender la ruptura definitiva con su padre. Una disputa de dinero. Una disputa legal sobre

diversos bienes y la propiedad de un inmueble que considera suyo (hoy en manos de un testaferro, un tipo pesado, dice, del que cree recibir amenazas) y sobre el cual también ha realizado una denuncia policial. Cuando Quijano se presentó ante la Justicia con información sobre las actividades delictivas de su padre, en febrero de 2012, la fiscal Graciela López de Filoñuk tomó con cautela su denuncia: "En la Justicia Federal interpretan que usted hace todo esto por despecho, porque lo desposeyeron de su heredad", le habría dicho la funcionaria. Quijano lo ordena al revés: es porque él comenzó con estas denuncias que su familia, a partir de 2007, lo desposeyó, puso las diversas propiedades —producto del saqueo de su padre, subraya— a nombre de un testaferro y dejó a ese hijo económicamente a la intemperie. En junio de 2014, cuando nos encontramos en Carlos Paz, la Justicia aún no lo había llamado a declarar. "No me toman en serio", se quejaba. Portador y testigo de información sensible sobre las actividades del represor no sólo durante la dictadura militar sino en sus vísperas, en 1975, Quijano hijo dice que dejó en la fiscalía una caja de cartón con 123 diapositivas, fotos de cadáveres, manifestaciones, planos y publicaciones que encontró en el domicilio en el que vivió su padre. Recién el 3 de mayo de 2015, un día después de la muerte del gendarme Quijano, el Tribunal Oral en lo Criminal Federal Nº1, finalmente, lo citó para declarar.

Hoy, casi cuarenta años después de aquella época de terror que le deparó, entre otras cosas, un insomnio indomable y permanentes trastornos de ansiedad, Luis Quijano dice que él, a su modo, también fue una víctima. Lo fue cuando su padre lo obligaba a integrar el grupo de tareas y a "participar de una guerra" —"yo vengo de una guerra", dirá varias veces—; y lo fue en la intimidad del hogar, cuando el gendarme convertía su propia casa en una cárcel sometida a su violenta autoridad. Desde muy chico, dice el hijo, sintió el desprecio de su padre, cada vez que estallaba en golpes contra él, cachetazos, patadas, a cualquier hora y por cualquier motivo. Siempre contra él. La hermana y la madre —que presenciaba los golpes— quedaban a salvo. "Mi padre era un hombre violento, pero no con mi hermana. Con ella no era así. Yo era su descarga."

No puede parar de hablar, la misma inquietud del cuerpo en las palabras. A borbotones, sin poder contenerse mientras termina los restos de un café frío. Quiere contarlo todo, detalles de ese secreto guardado durante cuarenta años. De su carpeta de archivos extrae la primera declaración testimonial que hizo en la fiscalía de Graciela López de Filoñuk. Sobre ese documento, apoya luego la condecoración que recibió su padre en 1977 de manos de Luciano Benjamín Menéndez, con la firma de Jorge Rafael Videla *("Diploma de honor al comandante de gendarmería nacional Luis Alberto Cayetano Quijano, herido por delincuentes subversivos durante las operaciones realizadas el 2 de noviembre de 1976 en la ciudad de Córdoba…")*. Necesita hablar. Relata episodios de esas tardes de 1976, cuando salía del colegio al mediodía, almorzaba en su casa y se iba al Destacamento de Inteligencia 141 en donde, por las tardes, su

padre era jefe del grupo operativo conocido como OP3. Basta de callejear, basta de gimnasio, basta de malas compañías, ¡a trabajar! Un episodio menor, dice el hijo, había puesto a su padre en alerta. El adolescente Quijano se había hecho amigo de Kent, un chico de 22 años que decía ser brasileño y al que había conocido en el gimnasio provincial. Su padre sospechó, no le gustaba esa historia del muchacho salido de la nada. Cuando un día Quijano hijo apareció en la casa con una foto del nuevo amigo para que el padre se quedara tranquilo, no esperaba lo que sucedió: "¿Viste que sos un pelotudo? —le gritó desaforado—. Ese chico es del ERP. ¡Te van a captar a vos para que me entregue yo!".

Era la época en que todavía creía que Luis Alberto Cayetano Quijano, su padre, era un héroe. "Y no sólo para mí, para la sociedad en general eran todos héroes: todo el mundo quería tener un amigo milico", dice. También veía como héroes a los compañeros de su padre que frecuentaba en la cotidianidad del Destacamento: Jorge Ezequiel "Sordo" Acosta, Héctor Vergez, alias "Trinity", José "Chubi" López, Héctor "Palito" Romero, Guillermo "Nabo" Barreiro, entre otros represores hoy condenados por la Justicia. Con ellos compartía las andanzas de la patota. Dice que nunca le tocó presenciar interrogatorios, pero sí detenciones. Que un día participó de un operativo en el que se llevaron de su casa a un adolescente, a los cachetazos, después de secuestrar un paquete de armas escondido debajo de un macetero en el recibidor del edificio. Era del ERP, cree recordar, se lo llevaron encapuchado.

Mientras Luis Quijano escuchaba cada día los éxitos de la guerra de su padre, vivía puertas adentro el infierno de otra guerra, cotidiana y doméstica. Él era el encargado de cuidar a la familia y custodiar su casa a punta de escopeta. Hasta que llegaba su padre. Entonces los relatos del gendarme comprimían el aire. Vivía, dice, en un estado de tensión permanente que después se volvía insomnio, pesadilla, paranoia. Pero no sólo hubo relatos y leyendas: dice que una vez vio a su padre matar a un delincuente común que había asesinado a un suboficial de gendarmería. El agente Quijano salió a buscarlo, lo encontró, lo llevó hasta un basural y disparó. "Yo estaba ahí", recuerda su hijo. "Cuando mi padre no tenía procedimientos para hacer, iba a la comisaría décima, sacaba delincuentes comunes y los quemaba: 'Yo ya estoy cebado, estoy cebado', repetía dando vueltas como un animal enjaulado."

Luis Quijano dice que tal vez fue en esa época cuando empezó a odiar a su padre. "Es terrible lo que voy a decir, pero yo quería que lo mataran en un procedimiento." Con la madre no le iba mucho mejor. El retrato que hace de Marta Celia Foukal es tal vez más siniestro que el del padre. La recuerda en sus años jóvenes como una Mirtha Legrand de provincias —bella, rubia, ojos celestes— que disfrutaba de la buena vida del momento y le gustaba exhibirla ante sus vecinos. Se daba corte con el puesto de su marido, dice hoy el hijo, y ejercía sin pudor el pequeño poder que le confería ese título: "Usted no sabe con quién está hablando", "cállese que no sabe quién soy yo". Sellado en rencor, Luis Quijano dice que su madre fue cómplice,

encubridora y copartícipe de los delitos del gendarme y asegura que no sólo estaba de acuerdo con sus actividades delictivas, no sólo le decía que mataran a las detenidas para borrar las pruebas, también aprobaba de buena gana que su hijo lo acompañara "a trabajar". Para estupor de Quijano, su madre hoy lo niega, dice que ella no sabía nada. Y dice también que su primogénito está loco. "¡Cómo no iba a saber si mi padre contaba en casa que había torturado a fulano, que había matado a mengano! ¡Además de lo que traía mi padre! ¡Lo que traía…!"

Botín de guerra. De eso habla Quijano, del dinero, los televisores, las fuentes de plata, la ropa que inexplicablemente empezaba a formar parte de los bienes de la familia. Incluso un auto robado que usaron para un viaje familiar a Corrientes, la provincia natal de su padre, oriundo de Esquina. Podía traer un tocadiscos, un gatito o un nene, dice. De eso se acuerda de pronto, de la vez en que su padre quiso traer a una chiquita de dos años, hija de una militante que se había inmolado activando una granada en un operativo. La niña se había salvado de milagro cuando un placard cayó abierto sobre ella y la embolsó, protegiéndola de la explosión. Después del operativo la pequeña fue trasladada a La Perla y el gendarme Quijano, conmovido, quería llevarla a su casa. "Es un angelito, no sabés lo que es esa criatura", le decía a su esposa. Según el relato implacable de este hijo herido, su madre se negó con este argumento: "Andá a saber qué porquería sale de ahí, una resentida, una tarada".

En 2013, el tribunal que llevaba adelante el juicio oral en Córdoba citó a declarar a Graciela Geuna, una de las sobrevivientes de La Perla, detenida el 10 de junio de 1976 junto con su esposo Jorge Omar Cazorla, ambos militantes de la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Cuando la secuestraron, Geuna se tiró del auto en el que la llevaban, fue recapturada y detenida en La Perla durante tres años. Aunque su marido también se arrojó del otro auto en el que era transportado, fue acribillado por la espalda mientras corría maniatado. Casi cuatro décadas después, Geuna dejó un testimonio de ocho horas en la megacausa por la que desfilaron más de 40 represores y recordó con detalles varias escenas, una de las cuales involucra especialmente a Luis Alberto Cayetano Quijano. Un día, Geuna vio llegar al represor a La Perla y se quedó mirándolo pálida, desencajada. "¿Por qué me mirás así?", la inquirió el gendarme. "Porque usted tiene puesto el saco de mi marido", respondió ella. "¡Qué va a ser el saco de tu marido!", le dijo Quijano. "Sí, ése es el saco de mi marido. Con ese saco se casó mi marido conmigo, ¿cómo no voy a saber?", le respondió esta militante que pudo exiliarse en 1979 y vive desde entonces en Suiza.

Cuando salió a la luz esa historia, la madre de Quijano explotaba de furia y de vergüenza. No por las decenas de denuncias desgarradoras de tormentos y ultrajes sexuales que se escucharon de boca de las sobrevivientes, sino por la acusación de ladrón que pesaba sobre su marido. "¿Viste que no tenían que dejar vivo a ninguno? ¡Qué pelotudos son! ¿Cómo dejaron viva a esa gente?", reprochaba indignada.

Luis Quijano tardó muchos años en hacer pública su historia y en denunciar a su padre ante la Justicia. Empezó tarde. En los años 80, los trabajos de la Conadep y el Juicio a las Juntas hicieron pública la dimensión de la barbarie. Sin embargo, aún entonces él no tuvo nada para declarar. Nada para reprocharle a su padre. La ruptura se produjo mucho tiempo después, a su regreso de un viaje por Europa. Admirador de la historia y la cultura rusas, una pasión a contrapelo de su padre que surgió en la misma época en que lo llevaba a cazar comunistas, Quijano hijo apoya sobre la mesa un par de libros publicados con el patrocinio de la ex URSS que fueron secuestrados en diferentes operativos y que él rescató a escondidas y atesoró desde entonces. Dice que esa fascinación por Rusia lo llevó a Europa en 2006 para encontrarse con la que ahora es su esposa, una mujer bielorrusa a la que había contactado a través de Internet. Al regresar, a pedido de la familia fue a visitar a su padre, en ese momento con prisión domiciliaria. El hijo le hizo un único pedido antes de ir: que sacara de la biblioteca los símbolos nazis y el busto de Hitler, gemas de la colección privada del represor. La familia de su flamante mujer había padecido el horror nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Al entrar a la casa paterna, lo primero que vieron fue el busto de Hitler y las cruces esvásticas. La discusión familiar se desató, feroz e incontenible, mientras el ex gendarme vociferaba además que no había tenido nada que ver con los crímenes de la dictadura. "Negó y mintió descaradamente", dice el hijo. Cuando pudieron dejar de gritarse, el padre le exigió que abandonara la casa. "Con todo gusto", le respondió. "Quiero que sepas que esta es la última vez que vos ves la cara de tu hijo en esta vida." Y así fue, nunca más volvieron a encontrarse.

El mismo nombre, el mismo apellido. Luis Quijano admite que hace esfuerzos permanentes para diferenciarse del padre y luchar contra su propio fascismo, su violencia interior. Sabe que es una pelea difícil, sospecha que un padre se lleva en la sangre pero también en los gestos, invisible en la memoria agazapada. A veces se pregunta si esas posiciones extremas que se le escapan como exabruptos —"hay que matar a todos los chorros", "tendría que haber pena de muerte por ahorcamiento"— no son herencia de aquellas épocas, de aquellos padres. "¿Qué pasa con un cuerpo que tiene una gangrena? Tenés que sacar la gangrena porque si no, te come todo el cuerpo", dice. O repite. Curiosa metáfora médica muy habitual en el discurso militar de la dictadura. A pesar de los esfuerzos, ese padre al que dice haber enterrado, todavía lo acompaña en sus pesadillas, en las disputas legales y económicas y en esos papeles que ahora, sobre el final del encuentro, vuelven a ocupar el centro de la mesa.

Hace poco Luis Quijano encontró un señalador en un libro, con un texto escrito de puño y letra por el represor: decía tener la conciencia tranquila porque no había cometido ninguno de los delitos que se le imputaban. "Soy completamente inocente. No cargo en mi mochila ni un desaparecido ni una moneda que no me corresponda. No recibí ninguna orden", lee en voz alta el hijo. "Mi padre actuó tan fuera de la ley que no le quedaba más alternativa que negarlo

absolutamente todo”, dice. Negar que niega. El hijo sigue con los ojos fijos en esa faja de papel escrita por el ex gendarme: “La ley debe ser como la muerte, que no exceptúa a nadie”, lee. Para Quijano ése debería ser el epitafio en la tumba de su padre.

Luis Alberto Cayetano Quijano murió sin condena el sábado 2 de mayo de 2015 en la casa en donde cumplía prisión preventiva, un año después de nuestro encuentro con el hijo. Preso desde el año 2004, el gendarme vio por última vez a Luis en 2007. Un día después del fallecimiento de Quijano, el hijo fue citado por el Tribunal Oral en lo Criminal Federal Nº 1 de Córdoba y contó los detalles de esta historia.

"Son más valiosos los hijos que uno tiene que los padres que ha tenido"

En junio de 2012, pocos meses después de la muerte de su padre, Alejandro Rozitchner publicó un pequeño libro de poemas que tituló *De padres e hijos en el ciclo del tiempo*. Hablaba de su vida como padre de tres hijos —el descubrimiento maravillado de un sentimiento nuevo, la experiencia cotidiana del amor y las fatigas de la vida familiar— y también de su vida como hijo, del amor inmenso hacia su padre que logra sobrevivir a las diferencias y reclama su derecho a la disidencia: "Veo con claridad sus defectos y errores —escribió en ese libro—, y no siento que haga falta que lo transforme en un ser perfecto para extrañarlo o valorarlo. [...] Para quererlo como el que me abrió al mundo, aunque después, a veces, le costara un poco entender o aceptar que yo circulara en ese mundo tan libremente".

Profesor de filosofía y psicoanálisis, miembro de *Contorno*, revista emblemática de la cultura política de izquierda, León Rozitchner, su padre, fue una figura central para las corrientes de pensamiento que acompañaron el salto revolucionario de los años 60 y 70. En 1976, debió partir al exilio con toda su familia. Alejandro tenía 16 años cuando se instalaron en Venezuela, lugar en el que vivió con sus padres hasta el regreso de la democracia.

En los últimos años, León había dado su apoyo al kirchnerismo a través del colectivo de intelectuales Carta Abierta. Su hijo, también profesor de filosofía, hizo pública su adhesión al proyecto del entonces líder de la oposición Mauricio Macri, hoy presidente de la Argentina, de quien es uno de los principales asesores en temas de comunicación. En el libro *Estamos*, que escribió con Marcos Peña, figura clave de PRO y actual jefe de Gabinete de la Nación, con el que Alejandro trabaja desde hace tiempo en estrecha sintonía, el hijo de León ensaya una breve presentación personal: "Escritor, filósofo, nutricionista intelectual, macristaleninista, pensador adjunto del gobierno porteño, una mujer y tres hijos adorados, del 60".

Trabajó con Mario Pergolini y Mariano Grondona, tuvo su propia banda de rock, fue íntimo amigo de Luis Alberto Spinetta, escribe poemas y ensayos y, después de una adolescencia de fervorosa militancia política en la senda de sus padres —"en mi casa se respiraba simpatía revolucionaria", escribió—, hoy integra las filas del macrismo, da charlas motivacionales en empresas y dice que la izquierda es más un fenómeno discursivo que una capacidad de tratar con el mundo. Se podría decir que sus elecciones impugnan el corazón de las verdades

paternas. Descreyó de la superioridad moral de la izquierda y procuró hacer un camino propio, aunque eso le valiera discusiones con León y descalificaciones —hasta insultos— por parte de encumbrados nombres del progresismo. “La desgracia de la familia Rozitchner”, lo llamó el periodista Horacio Verbitsky en el diario *Página/12*. Tomás Abraham, otro filósofo, lo defendió: “Muchos odian a Alejandro. Hay quienes lo acusan de traición, no le perdonan llevar el apellido de un filósofo argentino muy estimado por la izquierda intelectual, les encantaría que se callara la boca y le pidiera humildemente perdón a su padre. Las palabras de Verbitsky resumen ese odio generacional”.

Pero Alejandro Rozitchner está lejos, muy lejos de callarse la boca. Cuando le propusimos participar de este libro, lo primero que nos dijo fue: “¡A quién le importan los 70!”. Así y todo, aceptó responder algunas preguntas en las que mantuvo esa idea de que la historia está sobrevalorada y de que hay una patología en los hijos que quedan prisioneros de una visión idealizada de sus padres.

A su modo, rinde homenaje a lo mejor de ese padre que, tal vez sin saberlo, sembró en él la libertad de pensamiento que los terminó enfrentando. El hijo que ama a su padre sin dejar por eso de construir un camino singular y darle lugar a su propia voz.

—*Tu padre fue un faro de la intelectualidad de izquierda en la Argentina. ¿Qué costos pagaste por haberte diferenciado tan radicalmente de los posicionamientos de tu padre?*

—Me valió desprecios, desautorizaciones y también amores. A mí me parece un poco extraña esa tendencia algo habitual de que los hijos idolatren a sus padres. Creo que, en términos generales, una persona sana debería decir que los hijos son más importantes que los padres. O sea, que son más valiosos los hijos que uno tiene que los padres que ha tenido. En las personas que idolatran a los padres veo una mirada puesta en el lugar equivocado, una mirada hacia atrás más que hacia adelante. Incluso lo interpreto como un defecto de esos padres: no haber sido padres habilitantes, no haber podido lograr hijos que vivan su vida sino que, por el contrario, tengan la limitación de quedar pegados a una admiración idealizada de los padres. En ese sentido, creo que mi papá fue mejor padre porque yo no lo idealizo.

—*¿Creés que él, a su modo, también habilitó esa libertad con la que su hijo pudo criticarlo?*

—Sí, lo considero buen padre en muchos aspectos, lo quise un montón y él me quiso a mí y me formó en muchas cosas, pero de ninguna manera comparto sus posiciones ideológicas, que me parecen infantiles y en muchos sentidos retrógradas y reaccionarias. Por un lado, creo que la izquierda y el progresismo en general están viciados de defectos, de simular una posición de avanzada cuando, en realidad, ignoran el funcionamiento y la naturaleza de las sociedades y las observan siempre desde la óptica de un idealismo imposible de realizar. Y por el otro lado, creo que es siempre expresión de una especie de resentimiento contra el mundo. Y ese resentimiento se expresa siendo crítico respecto de cualquier tipo de realidad. Entonces, yo a él

lo respeto y lo quiero como padre y, en algún sentido, también me formó como pensador, porque fue el profesor más importante que tuve en la Facultad de Venezuela, en donde estudié. Fue el único que nos enseñaba cómo leer los textos y, en ese sentido, aprendí la práctica del pensamiento. Además, tener al lado a un tipo que fue inquieto e inteligente fue clave para mi formación. Pero después, cuando seguí evolucionando, llegó el momento en que su visión del mundo me pareció insuficiente. Creo que cada uno puede algo, que él pudo mucho en relación con su origen y lo más lógico es que yo pueda más que él. Si le salieron bien las cosas, lo lógico es que su hijo pueda más que él, como también les digo a mis hijos que ellos van a poder más que yo.

—*¿Ves en ese recorrido un progreso natural?*

—Claro. A mí me gusta esa idea de Nietzsche de que la unidad de medida para saber cuánta fuerza tiene uno es qué cantidad de verdad tolera. Pongamos un ejemplo: el que cree que después de la vida hay otra vida no tolera mucha verdad, niega la muerte y limita su inteligencia, su comprensión. Del mismo modo sucede con el que cree que las cosas están mal porque las corporaciones nos hacen daño y existen personalidades a las que rendirles culto porque nos están salvando y no ve que en realidad nos están arruinando, como pasa siempre con los movimientos populistas. La realidad es muy problemática y si querés logros tenés que hacer cosas y no acusar ni victimizarte como hacen el progresismo y la izquierda que no tienen ningún logro pero sí muchísima victimización.

—*Hiciste referencia a lo importante que han sido esos años de formación con tu padre, que fue también tu maestro. ¿Cuándo empezaste a discutirlo, a correrlo de ese lugar de tótem intocable?*

—No me acuerdo. En realidad lo que compartíamos no tenía tanto que ver con la izquierda sino con el psicoanálisis. Él enseñaba Freud en la escuela de filosofía y eso me gustaba mucho; y de hecho hice mucha terapia. Lamento que él no haya entendido que la diferencia que se había generado o que habíamos generado tenía que ver con la evolución y no con la involución. En cierto sentido, creo que soy más fiel a sus ideales en mi posición como parte de PRO que él mismo, porque yo estoy trabajando y ayudando a lograr cambios concretos para la gente que generalmente l0 pasa mal. Y esos movimientos intelectuales que admiran a Cristina Kirchner nunca terminan consiguiendo nada o terminan produciendo situaciones de pobreza cada vez mayor. Entonces creo que el que faltó a su visión fue él, no yo. Por otra parte pertenezco a otro mundo, soy rockero, y parte de mi visión de la vida tiene que ver con la marihuana y otros rubros. Se ha intentado hacer del rock un movimiento político pero no es eso, es lo contrario, es antipolítico, es otra cosa. La rebeldía que tiene está en reivindicar al individuo frente a toda interpretación social.

—*¿Qué tipo de conversaciones o discusiones tenían cuando vos ya te habías sumado a PRO y él apoyaba al kirchnerismo?*

—Yo trataba de evitar el tema. Él estaba decepcionado porque decía que no hablábamos de cosas importantes. Y yo le decía que sí hablábamos de cosas importantes: hablábamos de los hijos, las plantas, la vida, la realidad, y que lo otro eran pavadas. Y más que tristeza, su decepción me daba bronca. Me parece más saludable la bronca. Es decir, cuando estás enamorado y el objeto de tu amor te trata mal, te podés poner triste o pensar "éste es un pelotudo". Creo que es más saludable decir "éste es un pelotudo". Y fue así. A mí me dio más bronca que tristeza que él no pudiera valorarme en la justa medida, que no se diera cuenta y que no evolucionara. Pero bueno, también el terapeuta me decía: "¿Qué querés? Tiene ochenta años. Es un viejo". Y es así. Uno preferiría que no mueran, pero mueren los padres.

—*¿Por qué creés que los años 70 siguen generando tanto interés?*

—A mí me parece un interés totalmente patológico de la sociedad argentina. No sé si de la sociedad, porque al 80% de la gente no le importa nada todo esto. Es un fenómeno de lo que se llamaría el círculo rojo, la gente que cree ser muy entendida en política, que cree que la historia es muy relevante.

—*¿Y no lo es?*

—Mi perspectiva es que la historia es interesantísima, lindísima y apasionante, pero no es un recurso para la producción de presente. Si lo que queremos es un país distinto y que algunas cosas cambien, no obtenemos alimento en la historia. La historia es como el arte, una rama del conocimiento, pero de ninguna manera algo que debamos saber para producir cambios. Lo que sirve de la historia está presente en tu deseo. Por ejemplo, ¿por qué ya no hay violencia política en la Argentina? ¿Por qué no matamos? Porque evolucionamos. Esa evolución tiene que ver con lo vivido sí, pero eso vivido ha decantado en nuestro deseo. No tenemos más ganas de eso. Entonces no es que tenemos que pensarlo racionalmente y al tenerlo en cuenta vamos a evitar repetir los errores. No los vamos a repetir porque ya no queremos eso. Lo que produjo la historia fue una elaboración en términos sensibles que nos ubica en otro lado. A la idea de que aquellos pueblos que no conocen su historia tienden a repetirla, opongo la idea de que los pueblos que se obsesionan con la historia no pueden salir de ella. Y eso es lo que le pasa a la Argentina.

—*¿A qué te referís?*

—A que como buen neurótico el país está preso del pasado y es incapaz de vivir sus afectos nuevos en una realidad nueva que abolió completamente ese mundo lleno de gente muerta, cuando la gente muerta no es tan importante. Hasta en Marx está la idea de que la historia aprisiona a los vivos. Somos más importantes los vivos que los muertos. Somos más importantes los hijos que los padres. Y la historia no es un índice de cómo hay que votar. Lo que es un índice de cómo votar es qué está pasando ahora y qué queremos nosotros. Insisto con lo de la patología muy fuerte que atraviesa varias historias y todo el rango social: los hijos más

débiles quedan engrampados intentando encontrarle sentido a la vida en la veneración a sus padres y los menos débiles tienen el atrevimiento de hacer sus vidas. Eso pasa en todos los campos, en la música, en el arte, en la política. Yo no demonizo ni venero, recupero a mi padre porque lo quise mucho y fue buen papá. Los que nos vieron cuando yo era chico dicen que fue extremadamente cariñoso, muy cercano. Él siempre me contaba de ese día en que abrazó a su padre, pero él a mí me abrazó siempre. Y yo hoy con mis hijos tengo una relación de cercanía aún mayor. Soy mejor padre porque él fue buen padre y espero que mis hijos sean mejores que yo. Mi papá tenía algo muy infantil, muy propio de la generación y de este grupo de izquierda, que fue no poder salir de un narcisismo tremendo.

—*Pero también fue muy valiente cuando se opuso a la guerra de Malvinas. Fue una voz solitaria en el marco de un apoyo generalizado a esa guerra, incluida la izquierda.*

—Supongo que sí. Aunque ahí detecto el truco de estar siempre en contra. Él tenía su posición ideológica armada sobre la base de estar en contra. Participaba de Carta Abierta, pero después ya estaba en contra de Carta Abierta. Él tenía que desmarcarse: ése es el truco del intelectual crítico. Y eso lo hizo por narcisismo, porque según esa mentalidad si algo te parece bien, sos un boludo. Ellos suponen, estúpidamente, que lo más importante es criticar. Y así no se construye.

—*¿Alguna vez pudiste explicarle a tu papá cuál era tu visión de las cosas?*

—Sí, tuvimos discusiones fuertes. Yo le echaba en cara su inconsistencia y él creía que yo había quedado dañado por el miedo de la década del setenta y la experiencia traumática de habernos ido a mis 16 años. Me parece que era una proyección porque yo siento lo contrario: creo que para él esa época y los amigos muertos fueron muy traumáticos. Pero mi viejo creía que yo había quedado traumatizado y por eso me había pasado al enemigo, como cuando escribía en el diario "oligarca" de *La Nación* o trabajaba con el "represor" de (Mariano) Grondona. Y de Mauricio (Macri) no sé si hemos llegado a hablar. Con Mauricio tenemos eso en común, dos padres muy fuertes que nos querían mucho, siempre y cuando siguiéramos sus términos. Los dos los dejamos atrás e hicimos un camino relevante. Para mí mi camino es relevante porque hago lo que quiero y soy fructífero en eso. Supongo que esa diferenciación fue costosa, pero ya no me acuerdo. Sí recuerdo que no me lo quería callar. Incluso en reuniones con amigos de mi papá a los que yo quería mucho, cuando se hablaba de ciertos temas, yo decía lo que pensaba y no me hacía el boludo. Ellos interpretaban que era para diferenciarme de mi padre.

—*¿Y no era así?*

—No era cierto. El objetivo no era diferenciarme sino ser yo. Y yo soy distinto a él.

"Lo que nos pasó fue culpa de todos, no sólo del ERP y de Montoneros; nadie supo parar la pelota, o nadie quiso, y lo sucedido nos ha dejado marcados por generaciones y generaciones"

El peronismo para ella es una cuestión de familia. Y Perón, ese hombre grandote y cariñoso, de manos gigantes, que tenía dos perritos blancos y se tiraba en la alfombra a jugar con ella y con su hermano cuando José Ignacio Rucci los llevaba con él a la Quinta de Olivos. Era un tío o un abuelo que llamaba con frecuencia a su casa y a quien su padre atendía mientras escribía en la Olivetti en la mesa de la cocina y Coca preparaba la comida. Ése era Perón, eso era el peronismo para ella, pura casa familiar. Aprendió a manejar a los ocho años en la sede porteña de la CGT. Su padre ya era el secretario general de la central de trabajadores y ella era la nena de papá —la "Pipita", como él le decía— que iba a visitarlo a su trabajo. En los enormes garajes de la central obrera de la calle Lima, los empleados mimaban a la pequeña de pelo ensortijado. Con almohadones en el asiento lograba llegar a los pedales del Torino del gremio: marcha atrás, primera y de vuelta para adelante, Claudia Rucci aprendía a conducir en familia. Pero el peronismo también fue la ráfaga de disparos que asesinó a su padre en una vereda de Flores, el 25 de septiembre de 1973. Compañeros peronistas los que lo lloraron, compañeros peronistas los que lo mataron. Eso también es el peronismo aprendió, fuego amigo, fuego enemigo, bajo el mismo techo.

Su apellido tiene el poder de un símbolo en el movimiento nacional, y ella lo sabe. Un símbolo capaz de dividir las aguas peronistas. El crimen del secretario general de la CGT dos días después de que Perón volvió a ganar las elecciones tras 18 años de exilio forzado marcó la ruptura de "la juventud maravillosa" con el General. Hombre leal a Perón, fogueado en la resistencia contra el golpe de 1955 y corazón de la ortodoxia sindical que hablaba de limpiar de "bichos colorados" al movimiento, Rucci se había convertido en una pieza clave en el plan que el líder pensaba llevar adelante para ordenar el país. La derecha ganaba la pulseada y Rucci fue el cadáver que el ala izquierda del movimiento decidió tirarle sobre la mesa al Viejo —según el dialecto de la época— después de la masacre de Ezeiza, para mostrarle que ellos también tenían poder y estaban dispuestos a usarlo si insistía en relegarlos. En el momento, ninguna

organización reivindicó el atentado, y aunque siempre hubo sospechas sobre algunas de las ramas del peronismo insurgente que confluían en Montoneros —varios testigos hablaron de la desazón del General cuando se lo confirmaron, hubiera preferido que fuera el ERP, decían—, oficialmente no se definía nada y circulaban versiones de que su muerte podría haber sido obra de la Triple A, de la CIA o incluso de algún sector herido del sindicalismo. Fue recién a partir de 2008, con la publicación del libro *Operación Traviata*, de Ceferino Reato, que el crimen de Rucci tomó renovado estado público. Según esa investigación, que contó con la colaboración de la familia Rucci, en el ataque contra el jefe sindical dispararon Juan Julio Roqué, Marcelo Kurlat y Héctor Arrue, todos miembros de FAR y Montoneros que cayeron después a manos de los militares durante la dictadura. Pero el libro de Reato reveló no sólo el nombre de los francotiradores sino el de quienes habrían participado en las diversas etapas del operativo, desde la inteligencia que monitoreó durante meses los movimientos de Rucci, hasta los funcionarios de la gobernación bonaerense a cargo de Oscar Bidegain, cercano a la Tendencia, que habrían facilitado armas y coches del gobierno provincial para concretar el operativo. El detalle no era menor: el Estatuto de Roma, marco legal que se tomó como referencia para juzgar al terrorismo de Estado, considera crímenes de lesa humanidad —y por lo tanto, imprescriptibles— a los que se perpetran desde el monopolio de la fuerza y del poder estatal. Si podían probar que el atentado había tenido respaldo del gobierno bonaerense, los hijos de Rucci intentarían reclamar que el asesinato de su padre fuera considerado también un crimen de lesa humanidad. Treinta y cinco años después, Claudia, su hermano Aníbal y su madre, Nélida Vaglio, Coca, se presentaron ante la Justicia con esos datos para pedir que se reabriera la causa.

El crimen de Rucci volvía a tallar sobre las diferencias y las disputas internas de poder dentro del viejo movimiento nacional. Rascando sobre una de las heridas abiertas del peronismo, los opositores avivaban la memoria del muerto para presionar sobre el kirchnerismo, autodeclarado heredero de las banderas setentistas. Así, la ciudad apareció empapelada con la famosa foto de Rucci, el paraguas y Perón, y una leyenda: “Rucci, asesinado por argentino y peronista”. Varios funcionarios del kirchnerismo y algunos de sus simpatizantes más notorios fueron citados por la Justicia. La rueda de la historia volvía a enfrentar a los viejos enemigos íntimos del peronismo y el nombre de Rucci era otra vez cifra de ese enfrentamiento. Un mes antes de las elecciones presidenciales de 2011, Claudia pidió a la Justicia que citara a declarar a Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía, miembros de la conducción de Montoneros, y a otros ex militantes que en 2011 desempeñaban cargos en la función pública, como el sociólogo Horacio González, entonces director de la Biblioteca Nacional, y el periodista Ernesto Jauretche, cercano al oficialismo. Los hermanos Rucci —entonces candidatos de dos líneas enfrentadas de la oposición peronista

contra el kirchnerismo— tuvieron un entredicho: Aníbal sugirió que con esa demanda su hermana, la candidata del Frente Popular, buscaba réditos políticos para su sector. ¿Nunca temió que el crimen de su padre fuera manoseado por las mezquindades de la política? Ella dice que siempre tomó esa posibilidad como un dato de la realidad pero que no incidió en sus decisiones: "A lo largo de estos años enfrenté muchas situaciones de ese tipo, ex integrantes de Montoneros que mostraban 'cercanía' conmigo para expresar que 'ya está superado el tema' o apologistas de la dictadura que se acercaban para intentar sumarme a su reivindicación del horror. Tengo claro que mi padre fue asesinado en el marco de la disputa interna de poder del movimiento justicialista, por quienes creían que debían asestarle un golpe a Perón para demostrarle que no iba a poder gobernar con un proyecto propio, que iba a tener que hacerlo con el proyecto de Montoneros".

Tenía nueve años cuando el auto que manejaban los custodios del jefe sindical, que traía a ella y a su hermano Aníbal de la escuela, se detuvo en la esquina de Nazca y Avellaneda y no llegó hasta la puerta de su casa. Ella no lo sabía, pero el cuerpo de su padre estaba en ese momento tirado en la vereda, con 23 impactos de bala. Para evitarle la escena, la llevaron a almorzar a casa de unos amigos de la familia que vivían muy cerca. Recién a la noche de ese día eterno volvió a encontrarse con su madre, sedada y en la cama. "La política terminó matándole al marido, pero ya antes le había ido matando a la familia y al matrimonio", dice la hija. Los Rucci eran una típica familia obrera que se iba a pasar el día y a pescar a La Salada o a San Nicolás. Tenían una vida social y familiar muy activa que fue desapareciendo a medida que el líder sindical asumía nuevas responsabilidades y la época se volvía más y más violenta. Entonces llegaron las mudanzas cada seis meses, por seguridad, los custodios en la casa, en el auto, las salidas para ir a visitar a su papá porque cada vez más noches se quedaba a dormir en la CGT, en el departamentito que le habían armado en la terraza y que siempre estaba lleno de hombres, con un olor a cigarrillo insoportable que ella todavía recuerda. Hasta que la violencia también los dejaría sin eso.

Claudia Rucci dice que lo que más recuerda de esos días es la sensación de derrumbe. Soñaba eso, literalmente. Soñaba con una casa que se derrumbaba. "Es tan difícil poder transmitir lo que le pasa a uno en una situación así. Yo tengo ahora un chiquito que tiene casi esa edad y a veces trato de buscarme en ese nene, qué le pasaría a él, qué sentiría si a mi marido, a su papá, le pasara algo… Yo sentí literalmente, y durante muchos años lo soñé, que se derrumbaba la casa. Eso fue lo que sentí, que todo se derrumbaba. Que se acababa la familia. Mi madre había dejado de ser la mujer que era hasta el día anterior, mi hermano dejó de ser el que era y yo, seguramente, también dejé de ser la que era", recuerda un mediodía de marzo de 2014, en una oficina de la Casa de Córdoba en Buenos Aires, adonde tenía libre acceso como asesora, en aquel momento, del gobernador José Manuel de la Sota. Además, dice, eran otras épocas del

sindicalismo y su padre sólo les había dejado como herencia una casita, hipotecada; su madre tuvo que salir a trabajar; su hermano también. A ambos los compañeros les consiguieron un empleo a través de la UOM. Se sintió sola después de la tragedia. Aníbal, que estaba por cumplir 15 años y era muy compañero de su padre, muy apegado a él, había caído en una depresión profunda, con mucha conflictividad, y ella a veces piensa que esa circunstancia, que todos estuvieran más preocupados por Aníbal que por la nenita silenciosa que se había replegado en su mundo interior, la fortaleció. “Yo empecé a sentir una especie de soledad, alejada de mi mamá y de mi familia, de mis tíos; pero eso a la larga me ayudó a ser independiente, a crecer, a desarrollar herramientas propias para salir del dolor.” Tal vez el mundo de la actuación en el que había entrado precozmente, el juego, el trabajo con la fantasía y los sentimientos, fue el mundo paralelo que le permitió tomarse un recreo de la tragedia familiar. Cuando Rucci fue asesinado, la nenita que había deslumbrado a Alejandro Romay con su interpretación de la “Marcha peronista” para entrar a “Música en libertad” ya estaba grabando la telenovela “Me llaman gorrión”, en Canal 9, y el trabajo actoral se fue intensificando con los años. Era todavía una adolescente y ya ganaba más que su madre. “Crecer con papá” se había convertido en el éxito de la temporada y le permitió a los 18 años su primer sueldo grande: cobró y se fue a comprar un auto.

Pudo salir de abajo de los escombros. De pronto un día, tenía 19 años y ya se estaba yendo de su casa, muy joven, para casarse con un hombre mucho mayor, el actor Víctor Hugo Vieyra, padre de sus dos primeros hijos, que tenía entonces 42 y con quien estuvo casada 18 años. Entre la nueva vida matrimonial, la maternidad y la actuación, los avatares de la política —que para ella estaba asociada con el dolor más grande— habían quedado muy atrás. Hasta que otro derrumbe, el del país en 2001, volvió a convocarla. Era 19 de diciembre y la familia se había reunido como siempre para festejar su cumpleaños. Entre tortas, velitas y brindis veían por televisión las imágenes de lo que estaba sucediendo en la plaza: la multitud entre el humo de las gomas quemadas, las sirenas y las corridas. Dijo alguna vez que no aguantó verlo de lejos y abandonó su propia fiesta de cumpleaños para sumarse a las protestas en Plaza de Mayo. Salió de ese nuevo bautismo político conmovida por esa otra vocación que, descubrió, también llevaba en la sangre. Ese día, dice, decidió abandonar los escenarios teatrales para pasar al escenario más amplio y más confuso de la vida política.

Por supuesto, la familia peronista la recibió con los brazos abiertos: su apellido es un activo y, aunque ella prefiera bajarle el precio a esa influencia (“Los demás ponen cosas en mí, pero siempre traté de no engancharme con eso, yo no soy José Ignacio Rucci ni me hago cargo de ser lo que los demás quieren que sea o imaginan que debo ser por el hecho de ser su hija”), es evidente que la ayuda a abrirse camino. A ella y a su hermano Aníbal, que en las elecciones de octubre de 2015 fue candidato a concejal del Frente Renovador de Sergio Massa en Ituzaingó.

En 2002, cuando recién había tomado la decisión de abandonar el espectáculo y empezar en política, Claudia encontró un lugar en el duhaldismo. Al comienzo de la presidencia de Néstor Kirchner tuvo un cargo administrativo en la Subsecretaría de Gobierno a cargo de Carlos Kunkel y un año después se fue a la CGT, convocada por Gerónimo "el Momo" Venegas, jefe del sindicato de peones rurales y líder de las 62 Organizaciones peronistas, el mundo de su padre: "El primer día fue fuertísimo, primero porque en cuanto entrás, lo primero que hay es un busto de mi viejo, y además porque estaban los mismos empleados de aquella época, el portero, la secretarias que jugaban conmigo, los de la cochera, uno de los que me había enseñado a manejar. Ya son hombres todos de casi 80 años. Fue muy fuerte ese reencuentro". No iba a ser fácil sacarla de ahí. Néstor Kirchner la hizo llamar para ofrecerle, esta vez, un cargo político —"Elegí dónde querés estar", le habría dicho—; la quería de vuelta en la Casa de Gobierno, pero ella se sentía cómoda en la CGT. Para ese momento, todavía no se había quebrado la argamasa peronista en la que había hecho pie el kirchnerismo y Claudia reconocía en el santacruceño al candidato del peronismo, había que acompañar. "Kirchner todavía no había mostrado su lado antiperonista", dice, y ella sentía que desde el movimiento obrero también aportaba al proyecto común. Eso le dijo al ex presidente. Pero pocos años después la base de sustentación, la argamasa peronista, era otra vez un mosaico partido en pedazos y, en 2009, Venegas la impulsó como candidata a diputada en la lista con la que otro peronista disidente, Francisco de Narváez, le ganó al kirchnerismo en la provincia de Buenos Aires. En octubre de 2015, fue la compañera de fórmula de José Manuel de la Sota para el frente del peronismo opositor.

Cuando la Justicia retomó la investigación sobre el crimen de su padre, uno de los nombres que apareció implicado fue el de Carlos Kunkel, su primer jefe en la era kirchnerista. Claudia asegura que para 2003, la época en que trabajó bajo sus órdenes, el apellido Kunkel no le decía nada en especial. Que nunca habían hablado de su padre. Sabía, sí, que Kunkel había estado en Montoneros y eso a veces le impedía soltarse, llamarlo "compañero", como él le pedía, y no siempre "señor", como lo llamaba marcando distancia. Montoneros, para ella, representaba el costado más oscuro de la política, pero no porque lo asociara con la muerte de su padre, asegura. Kunkel era Montoneros y Montoneros, para ella, era la organización responsable de haber llevado al país al desastre. En 2010, cuando recién había asumido como diputada tras las elecciones de 2009, dice que se encontró en un ascensor del Congreso con el también reciente diputado Kunkel. Se abrieron las puertas, él subió, se saludaron fría pero correctamente (Hola Claudia, ¿cómo estás?; Bien, ¿cómo estás?) y entonces, a punto de bajar, él la abrazó y le dijo "ya vamos a volver a estar todos juntos". "Creo que se refería al peronismo, porque en ese momento yo me había ido con el peronismo en la oposición y estábamos en veredas opuestas." Dice que ésas fueron las palabras de Kunkel y que tenía lágrimas en los ojos. Pero también dice que ahora, después de lo que supo sobre la investigación del juez Ariel Lijo en torno al atentado

contra su padre y los nombres de los funcionarios involucrados, ya no está tan segura de poder abrazarlo otra vez.

Le pasa a menudo y con mucha gente del kirchnerismo. "Es algo raro con ellos, siempre me demuestran como un gran afecto cuando nos encontramos. O será culpa, no sé, pero cada vez que me ven se acercan y me abrazan. Y me demuestran su afecto. Yo creo que es la culpa, de verdad. Muchas veces pienso que ellos a solas con la almohada se lo deben replantear. Supongo que por eso conmigo son sumamente afectuosos. Por supuesto, nunca me crucé a Firmenich ni a Vaca Narvaja ni a Perdía, ni a otros líderes montoneros."

—*¿Hablarías con ellos?*

—Sí, cómo no voy a poder hablar.

—*¿Y qué pensás que les dirías?*

—Quisiera que me pidan perdón, lo único. Que se hagan cargo, que digan "lo hicimos porque creímos esto, pero estábamos equivocados". Perdón. Nada más. Yo estoy convencida de que si uno pudiera hablar a solas con ellos, lo harían. Pero yo quiero que pidan perdón públicamente.

—*¿Por qué?*

—Porque creo que eso va a ayudar a que todos salgamos adelante, al reencuentro. Porque yo no tengo odio, pero hay mucha gente que lo tiene.

Ella dice que eso, el no haber tenido odio nunca, se lo debe a Coca, su madre, que no alimentó esos sentimientos. "Mi vieja no terminó el primario, sólo llegó hasta tercer grado, trabajó en una fábrica hasta que se casó, era una mina de clase muy baja, pero tuvo una gran inteligencia emocional y pudo enfrentar lo que le tocó vivir con absoluta naturalidad, sin rencores, sin odios. Así lo vivimos mi hermano y yo, y así se lo pudimos transmitir a nuestros hijos." Claudia dice que tanto los dos mayores —María, nacida en 1985, y Juan, en 1988— como el pequeño Thiago, nacido en 2006, hablan con naturalidad del abuelo José y que su recuerdo está muy presente en la familia. "Siempre pensé que si no se lo contaba yo, se lo iba a contar alguien en la escuela, vaya a saber cómo, o se iban a enterar de cualquier otro modo. Yo se lo cuento de la manera más objetiva posible, les digo que hubo una época de la Argentina trágica, en que se atacaba al que pensaba distinto y que la manera de atacar era a través de las armas, que había mucha gente que no pensaba como el abuelo y decidieron matarlo, y que no fue el único al que mataron. Eso también se lo digo, que eso fue lo que pasó con su abuelo, pero que además mataron a otro montón de gente que pensaba distinto. Y siempre les decimos, con mi marido, que esto es lo que no tiene que volver a pasar en la Argentina. Por eso hablamos, dialogamos mucho, trato de estimularlos por ese lado, para que siempre tengan claro que el diálogo es la mejor salida para cualquier hecho político y no político de la vida."

Claudia sugiere que en la construcción de ese relato equilibrado el pasado político de Gustavo Salischiker, su nueva pareja y padre de su hijo menor, tiene un lugar importante. Lo

conoció en Villa Lugano, poco después de su retorno a la política. Coincidieron en un encuentro de la militancia en la que él era un peronista más. Pero en los años 70, en plena adolescencia, se encontraba muy lejos del gran partido policlasista: se había sumado al ERP a los 16 años y cuando tenía 19, en 1976, lo agarraron a tres cuadras de su casa transportando volantes. Estuvo seis años preso, casi toda la dictadura y hasta el retorno de la democracia. "Siempre hablamos en casa de todo eso con los chicos. Gustavo tiene cuatro hijos, además están los dos más grandes míos y el más chiquito, el nuestro. Él lo que transmite es que hoy se da cuenta de que estaban todos muy locos en aquella época. Él tenía 16 años cuando se metió en el ERP, y siempre hablamos del riesgo que hay en eso, porque cuando sos chico cualquier fuerza puede cooptarte y reclutarte." Gustavo hizo una lectura del pasado similar a la de la ex militante montonera María Luján Bertella, cuyo testimonio como víctima se escuchó en el contexto de la megacausa ESMA, donde estuvo detenida. Allí dijo que ella había sido víctima de los militares pero que antes había sido víctima de los Montoneros, cuando la cooptaron ideológicamente a los 15 años. Gustavo, dice Claudia, estaba totalmente de acuerdo. "Siempre dice que él fue víctima del ERP, así como luego fue víctima de la dictadura. El pertenecía a una familia de clase media, judía, que le ofrecía muchas posibilidades y sintió que tenía que abandonar todo lo que había de bueno en la clase media para meterse a laburar en una fábrica sin necesitarlo, sólo porque había que integrarse al proletariado. Siempre cuenta una anécdota de cuando le decían que llevara panfletos a las fábricas para leer con los obreros. Había repartido esos documentos y dejó pasar unos días y el fin de semana para dar tiempo a que los leyeran. Al lunes siguiente le preguntó a uno de los compañeros: '¿Y? ¿Leíste el documento? ¿Qué pensás?'. 'Que ustedes están totalmente locos', le dijo el obrero. De este tipo de contradicciones Gustavo me habla todo el tiempo y les habla a los chicos." La anécdota ilumina un clásico de las discusiones políticas de los años 70 entre militantes peronistas que chicaneaban a los "troskos". Lo único que les importaba a los obreros, dice la hija del sindicalista dilecto de Perón, era comer el asado con su familia y tener un salario mejor, no buscaban la revolución.

No soporta la me encasillen, dice, ni que la quieran ubicar en la derecha del peronismo. "A los kirchneristas les convendría y les encantaría que yo estuviera casada con Videla, les cerraría perfectamente todo, pero no, fijate, ¡estoy casada con un ex militante del ERP que fue preso político de la dictadura!" Les jode que en la vida no todo sea blanco y negro, dice. "Me quieren poner en un lugar en el que jamás estuve ni estoy; yo estoy lejos de la derecha ortodoxa, como ellos lo llaman, y de la Corpo y de toda esa historia. Ideológicamente estoy lejos." Así se lo dijo, casi a los gritos, a un diputado que logró sacarla de quicio. "Devolvé a los nietos", le había gritado en el recinto, haciendo referencia a los niños apropiados en la dictadura. "¿Qué tengo que ver yo con eso? —recuerda indignada—. Te oponés a una iniciativa de ellos y te acusan de cualquier cosa. A mí me parece que lo más triste del kirchnerismo es eso, haber destruido

causas tan justas en las que además estamos todos embanderados, todos, porque la causa de los derechos humanos no es propiedad de ellos. Y yo no soy lo que ellos quieren que sea, lo que les conviene, no soy eso. Se lo dije tal cual a ese diputado que me gritó 'devolvé a los nietos': 'Por más que insistas, yo no soy la dictadura'."

Al principio, dice, apoyó la política de derechos humanos del kirchnerismo, pero después le pareció que el Gobierno buscaba estimular el odio y los enfrentamientos. Recibió a familiares de hoy detenidos por causas de lesa humanidad y escuchó relatos que la preocuparon. Dice que al principio estuvo de acuerdo con que todo el mundo fuera juzgado, tenía que hacerse Justicia, pero a la vez le parecía que había una cierta falta de equilibrio. Lo deja más claro con una anécdota: "Cuando se inauguró el Museo de la Memoria en la ESMA, yo fui invitada como todas las empleadas de Casa de Gobierno, pero dije que no iba a ir porque no estaba de acuerdo, porque me parecía que era la memoria para la mitad de la historia, no era la memoria de todo lo que nos pasó, cosa que hubiese sido bárbaro. Si abrís un museo de la memoria, contá todo. No hagas una memoria solamente para unos, porque hubo otra gente, como Rucci, que también merecía estar en el Museo de la Memoria".

Por momentos parece asomar una contradicción. Habla de la causa judicial y de su compromiso con la investigación y a la vez dice que ya no pide que los culpables vayan presos, que le alcanza con que hagan un mea culpa. En caso de que le pidieran perdón, ¿impulsaría el cierre de la causa? "Me parece que sería de un gran aporte a la verdad histórica que Firmenich, Perdía y Vaca Narvaja expliquen públicamente lo que han reconocido en la intimidad: que el asesinato de mi padre fue —en su interpretación— un 'error político'. Si además pidiesen perdón por el daño ocasionado (no sólo a mi familia, también a Perón, a los peronistas y a los argentinos en general) sería de gran valor. Las derivaciones que han tenido las investigaciones realizadas (más las nuestras que las de la Justicia) llevan a pensar que se han utilizado recursos de parte del Estado que entonces les tocó administrar (principalmente el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires) y eso podría convertirlo en un crimen de lesa humanidad, imprescriptible. No impulsaría el cierre de la causa, seguramente ya dejaría de preocuparme tanto por ella desde lo personal. Pero no correspondería que intente detener el avance de la Justicia ya que el tema me trasciende."

Pese a que varias memorias de ex militantes de FAR y de Montoneros ya recordaban el crimen de Rucci como un "error político" propio —los libros de Carlos Flaskamp, José Amorín, Juan Gasparini—, Claudia Rucci asegura que hasta el libro de Reato ni ella ni su familia tenían confirmada la pista montonera. En 1998 cobraron la indemnización de 220.000 pesos (que entonces eran dólares) que la ley 24.411 dispuso para los familiares de víctimas de la violencia estatal o paraestatal: es decir, quedaba implícito que la Triple A era la responsable. Cuando el libro de Reato reavivó la sospecha sobre la guerrilla y la familia Rucci se presentó a la Justicia

para pedir la reapertura de la causa, fueron demandados por un hijo de desaparecidos que los acusó de haber cobrado indebidamente: si pedían que la Justicia juzgara a los montoneros partícipes del crimen, no podían a la vez sostener que Rucci había caído víctima de la violencia estatal o paraestatal, como requería la ley 24.411. Ella dice que no recuerda muy bien cómo se hicieron aquellos trámites, tampoco recordaba la cifra, que ella no fue quien se ocupó del tema, que en esa época estaba completamente dedicada a la actuación, que no sabe y no recuerda y que, pensándolo bien, el Estado debería indemnizar a todas las víctimas de la violencia política de aquellos años, de todos los sectores.

Claudia habla de sanear, de que sólo con la verdad de todos los sectores se podrá salir adelante. "Digamos la verdad, y hagámonos cargo de todo lo que pasó en este país, porque de alguna manera todos somos responsables. Cuando los Montoneros tiraban, del otro lado también les tiraban. Se tiene que saber toda la verdad. Cuando Montoneros iba a atacar al grupo gremialista llamado por ellos de derecha, del otro lado también los recibían a los tiros, no eran bebés de pecho. Yo no digo la izquierda estuvo mal y la derecha estuvo fantástica, no, para nada, acá hubo de todo de todos lados. Pero hablemos a calzón quitado por el bien de los argentinos. Lo que nos sucedió fue culpa de todos, no sólo del ERP y de Montoneros, fue culpa de todos, nadie supo parar la pelota, o nadie quiso parar la pelota, y la verdad es que lo que ha sucedido en la Argentina nos ha dejado marcados por generaciones y generaciones. Mi hijo menor seguramente va a estar marcado por esto, porque le mataron a su abuelo. Entonces, son generaciones marcadas y la única manera de salvar a estas generaciones es cambiar la historia, es hablar desde otro lugar."

En 2013, al cumplirse cuarenta años de la muerte de José Ignacio Rucci, el Congreso de la Nación hizo un minuto de silencio en memoria del jefe sindical asesinado. Terminada la ceremonia, la hija del homenajeado, en ese momento diputada, salió del recinto, atravesó los pasillos y bajaba por las escaleras en busca del baño, cuando la sorprendió la voz de otra diputada, Victoria Donda, hija de dos militantes montoneros desaparecidos. "Claudia", la llamó la legisladora de Libres del Sur al tiempo que se levantaba para ir a su encuentro. "Necesitaba abrazarte —le dijo—. Porque nosotras somos hijas, ¿qué tenemos que ver en esta historia? Supongo que el dolor es igual para todos." Claudia dice que ambas se emocionaron mucho y que después de ese abrazo entre lágrimas con Victoria Donda se quedó pensando que, seguramente, un sentimiento similar está dentro de cada uno de los hijos. "¿Qué tenemos que ver nosotros con la historia de nuestros viejos? ¿Cómo puede ser que sigamos hoy alimentando esos odios y esos rencores? Es la negación de que se puede evolucionar, de que se puede cambiar. ¿Qué culpa tiene ella de lo que los Montoneros le hicieron a mi viejo y qué culpa tengo yo de lo que les pasó a sus viejos? Y seguro que mi viejo tampoco tenía nada que ver con lo que les pasó a los suyos porque ya estaba muerto, ya lo habían matado. ¿Qué culpa podemos tener

los hijos? Ambas elegimos también la política, como nuestros padres, pero, creo yo, con el compromiso de poder transformarla. Si yo siguiera diciendo lo mismo que mi papá decía en el 73, sería una retrógrada.”

"Aunque no estaba, mi padre tuvo un rol muy presente en mi vida. Era un héroe, era gigante para mí. Y es muy pesado también convivir con un ideal, medirte siempre con una vara tan alta"

El señor de atrás lo observa. El niño que viaja parado en el asiento del tren, mirando para atrás, le devuelve apenas la mirada. El señor se inclina levemente y le pregunta cuántos años tiene. "Seis", responde. La mamá lo reta, no está bien mentirle al señor. Él se ruboriza y, escondido detrás del respaldo, le explica: "Es que si le digo que tengo cuatro años va a saber quién soy". Una precoz conciencia de la clandestinidad, piensa Alberto Saavedra, 44 años, mientras trata de recordar a ese niño que fue cuando viajaba con sus padres en el tren que unía Tucumán con Buenos Aires.

De esto se dio cuenta no hace tanto cuando, ya padre de dos hijas, fue a buscar a una de ellas al jardín de infantes y escuchó cuando la maestra le preguntaba cómo se llamaba su papá. Su hija, perpleja, no supo qué contestar. Alberto tardó muchos años en advertir que como su padre —cuyos alias habían sido Damián, Pepo y Culipanza— a lo largo del tiempo había usado varios sobrenombres, siempre distintos, con distintas personas y en diferentes lugares. "Nunca me hizo ruido, siempre había sido normal para mí. En la Facultad me decían de una manera, en la escuela me decían de otra, a cada lugar que iba me llamaban de un modo distinto. Cuando me encontraba con alguien, según cómo me decía, yo adivinaba de dónde lo conocía. Medidas básicas de seguridad de la época de mis padres", dice ahora, en su casa del barrio de Núñez. Sólo cuando Alberto vio el desconcierto de su hija frente a esa pregunta elemental, la del nombre del padre, se dio cuenta de que había un problema. Y que tenía que ver con su historia familiar. No son ésas las únicas marcas de su infancia clandestina que Alberto Saavedra encuentra hoy en su vida de adulto.

Sus padres, Fernando Saavedra y Albertina Paz, provenientes de familias de linaje patricio, se habían conocido haciendo tareas sociales con la Iglesia, cerca del sacerdote Carlos Mugica. Ambos habían dejado atrás las comodidades de la alta burguesía para sumarse a la militancia política. Él había sido miembro de la conducción de Descamisados y luego los dos confluyeron en Montoneros. Antes de ser asesinado en Tucumán, en 1976, había llegado a tener un rol destacado en la columna oeste de esa organización. Las disidencias internas, que incluyeron

rupturas y su decisión de autoexcluirse del atentado contra José Ignacio Rucci, le valieron un doble castigo: el traslado a Orán, Salta, y la degradación de su jerarquía, de Oficial Mayor a Oficial Primero. En 1975 se instalaron en Orán y, al poco tiempo, Fernando y Albertina cayeron presos: habían dejado un paquete de volantes con la firma de Montoneros en el baño del cine, un chico de 12 años lo vio y los denunció a la policía. Cuando los liberaron, la familia entera —el matrimonio, Alberto y su hermana recién nacida— se mudó a Tucumán.

A principios de 1976, meses antes del golpe militar, Saavedra le dijo a su mujer que sabía que iban a caer, que no iban a pasar del mes. "Esto me lo contó mi mamá cuando yo era adolescente —dice Alberto—. Y yo recuerdo haberle preguntado por qué no se fueron en ese momento si tenían plata y documentos. Por qué no se fueron si sabían que los iban a matar. Saber que vas hacia el precipicio, saber que te vas a caer, y seguir caminando." Y el precipicio efectivamente llegó, pocos meses después de ese presagio, el 20 de mayo de 1976. Ése fue el día en el que el padre de Alberto murió en un enfrentamiento en una casa operativa que vigilaba junto con otros compañeros. "El Ejército tomó la casa, hubo un tiroteo y murieron los que estaban allí", reconstruye Alberto. Salvo uno que logró escapar y le contó a Albertina Paz lo que había sucedido. Después de la muerte de Saavedra, ella dejó a sus hijos al cuidado de una de sus hermanas que en ese momento vivía en Tucumán, avisó a la familia Saavedra que Fernando "había caído" y se escondió en una casa. Cuatro días después, el 24 de mayo, la madre de Alberto también fue capturada en "una cita cantada". La madre y la hermana de Fernando viajaron inmediatamente a Tucumán, se volvieron con los chicos a Buenos Aires y lograron, gracias a los contactos que tenía la familia Paz, que les entregaran el cuerpo de Fernando, que en ese momento fue enterrado en el cementerio de la Recoleta y cuyas cenizas hoy están en el Parque de la Memoria. "Mi madre estuvo desaparecida durante varios meses y finalmente apareció a fines de octubre en la cárcel de Devoto. Pudimos reconstruir después que ella había estado en el Regimiento 19 de Infantería de San Miguel y en el centro clandestino que funcionó en el Penal de Villa Urquiza. Recién cuando la mandaron a Devoto yo empecé a ir a la cárcel y a tomar contacto con ella."

Alberto y su hermana vivían en Callao y Quintana, en la casa de la hermana de su padre, a pocos metros del hogar de la abuela paterna. Iban y venían de una casa a la otra todo el tiempo. Para Alberto, la figura de esa abuela en cuya casa jugaba y encontraba refugio fue fundamental. Con ellas estuvieron hasta que Albertina Paz, después de dos años de encierro, fue liberada, a mediados de 1978, y pudo partir con sus hijos a Italia. Recién volverían a la Argentina en 1984, durante la transición democrática y el incipiente gobierno de Raúl Alfonsín.

Fue una infancia dura, dice Alberto, una infancia de mucha soledad. Si durante los años de clandestinidad en la Argentina él ya se quejaba de esa vida caótica de militantes y les pedía a sus padres que lo llevaran a vivir a otra casa —basta de mudanzas, decía, basta de cambiar de

escuelas, basta de dejar atrás sus juguetes, basta de miedo y de policías—, en Italia la vida no sería mucho más amable. La intensa actividad política de su madre, que seguía militando a tiempo completo —ahora para ayudar en los comités de exiliados y para denunciar la política de secuestros y desapariciones que se estaba perpetrando en la Argentina—, lo obligaba a arreglárselas solo durante todo el día en ese país extraño y a hacerse cargo de su hermana menor. "Durante 1978 y 1979 estuvimos en Italia, y después nos fuimos a Francia, porque en Italia nos cagábamos de hambre, literalmente. En Italia no había ningún apoyo para exiliados, no había nada." Además, su madre había vuelto a hacer pareja con otro expatriado y la relación entre Alberto y el nuevo compañero de su madre no era fácil. "Mi infancia en el exilio fue básicamente una infancia de soledad. Siempre tuve más responsabilidades de las que mi edad me permitía manejar. Mi mamá seguía militando y a veces nos llevaba a mi hermana y a mí a las reuniones políticas. Tengo el registro muy presente de los ojos con humo, de llorar por el humo de esas reuniones."

Él dice que nunca cuestionó a su madre por estas cosas. No sólo no tuvo reproches. Tampoco entendía el enojo de otros hijos con historias similares a la de él que vivían haciendo recriminaciones por la vida que tuvieron que vivir, por los peligros a los que habían sido expuestos. "¿Para qué nos tuvieron?", llegó a escuchar una vez de boca de uno de esos hijos de viejos compañeros de sus padres. "A mí me pesó tanto ese reclamo. No sé por qué yo nunca lo sentí así. Siempre tuve con mami una muy buena relación. Fue una relación relativamente distante, como era el estilo familiar, hasta que tuve a mis hijas. Creo que a mí la paternidad me hizo ver un montón de cosas. Ahí pude acercarme y pude preguntarle, y ella también estuvo en condiciones de poder hablar. Mami nunca contó lo que le pasó, a nadie, hasta que se separó de mi padrastro." Alberto no se pelea con los silencios de su madre. Tampoco hizo demasiadas preguntas ni planteos incómodos sobre el pasado. Militante político él también, aunque señala errores fatales de las conducciones guerrilleras, cree que la violencia insurgente, salvo en los pocos años de democracia, estuvo legitimada por la opresión ejercida sobre las mayorías populares. El dolor causado a los demás por la violencia de las organizaciones armadas, más allá de que jurídicamente esos crímenes no sean homologables a los crímenes cometidos desde el Estado, no aparece en sus reflexiones. "Tengo claro que durante momentos largos de su militancia, ellos tenían una militancia armada, no pegaban afiches. Pero concretamente qué hicieron no me resulta relevante. Esas cosas no me importan ni me afectan. He hablado de algunos episodios concretos, no sé si mataron o no a alguien. Nunca me animé a preguntarle eso, ni sé si querría saberlo."

Alberto defiende algunas decisiones de Montoneros y cuestiona otras. Analiza los errores y las estrategias equivocadas pero sin dramatizar: no se enoja con la conducción por haber decidido enviar a su padre al Norte de la Argentina —y dejarlo expuesto, sin protección—

porque cree que también fue responsabilidad de él aceptar esa conducción y esas órdenes. "No les tengo rencor a los miembros de la conducción, no les tengo ningún tipo de rencor, la verdad, y creo que la gente que les tiene rencor, que los hay y muchos, hay mucha gente enojada entre los ex militantes y sus familiares, subestima de alguna manera la capacidad de elección de aquellos a quienes quiere y cree defender. Mi papá aceptó esa conducción, no la puso en discusión, pudiendo haberse ido cuando quisiera. Él aceptó esa conducción y ese colectivo que se fue dando a sí mismo esos liderazgos fue parte de lo que construyó. Menospreciar ese liderazgo implica menospreciar la capacidad de mi padre para haber construido eso, y yo lo valoro a pesar de ser muy crítico de ciertas cosas que hicieron mal. No les tengo ningún rencor pero, eso sí, no sé cómo viven, no sé cómo hacen para vivir. Cargan una mochila muy pesada. No sé cómo hacen para respirar cada minuto. Yo sentiría un peso infinito encima de mí, muchas veces he pensado en ellos y no me imagino cómo hacen para respirar."

Con la reapertura de los juicios de lesa humanidad, Alberto declaró en Tucumán por la muerte de su padre en una causa que terminaría llevando a prisión al juez Manlio Martínez, acusado de encubrimiento en la investigación del asesinato de los cinco militantes montoneros entre los que estaba Fernando Saavedra. Alberto no fue llamado al juicio para declarar como testigo o brindar información —sólo tenía cinco años en aquel momento—, sino para contar cómo había impactado en su familia la muerte de su padre. "Son testimonios con los que se busca algo para mí tan importante como la sentencia, que es reconstruir lo que pasó. Y lo que pasó no es sólo que mataron a tal persona sino que en esa familia cayó una bomba atómica. La reconstrucción da cuenta de ese tremendo daño que va más allá del muerto." Alberto recuerda que no podía empezar a hablar. No le salían las palabras. "Lloré a mares", dice. Él, que casi no tenía recuerdos con su padre, estaba en la tierra donde lo habían matado para contar cómo había sido vivir sin él. Aunque, dice ahora, su padre siempre estuvo muy presente. "Aunque no estaba, mi padre tuvo un rol muy presente en mi vida. Era un héroe, era gigante para mí. Y es muy pesado también convivir con un ideal, medirte siempre con una vara tan alta."

Ocuparse de los juicios de lesa humanidad, para Alberto, es parte del trabajo profesional y cotidiano que desarrolla desde hace diez años en la Procuración General de la Nación, colaborando con todos los fiscales del país en la instrucción de las causas de lesa humanidad. Alberto sostiene una convicción apasionada sobre la función reparadora de estos juicios, sospecha mala fe en la mayor parte de los cuestionamientos que se hacen públicos y destaca los argumentos con que el director del CELS, Gastón Chillier, respondió en 2014 a una de tantas notas publicadas en *La Nación*: "Frente a la acusación de que el tratamiento judicial de estos hechos es diferencial o discriminatorio, las condiciones de los juicios y sus resultados indican lo contrario. El proceso de justicia se rige por las reglas del proceso penal ordinario y el mismo estándar probatorio. Nunca se conformaron tribunales ni leyes especiales para juzgar los

delitos más graves cometidos por el Estado o bajo su amparo. Los tribunales escuchan a los imputados, a las víctimas y a los testigos. A partir de la consideración de las pruebas, los jueces condenan o absuelven cuando consideran que los delitos no fueron probados. En los 115 juicios que ya finalizaron, 45 personas han sido absueltas. En la etapa de investigación, los jueces resolvieron la falta de mérito de 119 imputados porque consideraron que las pruebas no eran suficientes para procesarlos. En la misma fase del proceso judicial, 44 personas fueron sobreseídas definitivamente. Además, la sentencia de un tribunal oral no es la última instancia del proceso judicial. En la gran mayoría de los casos, las partes apelan las sentencias, condenatorias o absolutorias. De las 115 sentencias por delitos de lesa humanidad, 20 están firmes. En 18 casos intervino la Corte Suprema de Justicia de la Nación —dos no fueron apeladas— y en todos confirmó la decisión de los tribunales inferiores. Es decir, que la instancia máxima del Poder Judicial de la Nación ha validado las condenas y las absoluciones y, por lo tanto, ha ratificado la legalidad de los juicios por crímenes de lesa humanidad en cada uno de sus fallos".

Él dice que al principio, cuando volvieron del exilio, buscó hacerse una vida lo más alejada posible de lo que había sido la de sus padres. Ingresó a la Escuela Cristóforo Colombo y de algún modo fue como continuar en Europa, amigos italianos e hijos de italianos que iban y venían del país. Pero de a poco —plena década del 90— empezó interesarse en la política argentina —leía *Página/12*, empezó a militar en la unidad básica del barrio de Saavedra, después, ya en la facultad, en el centro de estudiantes— y todo confluyó, finalmente, hacia un universo político cercano al de Fernando y Albertina. De la época de sus padres también le quedan esas manías hijas de la clandestinidad con las que hace enojar a su familia: es estructurado, inflexible, estricto con la puntualidad. "Los horarios, explica, eran clave para la seguridad, las citas son en el minuto exacto, ni antes ni después porque en cada segundo se jugaban la vida."

Pero sólo hasta ahí reconoce la marca en el orillo de sus padres. En la escena familiar, se siente el fundador de un linaje nuevo, de una saga iniciática en la que los padres viven el día a día de sus hijos, comparten las pequeñas felicidades de la vida cotidiana y en donde se multiplican los abrazos y la distancia afectiva no tiene lugar. Como si Alberto hubiera aprendido que los reproches sobre el pasado no ayudan, que en la vida sólo se corrige hacia adelante.

"A Dios gracias, pude perdonarlos en mi corazón. Tal vez me interesaría conocer al único de ellos que está vivo para preguntarle hasta dónde fueron conscientes del mal inmenso que causaron"

José María Sacheri es una víctima. A su padre, el profesor de filosofía Carlos Alberto Sacheri, lo asesinó un comando guerrillero en diciembre de 1974, delante de toda su familia. Es el hijo de una víctima e integra como tal la Asociación Víctimas del Terrorismo de Argentina, ONG que contrapone al relato que hace foco en las víctimas de la represión ilegal de la dictadura, una narrativa a contrapelo: la de las víctimas de los hechos de violencia que no se cometieron al amparo del Estado sino de las organizaciones armadas.

Desde ese lugar impulsa acercamientos entre los lastimados de la historia. Porque aunque él dice que supo tarde de los crímenes de la dictadura, hoy quiere buscar encuentros y ayudar a superar divisiones. Él fue el impulsor de "70 veces 7", la iniciativa que promovió en 2011 para acercarse hacia el otro lado herido de los años 70, donde la agresión recibida y el dolor acumulado, supo más tarde, asegura, habían superado toda medida. La propuesta de "70 veces 7" retomaba la inspiración de la mesa redonda "Reconciliándonos con la historia" que, en 2010, había reunido a Augusto Larrabure, hijo del coronel Argentino del Valle Larrabure, secuestrado y asesinado por la guerrilla, a Luis Labraña, ex militante montonero, a monseñor Carmelo Giaquinta y a familiares de las víctimas de distintos sectores, para promover políticas de encuentro. Él dice que su intención era y es pacificar, ayudar a reconstruir relaciones quebradas por la violencia. Pero su impugnación de los juicios de lesa humanidad y su participación en negociaciones políticas tendientes a retomar la idea de amnistía le valieron fuertes críticas y la acusación de ser "pro militares genocidas".

Para José María, hijo de una familia tradicional y católica de San Isidro, cercana por origen y pertenencia de clase a los sectores castrenses y a los ambientes de las élites intelectuales y políticas de la Argentina del siglo XX, la violencia empezó en 1959, con la primera guerrilla peronista, y el Cordobazo es un "hecho violento" que pone en línea cronológica con otros, como el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu, el de José Ignacio Rucci y el de tantas otras víctimas de la violencia insurgente. Ahí está para él el comienzo de la violencia. Lo que vino después fue

la respuesta. Habla de “la fábula de los jóvenes idealistas” que lograron introducir en la sociedad la idea de un enfrentamiento entre dos bandos, los guerrilleros y los militares, algo que considera completamente falso: la atacada fue la sociedad civil, dice. Pero habla también de los crímenes del Estado, imposibles de justificar. “Al principio no lo podía creer, pero frente a las evidencias contundentes, comentarios y reconocimientos, hasta de algún militar, obviamente lo reconocí, lo investigué y tristísimamente constaté los horrores y errores que se cometieron. Aunque también —y no es ningún tipo de atenuante— se han dicho enorme cantidad de mentiras en los juicios, perfectamente constatables para casi todos los jueces que por moda o por temor a quedar mal se hacen los distraídos. Esto también es constatable, aunque no justifique de modo alguno los horrores cometidos. Lo repito. También es obvio para cualquiera que conozca la historia de aquellos años, que los crímenes de la guerrilla fueron horrorosos, y muy pocos hoy saben eso.”

Lo contó cientos de veces. Sin embargo, algo de aquella conmoción siempre se reactiva. Habla del día en que a su padre le volaron la cabeza de un disparo. La sangre en las ventanas del auto, en el asiento, en su propia camisa, porque él, que tenía 14 años y adoraba a su padre, estaba sentado a su lado en ese momento. Recuerda la desesperación aturdida, los anteojos de sol del hombre que disparó y el Peugeot 504 celeste desde donde se los había atacado, que se adelantaba y se perdía. Recuerda los gritos de su madre, la cabeza de su padre volcada hacia un costado, la sangre, sus seis hermanos y dos amiguitos petrificados en el asiento de atrás. Poco después del mediodía su padre moría en la guardia del hospital de San Isidro. José María dice que lo había soñado. No exactamente tal como sucedió, pero que había soñado la muerte de su padre la noche anterior a ese domingo. No sabe si habían sido amenazados, pero sí que meses antes le había llamado la atención una tarjeta de un promotor de seguros de vida sobre el escritorio de su padre; también que telefonearan y cortaran y que en alguna caminata nocturna entre la estación de San Isidro y la casa, su padre caminara como en estado de alerta.

Carlos Alberto Sacheri tenía 41 años cuando lo mataron. Había estudiado derecho, filosofía y teología, y se desempeñaba como profesor en la Facultad de Derecho de la UBA y en la UCA. De convicción nacionalista y anticomunista, se opuso al movimiento de curas del Tercer Mundo inspirado en la lectura del Concilio Vaticano II y, desde comienzos de los años sesenta, denunció la creciente politización de algunos grupos de formación y militancia cristiana. En 1970, la edición de su libro *La Iglesia clandestina* reunió sus trabajos publicados por entregas en el boletín *Verbo*, órgano de expresión del grupo Ciudad Católica, en los que se leía la tensión entre el clero tradicional y la nueva sensibilidad postconciliar. En su libro *Sacheri, predicar y morir por la Argentina*, el también profesor de derecho y filosofía, Héctor H. Hernández, destaca el compromiso de Sacheri con el catolicismo y su defensa de la doctrina social de la Iglesia como única arma para transformar la realidad. Otros autores, como Alberto Caturelli, Antonio

Caponnetto, Jorge Luis Hidalgo, lo destacaron también como mártir de Cristo, como el intelectual que se atrevió a denunciar a la Iglesia paralela que quería socavar las bases espirituales de la Argentina católica, y celebraron su lucha decidida contra lo que observaban como una mala interpretación de la palabra del Concilio. "Estuve convencido y estoy convencido —escribió Alberto Caturelli— de que el libro *La Iglesia clandestina* fue el motivo principal de su muerte." Y recordaba la frase del poeta Georges Bernanos que el mismo Sacheri había elegido para la faja de presentación de su libro fundamental: "Seremos fusilados por curas bolcheviques". Otros historiadores, que también destacan el relevante lugar de Sacheri en la crisis interna que desgarraba a la Iglesia, leen en su trayectoria intelectual y en sus relaciones con actores del poder de su época, una cruzada tradicionalista que depositaba en la alianza entre Iglesia y Fuerzas Armadas la custodia de la nacionalidad y que veía necesario disciplinar al sector más radicalizado. Para eso, sostienen, señaló desvíos conceptuales y también hizo denuncias con datos puntuales que aludían a personas específicas. Algunos historiadores ven una línea de continuidad entre aquella crisis interna de la Iglesia de los años sesenta y el ambivalente lugar que la institución tuvo años después, durante la dictadura, cuando hubo jerarquías cómplices (salvo contadas excepciones), sacerdotes guerrilleros que alentaban a la insurgencia, capellanes castrenses en centros clandestinos y monjas, curas y laicos desaparecidos.

"El mayor pecado de mi padre fue haber denunciado la infiltración marxista en la Iglesia", dice su hijo. "En ese sentido fue casi profético. Papá conocía al sacerdote Carlos Mugica y obviamente estaban en veredas enfrentadas. Pero él jamás tocó un arma, él daba clases en la universidad, aunque en ese momento si alguien hacía algo por encima de la media, que no le gustara a la guerrilla o a quien fuera, podía estar amenazado."

José María Sacheri, el hijo mayor, tiene hoy 55 años. Para cuando sucedió el asesinato, su padre Carlos Alberto, su madre María Marta Cigorraga —ama de casa, aunque tenía título de maestra— y los hijos del matrimonio —él y sus seis hermanos— vivían en una casona sobre la Avenida del Libertador al 16.800, a unas ocho cuadras de la Catedral de San Isidro. Los dos varones habían ido al colegio San Juan el Precursor y las mujeres a la Unidad donde, dice José María, "unas monjas del Sagrado Corazón venían medio *heavy* con el tema del tercermundismo", por lo que se había decidido cambiarlas al San Pablo. "A mí también me cambiaron de colegio. En el San Juan hacía mucho lío. Era bastante salvaje. Cuando me mandaba macanas papá se me acercaba con mucho cuidado; a pesar de que me ha pegado fuerte no tengo el más mínimo rencor." Es que ya entonces José María, que jugaba al rugby en el SIC, tenía especial afinidad con su padre, al que define como un hombre moderno: les cambiaba los pañales a los hijos, los bañaba, jugaba con ellos y se las ingeniaba para estar con la familia los fines de semana. Participaba de la crianza y sabía explicarles con palabras muy sencillas

temas de sexualidad, recuerda. "Era mi aliado, y me lo quitaron —dice—. Pero lo más jodido fue la vida que siguió." La tristeza en la casa, los amigos que empezaban a espaciar sus visitas, la soledad de la familia herida. Todos lo miraban a él, el mayor, que se encerraba en su cuarto a llorar para que no lo vieran sus hermanos pequeños, y le daban las recomendaciones de rigor para la época: "Tito, ahora sos el hombre de la familia". Tenía 14 años, pero en parte se hizo cargo de ese mandato. La madre consiguió trabajo en la inmobiliaria de su familia y levantó una suerte de barrera de olvido. Él se ocupó mucho de contener a sus hermanos menores y estuvo ahí para discutir con ellos cuando, con los años, en las distintas etapas de la elaboración del duelo, también se enojaron con su padre. Decían que Carlos Alberto había sido abandónico, que se había expuesto, y los había expuesto a todos, aun sabiendo que era blanco de la guerrilla, cuando podrían haberse ido a Canadá, adonde había estudiado y siempre era bienvenido. Lejos de esos reclamos, José María hoy piensa que "si bien es una hijaputez mayúscula lo que le hicieron, murió por aquello que creía y por el país, por el bien de los demás. La suya no fue una muerte anodina". Orgullo, privilegio, virtud, idealización. Ésas son las palabras que le surgen cuando habla de Carlos Alberto Sacheri.

José María siguió de algún modo los pasos de su padre. Abogado egresado de la UBA y actualmente profesor de Derechos Humanos en la UCA, todavía no era un adolescente y ya acompañaba a su padre a las conferencias que daba por todo el país y participaba de algunas reuniones con sus alumnos cuando iban a su casa a consultar al profesor. Su vida profesional, como docente del derecho, su interés en la política y su catolicismo practicante, lo acercan a los temas que fueron centrales en las preocupaciones intelectuales de su padre. ¿Se siente heredero de su pensamiento? "Hay que ponerse en aquel contexto. Papá era filósofo. Eran los tiempos de la Guerra Fría, los soviéticos sostenían guerrilleros en muchos países del mundo, que de manera dialéctica, a partir de las situaciones de injusticia que se podían identificar en cada sociedad, legitimaban la violencia 'para corregir esa injusticia'. Mataban, robaban, secuestraban y, lógicamente, generaban respuestas del poder político del país respectivo. Los guerrilleros se entrenaban en Cuba, actuaban en América Latina y desestabilizaban gobiernos, especialmente cuando los militares tomaban el poder. Papá era un pensador del catolicismo, claramente, pero no sólo por ser un buen católico, sino porque, en mi opinión, la doctrina católica es la que propone la solución de los problemas temporales por medio de la doctrina social de la Iglesia, y es la mejor visión y más sana a nivel social y político, para el bien de todo ser humano. Él era un experto en eso, enseñaba por todo el país esa doctrina y se enfrentaba al Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo porque éste muchas veces legitimaba la violencia para restablecer alguna injusticia. De hecho, hubo sacerdotes involucrados en muchos actos de violencia. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo le hizo muchísimo daño a la Iglesia y a infinidad de muchachos y chicas muy generosos, interesados genuinamente en el

bien de los pobres, a quienes llevaron a agarrar una metralleta. Obviamente que me siento heredero de su pensamiento, lo que no quiere decir que yo esté a la altura del mismo, y menos aún de su vida y sus virtudes. Una vez mi abuela le dijo que quería construir una capilla en el campo de la familia y él respondió que, primero y antes que una capilla, había que hacerles casas a los peones. Era un buen tipo. Yo trato de serlo, que es muy distinto, y no me sale. Me lo quitaron, me dejaron un agujero. Fue muy duro."

La herida de la familia Sacheri no encontró la reparación que trae la justicia. José María lo atribuye a un clima de impunidad generalizado, después de la disolución de la Cámara Federal en lo Penal, el llamado Camarón, creado durante la presidencia de facto de Alejandro Agustín Lanusse, y la amnistía general del 25 de mayo de 1973. "La inmensa mayoría de los terroristas entraba por una puerta y salía por la otra de las comisarías o las cárceles. En el caso de papá, la cosa fue similar. La causa, que se tramitó en un juzgado de San Isidro, da vergüenza: ¡nadie investigó ni se encontró nada!" Sin embargo, él tiene confirmado que el ataque que terminó con la vida de su padre fue organizado por un comando del ERP 22 de agosto y no por la Triple A, como había sugerido Héctor H. Hernández, en su libro *Sacheri, predicar y morir por la Argentina.* Hace mucho tiempo una persona conocida le regaló una cartulina en la que figuraban los ocho o nueve nombres de las personas que —según una fuente con acceso a información de inteligencia— habían participado en el asesinato de su padre. Todos estaban desaparecidos, salvo uno que ya es un hombre grande y vive en Córdoba. Dice que él nunca quiso saber quiénes lo habían hecho y que intentó no recordar aquellos nombres, que perdió la cartulina. "A Dios gracias, pude perdonarlos en mi corazón, y creo que mi madre y mis hermanos también. Tal vez me interesaría conocer al único de ellos que está vivo para preguntarle qué pasó por sus cabezas y cuáles fueron los motivos por los que lo mataron, a él y a tantos otros. Tal vez le preguntaría hasta dónde fueron conscientes del mal inmenso que causaron."

Parece convencido de que en la Argentina de los años 70 hubo una guerra civil, y entonces, piensa, no será a través de la Justicia que se reconcilie el país, sino a través de esfuerzos de pacificación. Por eso, aunque ayudó en la defensa de un policía y un militar con causas de lesa humanidad, "a quienes conocía, y cuyos casos eran escandalosamente arbitrarios e injustos", y tiene amistad con las familias de militares de aquella época, quiso también buscar acercamiento con las víctimas de la dictadura. Pero esas iniciativas no fueron siempre bien recibidas y muchas veces sintió que pisaba un terreno resbaladizo. Percibió que algunos militares intentaban utilizar políticamente su rol de víctima de la guerrilla. También sintió que los hijos de desaparecidos no aceptaban encontrarse con él "por un tema de preconceptos equivocados".

Como hombre del derecho, ¿no está de acuerdo en que se juzguen los crímenes? Dice que lo estaría, pero si se aplicara la ley. Para él todos los crímenes, incluidos los de la guerrilla, ya están prescriptos y la reapertura de las causas viola la Constitución Nacional, en especial el artículo 18 y el llamado principio de legalidad. Pero más allá de las impugnaciones jurídicas, hoy sostiene que las guerras civiles no se terminan con juicios sino con leyes de pacificación general o de amnistía. Ésa fue la estrategia política que intentó llevar adelante a través de sus vínculos con el Episcopado y con ex miembros de las Fuerzas Armadas, pero que cuando se hizo pública, en 2010, recibió rechazos contundentes. Tal vez porque se considera como alguien que quiere aportar a lo que entiende como el bien común, no se hace cargo de las sospechas que despiertan sus iniciativas, leídas como una operación política que busca beneficios sectoriales para los militares comprometidos con la represión. El dice que el espíritu de su propuesta no fue comprendido y que por eso fue objeto "de un ataque inmenso y completamente desmesurado".

Entendió que la amnistía no es un camino viable. Y parece conformarse por ahora con los encuentros que siguen realizándose, en ámbitos privados y públicos como universidades, entre los distintos sectores de la tragedia: "Hay mucha gente de izquierda y mucha gente de variadísimos sectores de la sociedad que trabaja por la verdad histórica y por la pacificación de la Argentina. Entre todos vamos a lograr que la paz reine en esta tierra bendecida por Dios".

"Mi padre ha tenido, como todo hombre, enormes defectos, enormes yerros. Quizás, enormes omisiones…"

Un chorro de agua tibia envuelve el cuerpo del anciano. Sentado en un banquito, desnudo, se abandona a la caricia del agua. Su hijo lo está bañando. Lo enjabona y recorre con el agua ese cuerpo vencido ya por los años. No es el baño de una casa. Hay una manguera, un jabón, una bañera. El hijo también se aligera de ropa, se saca la camisa empapada, se olvida de la aprensión que le provoca el lugar. Los guardias no se ven. Padre e hijo se entregan a un extraño momento de intimidad en la cárcel, tal vez el momento de mayor comunión entre los dos en toda la vida. Entre el hombre condenado que enfrenta su segundo día en prisión, y acaso los últimos días de su vida, y el hijo que ha empezado a ser el padre de quien fue su padre. Sentado en el banquito, un nonagenario abrumado se lo agradece. Tan disminuido, él que siempre había sido fuerte como una estatua. El hijo lo había admirado por eso. El niño que fue había crecido midiéndose con la estatura de ese hombre poderoso. Acaso intentaba seguir sus pasos cuando se convirtió en un alumno esforzado que egresó del Liceo Militar. Aunque después quiso saber quién era él, más allá del pequeño mundo que le había tocado. Eligió desaprender la verdad familiar —el rigor de la obediencia y la disciplina, la extrema austeridad, la rígida fidelidad a la tradición— y volverse un aprendiz de algo desconocido al otro lado del mundo. Atrás quedaban las mudanzas por todo el país siguiendo los destinos militares de su padre, atrás quedaban los años de la primaria en la escuela pública, esa infancia de una bicicleta para todos, zapatillas y ropa heredada de los mayores, un pasar de clase media en la que no había faltado ni sobrado nada. Con dos ex compañeros del Liceo Militar se propusieron cruzar el océano y recorrer Europa, trabajarían varios meses y viajarían con los ahorros. Fue mozo en Londres, heladero en Piccadilly Circus, hizo dedo hasta Grecia, hasta Turquía, atravesó Oriente como mochilero, de ciudad en ciudad, de Estambul a Ankara, a Erzurum, y de allí a Irán —de Mashad a Teherán—, a Afganistán, a Israel. Fue voluntario en un kibutz, cultor de opiáceos en Katmandú, lo encandilaron las verdades de un gurú de la India y los refugios espirituales de la meditación. Pero no importa cuán lejos se hubiera ido alguna vez, cuánto enojo, cuánta distancia hubiera querido interponer entre él y su padre, hoy sabe que, íntimamente, nunca dejó de admirar a ese hombre del que quería alejarse: su padre, un hombre fuerte, un hombre que no dudaba.

Aquel muchacho que al regresar de su viaje iniciático, en 1972, mortificaba a la familia con sus túnicas multicolores y su pelo largo hasta los hombros, aquel muchacho que todavía se sentía en el Himalaya pero volvió a vivir a la casa familiar, que quería entrar en la carrera de Sociología pero terminó estudiando Derecho, como su padre, es hoy este abogado penalista de 63 años, impecablemente vestido, que se reúne con nosotras en un bar cercano a la Biblioteca Nacional. Quiere contar la historia de su padre, su versión del padre.

Ricardo Saint-Jean, el cuarto hijo varón del general (RE) Ibérico Manuel Saint-Jean, gobernador de facto en la provincia de Buenos Aires entre abril de 1976 y marzo de 1981, apenas contiene el dolor cuando lo recuerda. Su padre, finalmente, murió en octubre de 2012, a los 90 años, en el Hospital Militar Central, adonde había sido trasladado desde la cárcel de Ezeiza después de una descompensación cardíaca. La Justicia había ordenado su detención en 2008 y estuvo en prisión domiciliaria hasta 2012, cuando se revocó esa condición. Murió sin condena firme pero procesado, imputado por un caso de homicidio, el de Isidoro Rubinstein, y por complicidad en la privación ilegal de la libertad y tormentos en 61 hechos investigados dentro de la causa conocida como Circuito Camps, las dependencias de la policía bonaerense que estaban al mando del entonces general Ramón Camps.

"A mi padre lo asesinaron en nombre de los derechos humanos", dice Ricardo Saint-Jean, y parece hacer un esfuerzo para que el dolor o el odio no lo dominen. "Mi padre fue detenido a los 85 años, cuando estaba ya enfermo —escribió en uno de tantos mails que nos envió para ampliar información—. Yo asumí su defensa. Pasé los peores cinco años de mi vida soportando que los jueces resolvieran lo contrario a todo lo que había estudiado y a lo que se enseña en todas partes del mundo. Cardíaco, sin poder caminar, con un Alzheimer avanzado y con seis informes médicos forenses que lo declaraban incapaz para poder defenderse, mi padre fue igualmente sometido a un juicio oral que se llevó a cabo en el Teatro de la AMIA en La Plata. Lo subieron al escenario con los otros procesados, esposado y soportando los insultos de activistas políticos y de asociaciones de derechos humanos que poblaban la sala. Creí que no iba a poder soportar lo que me tocaba vivir. La oración, la fe, el apoyo de mi familia y nuestros amigos, todo hizo que pudiera estar al lado de él y mantener la cordura en medio de este infierno de odio e ilegalidad en el que vivo."

Ricardo Saint-Jean parece un hombre amable, pero está herido. Busca las palabras adecuadas para hacerse entender. Alguna pregunta o algún comentario pueden fastidiarlo, pero es capaz de controlarse. Como si ejercitara la virtud de la paciencia que exploró en Oriente y sigue cultivando hoy en largas horas de meditación. No se enoja, no pierde el control. A lo sumo, en un mail posterior dará a conocer sus sentimientos ("Lo que me dijiste me dolió", dirá) e insistirá con su interpretación de la historia.

En la detención, el juicio y la acusación penal contra su padre, en la decisión del tribunal de no concederle la prisión domiciliaria e impugnar como falsos los informes médicos, el hijo y defensor oficial del general Saint-Jean no ve Justicia sino venganza política. “Nada me fue más fácil que defender a mi padre porque hay documentos que prueban que él quedaba excluido de la lucha contra la guerrilla”, dice. Su argumento, que fue el argumento central de la defensa, es que en lo concerniente a las operaciones contra la guerrilla, Camps no reportaba a su superior inmediato en la administración provincial, es decir, a Ibérico Saint-Jean, sino al general Guillermo Suárez Mason, titular del I Cuerpo de Ejército.

No quiere hablar de justicia o de inocencia. No desconoce que durante los años del último gobierno de facto, mientras su padre fue gobernador bonaerense y Ramón Camps, su subordinado, jefe de la policía, fueron detenidos ilegalmente en centros clandestinos de su jurisdicción miles de ciudadanos. No niega las torturas, la violencia estatal contra víctimas indefensas, el robo de bebés, el asesinato. No lo desconoce, pero lo considera como los males propios e inevitables de una guerra. Aun si se le recuerda que hubo cuestionamientos internos contra la guerra sucia desde adentro mismo del Ejército —el ex presidente de facto Alejandro Lanusse relató en 1985, en su testimonio del Juicio a las Juntas, la existencia de operativos clandestinos, “por izquierda”, que había denunciado ante las autoridades de la época—, Ricardo Saint-Jean hace del estado de excepción de la guerra uno de los pilares de su argumentación: acá hubo una guerra, las Fuerzas Armadas fueron llamadas a combatir y, como le dijo hace poco un oficial detenido en Marcos Paz, lo único imperdonable en una guerra es no ganarla. “Nadie es represor, homicida o torturador —explica—. Luego de una guerra hay hombres que reprimieron, hombres que mataron y hombres que torturaron. La guerra es algo que les sucedió. El mal es la guerra, no aquellos a los que les tocó protagonizarla.”

Pero ¿no es correcto que intervenga la ley por los crímenes cometidos durante ese estado de excepción? ¿Los hombres que reprimieron, mataron o torturaron son inocentes entonces? Para Ricardo Saint-Jean, ésas no son las preguntas correctas. Ningún hombre es inocente, dirá. Y pone sus cartas sobre la mesa: “Yo jamás hablo de inocencia, no creo que haya un solo hombre inocente, uno solo. Yo hablo de legalidad”. Ésa es la batalla conceptual que propone. “Si la Junta Militar abandonó la legalidad para alcanzar la victoria sobre la guerrilla, abandonar la legalidad en democracia para alcanzar lo que creemos que es justo es la negación del sistema.” La aplicación retroactiva del delito de lesa humanidad, su consideración como imprescriptible y la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final son la base de la arquitectura jurídica que impugna. Además, denuncia tratos discriminatorios que afectan el principio de igualdad ante la ley: “Los únicos presos de más de 70 años, de hasta 80 y 90 años, que tiene el Servicio Penitenciario son personas acusadas de estos delitos. Doscientos noventa y uno ya han muerto detenidos. Son los únicos a los que se mantiene en prisión provisional, sin condena,

luego de dos, tres, seis y diez años; son los únicos a los cuales no se les concede la excarcelación, la libertad condicional o las salidas transitorias de las que gozan legalmente todos los presos argentinos; son los únicos a los que se les niega la ley más benigna para el cómputo de sus penas. Los únicos a los cuales se les impide estudiar en prisión o acceder a cursos que disminuyan sus condenas".

Ricardo Saint-Jean dice que nunca en la historia del país, durante un período democrático, se violaron la ley y las garantías constitucionales como ahora, en las causas de lesa humanidad. No niega la represión ilegal, pero le ofrece una coartada, el sustento teórico de una justificación, que podría resumirse de esta manera: las detenciones secretas y las torturas no fueron excesos, sino el cumplimiento de órdenes de batalla dictadas por los Comandantes para garantizar la mayor eficacia en el aniquilamiento del accionar guerrillero, en el menor tiempo posible y con la menor cantidad de bajas posible; el Ejército tomó el camino de la ilegalidad porque después de la ley de amnistía que en 1973 liberó a miles de guerrilleros que habían sido condenados por la Justicia, ya nadie quiso volver a apostar por el Derecho; nadie imaginó que las desapariciones, metodología eficaz para destruir la organización celular de la guerrilla, iban a ser permanentes, ni nadie imaginó la cifra; el 85 por ciento del país y toda su clase dirigente estaban de acuerdo en que era necesario "aniquilar el accionar subversivo"; el Ejército y la Policía estaban facultados legalmente para detener personas sin orden judicial y ponerlas a disposición del PEN; el Proceso estableció la competencia de la Justicia Militar para los civiles, de modo que también se podía detener a civiles con orden de un juez militar; lo que el fallo del Juicio a las Juntas les reprochó a los Comandantes es que, habiendo tenido todos los instrumentos legales, lo hicieran en forma clandestina; las órdenes se transmitieron a través de la cadena de mandos y, como las Fuerzas Armadas tienen una estructura vertical y jerárquica, el Comandante es quien decide y quien debe asumir la responsabilidad.

Socio del estudio Saint-Jean & Maggio, miembro activo de la autodenominada agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos y de la Asociación de Abogados por la Justicia y la Concordia, el hijo del general Saint-Jean realiza una actividad incesante: asiste a procesados por causas de lesa humanidad, denuncia arbitrariedades en los procesos, busca apoyo en organismos internacionales, toma contacto con intelectuales y políticos para explicar la situación de los detenidos, promueve encuentros entre ex combatientes y militares, da conferencias públicas en las que pide que se recuerde también a las otras víctimas, las que murieron en atentados de las organizaciones armadas, e intenta impulsar un proceso de reconciliación nacional. También busca el apoyo de la Iglesia porque "su silencio aturde", dice, y asegura que Jorge Bergoglio ya ha recibido más de 4000 cartas de familiares. Dice también que en una de las reuniones que mantuvieron con monseñor Jorge Casaretto, el obispo les dijo: "Cómo me hacen acordar a las Madres de Plaza de Mayo cuando venían a verme, esto sucede cuando en un país falta la

Justicia". El hijo, el abogado defensor, el operador político, pareciera encontrar refugio en ese linaje, en ese lugar de víctimas que les concede el obispo, el mismo lugar simbólico que lo lleva a decir: "Somos los judíos de la Alemania nazi, los cristianos en Irak, los parias de la democracia".

Muchos de los hombres a los que considera presos políticos y a los que les ofrece su abrazo y su justificación han sido asesinos o torturadores. Ricardo Saint-Jean lo sabe: "Hoy están presas personas que cometieron actos atroces y otros que nunca tuvieron que combatir; o lo hicieron en la selva tucumana en el 75 o que se limitaron a hacer guardia externa o controles de ruta o analizaron información o fueron fiscales o jueces que cumplieron o no con su deber en algún caso hace 35 años. Y los hay de todas las jerarquías, quienes fueron generales y quienes fueron conscriptos, o suboficiales, o madres que adoptaron hijos o se apropiaron de ellos. Es imposible encasillar a todos en una misma conducta".

Días después nos escribió: "Supongo, por las preguntas, que encuentran la reapertura de estos juicios como algo justo. Puede inclusive que lo sean en algún caso. Pero en todos se trata de una ilegalidad. Todos los detenidos son presos políticos porque fueron juzgados ilegalmente".

Ricardo Saint-Jean sabe que el mundo entero recuerda al general Ibérico Saint-Jean como al autor de una frase siniestra: "Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y, finalmente, mataremos a los tímidos", publicada en el diario *International Herald Tribune* de París, el 26 de mayo de 1977. Sin embargo, sostiene que su padre jamás pronunció esas palabras y que su difusión se debió a una operación política de Montoneros destinada a ensuciarlo. Como pruebas, ofrece entonces copias de la desmentida de su padre cuando la frase fue publicada; su reclamo ante *The New York Times* —que había repetido en un editorial la frase en cuestión— y la rectificación del diario norteamericano. También muestra la repercusión de esa desmentida en los diarios *La Nación* y *El Día* de la época, una nueva aclaración dirigida al diario *Clarín* en 1999, y una carta escrita de puño y letra por su padre a Félix Luna, el 30 de marzo de 2001, informándole que lo que el historiador había escrito en un artículo publicado en *La Nación* —donde volvía a atribuirle la frase a un "jerarca del Proceso Militar"— estaba equivocado: "Ante mi expreso reclamo —le hizo saber a Luna—, que incluyó la revisión de todos los reportajes, discursos y conferencias de prensa que brindé durante mi gestión, el *New York Times* en su edición del día 14 de junio de 1977, procedió a rectificarse con los siguientes términos: 'Las palabras atribuidas al general Saint-Jean en nuestro editorial provenían de una publicación en la que teníamos razones para confiar pero que en esta oportunidad ha sido morosa en demostrar que dichas palabras fueron realmente pronunciadas.

Lamentamos decididamente el haberlas usado e incluso por este medio ofrecemos al general nuestra disculpa'".

Lo que el general no incluyó en esas aclaraciones es que en el siguiente párrafo de la rectificación de *The New York Times*, el editor agregó: "Esto de ningún modo significa retractarnos de nuestro juicio acerca de que las prácticas del gobierno de la provincia de Buenos Aires y del gobierno militar de la Argentina son inconsistentes con la dignidad humana y la libertad. El propósito de nuestro editorial fue distinguir entre el gobierno nacional de Videla, que pese a todas sus culpas nos parece más moderado en derechos humanos y más sofisticado en otros asuntos, que el grupo de la línea dura al que el general Saint-Jean pertenece".

La frase pasó a la historia como la síntesis del pensamiento dictatorial y represivo de la dictadura militar, especialmente de la línea más dura, la de los "halcones" que, según un amplio consenso histórico, integraban, además de Saint-Jean, Camps, Suárez Mason y Luciano Benjamín Menéndez, entre otros. Para su hijo, es importante desmentir que su padre la haya pronunciado porque quiere reivindicarlo como el hombre de ideas democráticas que él lee en los escritos y discursos del ex general. "Mi padre —dice— no era un facho, era un hombre de pensamiento liberal, admirador de Alberdi, de los griegos." "¿Y qué le pasó?", le preguntamos, una forma de expresar el desconcierto ante esa contradicción entre la profesión de fe democrática y los hechos. Poco después de la entrevista, nos hizo saber en un mail que esa expresión —"¿Y qué le pasó?"— lo había lastimado. "Me dolió. Lo que uno hace u omite hacer en determinado momento de la vida no lo convierte en lo que es."

Tal vez ésa sea una encrucijada para cualquier hombre puesto a revisar su propia vida y para cualquier hijo puesto a revisar los actos de su padre. Los hechos desnudos. Pensar que efectivamente somos la suma de las decisiones que tomamos a lo largo de la vida. Lo que nos hubiera gustado ser o hacer pero no pudimos o no supimos o no nos atrevimos, no nos redime, no nos rescata de lo que efectivamente hicimos o no hicimos. Aunque nos duela. El general que escribió esos textos de inspiración democrática que el hijo recupera y nos envía, el general que en 1973 se jugó su carrera y prefirió la baja del Ejército, para no verse obligado a respaldar los famosos cinco puntos de Alejandro Lanusse, el pliego de condiciones que el ex presidente de facto quería imponerle al gobierno democrático que se avecinaba, fue también jefe de Inteligencia durante el gobierno del general Levingston y aceptó ser gobernador de una dictadura que institucionalizó la persecución política, la desaparición forzada de personas, la tortura, la existencia de centros clandestinos de detención.

El hijo, el abogado defensor, el hombre político desgrana sus argumentos. Pero la discusión puede ser interminable, una deliberación paralizante si no podemos ir hacia una pregunta de otro orden. Más allá de explicaciones o justificaciones históricas, ideológicas o jurídicas, que ya

fueron planteadas, ¿qué puede revisar un hijo sobre su propio padre? ¿Lo que hizo o no hizo, aquello de lo que este padre aceptó participar —aun si el hijo encuentra justificaciones—, no lo perturba, no le ha dolido? No será fácil llegar hasta allí, como si cada vez que la conversación rondara esa herida la política volviera otra vez en su auxilio.

En algún momento, sin embargo, concederá que algo de lo que involucra a su padre le pesa. Que hay cosas que le dolieron especialmente. Sobre todo, las detenciones que no pueden explicarse como parte de la lucha "contra la subversión" sino como meras disputas de intereses políticos. "La detención de todo el gobierno de Calabró, de la familia Miralles, gente a la que se detuvo por cuestiones políticas, porque no habían colaborado con la guerrilla ni nada parecido. Esas cosas me dolieron y me duelen", dice. Dos hijos y la nuera embarazada de Ramón Miralles, ex ministro de Economía de Victorio Calabró, el último gobernador antes del golpe, fueron tomados como rehenes —detenidos en centros clandestinos y torturados— para que dijeran dónde estaba su padre. Cuando Miralles padre se presentó ante la Justicia para liberar a sus hijos y tramitar un hábeas corpus, ya que no había causa alguna contra él, el ex juez Rafael Sarmiento, hoy procesado por su complicidad con los represores, lo dejó en manos del jefe de la policía, Camps. Miralles fue secuestrado en el mismo juzgado adonde había ido a pedir la protección de la Justicia y estuvo más de un año detenido entre los centros clandestinos COT I Martínez, Puesto Vasco y Pozo de Arana. Las mismas cárceles ilegales donde compartieron cautiverio y tormentos otros detenidos insospechados de participar en actividades armadas, Alfredo Bravo, Jacobo Timerman, Edgardo Sajón, Rafael Perrota y funcionarios del gobierno bonaerense como el arquitecto Alberto Liberman, ex ministro de Obras Públicas; Héctor Ballent, director de Ceremonial (que declaró haber sido detenido ilegalmente en el mismo despacho del gobernador Saint-Jean y en su presencia); Pedro Goin, ministro de Asuntos Agrarios; Juan Distéfano, ex secretario general de la Gobernación, entre otros. En sus declaraciones ante la Conadep, primero, y luego ante la Justicia, los Miralles —en coincidencia con los testimonios de otros sobrevivientes— atribuyeron la persecución a una interna militar que buscaba impedir la llegada al gobierno de Roberto Viola, quien sería sucesor de Videla, para promover a Ibérico Saint-Jean a ese lugar. Según esta versión, amparada en comentarios que los mismos represores hacían durante los interrogatorios, había una interna entre los militares: el bando de los duros —Saint-Jean, Suárez Mason, Camps, entre otros—, con la intención de socavar el prestigio de Viola, buscaba mostrar cuán corrupto había sido el gobierno de Calabró a quien supuestamente Viola había protegido. Según lo que pudo reconstruir y declaró ante la Justicia la familia Miralles, ésa fue la razón por la que "Saint-Jean decidió levantar a todos los ministros".

El hijo conoce esas versiones, pero las atribuye a un relato interesado en desprestigiar a su padre. Pura construcción política, dirá. También atribuye a un interés en perjudicarlo el

testimonio de Lanusse ante el tribunal del Juicio a las Juntas, en 1985, cuando declaró por la desaparición de su asesor de prensa, Edgardo Sajón, y denunció la responsabilidad de Saint-Jean en ese hecho. Amparado en las sospechas que le habría transmitido Videla, Lanusse dijo que creía que Suárez Mason, Saint-Jean y Camps tenían culpabilidad en ese procedimiento. Para Ricardo Saint-Jean, el ex presidente de facto se cobró con esas declaraciones la osadía de su padre en 1973, cuando se le plantó contra los famosos cinco puntos.

Durante la instrucción de la causa, dice el hijo, su padre y él hablaron de todo esto. No le cabe duda de que estaba de acuerdo con el objetivo del gobierno de facto y también con la metodología de la detención secreta para no alertar los contactos y desbaratar las células de la guerrilla. “Pero es imposible que yo les diga cuánto conoció mi padre de esas órdenes, qué ordenes conoció y si hubiera adoptado las mismas órdenes de batalla en caso de haber estado en actividad al frente de las tropas. Sé que no sabía todo porque nadie, absolutamente nadie sabía todo lo que se hacía. Como ocurre ahora cuando los propios Jueces con los que hablamos ignoran los muertos y la cantidad de atrocidades que están pasando en estos juicios. Mi padre no declaró nunca por respeto hacia quienes, en la ‘patriada’ que se jugó el Ejército al intentar normalizar el país, como una vez me dijo, les tocó arriesgar su vida empuñando armas mientras que otros, retirados como él o no, asumieron o les tocó realizar tareas administrativas.” El secreto profesional —se disculpa— le impide hacer público lo que su padre le dijo, lo que acaso pudo revisar sobre aquellos años. Luego aclara: “No quiero que piensen que guardo grandes secretos, sólo lo que él pensó durante la guerra y lo que pensó después. Y sigo creyendo que es mi obligación guardar sigilo sobre ello, fui no sólo su hijo sino su abogado, trato de ser objetivo; no miento, pero es imposible que sea imparcial públicamente”.

En sus días más optimistas piensa que “los argentinos encontraremos el camino de la reconciliación y la pacificación”. ¿No es un obstáculo para ese camino que los responsables de la represión ilegal no pidan perdón y, sobre todo, no hayan dado nunca, ni antes ni después de estos juicios, información que ayude a encontrar los cuerpos desaparecidos y a los hijos nacidos en cautiverio? Explica entonces detalles del proyecto en el que está trabajando, un acuerdo político amplio que permita impulsar un nuevo esquema legal para facilitar la recuperación de la identidad de los jóvenes apropiados, que otorgue compensaciones económicas para los familiares de víctimas de la guerrilla y que instrumente las condiciones para que, con total confidencialidad, quienes tengan información puedan aportar datos que permitan definir una lista de muertos entre los desaparecidos y, si no es posible saber dónde están sus cuerpos, al menos sí obtener la fecha de la muerte para comunicárselo a sus familias. “Hay militares que hoy, en coloquios con ex guerrilleros y víctimas, piden públicamente perdón. Pero es porque al estar cerca del dolor propio se han acercado al dolor de las víctimas del otro

lado. Nos faltan estructuras compasivas, nos han faltado almas grandes: un Mandela, un Desmond Tutu, un De Klerk, hombres capaces de protagonizar esta epopeya de reconciliación."

Su padre se negó a declarar en el juicio. Y si alguna vez se cuestionó algo a sí mismo sobre su participación en la dictadura, no lo hizo público ni pidió perdón. Tampoco ofreció alivio a los familiares de las víctimas con el aporte de información. El hijo parece hacerse cargo de esa deuda. "Me dijeron que este libro contiene testimonios de hijos de ex guerrilleros, de hijos de desaparecidos, de hijos de militares y civiles muertos o presos. Yo tengo de qué arrepentirme, tengo por qué pedir perdón. Fui con toda seguridad uno de quienes pidieron terminar con la violencia armada lo más pronto posible desentendiéndome de la suerte de las víctimas de ayer y de hoy. No trabajé por la paz ni me ocupé como debí haberlo hecho. Lamento profundamente eso, lamento el dolor causado por las acciones, las palabras o las omisiones, especialmente por mi indiferencia y falta de auxilio, y quisiera que les envíen a todos ellos mi abrazo fraterno y mi pedido de perdón."

Por momentos se percibe cierta fatiga en sus palabras, algo de resignación, como si de pronto lo derrotara, en el mismo momento en que intenta explicar algo, la idea de que no habrá manera de revertir la imagen de su padre. Parece sentirse el solitario defensor de una verdad que nadie puede o nadie quiere escuchar porque el consenso de la época no lo permite. Parece sentirse víctima de esa circunstancia. Por momentos, sin embargo, da la impresión de que también se asoma a esa otra verdad que le duele sobre su propio padre, pero las palabras entonces se vuelven cautas, contenidas, escasas: "Mi padre ha tenido, como todo hombre, enormes defectos, enormes yerros. Quizás enormes omisiones…, quizás enormes omisiones…". Algo lo ensombrece, parece que fuera a decir algo más, aunque logra recomponerse, y concluye: "Pero yo, como hijo, yo como ciudadano, no me animo ni me considero en condiciones de juzgarlo. Porque fue uno de los hombres a los cuales le tocó la guerra y la vivió y la combatió desde su lugar".

Su historia como hijo fue la historia de un desencuentro. Estuvieron mucho tiempo distanciados. "Nos separaba un océano de diferencias", dice. Pero en los últimos años el hijo nadó de regreso todo lo que hiciera falta para que el final no los encontrara tan lejos. Desde chico había admirado a su padre como se admira a un prócer, así de inalcanzable lo había sentido. Después, en la juventud, le costó perdonarle la intransigencia, los silencios, la severidad extrema de ese hombre imponente que no conocía la duda. Pero la vejez había suavizado sus rasgos más duros y acaso el hijo sanaba sus propias heridas al verlo convertido en el abuelo cariñoso que ahora jugaba con los nietos. Cuando lo vio demandado por la Justicia, cuando lo sintió en peligro, decidió que si había deudas pendientes, era sólo él, el hijo, quien debía saldarlas. Su padre quedaba absuelto. Se dijo que había sido cómodo considerarlo una estatua, porque las estatuas no necesitan que se las quiera o que se las atienda. Una estatua

nunca bajaría del pedestal al banquito bajo el chorro de agua ni agradecería que un hijo se haga cargo de sus debilidades.

Jaime Smart

"Papá está recomendando a los que están presos, ya con cadena perpetua, que dejen información en algún lugar seguro con la indicación de que se conozca en 2040"

Un hombre llora. Sentado a la mesa en un café de Barrio Norte, un hombre que ya es padre de cuatro hijos grandes, llora frente al grabador y frente a dos desconocidas como no es frecuente ver llorar a un hombre que ya pasó los 50. Sólo cuando se recompone puede decir que acepta. Que "si es para sumar", acepta participar de un libro que reúne las voces de hijos con historias y opiniones muy distintas. Dice que acepta porque para él, todos los hijos son, a su modo, víctimas. "Los hijos de los desaparecidos, los hijos de los policías, los hijos de los militares, los hijos de los padres muertos, son víctimas. Somos víctimas como muchos, como gran parte de la sociedad argentina que no participó directamente en el conflicto. Nosotros no combatimos. Los que teníamos 10, 12 años, claramente somos víctimas."

Y para él, su padre, Jaime Lamont Smart, también es una víctima.

Sumar, según Jaime, es dar un mensaje de conciliación en medio de los enfrentamientos que atraviesan a los argentinos. "Sobre todo para las generaciones futuras, porque me parece que lamentablemente se está abriendo una brecha, como en muchos aspectos de la vida argentina, que nos está separando nuevamente."

Lo dice con pesadumbre. O resignación. Quizá mire el futuro porque sabe que en el presente, en este presente, las cartas ya están jugadas. Y el destino de su padre, sellado. Sospecha que difícilmente pueda revertirse la situación de Jaime Lamont Smart, el primer civil condenado por delitos de lesa humanidad, en los juicios que buscaron identificar y juzgar también a los cómplices civiles de la dictadura, y por lo tanto, a empresarios, jueces, miembros de la Iglesia y dueños de medios de comunicación. En 2009 el padre de Jaime fue procesado y detenido, y en 2012, condenado a prisión perpetua por homicidio, tormentos y privaciones de la libertad agravada. En el penal de Marcos Paz en donde pasa sus días, comparte el pabellón de lesa humanidad con decenas de militares y policías procesados o condenados por su actuación durante la represión ilegal.

Fue Ibérico Saint-Jean, el gobernador de la provincia de Buenos Aires durante la dictadura militar, quien convocó a Smart y lo nombró como su ministro de Gobierno. Smart había

comenzado su carrera en el Poder Judicial a principios de los años 70; después de haber sido fiscal y camarista de San Isidro, en 1971 integró la Cámara Federal en lo Penal —conocida como “Camarón”—, el tribunal especial creado por el gobierno de facto de Agustín Lanusse para juzgar a miembros de organizaciones armadas, militantes políticos, estudiantiles y sindicales por “delitos de subversión”. Cuando asumió Héctor Cámpora en 1973, se dispuso la disolución de ese cuerpo judicial y la amnistía política para los centenares de presos condenados por el Camarón. Uno de los jueces que integraron ese tribunal fue asesinado, otros sufrieron atentados y algunos se fueron del país. Smart se instaló con su familia en Venezuela y volvió a la Argentina en 1975. Tras el golpe militar, aceptó el ofrecimiento de Saint-Jean y fue ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires desde 1976 hasta 1979. Su hijo descarta la teoría de que su padre haya vuelto al país con la intención de terminar la tarea que había dejado inconclusa con el Camarón y asegura que regresó para rearmar su estudio jurídico. “Yo lo ayudaba a armar su estudio, a ordenar los libros, a identificarlos, a catalogarlos con etiquetas y números.”

El 19 de diciembre de 2012, Smart fue condenado por delitos de lesa humanidad por el Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 1, en un juicio en el que también recibió condena Miguel Etchecolatz, ex director de Investigaciones de la policía bonaerense comandada por Ramón Camps, y 14 ex policías y militares acusados de genocidio y crímenes de lesa humanidad en perjuicio de 280 personas detenidas en el “Circuito Camps”. Smart fue hallado responsable de violaciones a los derechos humanos perpetradas en la red de centros clandestinos integrada por la comisaría 5ª, una brigada de investigaciones de La Plata, la delegación de cuatrerismo de Arana, Puesto Vasco en Don Bosco, COT I Martínez de San Isidro y la Brigada de San Justo. En ese juicio, el ex ministro fue sentenciado por la privación ilegítima de la libertad de 42 personas y por el homicidio de Jorge Rubinstein, abogado de David Graiver, el banquero y financista vinculado a la organización Montoneros. En los juicios de 1985 que condenaron a cadena perpetua a Camps, en lo que respecta específicamente a esta causa, dice Jaime, Camps fue absuelto.

En las audiencias del juicio que condenó a Smart, se expusieron los secuestros y torturas sufridos por la familia del banquero David Graiver, y el secuestro y los tormentos padecidos por Jacobo Timerman. Quien pidió que Smart rindiera cuentas ante la Justicia fue el ex canciller Héctor Timerman, hijo del recordado director del diario *La Opinión*, Jacobo Timerman, cuyo secuestro en abril de 1977 generó un escándalo político internacional y motivó presiones diplomáticas de altísimo nivel que le terminaron salvando la vida. El ex canciller denunció la participación de civiles en la detención y las torturas que sufrió su padre y apuntó contra Ibérico Saint-Jean, ex gobernador de facto, y su ministro de Gobierno, el abogado Jaime Smart. Timerman entregó a la Justicia cables de la embajada norteamericana que reflejaban “el poder

de decisión sobre la vida y la liberación, o sobre la tortura y la muerte" que ambos tenían sobre su padre. Y recordó además que en ese mismo período su familia fue despojada de sus bienes, incluido el diario *La Opinión*. En su libro *Caso Timerman. Punto Final*, el mismo Camps incluyó a Jaime Smart en la lista de los miembros del gobierno bonaerense que habían colaborado en la investigación.

En su alegato Smart reconoció que su ministerio era el encargado de las compras de equipamiento y la mantención edilicia y de infraestructura de una fuerza policial que, al mando del general Camps, había incrementado su poder con 30 mil nuevos efectivos. También sostuvo que aunque tenía un "conocimiento genérico" de lo que sucedía, la Policía Bonaerense no dependía de él y que eran las Fuerzas Armadas las que tenían a su cargo la lucha contra la subversión. Y recordó que desde octubre de 1975, cuando Isabel Martínez de Perón "decretó el aniquilamiento del accionar subversivo", las fuerzas de seguridad habían quedado subordinadas al mando militar en la lucha contra las organizaciones armadas, una división de funciones y jurisdicciones que continuaría después del golpe del 76.

El Tribunal consideró que los imputados tenían responsabilidades penales por haber sido funcionarios públicos e integrantes del aparato represivo y que, por lo tanto, debían ser considerados como "autores directos", independientemente "del tipo de intervención" que hubieran tenido. Uno de los ejes del fallo fue no considerar a Smart como "cómplice civil" sino como "autor directo", al igual que a los otros 22 acusados. Uno de los jueces que integró el Tribunal, Roberto Falcone, describió este planteo jurídico como un cambio de paradigma. "Ex profeso nosotros decimos que el civil que era funcionario público y permitió la lesión de los bienes jurídicos de la víctima es autor y no cómplice. Eso es lo que estamos comunicando con el fallo, porque, si fuera cómplice, la acción empieza cuando el autor directo comienza la tentativa, y eso lo pone en un rol secundario, y en este fallo lo hemos puesto como protagonista. Tener el uniforme o tener un traje es lo mismo cuando se custodian los bienes públicos", afirmó en una entrevista para el diario *Página/12*. Entre los acusados, además de Smart, se encontraba su jefe de entonces, el ex gobernador bonaerense Ibérico Saint-Jean, que murió en el transcurso del juicio.

En una segunda sentencia, en octubre de 2014, el Tribunal Oral Federal de La Plata condenó a Jaime Smart a prisión perpetua en el juicio conocido como "La Cacha", un centro de detención ubicado en las afueras de La Plata, cerca del penal de Olmos, en donde funcionó también una maternidad clandestina. En ese juicio condenaron a Smart y a Etchecolatz a cadena perpetua por los delitos de homicidio calificado, privación ilegal de la libertad agravada y tormentos "en el genocidio perpetuado durante la última dictadura cívico-militar". Entre las 128 víctimas de esa causa se encuentra Laura Carlotto, hija de Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. "Y le van a abrir más causas", anticipaba con resignación su hijo.

Jaime, como otros hijos de procesados y condenados por la represión, cuestiona la legalidad de los juicios y denuncia que tienen un "espíritu vengativo". Dice que son "falaces" y deslinda responsabilidades de su padre en la política de secuestros, torturas y desapariciones llevada adelante por la dictadura militar.

"Como a los nazis, les va a pasar, adonde vayan los iremos a buscar", coreaban los militantes en el teatro de la ex AMIA de La Plata, escenario del juicio que condenó a Smart en 2012. Jaime, que vive y trabaja en el sur de la Argentina, no leyó las causas que involucran a su padre, no presenció las audiencias del juicio, no escuchó los testimonios de las víctimas y, al igual que su madre y sus hermanos, no se encontraba en el recinto el día en que su padre recibió la sentencia. Smart, que insistió en ejercer su propia defensa, le había pedido a su familia que no presenciara las audiencias y que sólo fuera a escuchar su alegato. Por eso, unas 300 personas, entre amigos y familiares del ex ministro, se presentaron en la sede de la ex AMIA en La Plata para escuchar la larga defensa del acusado, una exposición que duró casi cinco horas.

Ese día, recuerda Jaime, se hizo un cuarto intermedio y después del almuerzo, cuando los familiares y amigos de Smart se disponían a reingresar al teatro, decenas de militantes, estudiantes y miembros de organismos de derechos humanos se congregaron en la entrada con gritos y pancartas. "Fue muy feo y desagradable. Hubo agresiones, huevazos. Chicos de 21 años, que tenían la misma edad que mis hijos, me gritaban a mí, a mis hijos: 'Asesinos, los vamos a perseguir como ratas'. Jaime dice que, cuando arreciaban los insultos, se acercó a una chica de unos veinte años. Quería hablarle con tranquilidad. Buscaba aplacar los ánimos en medio del griterío. Era una chica muy linda, me acuerdo bien la cara. Estaba desaforada. Apenas me acerqué, me gritó: '¡No me toque, asesino!'." Allí no estaban las vallas que habían dibujado una línea divisoria entre unos y otros.

No son recuerdos gratos los que ahora evoca Jaime, sentado en un rincón de su casa de San Isidro, la misma casa en la que crió a sus hijos y en la que todavía vive su familia. Cuando su padre aún tenía permitidas las salidas transitorias del penal, esta también fue la casa donde se fijó domicilio para las visitas. Desde que esos permisos fueron revocados, la familia va a verlo a Marcos Paz. Allí van los hijos de Smart, hoy dispersos en distintos lugares de la Argentina. Entre los nietos que van a ver a "Jimmy" a la cárcel, hay uno que lo visita con una remera estampada con la cara de Hugo Chávez. "Es kirchnerista y fanático de Chávez", se ríe Jaime. "Todos los nietos adoran a su abuelo", asegura.

Salvo los dos años en que se instaló con sus padres y sus cinco hermanos en Venezuela, la vida de Jaime transcurrió en Zona Norte: allí cursó sus estudios en el Colegio San Juan El Precursor, allí vivía cuando empezó a trabajar y fundó un diario de pequeña circulación y allí se instaló también cuando se casó y crió a sus cuatro hijos. Hace un tiempo, una crisis matrimonial

lo llevó a alejarse del pago chico para mudarse a los confines de la Patagonia, donde vive solo y de donde regresa cada tanto al encuentro con su familia en Buenos Aires.

De sus épocas del secundario, Jaime menciona los debates en clase sobre "la subversión y la represión" e imagina lo doloroso que debe haber sido para un compañero suyo que tenía un hermano desaparecido. "Había muchas discusiones. Los subversivos eran los malos en esa época y él era hermano de un malo. Y lo defendía. Los guerrilleros eran los malos y los buenos se estaban defendiendo. En 1981, entro en la Facultad de Derecho de la UBA. Después viene la democracia y todo se da vuelta. Entonces, en ese momento, yo era el que estaba del lado de los malos. Cambió la valoración y esto sigue hasta el día de hoy."

En 2006, cuando el kirchnerismo buscaba impulsar la inconstitucionalidad de los indultos otorgados por el gobierno de Carlos Menem, varias causas fueron reactivadas, entre ellas, las que alcanzaban al ex ministro del Interior de la dictadura, Albano Harguindeguy, a cargo de la cartera política durante el gobierno de Jorge Rafael Videla, desde marzo de 1976 hasta marzo de 1981. Harguindeguy (a la sazón, uno de los hombres del poder ante quien fue llevado el prisionero Timerman durante su cautiverio, según consignó el periodista en su libro *Preso sin nombre, celda sin número*) eligió como defensor a Jaime Smart, quien ya había ejercido su defensa antes de que los indultos de los años 90 archivaran todas las causas.

La actuación de Smart como abogado defensor de militares y policías acusados por violaciones a los derechos humanos enojaba a la madre de Jaime. Sentía que su marido "se exponía" y además los defendía sin cobrarles. "La vieja tenía como un resentimiento hacia los militares. Como tienen mis hermanas ahora. Porque el viejo hoy no va a decir nada que pueda perjudicar en las causas a los compañeros que están presos con él. Porque él siente realmente que estaba en el bando de los buenos." Smart también asumió la defensa de Samuel Miara, el ex policía, apropiador de los mellizos Reggiardo-Tolosa que se encontraba prófugo en Paraguay mientras la Justicia argentina pedía su extradición. Smart tampoco cobró por esos servicios. Como tampoco cobra ahora por el asesoramiento legal que brinda a los detenidos del penal, sobre todo a aquellos que sólo cuentan con los defensores públicos asignados por el Estado.

Jaime parece portar sin problemas el mismo nombre y apellido que su padre, pero cuando uno de sus hijos, que se llama igual que él y su abuelo, comenzó a estudiar Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires, le ofreció dejar de lado su primer nombre y utilizar el segundo, José. Quería evitarle a su hijo disgustos y situaciones incómodas. Eran tiempos en los que el ex ministro aparecía en las primeras planas de los diarios como el primer civil condenado por delitos de lesa humanidad. Su hijo se negó a hacer el cambio. Tiempo después, abandonó esa carrera y comenzó a estudiar Psicología.

No haber leído las causas judiciales que condenaron a su padre no le impide a Jaime defenderlo públicamente y criticar la legalidad de los juicios. Le alcanza con haber escuchado

su alegato. El 22 de diciembre de 2012, Jaime y cuatro de sus cinco hermanos firmaron una carta de lectores en el diario *La Nación*, en la que ejercieron la defensa pública del padre:

> *Papá ha sido condenado injustamente, a cadena perpetua por un tribunal en La Plata. Sus hijos, su mujer, sus nietos, sus familiares, sus amigos, la gente que lo quiere y respeta convocamos a todos los argentinos a dejar odios y rencores. Mantengamos un espíritu de paz y reconciliación, el mismo que ha tenido y tiene papá en la cárcel de Marcos Paz y con el que nos regaló el día de su alegato en el juicio en La Plata. Poniendo en evidencia las aberraciones jurídicas e históricas del Tribunal, pero con una altura y aceptación dignas de los grandes hombres. Y a los jóvenes que nos agredieron ese día, tildándonos de nazis y asesinos, les decimos: la mayoría de ustedes no vivieron en los 70. Lean, pregunten, investiguen y saquen sus conclusiones. Pero con una mente abierta. Lo mismo les decimos a nuestros hijos, los orgullosos nietos de Jaime Smart. Los argentinos ya hemos sufrido mucho por no respetar al otro. Hace 37 años (sí, 37 años), nosotros cinco, junto a nuestros padres, tuvimos que exiliarnos porque los guerrilleros no querían que papá viviera. Difícil de explicar a nuestros hijos por qué sigue el odio hacia su abuelo, persona íntegra si la hay. Y difícil de entender por qué sigue el odio entre argentinos. Papá continuará su lucha judicial desde la cárcel, no sólo por él y los miles de procesados y condenados, sino fundamentalmente por la paz, para que terminen de una vez los enfrentamientos entre compatriotas. A pesar de nuestro dolor, trataremos de seguir con alegría, con esa alegría y ganas de vivir que papá transmite desde su injusto encierro. Ésa es su enseñanza, trataremos de estar a su altura. Y todos los días, cuando el tema ya no sea noticia y sea reemplazado por otros, seguiremos atentos, ayudando a los que son perseguidos, pero siempre con un espíritu positivo. Ojalá seamos muchos los argentinos en este camino. Gracias a todos los que nos manifiestan continuamente su apoyo.*
>
> *Jaime, Cecilia, Rafael, Agustín y Josefina Smart*

"La firmamos todos menos Ángeles, la menor, porque dice que papá tiene que abrirse solo, que no tiene que seguir defendiendo a los militares, que le están imputando cosas que él no tuvo nada que ver y que fueron los militares los que lo hicieron."

Además de la carta de lectores, Jaime destaca con gratitud el acompañamiento del diario *La Nación* y menciona dos editoriales, uno de ellos, publicado el lunes 10 de diciembre de 2012, días antes de la sentencia del padre, titulado: "¿Justicia o venganza para Jaime Smart?". Aquel editorial mencionaba, entre otras cuestiones, la violación de "expresas garantías constitucionales" y "el espíritu vengativo que campea en estamentos oficiales hoy ocupados por ex terroristas". Y también, que de no ser corregidas las "graves irregularidades en la administración de justicia" (…), "se continuará transitando por el camino del odio y la confrontación, alejándonos de la ansiada reconciliación y pacificación nacional". Días después, llegó la sentencia. Y con ella, la condena de Smart. Después de que el diario *La Nación* publicó los dos editoriales de apoyo al ex ministro de gobierno bonaerense, el tribunal que lo había condenado hizo una presentación en la Justicia y envió copias de ambos editoriales a la Comisión de Independencia Judicial y a la Corte Suprema de Justicia por considerarlos "amenazantes".

Jaime insiste: su padre no tiene responsabilidad penal sobre los hechos de violencia estatal juzgados, porque esas decisiones correspondían al mando militar. Y destaca lo que él ve como gestos de buena voluntad de su padre: no sólo presta servicio desinteresado como abogado defensor de otros presos, sino que promueve gestiones para que los condenados acepten dar información. "Papá está recomendando a los que están presos, ya con cadena perpetua, que dejen información en algún lugar seguro con la indicación de que se conozca en 2040."

¿Un gesto de buena voluntad?

Para entonces, le decimos, será demasiado tarde para las abuelas que buscan a sus nietos y para los hijos y padres que quieren dar sepultura a sus muertos. Jaime explicita entonces los recaudos detrás de esa fecha: "Creo que tiene que ver con la posibilidad de que los que hoy tienen información sientan que pueden contarla con la seguridad de que no serán perseguidos sus compañeros".

Jaime vuelve a emocionarse. Dice que en los últimos tiempos llora bastante y que sus hijos, amorosamente, lo cargan por eso. No niega que el ministerio que presidía Jaime Lamont Smart era el encargado de garantizar los insumos para el circuito Camps. No dice tampoco que el fallecido jefe de la Policía Bonaerense —condenado en el Juicio a las Juntas y liberado por los indultos— y su director de investigaciones, Miguel Etchecolatz, hoy preso en Marcos Paz, sean inocentes ni que no hayan merecido sus condenas. Pero dice que el rol de su padre era otro, que su padre es otra cosa.

TESTIMONIO ANÓNIMO: SER HIJA DE UN GENERAL[1]

“Sentía vergüenza de la mirada de los otros y culpa ante la sociedad. Me preguntaba cuánto sabría mi padre del destino de los desaparecidos o de los niños apropiados”

Hay épocas en que la realidad se abre, se abre paso, pasa rompiendo, dramática o sutilmente, pero emergiendo, abriéndose paso para mostrar lo que aún no se mostró.

HUGO MUJICA

Miedo, negación, vacío, soledad, aislamiento, silencio; sobre todo, silencio.

Sentimientos que me acompañaron durante años y que por momentos estuvieron atravesados por dudas y deseos de aclarar las sospechas que tenía sobre lo que había a mi alrededor. No registraba entonces que yo también formaba parte de esa endeble realidad construida en base a ficciones.

No lo dije hasta ahora: mi padre fue un general de la Nación involucrado en la dictadura militar. En algún momento empecé a hacerme preguntas sobre lo que estaba ocurriendo (mi padre que salía a la noche, imprevistamente; ¿adónde iba? ¿A trabajar a esa hora? ¿En qué consistía su trabajo, entonces?). Un día me animé a preguntárselo, aunque para mí era muy difícil preguntarle algo a mi papá. Lo amaba y sabía que él me amaba, pero tenía una presencia muy intimidante, sobre todo si se trataba de un tema que, era obvio, lo iba a incomodar. No sé si me conformó su respuesta a aquella primera pregunta adolescente, pero por un tiempo al menos sirvió para que yo no cuestionara más.

A partir de entonces se instaló el miedo en mi vida. Hoy creo que era miedo de saber la verdad. (¿Había torturado? ¿Había matado? ¿Había estado alguna vez en esos centros clandestinos donde se ocultaba a los prisioneros políticos?) Me provocaba inseguridad una posible ruptura con lo que yo creía era estabilidad. Fui tapando los momentos en que la verdad asomaba con hechos, frases, imágenes que mostraban algo distinto de él.

Así crecí, sumergida en un silencio incómodo, a la espera de una palabra que no llegaba. Al crecer y frecuentar otros ambientes, otras conversaciones, la duda se fue haciendo más fuerte: quería saber y pregunté y las respuestas que recibí me conformaron. Otra vez por un tiempo

más. Un día el azar —¿azar?— me puso frente a un descubrimiento siniestro. Entre los libros de una biblioteca del lugar de mi casa en donde yo estudiaba encontré papeles mimeografiados con planos de centros clandestinos de detención (no puedo recordar cuál, no puedo recordar un nombre, pero sí que no tuve dudas de que era eso). Nuevamente me animé a encarar a mi padre, le mostré lo que había encontrado y le pregunté qué era. Busqué una oportunidad en la que estuviera solo. No se enojó. Me dijo que eran documentos que hacían circular "los subversivos" para desacreditar a los militares. Me dijo también que no creyera todo lo que veía. Nuevamente el miedo a saber más me invadió, y callé. ¿Me conformó? Más bien hizo que continuara protegiéndome de la verdad, inmersa en mi ficción.

Tapar, no querer ver, negar, de eso se trataba. Me seguí resguardando hasta que irrumpió la realidad, lo que el afuera, la sociedad y la historia me mostraron. El Juicio a las Juntas fue tal vez el comienzo. Un día apareció en el diario una noticia que lo nombraba directamente. Ya no podía ignorar los hechos, tenía que enfrentarlos. Pero no era sencillo. Me asomé a ellos varias veces e hice lo más fácil, retroceder una y otra vez.

El tiempo pasó y mis hijos me hicieron presente el conflicto a través de síntomas. La explicación de la psicóloga fue contundente: la causa no tenía que ver exclusivamente con un tema familiar asociado al silencio y el ocultamiento. Trascendía nuestro hogar, tenía relación también con un hecho social, con la ausencia de Justicia en torno a la dictadura. Mientras la impunidad estuviera presente, la memoria permanecería en letargo. Era necesaria la Justicia para que la verdad apareciera. Esa ausencia de Justicia me enfrentaba a mi falta de palabra; la necesidad de afrontar lo que había ocurrido no solamente era importante para mí, sino para mis hijos. Saberlo me dio la fuerza de voluntad que me había faltado durante años.

Investigué, leí todo el *Nunca Más* buscando el nombre de mi papá, con pánico de lo que podía llegar a leer sobre él. Llamé a Abuelas de Plaza Mayo, alguien me dijo allí que mi padre estaba en la lista de los represores. Leí expedientes con causas que lo involucraban, investigué hasta averiguar más de lo que hubiera querido. ¿Qué hacer con lo que sabía? ¿Cómo procesarlo? Sentía vergüenza y culpa. Vergüenza de la mirada de los otros. Culpa ante la sociedad. Me preguntaba cuánto sabría él del destino de los cuerpos desaparecidos o de los niños apropiados. Me obligué a leer todos los libros y a ver todas las películas que pudiese relacionadas con ese tema, por más terribles que fueran. Me atormentaba leyendo esos libros y viendo esas películas. El *Nunca Más*, *La noche de los lápices*. Las veía sola y lloraba en soledad.

Cada vez la culpa era mayor, me acusaba de ser "la hija de", me sentía obligada a saber todo, a responder yo por las culpas de mi padre.

Hablé con mis hijos, encaré a mi madre y hermanos y les conté lo que sabía. Mis hijos me acompañaron en ese camino. Los demás, aunque al principio no lo pusieron en palabras,

estaban enojados. Entonces me apartaron, no entendían para qué quería saber ni cómo me atrevía a cuestionar a mi padre. Yo también me aparté. Me sentí muy sola.

Con los años profundicé en esto, me despojé de la culpa que sentía por “ser hija de…” y aprendí a respetar los tiempos de los demás y hasta su decisión de callar. Lo que intento es hacerle frente a la verdad. El proceso que viví fue lento y la elección de encararlo, propia, no podía imponerles a mis familiares que afrontaran los secretos de mi padre si no querían, no podían o no estaban preparados. Establecimos un pacto tácito de no hablar sobre el tema. Pero este silencio ya es distinto. No me pesa porque sé y ellos saben que sé.

Soy lo que soy por mi historia y mis orígenes. No reniego de ellos. Mis hijos y yo vivimos conociendo la verdad. He visitado la ex ESMA recientemente y he salido de allí conmovida, como siempre que me acerco a la historia de esos años. Durante toda mi vida voy a estar enfrentándome a los hechos y los efectos causados por la dictadura militar en el país. Y en cada instancia que cíclicamente se presenta los resignifico con mi propia identidad y siento que voy limpiando y sanando.

También ahora a través de estas palabras.

1 Quien escribió este testimonio nos había contado su historia cuando se enteró de que estábamos trabajando en este libro. Dudó en participar, no quería reavivar las heridas familiares. Poco antes de que termináramos el trabajo de escritura, volvimos a preguntarle y dijo que se animaría a hacerlo si preservábamos su identidad. Consideramos que su testimonio —el único anónimo pero también el único que refleja el malestar de un hijo de un alto general frente a la actuación de su padre en la dictadura— valía la pena, porque sabíamos que son muchos los hijos de miembros de las Fuerzas Armadas que sufren esta situación, aunque no lo hacen público.

HERNÁN VACA NARVAJA

"Me gustaría saber qué piensan los hijos de los torturadores. Debe ser muy duro. ¿Cómo convive uno con eso?"

Dos hombres se encuentran en un baño público. Se miran de costado. Uno de ellos reconoce de inmediato al otro. Sabe quién es y supone que también él lo ha reconocido, aunque no diga nada. Ninguno de los dos dice nada en esos interminables segundos frente al mingitorio. Vienen del mismo lugar, el salón de tribunales donde se sustancia el juicio por el fusilamiento de 29 presos políticos en la Unidad 1 del Servicio Penitenciario Provincial de Córdoba. Ambos acaban de escuchar detalles de los tormentos a los que fueron sometidos los prisioneros y de cómo se fraguó el simulacro de fuga con el que se buscó disfrazar las ejecuciones. Escucharon a los testigos hablar de golpes, de estaqueadas, de traslados clandestinos en la madrugada. Uno de los dos es hijo de una víctima. El otro, de uno de los acusados. Hernán Vaca Narvaja, hijo de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h.), fusilado el 12 de agosto de 1976, no puede dejar de preguntarse cómo hace ese otro hijo casi de su misma edad al que ahora tiene a poca distancia de él para seguir viviendo con lo que escuchó. Se preguntaba eso todo el tiempo durante el juicio. La línea que en la sala de audiencias divide a las familias de las víctimas de las de los acusados le permitía distinguir a unos y otros. Hernán escuchaba los testimonios y no podía dejar de mirar al otro lado de la línea. ¿Qué pensaban esos otros hijos sobre sus padres? ¿Negaban todo, les alcanzaba con pensar que esa memoria del horror era una mentira orquestada por viejos enemigos? Estuvo a punto de preguntárselo allí en el baño al hijo del teniente Osvaldo Quiroga, el hombre que trasladó a su padre desde la cárcel hasta el descampado donde le dieron muerte. Pero no se atrevió, no quería decir algo que pudiera ser tomado como una provocación. Tampoco quería lastimarlo. Ese otro hijo no es responsable de nada, es sólo "el hijo de" y bastante tiene con eso, se decía a sí mismo mientras se lavaba las manos y por el espejo lo veía irse, salir al pasillo otra vez en dirección a la sala de audiencias.

Hernán Vaca Narvaja es periodista. Después de varios libros de investigación sobre los protagonistas del poder político en su provincia y una extensa trayectoria en medios gráficos del país, hoy dirige la revista *El Sur*, una publicación de la ciudad de Río Cuarto que indaga sobre la actividad política y empresarial. Él dice que el oficio periodístico amplió su capacidad de escuchar. "A mí me interesa saber qué piensan los demás. Yo no tengo prejuicios. Me

gustaría saber, y espero que lo pueda saber leyendo el libro de ustedes, qué piensan los hijos de los torturadores. Debe ser muy duro. ¿Cómo convive uno con eso?”

Miguel Hugo Vaca Narvaja (h.), su padre, era apoderado del Partido Auténtico, expresión legal de Montoneros, y fue detenido en las escalinatas de los tribunales cordobeses el 20 de noviembre de 1975 y fusilado clandestinamente tras permanecer a disposición del Poder Ejecutivo Nacional poco más de un año. Cuatro meses después de esa detención, un grupo de tareas se llevó también al abuelo de Hernán, el viejo Miguel Hugo Vaca Narvaja, padre de su padre y de otros once hijos, entre los que estaba Fernando, uno de los fundadores de Montoneros.

Su apellido ha sido una marca y él lo sabe, está acostumbrado a eso. Sabe que para muchos argentinos ese nombre es sinónimo de violencia política. Pero a él le tocó sufrir la historia menos conocida de los Vaca Narvaja, la que cuenta no los sucesos más sangrientos protagonizados por la guerrilla, sino la persecución de la que fue víctima la familia y en la que su padre y su abuelo llevaron la peor parte. “Siempre estuve del lado de las víctimas”, dirá. Cuando le recordamos que también hubo otras víctimas, las de las organizaciones armadas, no se indigna, no saca a relucir credenciales de víctima. Se queda pensando, como quien puede revisar sus ideas: “Y sí…, las víctimas de los Montoneros o del ERP están en todo su derecho de pedir Justicia y de saber qué pasó con sus familiares, ¿por qué no?”.

La investigación judicial sobre los fusilamientos en la Unidad 1 del Servicio Penitenciario Provincial, en el marco de la megacausa La Perla, obligó a Hernán a volver a esa cárcel adonde había ido por última vez a los siete años, cuando su padre aún estaba vivo y ellos habían ido a despedirse en secreto antes de embarcarse hacia el exilio en México, adonde pensaban reunirse más tarde con su padre. El lugar que encontró ahora era distinto del que tenía guardado en su memoria. Reconocía y a la vez desconocía los espacios. Se acordaba del catre, de las rejas, se acordaba de las veces que había estado en ese lugar. Y no podía parar de llorar. No estaba allí en su condición de periodista para cubrir los juicios, estaba como hijo. Había regresado a esa vieja prisión en compañía de su madre y de sus dos hermanos, Miguel Hugo (n.) y Carolina. Todavía se pregunta cómo hacía el mayor de los tres para soportar lo que tuvo que escuchar, lo que tuvo que saber sobre el trato que le dieron a su padre, cómo hizo para no quebrarse y para sostener hasta el final su papel de abogado querellante. “Iba la delegación, iba el juez, iba mi hermano duro como una piedra y yo no podía parar de llorar.” El equipo de psicología del juzgado tuvo que darle asistencia. “La mayor angustia que tengo es el padecimiento que él sufrió en la cárcel. No haberlo podido ayudar y saber que él pasó su último cumpleaños en ese infierno. Es tremendo, no me lo puedo sacar de la cabeza.”

El 23 de marzo de 1976, una parte importante de la familia Vaca Narvaja, 26 personas entre grandes y chicos, irrumpió de madrugada en el consulado de México en Buenos Aires decidida a

no retirarse hasta conseguir el asilo político. Si la idea de huir del país ya rondaba en los temores de los Vaca Narvaja, el secuestro del páter familias, Miguel Hugo padre, disipó por completo todas las dudas. Había que irse cuanto antes. Decidieron que, para no llamar la atención, irían llegando a Buenos Aires en grupos separados, por avión, en tren, en micro, algunos en auto. La misma estrategia pusieron en práctica para ingresar en el consulado de México sin levantar sospechas. Divididos en grupitos de a cinco o seis fueron subiendo algunos por el ascensor, otros por las escaleras y un tercer grupo logró llegar hasta el área de servicio para subir por la escalera secundaria. Un contrabando hormiga que tenía que volver a reunirlos a todos en el quinto piso. Pero uno de los grupos se demoraba y el oficial de mesa de entrada empezaba a ver algo raro en ese movimiento regular que cada tantos minutos dejaba un nuevo grupo de gente ante su puerta. Cuando quiso reaccionar, llegaron los cinco rezagados y ya sin disimulos, porque la operación acababa de ser descubierta, corrieron sin detenerse hasta atravesar el límite que los dejaría a salvo. La tensión de ese momento debió haber sido insoportable, pero Hernán lo recuerda como una aventura maravillosa. Los adultos hicieron un buen trabajo, piensa hoy, ya padre de cuatro hijos. Los chicos estuvieron al margen de esas angustias. Hernán no sabía por entonces el infierno del que estaban escapando ni lo que podía pasar si no lo lograban. Recuerda los juegos en el altillo de la casa del embajador, la prohibición de acercarse a las ventanas, la aventura de estar escondidos debajo de la mesa, las historias que se armaban entre ellos con la fantasía encendida por aquella situación extraordinaria. Cuando el avión finalmente carreteaba por la pista, el padre de Hernán estaba golpeado pero vivo y la familia se iba confiada porque ya estaban avanzados los trámites para el salvoconducto que le permitiría exiliarse en México. Había sido Miguel Hugo precisamente quien insistió en que no podían quedarse en el país. Estando en prisión, la noticia del secuestro de su padre lo terminó de convencer. Leyó las coordenadas y comprendió el riesgo. La masacre de otra familia con hijos militantes —los Pujadas—, uno de los cuales también había sido protagonista de la legendaria fuga del penal de Rawson en Trelew, como su hermano Fernando, era otro dato insoslayable: el padre, la madre, dos hermanos y una cuñada de Mariano Pujadas habían sido secuestrados de la casa familiar, asesinados y sus cuerpos volados con dinamita en un pozo de agua abandonado en el campo. Una cacería brutal se había desatado y el apellido Vaca Narvaja los exponía a todos. Lograron irse. Allá empezaban sin saber lo que serían casi ocho años de exilio que Hernán recuerda con alegría, aunque fue allá donde se enteraron de que su padre no llegaría nunca a reunirse con ellos. Pese a eso, en la memoria infantil de Hernán Vaca Narvaja México es una etapa feliz. Una multitud de niños que llenaban el aire con sus juegos y sus risas, su energía imparable. Como una suerte de *La vida es bella*, los chicos de la familia vivían su infancia en el DF al margen de la tragedia.

Ahora, como Albert Camus frente a la tumba de su padre en *El primer hombre*, a Hernán lo obsesiona pensar que ya tiene más años que los 35 que tenía su padre al morir. Hubiera querido estar ahí para ayudarlo. Lo persigue una imagen, su padre solo en prisión a merced de personajes siniestros. Tiene en la cabeza y en el ánimo los relatos de los sobrevivientes, las figuras de los represores que vio desfilar por tribunales, tan cerca de él en las audiencias que le daba impresión. Piensa en psicópatas, en hombres bestias con hambre de venganza. Hubiera querido evitarle a su padre alguno de todos los golpes que recibió. Hoy sabe que lo golpeaban como a todos, pero un poco más. Lo humillaban como a todos, pero más. Lo torturaban, le pegaban, lo molían a golpes. Había que expiar la culpa de ese apellido maldito. "Le pegaban porque era Vaca Narvaja", dice Hernán.

Defensor de presos políticos, su padre, además, había sido secretario del Tesoro durante la breve gobernación de Ricardo Obregón Cano en Córdoba. Cuando se produjo el levantamiento policial conocido como el "Navarrazo", que terminó con ese gobierno, él tuvo una participación muy activa en la resistencia. Como si fuera poco, su hermano Fernando era una de las figuras más notorias de Montoneros y había sido parte del comando que secuestró y asesinó al general Pedro Eugenio Aramburu, uno de los momentos cumbre en la escalada violenta de los años 70. Se la tenían jurada, mastica Hernán.

Durante los casi ocho años del exilio en México no había tomado conciencia del peso de su apellido. Pero al volver, en 1983, tomó conciencia de que era portador de un nombre problemático que buena parte de la sociedad identificaba con las bombas, los secuestros, el dinero y los acuerdos políticos en las sombras de Montoneros.

"BUSCADOS: MARIO FIRMENICH, FERNANDO VACA NARVAJA." El cartel de letras gigantes le heló la sangre. Se había ido como mochilero al Sur con un grupo de compañeros del secundario y de pronto, en un aeropuerto, se encontró con una pared tapizada con la foto y el nombre de su tío y la de otros ex montoneros. Recuerda el impacto, la incomodidad que sintió cuando tuvo que presentar los documentos. Era la época en que el gobierno de Raúl Alfonsín había pedido la orden de captura de los ex miembros de la conducción de Montoneros. No fue la única vez ni sería la última en que algo le recordaría el peso de ese nombre. Al principio, hasta la que hoy es su suegra dio un respingo. Sus cuatro hijos tuvieron que aprender a convivir con eso. En la escuela, en una fiesta, en la facultad. "Cuando ellos preguntan, les voy contando, pero no los quiero cargar con una historia que, además, está cada vez más lejos. Mis hijos no tienen que cargar con esto, cargarán con otras cosas. Yo soy producto de una época y de una historia familiar que es también la historia del país."

La familia Vaca Narvaja concentra buena parte de las tensiones de ese quiebre político generacional que estalló en los años 60. Padres radicales, hijos en la izquierda peronista. Hijos que escucharon a sus padres hablar de democracia en un país en el que nunca había elecciones

y en el que el partido mayoritario estaba siempre proscripto. “Mi papá era profesor de instrucción cívica y él enseñaba cosas en la escuela que jamás se cumplían en el país; si vivieron de golpe en golpe”, dice Hernán. El abuelo Miguel Hugo Vaca Narvaja —abogado, profesor de derecho de familia en la Universidad Nacional de Córdoba y de Historia e Instrucción Cívica en el Colegio Monserrat— era miembro de una familia tradicional y había sido un referente histórico del radicalismo de la provincia, fundador además de la Unión Cívica Radical Intransigente. Fue también presidente del Banco de la Provincia entre 1958 y 1962, durante la gobernación de Arturo Zanichelli, y luego, ministro del Interior de la Nación, en los últimos diez días de la presidencia de Arturo Frondizi, con el peronismo proscripto. “Un gorila de pura cepa”, dice cariñosamente su nieto. Casi todos sus hijos se volcarían al sector más radicalizado del movimiento popular prohibido.

Con todos esos antecedentes, nadie en la familia imaginó que también el abuelo pudiera ser el blanco de la represión ilegal. Pero el 10 de marzo de 1976 una patota llegó hasta la quinta de Villa Warcalde —el lugar donde vivían los abuelos y el tío menor de Hernán, Gonzalo, que tenía entonces 16 años y fue el principal testigo en el juicio por la desaparición del viejo Vaca Narvaja— y se lo llevó, todavía en pijama, en el baúl de un Falcon verde. El relato desnudo dice poco. A Hernán todavía le cuesta creer lo que le hicieron a su abuelo. Diversos testimonios coinciden en que el viejo Miguel Hugo Vaca Narvaja fue decapitado. Una cabeza sin cuerpo. Magullada, con el persistente olor del formol en el que ha estado guardada quién sabe para qué, el ojo izquierdo amoratado y semihundido, la nariz todavía afilada, levemente torcida. Esa cabeza sustraída, separada de su vida y de su historia, ese resto monstruoso de lo que fue un hombre, su abuelo. Hernán, el nieto, imagina que su padre tuvo que soportar, además de las torturas convencionales, un martirio sofisticado. Imagina entonces que a la brutalidad habitual sus captores le sumaron una fiesta macabra, mostrarle al hijo preso la cabeza cortada de su padre. O las fotos. No tiene pruebas, pero algo que escuchó se convirtió en esa íntima certeza que después se transforma en pesadillas.

La familia tuvo la primera noticia sobre la decapitación en 1985, recién llegada de México de regreso del exilio. La abogada Valentina Enet quiso encontrarse con los hermanos Vaca Narvaja. Lo que les contó hace casi treinta años volvió a relatarlo en 2010 frente al tribunal: “Los primeros días de marzo de 1976 se habían llevado a mi hermano Gerardo. Yo acompañé a mi padre a una reunión que él logró obtener con el entonces coronel (Raúl) Fierro. Me acuerdo de que nos recibió en su despacho. Era un hombre raro. Se distraía con el vuelo de las moscas. Se lamentaba de que Primatesta no lo quería. En un momento dijo que lo llamaba Menéndez y se fue. Nos dejó solos en la oficina. Como yo quería saber sobre mi hermano y vi que este hombre tenía muchas fotos debajo del vidrio de su escritorio, literalmente me tiré encima para ver quiénes eran. Algunas fotos tenían manchitas rojas, como sangre; otras estaban escritas o

tachadas con lapicera roja. Una, la más grande, me llamó la atención. Era un cuerpo sin cabeza. De pronto se abrió la puerta. Era Fierro que volvía. Cuando me vio, me dijo: 'Ah, estás mirando mi álbum de recuerdos... Pero a ése no lo vas a poder reconocer porque le falta la cabeza... Eso es lo que les pasa a los padres que andan buscando a sus hijos, esos montoneros marxistas... A ése tu viejo lo conoce. Es Vaca Narvaja'".

Por qué ese ensañamiento, se pregunta Hernán, otra vez sacudido por el recuerdo: "Era un hombre de tanta bondad, por qué ese nivel de ensañamiento contra un hombre tan bueno. No era violento, no creía en la lucha armada, no era corrupto". Hernán y su familia tienen una explicación. Creen que la suerte de su abuelo quedó sellada el día en que se negó a un pedido del general Luciano Benjamín Menéndez, comandante del III Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba. El general que había organizado la lucha clandestina contra las organizaciones armadas y la limpieza ideológica de la provincia quiso obligar al viejo Vaca Narvaja a firmar un documento de repudio contra su hijo Fernando, el dirigente de Montoneros. Su respuesta fue contundente: "No haré declaración ni firmaré ningún documento en contra de mi hijo, que es dueño de sus actos y convicciones".

Ésta es la historia que Hernán lleva en sus espaldas. Habla de los "errores y los horrores" de Montoneros: el pase a la clandestinidad que dejó expuestos a los dirigentes de "superficie"; la tendencia a la militarización y la soberbia; la Contraofensiva que llevó a tantos militantes a la muerte y la negociación del indulto a cambio de dinero para la corrupción de Menem. Pero la opción armada para él fue parte de una tragedia nacional que excedió en mucho a su familia. Miguel Hugo, finalmente, seguía los pasos de su propio padre: fue también abogado, profesor de Instrucción Cívica en el mismo colegio tradicional de Córdoba, creyó en la participación política. Pero reinterpretó el legado bajo el signo de su propio tiempo y en clave revolucionaria. El día en que una patota lo arrinconó en las escalinatas de los tribunales cordobeses, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h.) gritaba su nombre desesperadamente para que alguien le informara a su familia de la detención. Hernán piensa que eso salvó a su padre de convertirse en una sombra clandestina, en un desaparecido del que se pierde el rastro, como su abuelo. Pero no alcanzó para salvarlo. El juicio permitió saber que estuvo cinco días en el Departamento de Informaciones D2 de la Policía de la Provincia, donde era cotidianamente torturado, que el 25 de noviembre fue trasladado a la Unidad Penitenciaria Nº 1 de Barrio San Martín y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. En agosto del año siguiente, ya en plena dictadura, su abogado defensor logró la autorización de la Corte Suprema de Justicia de la Nación para que pudiera exiliarse. Los militares no lo permitieron. Pocos días después de que el gobierno del golpe recibió la orden de la Corte de liberarlo, fue fusilado junto a otros compañeros.

No hay reclamos en el relato de Hernán. No hay enojos ni cuestionamientos de fondo. A lo sumo una crítica general sobre algunas decisiones políticas de Montoneros. Pero no hay

demandas por los agujeros emocionales que seguramente también hubo en esa infancia de sus recuerdos. El hombre de 48 años que tiene los ojos llenos de lágrimas y disimula apenas que la angustia le impide seguir hablando dice que no tiene cuentas pendientes con su familia. "No tengo nada que reprocharle a mi viejo. Me queda sí el dolor de hijo de no haberlo tenido, de no haberlo conocido más y de que haya muerto tan joven. Pero estoy en paz con él." Y vuelve a subrayar la diferencia con esos otros hijos a los que imagina refugiados en la negación y el autoengaño. Tal vez como el hijo del teniente Quiroga al que se encontró en el baño de tribunales. Él está convencido de que no necesita negar ni distorsionar nada. "No tengo ningún reproche ni tengo que luchar para que se sepa quién fue mi papá. Es decir, yo tengo la suerte —la suerte, entre comillas— de ser hijo de una víctima y de estar orgulloso de todo lo que hizo mi papá, porque mi papá no mató a nadie, no torturó a nadie, al contrario, defendía a presos políticos, a gente detenida ilegalmente. En cambio, debe ser muy duro para un tipo de mi edad saber que el padre torturó, que fue parte de una banda que robaba bebés, que secuestraba gente, que los tiraba al mar, ¿cómo convive uno con eso?"

Hernán sabe que su padre no formó parte de la estructura armada de Montoneros, era lo que se decía "un cuadro político de superficie" que, como tantos otros, cuando la conducción decidió pasar a la clandestinidad, quedó más expuesto que antes a las represalias. Pertenecía al brazo político de la organización, subraya Hernán, pero no elude el punto: "O sea que estaba absolutamente de acuerdo con los Montoneros". Es decir, su padre no mató, pero aprobaba las acciones armadas de Montoneros, en las que sí se mataba. Hernán habla entonces del espíritu de la época, dice que la vía de la lucha armada fue lo que interpretó, vivió y asumió toda una generación. "Hoy nos parece impensable, pero en aquella época no sólo lo pensaban sino que lo llevaron a la práctica. Dejaban a sus hijos, resignaban todo lo personal en pos de ese sacrificio colectivo. Yo eso lo respeto muchísimo." Suscribe también la interpretación que encuentra en los años de persecución y proscripción del peronismo y en los crímenes de la derecha paraestatal la clave —y la justificación— para explicar el surgimiento de la violencia revolucionaria: "No soy partidario de la violencia, pero ésta tiene una explicación histórica, no surgió por generación espontánea, sino que fue la respuesta a políticas de opresión. No soy quién para ponerme en la piel de familiares de víctimas de las organizaciones guerrilleras y considero que tienen todo el derecho de exigir justicia, como la exigimos nosotros. Pero sí es importante marcar claramente la diferencia entre la violencia guerrillera o de cualquier tipo de organización política y el terrorismo de Estado, concebido e instrumentado como una política de exterminio de los sectores populares. Los juicios por crímenes de lesa humanidad han demostrado que el terrorismo de Estado fue concebido para aniquilar todo atisbo de resistencia a las políticas neoliberales, que se persiguió no sólo a quienes integraban las

organizaciones armadas, sino a dirigentes sindicales, estudiantes, militantes sociales y todo aquel que implicara un obstáculo para la instauración de esas políticas".

Pero la argumentación histórica probablemente cure menos sus heridas que la íntima certeza de que su padre nunca dejó de pensar en los hijos. "No fue un tipo egoísta que dijo voy a priorizar la militancia. No, él lo hacía convencido de que estaba peleando por un país más justo para sus hijos." Si Hernán alguna vez tuvo dudas sobre eso, para él quedaron despejadas con las palabras de un amigo y compañero de infortunio de su padre, Enrique Asberg, que logró salir con vida de la cárcel. Hernán recogió su testimonio en un libro homenaje que publicó con su familia, *La última estación*, en el que reunieron relatos escritos por su padre y textos en su recuerdo. Asberg recordó que una noche, como si se hubiera dado cuenta de que nunca saldría con vida de ese lugar, Miguel Hugo hijo le pidió que si él lograba sobrevivir les dijera a sus hijos que los amaba entrañablemente, que había pensado siempre en su familia y que había hecho lo imposible para reencontrarse con ellos. Asperg lo recordó así: "Dos guardiacárceles lo vinieron a buscar y lo agarraron de los brazos. De pronto Huguito frenó, se dio vuelta, levantó la mano y nos hizo con los dedos la 'V' de la victoria. Después me miró fijo y pronunció casi en un susurro las que serían sus últimas palabras antes de abandonar la celda: 'Deciles a mis hijos que me hubiera encantado subir al tren con ellos'". Se refería al tren que los llevó de Córdoba a Buenos Aires para partir desde allí hacia el exilio.

No le es difícil pensar que a veces no se pueden eludir los riesgos. Él también ha tenido discusiones familiares cuando sus libros o sus investigaciones periodísticas le valieron amenazas y le complicaron el panorama laboral. Llegó a Río Cuarto, donde vive con su esposa y tres de sus cuatro hijos, después de una trayectoria profesional con sobresaltos que lo obligó a empezar desde cero una y otra vez. Hoy dirige la revista *El Sur* y es docente de la carrera de Comunicación en la Universidad Nacional de Río Cuarto; hasta mediados de 2015 estuvo a cargo del Observatorio de Derechos Humanos de esa Universidad. Sus libros de investigación también consolidaron el perfil de periodista de investigación. En 2001 publicó *El candidato*, la biografía no autorizada de José Manuel de la Sota, y en 2009, *Las cuatro muertes de Nora Dalmasso*, sobre el resonante crimen del country de Río Tercero que le valió una condena judicial y la obligación de pagarle al demandante, el viudo Marcelo Macarrón, medio millón de pesos. La sentencia fue apelada "porque vulnera los tratados internacionales en defensa de la libertad de expresión", pero Hernán no tiene dudas: "Es una venganza de la familia judicial". Después de su libro sobre la caída del gobierno de Eduardo Angeloz, *Ave César*, se le cerraron todas las puertas. "Saqué el libro de Angeloz y no conseguí nunca más laburo en Córdoba. Un éxito periodístico, tres ediciones y me tuve que ir a trabajar a Catamarca." Dice que se preguntó entonces hasta qué punto tenía derecho a exponer a la familia. "Pero bueno, uno no puede renunciar a lo que es. Yo venía con beneficio de inventario, supongo que mi papá también,

entonces por supuesto que uno trata de preservar, pero uno no va a dejar de hacer lo que cree por estas cosas. Porque si no, el miedo nos paralizaría a todos.”

No hay reclamos. Ni hacia su padre ni hacia su tío más famoso, Fernando Vaca Narvaja. Con justicia o sin ella, Hernán podría haber pensado alguna vez que la acción política de Fernando selló la suerte del resto de la familia. De su padre, de su abuelo. Pero no. Y agradece que la pregunta le dé la oportunidad de aclararlo públicamente: “Jamás responsabilizamos a Fernando por lo que pasó en la familia”. El enfrentamiento con su tío se debió a otras razones. En realidad, a una sola: el indulto que concedió la libertad a los líderes guerrilleros y a los militares condenados por su participación en la guerra sucia. Era 1989, su tío regresaba al país después de años de clandestinidad, era todo un acontecimiento familiar y él lo recibió con una carta de lectores en el diario cordobés *La Voz del Interior*, en la que lo cuestionó duramente por aceptar esa homologación de responsabilidades. “Yo no estaba dispuesto a que figuraran en la misma lista él y los asesinos de mi viejo y de toda la gente que murió. Yo ahí me planté y eso provocó una divisoria de aguas en la familia. Para mí fue inaceptable y eso es lo que le reproché a Fernando, el indulto, porque me parecía escandaloso, pero Fernando se jugó la vida, a Fernando casi lo matan, Fernando dejó a sus hijos en Cuba, y hoy ha logrado recomponer esa relación, yo tengo muy buena relación con mis primos y no tengo nada que reprocharle a él. Salvo el análisis político que uno pueda hacer a distancia, aunque me parece que no soy quién para juzgarlo. Porque no fue él, fue toda una generación, y fue una tragedia nacional. Quién soy yo para juzgar si actuaron bien, si actuaron mal. Sí creo que hay límites. Negociar un indulto para compartir una lista con Massera y con Videla, de ninguna manera. Ése es mi límite.” Hubo una reunión familiar en la que el ex miembro de la conducción montonera trató de explicar las razones por las que había aceptado el indulto en esas condiciones, pero Hernán no quiso ir y estuvo durante mucho tiempo muy distanciado. Después, dice, hubo un acercamiento; aunque no tienen una relación estrecha, han logrado recomponerla bastante. Hernán, además, tiene una relación de mucho cariño con su primo Camilo, uno de los hijos de Fernando, ex pareja de Florencia Kirchner y padre de Elena, la nieta de Cristina Fernández de Kirchner que nació en agosto de 2015.

En el estudio que tiene en su casa de Río Cuarto, hay fotos familiares de otros tiempos, los Vaca Narvaja en pleno: el viejo Miguel Hugo, su esposa Susana Yofre y los doce hijos del matrimonio en épocas felices de infancia y juventud. Hay también imágenes actuales de los hermanos, algunos de ellos de rostros conocidos como Fernando o Patricia, que fue embajadora argentina en México durante la presidencia de Cristina Kirchner. Hay fotos de los primos cuando eran chiquitos, jugando en el césped de la quinta de Villa Warcalde, recortes de diario, imágenes de una época feroz que sin embargo también dejaba resquicios para los amores de padres e hijos, de tíos y sobrinos, de abuelos y nietos. Hernán estira el brazo y trae de un

estante una de las pocas fotos que tiene con su padre: al fondo, el jardín de la quinta de Villa Warcalde, en la primera línea el Citroën 2CV blanco y un Miguel Hugo (h.) joven y sonriente tendido en el césped, que abraza desde atrás las piernas de su hijo, quizá todavía en pañales. "Lo que no te mata te fortalece", dice Hernán, y sonríe, los ojos llenos de lágrimas. "Tengo esto que me dejó", y baja de la biblioteca un viejo instrumento, la pequeña guitarra que su padre hizo con sus propias manos en prisión para dársela como regalo en la Navidad de 1975, la última. A Miguel Hugo, el mayor de sus tres hijos, le había hecho una caja de pesca y a Carolina, la menor, una cartera de cuero. Lo reconforta imaginar que su padre se sentiría orgulloso de sus hijos: el mayor, Miguel Hugo (el mismo nombre que su padre y su abuelo y abogado como ellos, tal como indicaba la tradición familiar para el primogénito), fue querellante en la causa que investigó los crímenes de su abuelo y de su padre y hoy es juez federal de Córdoba; Carolina es actriz y Hernán, escritor y periodista. Para el momento de la entrevista, su hermano Miguel Hugo aún no había sido consagrado juez federal, pero ya integraba la terna de la cual saldría el nombre del ganador. El nombramiento, que se confirmó un par de meses después, dibujó para Hernán el círculo de una parábola: el hijo del preso político fusilado y nieto de un desaparecido que termina acusando ante un tribunal a los asesinos de su padre y de su abuelo. "Una reivindicación familiar y una bomba para Córdoba —dice Hernán—. Porque nosotros no sólo tuvimos que bancarnos la represión sino además la marginación, la exclusión a nivel social y político. Los Vaca Narvaja éramos mala palabra en la Córdoba del general Menéndez, pero también en la Córdoba de Eduardo Angeloz, en la Córdoba en que Angeloz y Mestre lo invitaban a los palcos oficiales a Menéndez. Entonces, que después de tantos años mi hermano sea nombrado juez es una reivindicación para todos los Vaca Narvaja."

En el interior de la guitarra que le hizo en prisión, su padre había escrito una dedicatoria: "Para Hernán quien, como esta guitarra, siempre es armonía". Todo un mandato, admite, y aunque su temperamento no siempre le permite cumplir con esa máxima, a veces logra ponerlo en juego. Hace un tiempo, en un cóctel empresarial, se encontró por esos azares de la profesión con Matías Gavier, hijo de su tía Susana Vaca Narvaja, hermana de su padre, la primera hija mujer y segunda de los doce hijos del matrimonio Vaca Narvaja-Yofre. Casada con Jorge Martínez Gavier, un hombre cercano a los militares, dice Hernán, Susanita, como la llaman aún hoy, había tomado distancia de su familia de origen y llegó a poner en duda el secuestro de su padre y a sugerir que estaría en algún lugar del exterior. Nunca más volvió a verse con sus padres ni con el resto de la familia. "De pronto ahí estábamos los dos, los dos grandotes —dice Hernán—, en el Hotel Howard Johnson de Río Cuarto. ¡Yo que iba por un anuncio para la revista iba a terminar en un escándalo! Nunca había tenido contacto con ellos, fue un shock. Me iban a presentar a mi primo maldito." Pero al final el mismo Hernán se encargó de romper el hielo con un afable "¿Qué haces, primo?". Estuvieron hablando hasta las cuatro de la mañana en el lobby

del hotel. “Mirá —le dijo finalmente—, vos y yo pensamos distinto, pero vos sos un imbécil porque te estás perdiendo de conocer a una abuela maravillosa. Más allá de lo que pienses sobre lo que pasó, yo no tengo nada que ver con esa historia, vos tampoco, pero no podés no conocer a tu abuela.” Tuvo éxito como mediador, Matías fue a conocer a su abuela y ella se lo agradeció profundamente.

Él dice que es muy pasional y que, en medio de los juicios, se quebró varias veces. Alguna vez, también, tuvieron que contenerlo para que no interrumpiera a los gritos en medio de alguna declaración o una provocación de los acusados, pero sólo una vez se enfrentó con un familiar que, asegura, provocaba con sus comentarios en medio de testimonios desgarradores. Porque estar en los juicios, dice, es como descender al subsuelo del infierno. Aunque después tengan un efecto liberador, porque para eso también sirvieron los juicios, dice, para poner un fin y empezar a dejar atrás las heridas. Él piensa que no están presos todos los que tienen responsabilidad sobre la muerte de su padre y la desaparición de su abuelo. Pero dice que se conforma, que le alcanza con lo que se logró.

Los juicios de lesa humanidad para él son un hito que hay que reconocerle al kirchnerismo. “Son el único camino para mitigar el dolor, porque esas heridas nunca cerrarán: memoria, verdad y justicia, el camino que se está transitando desde la asunción de Néstor Kirchner.” El resultado de una batalla cultural, dice, que los familiares de las víctimas libraron a la intemperie durante décadas. Tal vez por eso, cuando le preguntamos qué piensa sobre los reclamos de las otras víctimas, las que dejó el accionar guerrillero, no se escandaliza. En principio, desconfía de esos sectores porque los asocia con la agrupación Famus, que en tiempos del Juicio a las Juntas reivindicaba no sólo la memoria de sus muertos sino también a los militares de la dictadura. Pero además, porque tiene muy en claro que el hecho de que haya habido víctimas en distintos sectores no homologa las responsabilidades. “Yo diferencio lo que es el accionar de los grupos armados de lo que fue el terrorismo de Estado. Pero creo que ellos están en todo su derecho de saber qué pasó, de exigir Justicia, y bueno, dependerá de las exigencias judiciales que lo logren o no.” Hablamos entonces de hijos de padres que murieron a manos de la guerrilla y que sienten, además del dolor de cualquier hijo, el dolor de que su historia, su tragedia, más allá de las cuestiones judiciales, no tenga ninguna visibilidad, ningún lugar ni reconocimiento en el discurso público. Como si las políticas de la memoria de estos últimos cuarenta años no hubieran sabido qué hacer con la memoria de estos otros muertos, que fueron muchos.

El dueño de la guitarra y del legado de armonía se queda pensando. “Puede ser, puede ser… A lo mejor, y pienso en voz alta, esto es consecuencia de esta lucha que hubo contra la teoría de los dos demonios, porque la teoría de los dos demonios sí los ubicaba a ellos en una paridad, una paridad política o jurídica que no corresponde. Pero es verdad que, bueno, son tan víctimas

quienes han muerto en un atentando de la guerrilla como quienes murieron en un operativo militar. Y sí, la historia, por supuesto, debe reconocer que ellos también han sido víctimas.” Se queda pensando, como quien medita por primera vez sobre algo, y de pronto, levanta la mirada y dice con tranquilidad: “Yo creo que están en todo su derecho, son tan víctimas como nosotros, digamos, hijos de una historia turbulenta y trágica. ¿Estos hijos hoy sienten que no tienen lugar? Y bueno, que lo reclamen. A nosotros nadie nos regaló nada”.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin los testimonios de quienes aceptaron compartir con nosotras sus historias personales, muchas veces dolorosas, que sin embargo ofrecieron sin condicionamientos. A todos ellos, muchas gracias por la confianza.

Graciela Fernández Meijide, Claudia Hilb, Alejandro Katz, Santiago Kovadloff , Norma Morandini y Héctor Schmucler no sólo hicieron aportes teóricos y vivenciales, sino que también nos acercaron algunos testimonios hasta ahora desconocidos. Alejandro Katz, además, se puso al hombro la revisión del prólogo en una madrugada de diciembre.

Algunas de las historias tuvieron la lectura atenta e inteligente de nuestros colegas Jorge Fernández Díaz, Héctor Guyot, Martín Rodríguez Yebra, Diego Sehinkman y Jorge Urien Berri.

Sergio Suppo y Alejandra Conti fueron interlocutores valiosos y cálidos anfitriones en los dos viajes que hicimos a Córdoba para hacer algunas de las entrevistas.

A Chani Guyot y Claudio Jacquelin, que supieron de este proyecto desde el comienzo, en 2010, y nos apoyaron para seguir adelante.

A la infinidad de colegas que generosamente alentaron el trabajo de este libro, nos facilitaron contactos y tendieron puentes con algunos de los entrevistados y con otros hijos que finalmente prefirieron no sumarse, pero nos contaron sus historias y nos ayudaron a comprender mejor los matices de una época tan difícil.

A Lucrecia Rampoldi y Juan Pablo Cambariere, por ponerse al hombro mucho más que el diseño de una tapa.

A Manuela Ghitta, Ayelén Guberman, Paula Sabatés y Fernando Torrado, que desgrabaron las largas horas de conversación con los entrevistados.

Gracias a Jon Lee Anderson, Jorge Fernández Díaz, Graciela Fernández Meijide, Ana Mariani, Norma Morandini, Hinde Pomeraniec y Santiago Kovadloff , porque vieron en estos textos —y pusieron en palabras generosas— mucho más de lo que nos atrevíamos a soñar.

Agradecimientos de Carolina Arenes

Un testimonio anónimo disparó la idea de este libro. A esa persona que se atrevió a compartir el camino de su dolor y su aprendizaje, infinitas gracias.

Laura Di Marco armó la primera reunión con Florencia Cambariere, de la Editorial Sudamericana, convencida de que tenía que hacer este libro. Le debo no sólo ese gesto inicial sino también el apoyo en los momentos de duda y retroceso que siempre aparecen durante una investigación.

Agradezco a mi amiga Daniela Gutiérrez, con quien empezamos esta aventura en 2010, los primeros momentos de lecturas y descubrimientos, las primeras búsquedas. Este libro no hubiera sido posible sin aquel primer paso que dimos juntas.

Florencia Cambariere y Pablo Avelluto escucharon las primeras ideas sobre el libro en 2010 y aportaron las suyas para hacerlo crecer. Juan Boido y Marcelo Panozzo volvieron a confiar en el proyecto en 2013, cuando lo empezamos con Astrid Pikielny.

Héctor Guyot no sólo hizo lecturas atentas de algunos de estos textos, también me ayudó a resolver situaciones difíciles y fue el más generoso compañero de trabajo que se pueda tener.

Escribir un libro es una tarea devoradora y nadie lo sabe antes de empezar. Se necesita mucho acompañamiento, una familia dispuesta a compartir los altibajos del camino y comprender las ausencias y las distracciones (la heladera vacía otra vez). Sin el amor y el respaldo de Víctor Ghitta, que me ayudó de mil maneras, no lo hubiera logrado. Nuestros hijos, Luciano y Sebastián, fueron también amorosos compañeros de ruta. No hubiese podido hacerlo si ellos no hubieran deseado tanto como yo que este libro se publicara.

Gracias también a mi madre, por su amor incondicional y por estar disponible siempre para lo que fuera necesario.

Gracias a mis hermanos: a Gabriel, que tantas veces hizo de padre, y a Martín y Nicolás, con quienes juntos mantenemos viva la leyenda de Popeye, nuestro padre, que nos unió en Uruguay.

A mis amigos, hermanos y hermanas, familia paralela. Compartieron miedos y alegrías, y con sus intervenciones me ayudaron muchas veces a ampliar el punto de mira. El prólogo le debe mucho a la inteligencia de Valeria y a su infinita sensibilidad con las palabras. Francis leyó varios capítulos, hizo observaciones de forma y de fondo, y me ayudó a destrabar momentos de encrucijadas.

Al doctor Enrique Katz, porque este libro también se escribió en su consultorio, mientras tantas otras cosas se rescribían.

Agradecimientos de Astrid Pikielny

Baltasar Jaramillo, director de Radio de la Ciudad y mis compañeros de trabajo diario —Alejandro Almendros y Daniel Santa Cruz— acompañaron con paciencia y generosidad mis

ausencias y mis fatigas durante distintas etapas del proceso de escritura. Mi enorme agradecimiento a todos ellos.

A mi editora en el suplemento Enfoques/Ideas, Raquel San Martín, que alentó la escritura del libro y comprendió que mis colaboraciones para el suplemento se hicieran esporádicas durante el año pasado.

Mis amigas Paz Aizpurúa, Javiera Marqués y Paz Rodríguez Niell tejieron mágicamente una red de apoyo y contención toda vez que lo necesité.

A Cecilia Ferrari y Jorge Azcárate, amigos entrañables que siguieron paso a paso el progreso de este libro.

A mi madre Marian Spangenberg, por su presencia amorosa y constante, no sólo en la retaguardia doméstica —ayudándome con mis hijos, compensando mis ausencias—, sino también en las lecturas y el interés compartido por estos temas. Sin todo eso, no hubiera podido escribir este libro.

A mi padre, Ralph Pikielny, que siempre creyó que estas historias debían ser contadas.

Nada de esto hubiera sido posible sin el aliento infinito de mis hijos Dama y Lucio y mi marido Alejandro Di Lázzaro. Los tres convivieron con el libro durante estos largos años, compartieron mis desvelos y preocupaciones y se alegraron con cada logro y cada avance.

Bibliografía

Alcoba, Laura. *La casa de los conejos*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

Álvarez, Héctor H. *Sacheri: predicar y morir por la Argentina*, Buenos Aires, Vórtice, 2007.

Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian. *Setentistas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Amorim, José. *Montoneros, la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2005.

Argento, Analía. *De vuelta a casa. Historias de hijos y nietos restituidos*, Buenos Aires, Marea, 2008.

— *La guardería montonera: la vida en Cuba de los hijos de la contraofensiva*, Buenos Aires, Marea, 2013.

Autores varios. *No matar. Sobre la responsabilidad*, Córdoba, El Cíclope/La intemperie/Universidad Nacional de Córdoba, 2007.

Bárbaro, Julio. *Juicio a los 70. La historia que yo viví*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Barros, Marcelo. *Intervención sobre el Nombre del Padre*, Olivos, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2014.

Basconi, Andrea. *Elena Holmberg. La mujer que sabía demasiado*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Braslavsky, Guido. *Enemigos íntimos. Los militares y Kirchner*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Bruzzone, Félix. *Los topos*, Buenos Aires, Mondadori, 2008.

— *76*, Buenos Aires, Tamarisco, 2008.

— *Barrefondo*, Buenos Aires, Mondadori, 2010.

Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 2004.

— *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2005.

Camps, Ramón. *Caso Timerman. Punto Final*, Tribuna Abierta, 1982.

Carnovale, Vera. *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.

Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo. *Firmenich*, Buenos Aires, Alfaguara/Aguilar, 2010.

Cozzani, Norberto. *Yo asumo*, Buenos Aires, Ediciones Realidad Argentina, 2006.

Dillon, Marta. *Aparecida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Dómina Esteban. *Los Pujadas. De la épica guerrillera al horror*, Ediciones del Boulevard, 2013.

Donda, Victoria. *Mi nombre es Victoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

El diario del juicio, Buenos Aires, Editorial Perfil, 1985.

Fernández Meijide, Graciela. *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

— *Eran humanos, no héroes*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Fernández Meijide, Graciela y Leis, Héctor Ricardo. *El diálogo,* Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Flaskamp, Carlos. *Organizaciones político-militares. 1968-1976*, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2002.

Garzón, Baltasar y Romero, Vicente. *El alma de los verdugos*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2008.

Gillespie, Richard. *Montoneros, soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.

Gómez Jacobo, Alejo y Mariani, Ana. *La Perla. Historia y testimonios de un campo de concentración*, Buenos Aires, Aguilar, 2012.

Grandes, Almudena. *El corazón helado*, Barcelona, Tusquets, 2009.

Heer, Liliana. *Hamlet & Hamlet*, Buenos Aires, Paradiso, 2011.

Hilb, Claudia. *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

Hilb, Claudia; Salazar, Philippe-Joseph y Martín, Lucas G. *Lesa humanidad. Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del mal*, Buenos Aires, Katz Editores, 2014.

Jeanmaire, Federico. *Papá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Kordon, Diana y Edelman, Lucila. *Por-venires de la memoria*, Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2007.

Larraquy, Marcelo. *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.

— *Los 70. Una historia violenta*, Buenos Aires, Aguilar, 2013.

Lebert, Norbert y Stephan. *Tú llevas mi nombre*, Barcelona, Planeta, 2005.

Leis, Héctor Ricardo. *Un testamento de los años 70*, Buenos Aires, Katz Editores, 2013.

Lewin, Miriam y Wornat, Olga. *Putas y guerrilleras*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Longoni, Ana. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Norma, 2007.

Manfroni, Carlos A. y Villarruel, Victoria E. *Los otros muertos. Las víctimas civiles del terrorismo de los 70*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Martínez, Tomás Eloy. *La pasión según Trelew*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

Morandini, Norma. *De la culpa al perdón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Moreno Ocampo, Luis. *Cuando el poder perdió el juicio*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2014.

Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas, Buenos Aires, Eudeba, 1996.

O'Donnell, María. *Born*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Ollier, María Matilde. *De la revolución a la democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

Reato, Ceferino. *Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

— *Disposición Final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Rozitchner, Alejandro. *De padres e hijos en el ciclo del tiempo*, Buenos Aires, Mar Dulce, 2012.

Sarlo, Beatriz. *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.

Schirac, Ferdinand von. *El caso Collini*, Barcelona, Salamandra, 2013.

Schützenberger, Anne Ancelin. *¡Ay, mis ancestros!*, Buenos Aires, Taurus, 2008.

Sereny, Gitta. *Desde aquella oscuridad. Conversaciones con el verdugo: Franz Stangl, comandante de Treblinka*, Barcelona, Edhasa, 2009.

Sigal, Jorge. *El día que maté a mi padre: confesiones de un ex comunista,* Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

Sivak, Analía. *Hijos de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2014.

Teubal, Ruth; Bettanin, Cristina; Veiga, Clarisa; Rodríguez, María L.; Palacios, Amalia y Villalba, María. *Memorias fraternas. La experiencia de hermanos de desaparecidos, tíos de jóvenes apropiados durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

Timerman, Jacobo. *El caso Camps, punto inicial (Preso sin nombre, celda sin número)*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1981.

Vaca Narvaja, Miguel Hugo (h.). *La última estación*, Río Cuarto, Córdoba, Uniro Editora, 2012.

Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003.

Zuker, Cristina. *El tren de la victoria: una saga familiar*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

este libro claro y estremecedor, Carolina Arenes y Astrid Pikielny encaran otra faceta —poco explorada hasta ahora— de las secuelas de la tragedia de los 70. Con coraje y sentido de la responsabilidad, recuperaron testimonios que les permitieron avanzar en el terreno de los sentimientos y las opiniones de los hijos de las víctimas. Pero lo que hace a este libro imprescindible es que no pararon ahí: ingresaron en la escucha de vivencias mucho menos conocidas y, diría, extrañas para las ‘certezas’ instaladas en los históricos organismos de derechos humanos. Hablaron también con hijos de padres procesados por crímenes de lesa humanidad a los que hoy visitan en la cárcel o acompañan en los tribunales. Padres e hijos a los que les cuesta admitir que, tras el golpe del 24 de marzo de 1976, todas las acciones se tornaron ilegales e ilegítimas. Las historias de *Hijos de los 70* retratan las encrucijadas de la generación siguiente, la de los hijos, que lidian —cada uno a su modo y según su circunstancia— con un pasado que se niega a diluirse en las sombras.”

Graciela Fernández Meijide

“Sin otra ideología que la de un periodismo humanista y cuestionador, las autoras descienden al sótano del dolor y logran que los hijos de quienes se vieron involucrados en la violencia de los años 70 —hijos de represores, guerrilleros, empresarios, intelectuales, sindicalistas, víctimas y victimarios y, en ocasiones, las dos cosas— abandonen sus caparazones y mantengan un fascinante diálogo textual. El resultado de esa osadía es un rompecabezas único, donde no sólo se aclaran por fin muchos puntos oscuros de esa tragedia; también se comprenden los duelos amorosos y los ajustes de cuentas propios de cualquier relación de padres e hijos.”

Jorge Fernández Díaz

CAROLINA ARENES

Es periodista y licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Fue subeditora del suplemento Cultura y editora a cargo del suplemento Enfoques del diario *La Nación*, donde actualmente se desempeña como editora.

ASTRID PIKIELNY

Es periodista y politóloga. Sus entrevistas fueron publicadas en las revistas *Tres puntos*, *Debate* y *La Maga*, y desde hace dieciséis años aparecen en el diario *La Nación*. Editó Periodismo: asedio al oficio y dictó talleres de entrevista periodística. Actualmente conduce un programa en Radio de la Ciudad.

Foto: © Alejandra López

Arenes, Carolina
Hijos de los 70 - Carolina Arenes y Astrid Pikielny - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016.
(Investigación periodística)
EBook.

ISBN 978-950-07-5515-3

1. Investigación periodística. I. Astrid Pikielny. II. Título
CDD 070.4
Edición en formato digital: marzo de 2016

Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

ISBN 978-950-07-5515-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Mariana Eva Leis: “Es difícil reconocer el dolor que uno causa. ¿Qué militante va a querer reconocer el rastro de dolor que dejó la guerrilla?”
Atilio y Patricia López: “Yo no puedo hacer nada sin pensar que soy Atilio López, soy el hijo de y el nombre no se mancha”
Delia Lozano: “Tanto dañaron los hijos de puta de los militares, que ni siquiera lo que la guerrilla me hizo a mí, a mi padre, a mi familia, puede encontrar un lugar”
Diego Molina Pico: “Le pregunté si había participado en los grupos de tareas, si había estado en campos de concentración y si sabía lo que había pasado con Mónica”
Luciana Ogando: “No puede ser que porque ustedes fueron valientes y sufrieron mucho yo no pueda hacer lo que hace cualquier generación, que es cuestionar a la generación que la precedió”
Mariano Pujadas: “Estuve enojado con mi padre. Me costó entender que alguien que tiene tres mujeres y cinco hijos se dedique a militar. Ahora no lo juzgo, porque yo también aprendí”
Luis Alberto Quijano: “Mi padre actuó tan fuera de la ley que no le quedaba más alternativa que negarlo absolutamente todo”
Alejandro Rozitchner: “Son más valiosos los hijos que uno tiene que los padres que ha tenido”
Claudia Rucci: “Lo que nos pasó fue culpa de todos, no sólo del ERP y de Montoneros; nadie supo parar la pelota, o nadie quiso, y lo sucedido nos ha dejado marcados por generaciones y generaciones” .
Alberto Saavedra: “Aunque no estaba, mi padre tuvo un rol muy presente en mi vida. Era un héroe, era gigante para mí. Y es muy pesado también convivir con un ideal, medirte siempre con una vara tan alta”
José María Sacheri: “A Dios gracias, pude perdonarlos en mi corazón. Tal vez me interesaría conocer al único de ellos que está vivo para preguntarle hasta dónde fueron conscientes del mal inmenso que causaron” .
Ricardo Saint-Jean: “Mi padre ha tenido, como todo hombre, enormes defectos, enormes yerros. Quizás, enormes omisiones”